

Clavijo y Fajardo

# Antología de El Pensador

---

*BIBLIOTECA BASICA CANARIA*

---

10

---



ANTOLOGIA DE  
*EL PENSADOR*

Edición de Sebastián de la Nuez Caballero



## *Biblioteca Básica Canaria*

### **Director**

Juan Manuel García Ramos

### **Consejo asesor**

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

### **Comisión técnica**

*Coordinación:*

Maximiano Trapero

*Corrección:*

Gonzalo Ortega Ojeda

*Diseño:*

Juan Francisco Alamo

*Producción:*

Carlos Gaviño de Franchy

*Secretaría:*

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

José Clavijo y Fajardo

ANTOLOGIA DE  
*EL PENSADOR*

Islas Canarias  
1989

© Para la introducción **Sebastián de la Nuez Caballero**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.  
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-04-0.

Depósito Legal: M. 6.091-1989

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid



EL S. D. JOSE CLAVIJO Y FAXARDO.

*Consejero honorario de Hacienda.*

*Es natural de Lanzarote.*





## INDICE

|                                                                      | <u>Págs.</u> |
|----------------------------------------------------------------------|--------------|
| INTRODUCCION .....                                                   | 11           |
| I. La vida .....                                                     | 11           |
| II. Clavijo, hombre de la ilustración .....                          | 21           |
| III. Clavijo y sus obras .....                                       | 27           |
| Bibliografía sobre la vida y la obra de José Clavijo y Fajardo ..... | 45           |

### ANTOLOGIA DE *EL PENSADOR*

|                                                          |         |
|----------------------------------------------------------|---------|
| TOMO PRIMERO .....                                       | 51      |
| Pensamiento II.—Carta del Pensador a las Damas. ....     | 53      |
| Pensamiento VI.—Visita de los locos .....                | 65      |
| Pensamiento VII.—El Diógenes Moderno .....               | 77      |
| Pensamiento X.—Visita de los Cuertos .....               | 91      |
| Pensamiento XII.—Sobre la Educación .....                | 103     |
| <br>TOMO SEGUNDO .....                                   | <br>117 |
| Pensamiento XVII.—De las Tertulias .....                 | 119     |
| Pensamiento XIX.—Utilidad de los viajes .....            | 131     |
| Pensamiento XXI.—Vida Ociosa de algunos Caballeros ..... | 143     |

|                                                                                             | <u>Págs.</u> |
|---------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| Pensamiento XXII.—Sobre si el Teatro es útil o<br>dañoso a las costumbres .....             | 155          |
| <b>TOMO TERCERO</b> .....                                                                   | 169          |
| Pensamiento XXXII.—Diálogo entre un Caballero<br>europeo y un canadiense criado suyo .....  | 171          |
| Pensamiento XXXV.—Sobre la Superstición y Apo-<br>logía del Estado del Matrimonio .....     | 183          |
| Pensamiento XXXVII.—Sobre la igualdad de for-<br>tunas .....                                | 195          |
| <b>TOMO CUARTO</b> .....                                                                    | 209          |
| Pensamiento XLII.—Reflexiones sobre la Repre-<br>sentación de los Autos Sacramentales ..... | 211          |
| Pensamiento XLIII.—Continúa la Crítica de los Autos<br>Sacramentales .....                  | 221          |
| Pensamiento XLVIII.—Crítica contra las Fiestas de<br>Toros .....                            | 233          |
| <b>TOMO QUINTO</b> .....                                                                    | 243          |
| Pensamiento LVIII.—Sobre los malos poetas. Ra-<br>damanto, saliendo apresurado .....        | 245          |
| Pensamiento LIX.—Continuación del Diálogo an-<br>tecedente .....                            | 255          |
| Pensamiento LX.—De las variadas opiniones sobre<br>lo que es la felicidad .....             | 265          |
| <b>TOMO SEXTO</b> .....                                                                     | 273          |
| Pensamiento LXXIII.—Sobre la ociosidad .....                                                | 275          |
| Pensamiento LXXXI .....                                                                     | 283          |
| Pensamiento LXXXIV.—Sobre los bailes .....                                                  | 289          |
| Pensamiento LXXXVI.—Sobre los médicos char-<br>latanes .....                                | 295          |

# INTRODUCCION

## JOSE CLAVIJO Y FAJARDO (1726-1806)

### I. LA VIDA

#### 1. Síntesis biográfica:

1726. Nace José Clavijo y Fajardo en la Villa de Teguisse (Lanzarote), el día 19 de marzo. Sus padres fueron Don Nicolás Clavijo y Alvarez, natural de la Orotava (Tenerife) y Doña Catalina Fajardo, de Lanzarote.
1736. Va a Las Palmas a ser educado en el convento de dominicos de San Pedro Mártir, por su tío Fray Presentado Clavijo, quien le enseñó latín y fundamentos de Filosofía y Teología. Completa sus estudios con las enseñanzas de Don Tomás Pinto Miguel, regente de la Real Audiencia de Las Palmas, quien le inicia en el estudio de Las Leyes, mientras continuaba sus estudios de Humanidades.
1745. José Clavijo se traslada a la Península, consiguiendo, después de cierto tiempo, ser nombrado oficial primero de la Secretaría del Ministerio de Marina de Ceuta, y luego pasa al Campo de San Roque como Secretario de la Comandancia General.
1749. Va a Madrid en calidad de Secretario particular del Comandante Don José Vázquez Priego.

1750. Hace amistad con el Marqués de Grimaldi, que nombra a Clavijo oficial de la Secretaría del Despacho Universal de la Guerra, junto al Oficial Mayor don Antonio Portugués, donde comienza a escribir la obra *Estudio general, histórico y cronológico del ejército...*, terminada en 1761.
1754. Es destinado, otra vez, a Ceuta con el cargo de Ayudante de Guardia Almacén de Artillería, donde continúa escribiendo la antedicha obra.
1755. Se publican los dos primeros libros de Clavijo dentro del estilo de periódico satírico: *El Tribunal de las Damas* y la *Pragmática del Zelo*, sátiras contra los escándalos de las modas, que se pueden considerar como artículos antecesores de *El Pensador*.
- 1756-1761. Clavijo, después de presentar al rey Carlos III su obra *Estudio general histórico y cronológico del ejército, y ramos militares de la Monarquía*, viaja por diversos pueblos y ciudades de España, pasando, luego, a Francia. En París conoce al gran naturalista Buffon, y otros insignes ilustrados de la época.
1762. Una vez de vuelta a Madrid comienza a publicar su famoso semanario *El Pensador*.
1763. Clavijo es nombrado oficial del Archivo del Estado, consiguiendo un privilegio especial para la publicación de su semanario. Este año se inició también la publicación periódico-semanal ideada por él mismo, del Estado Militar de España, que duró hasta el año 1852.
1764. En este año se produce el desdichado y famoso caso de las relaciones amorosas y matrimonio frustrado de José Clavijo y María Luisa (Lissett) Caron, hermana del no menos famoso dramaturgo francés Pedro Agustín Caron de Beaumarchais (1752-1802), del que hablaremos en el próximo apartado.

- 1764-1767. Beaumarchais logra, con sus intrigas, que José Clavijo sea destituido de su cargo de Archivero del Estado, a pesar de su amistad con el Ministro Grimaldi, y ser desterrado de la Corte durante estos años, ya que *El Pensador* dejó de publicarse en este tiempo.
1767. Se reanuda la publicación de *El Pensador*. También este año el ministro Campomanes le nombra "Oficial Mayor para la correspondencia de los asuntos relativos a la ocupación de los bienes de los jesuitas". Por esta época escribe su libro *Los jesuitas reos de lesa Majestad Divina y humana* (obra que permanece inédita).
1769. Aparecen los dos tomos primeros de la traducción realizada por Clavijo y Fajardo de los *Discursos Sinodales del Ilustrísimo Masillón*, publicándose en 1773 el tercer tomo, sin indicar su traductor.
1770. Se nombra a Clavijo director de los teatros de los Reales Sitios, para encomendarle, por deseo del rey Carlos III, la reforma del teatro español dentro de las tendencias neoclásicas. Con este motivo Clavijo traduce cerca de ocho comedias y tragedias francesas, como veremos en el apartado correspondiente.
1773. El ministro Grimaldi, en nombre de la primera Secretaría de Estado, le encarga que continúe la publicación del *Mercurio Histórico y Político de Madrid*, que había estado dirigido por su paisano Tomás de Iriarte, el célebre fabulista, labor que continúa Clavijo hasta 1779.
1777. Al crearse el Gabinete de Historia Natural de Madrid, el rey Carlos III nombra a Clavijo "Formador de Indices y Secretario para la correspondencia de dentro y fuera del Reino". La actividad de nuestro escritor llega a su culminación desarrollando múltiples labores intelectuales, pues además de la di-

rección del *Mercurio* redacta, alternativamente, el *Diccionario Castellano de Historia Natural* de Buffon.

1786. Clavijo y Fajardo es nombrado, al morir don Pedro Franco Dávila, segundo director del Gabinete de Historia Natural, cargo que desempeña sólo dos meses por la llegada de don Eugenio Izquierdo, quien es nombrado director, y Clavijo pasa a ser vicedirector con fecha 24 de marzo del mismo año. Mas debido a que Izquierdo tiene otro empleo en el Ministerio de Marina es Clavijo quien lleva todo el peso de la correspondencia, inspección y catalogación de las piezas del museo.
1794. Don Eugenio es obligado a elegir entre la dirección del Gabinete y su cargo en el Ministerio de Marina, optando por esta segunda alternativa. Sin embargo, al quedar vacante la plaza, no la ocupa Clavijo, sino que sigue en su puesto de vicedirector, pero con sueldo y título de director.
1798. Al ser designado Carlos Gimbernat vicedirector, es nombrado Clavijo director del Gabinete de Historia Natural, que bajo su mandato adquirió gran importancia por sus instalaciones y correspondencia con las Academias de Historia Natural europeas.
1799. Con la ayuda de eminentes naturalistas como Asso, Herrgen, Proust, Cavanilles y otros, empieza a publicar los *Anales de Historia Natural*, que duró hasta 1804. En este mismo año de 1799 Clavijo es jubilado con todos los honores, conservando, sin embargo, el sueldo de director, en atención a sus muchos servicios.
1800. El rey Carlos IV le concede el título de miembro del Tribunal de la Contaduría Mayor del Consejo de Hacienda. También la Sociedad de Amigos del País de la Isla de Gran Canaria le nombra miembro de la misma. Ingresa, por sus méritos, en las Aca-

demias de Historia Natural de Berlín y de Copenhague.

1802-1805. Clavijo continúa su traducción y publicación de los cuatro últimos volúmenes de la *Historia Natural* de Buffon y Le Cepède.

1806. José Clavijo y Fajardo muere el 3 de noviembre en Madrid a la edad de 80 años de vida fecunda, y actividad en pro de las nuevas luces que se extendían por el mundo, en beneficio del arte, del bien y de la verdad.

## 2. Clavijo entre la realidad y la ficción.

A continuación vamos a exponer a través de una obra de Ricardo Baroja, titulada *Clavijo, tres versiones de una vida* (1942), las distintas interpretaciones que se han dado con motivo de los amores de Clavijo y Fajardo con una hermana del célebre dramaturgo francés Beaumarchais siguiendo la imaginación de nuestro escritor, quien dice "Me atrevo a poner lo imaginado por mí, junto a las imaginaciones de dos autores celeberrimos: una gloria de las letras francesas (Pedro Antonio Caron de Beaumarchais); el otro, de las germanas (Goethe)".

Una hermana del referido dramaturgo francés, María Josefa, se estableció en Madrid al casarse con el conocido arquitecto Guilbert. Con los esposos venía María Luisa (Lissett) con la que Clavijo establece relaciones amorosas, y, según Espinosa, "hasta parece llega a darle palabra de matrimonio, que debía efectuarse tan pronto como el mismo obtuviera un empleo". (Efectivamente, como hemos dicho, Clavijo obtiene en 1763 el nombramiento de Oficial del Archivo de Estado). Sin embargo, "ya anunciado el casamiento rompe Clavijo bruscamente, sin dar la menor excusa, sus relaciones con Lissett". María Josefa escribe a su padre, en tono melodramático, "la ofensa que a la sensibilidad de

su hermana había hecho Clavijo”, y pidiéndole ayuda. Enterado Pedro Agustín de Beaumarchais, a la sazón, Secretario de Luis XIV, decide viajar a Madrid, adonde llega el 18 de mayo de 1764. Dejemos el relato del encuentro de los dos escritores, el francés y el español, en la pluma de nuestro Agustín Espinosa:

“Ya en Madrid, busca Beaumarchais a Clavijo, y en un momento de energía y habilidad en que demostró toda su serenidad de comediante, logra arrancarle una declaración, poco honorable para Clavijo, y destinada a garantizar el honor de la señorita Caron. Amedrentado tal vez Clavijo al verse convertido en el fatal blanco de los odios de un adversario tan astuto como decidido, comprende que es aquél el momento de hacer actuar su ingenio y demostrar al exarpesta de Luis XIV que tiene enfrente a alguien que, poniéndose a intrigante, puede aventajarle. A ese fin solicita Clavijo una reconciliación con su amada. Beaumarchais la acepta, y la reconciliación se verifica; pero cuando Beaumarchais cree que el matrimonio se va a realizar, se entera que Clavijo trabaja secretamente contra él, y que ha obtenido del Gobierno la orden de apresarle y expulsarlo de España. Beaumarchais, irritado, se justifica ante los ministros, y consigue, con su hábil política de experto diplomático, que sea arrojado Clavijo de su plaza de Oficial del Archivo y probablemente de la Corte” (véase *Don José Clavijo y Fajardo* (1970), pp. 23-24).

### Versiones literarias francesas:

1.<sup>a</sup> versión: Beaumarchais no ha conseguido su principal objetivo, que era el casamiento de su hermana, pero decide vengarse por medio de la ficción literaria. Su primera obra dramática *Eugenie* (estrenada el 20 de enero de 1767) toma como asunto el episodio ocurrido en Madrid tres



años antes, haciendo aparecer a Clavijo bajo la malvada personalidad de un aventurero, en su conde de Clarendon. No contento con esto el escritor francés publica un panfleto contra Clavijo en su *Fragmento de mi viaje a España* (1774), donde hace un soez e insultante retrato de Clavijo y Fajardo, por el cual la *Biographie Universelle* le acusa de calumniador. Estas mismas Memorias han de servir de inspiración a las versiones dramáticas de este episodio como son: *Norac et Jovalci* (1785) de Marsollier, *Clavijo ou la Jennesse de Beaumarchais* (1806) de León Halévy y *Beaumarchais à Madrid* (1831), representadas estas últimas cuando los modelos de sus protagonistas habían desaparecido.

### Versión literaria germánica:

2.<sup>a</sup> versión: Surge también de la misma fuente francesa. Veamos primero cómo el mismo gran escritor alemán, Jhoan Wolgan Goethe cuenta en sus *Memorias de mi vida. Poesía y verdad* (libro XV) la génesis de su drama *Clavijo*, compuesto el mismo año de la publicación de la "Cuarta Memoria" de Beaumarchais, cuando el escritor alemán apenas contaba 25 años.

"Solía leerse —escribe— algo nuevo en cada una de nuestras reuniones, y en una velada llevé, como novedad fresca, la *Memoria* de Beaumarchais contra *Clavijo*, en el original. La lectura fue recibida con aplauso; no faltaron comentarios, y luego que se hubo hablado mucho del libro dijo mi querida pareja:

"—Si yo fuera tu amada y no tu mujer, te suplicaría que transformases esa *Memoria* en un drama, que creo te saldría bien.

"—Para que veas querida, que amada y mujer pueden estar reunidas en una sola persona, te prometo

que dentro de ocho días leeré este cuaderno transformado en una pieza dramática.

"El auditorio se admiró de tan osada promesa, pero yo me dispuse seguidamente a realizarla, pues en semejantes casos el poder de invención me venía de momento; (...)

"Antes de llegar a mi casa, si bien dando un gran rodeo, tenía ya casi pensada la obra; pero para que esto no parezca demasiado pretencioso, confesaré que ya en la primera y segunda lectura el asunto me había parecido dramático, aunque si no fuese por la sugestión de la muchacha la obra hubiera quedado, como tantas otras, en puro proyecto. Cansado de los malvados que por venganza, odio o motivos mezquinos se ponen enfrente de una naturaleza noble y la destrozan, quise que en Carlos el buen sentido y una amistad verdadera luchasen contra la pasión, la inclinación y una situación apurada, para motivar de este modo una tragedia. Autorizado por nuestro padre Shakespeare, ni por un momento sentí escrúpulos para traducir al pie de la letra la escena fundamental y la exposición dramática propiamente dicha. Para acabar pronto, tomé el desenlace de una balada inglesa, y así, había despachado aun antes de que llegase el viernes. Se me concederá que la lectura produjo muy buen efecto". (Trad. española de José Pérez Bances, Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1922).

Tomándola del *Diccionario Literario* (Obras) de González Porto-Bompiani, vamos a hacer una síntesis del argumento del drama goethiano: María Beaumarchais vive con su hermana Sofía y su cuñado en una ciudad española. El padre las había confiado, siendo niñas, a un corresponsal comercial que había prometido adoptarlas. Pero éste muere dejándolas desamparadas. Conocen a un joven, Clavijo, que está

como ellas en dificultades financieras. Le ayudan y él promete casarse con María en cuanto encuentre un empleo. Pero en cuanto es nombrado notario en la Corte, rompe el compromiso. María enferma del disgusto, y Sofía llama a su hermano Beaumarchais, que está en Francia, quien llega de improviso, obligando a Clavijo, ante testigos, a escribir una especie de confesión de traición por su parte y un certificado de buena conducta moral por parte de María. Clavijo consigue del francés que no publique dicho documento si la muchacha se aviene a perdonarle. En el tercer acto visita a la joven y, viéndola tan consumida, siente que se despiertan sus remordimientos, se arroja a sus pies y obtiene el perdón de María. Beaumarchais rompe los documentos y le abraza fraternamente. Mas, Carlos, el amigo y consejero de Clavijo, que ya antes le había dicho que debía abandonar a la joven, obstáculo en su brillante carrera, vuelve ahora al asalto susurrándole que puede con la ayuda de sus influencias en la Corte, deshacerse de Beaumarchais, haciéndole desterrar. Clavijo se resiste, pero Carlos insiste y le muestra el absurdo de semejante matrimonio. María está enferma, está ya marchita, y Clavijo no podrá presentarla en la Corte. El desgraciado joven se deja convencer y huye, dejando una carta de despedida a María, quien al leerla su corazón enfermo deja de latir. El último acto representa el entierro de María: es de noche y aconsejan a Beaumarchais que huya, pues hay presentada una denuncia contra él. Clavijo llega sin saber nada de la muerte de su amada. Ve el cortejo fúnebre y adivina la verdad, y un ímpetu desesperado de amor y de arrepentimiento le obliga a lanzarse sobre el ataúd. El hermano presente le desafía y le atraviesa con su espada. Cae Clavijo herido de muerte diciendo que está contento de morir con María, perdonando a Beaumarchais, que también le perdona.

En cuanto a la interpretación y valor literario de esta obra hay opiniones contradictorias. R. M. Tenreiro, su traductor al castellano (Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1935), opina que la obra no "merece ciertamente figurar entre el *Goetz*, el *Werther* y el *Fausto*" aunque aparezcan en *Clavijo* algunos gérmenes de ellas. "Sin embargo —sigue diciendo— el poeta puso muchos rasgos autobiográficos, muchas de las personales emociones provocadas en él por los sucesos de su vida... La relación entre Clavijo y María, como la de Weislingen y María en *Goetz von Berlichingen*, encarna el dolor que sentía Goethe por su comportamiento con Federica, la amada de sus tiempos de estudiante en Alsacia, lo mismo que en Carlos están representados los amigos, más o menos filisteos, que pretendían regir la vida del poeta, y que con sus consejos ahogaban, en él a veces muchos de sus altos impulsos". En conclusión dice Tenreiro que "por todo elévase Goethe del trivial terreno de la anécdota, y pone muchas veces en boca de sus personajes palabras en que se revela un hondo sentido de la vida. En la gran escena del cuarto acto entre Clavijo y Carlos, por ejemplo, expone éste conceptos acerca de los deberes del hombre superior, en que casi parece anunciarse la moral de Zarathustra".

Por su parte G. F. Ajroldi (autor de la nota del *Diccionario literario*) dice que "Si *Clavijo* es, entre las obras dramáticas de Goethe, una de las características del *Sturn und Drang*, basta compararlo con las demás del mismo movimiento para advertir su superioridad". Así por ejemplo afirma que si "la enfermedad de María, que determina su muerte, de la que la carta de Clavijo es sólo la ocasión, agiganta su remordimiento que se hace mayor con la verosimilitud, como conviene a un sentimiento que asume proporciones trágicas. En el último acto, que recuerda el entierro de Ofelia, todos los personajes tienen acentos nobles y sublimes: con la pasión y el dolor salen de la mezquindad del ánimo pobre y consiguen verdadera humanidad".

Finalmente, Ricardo Baroja, opina en la obra citada que "Goethe, como quien lee las Memorias de Beaumarchais,

comprende fácilmente que casi todo lo relatado en ellas es mentira, embrollo, absurdo, deseo de legitimar procedimientos inconfesables...". Por lo que "para prestar aspecto de verosimilitud a los muñecos imaginados por Beaumarchais, Goethe muestra otro muñeco todavía más inverosímil, más mentecato, si cabe, que los inventados por el autor francés". Y así le parece a Baroja que "el don Carlos del drama de Goethe" es quizá, aparte de ser "un Yago mucho más verosímil, mucho más incomprensible que el tipo, hipócrita, malvado de Shakespeare", "es la primera encarnación de Mefistófeles". Y que, por supuesto, "la figura de Clavijo, es absolutamente distinta de la de Beaumarchais y lo más notable es el carácter de este mismo personaje, el de Beaumarchais. Ambos protagonistas están casi calcados de las figuras shakesperianas. Goethe no respeta lo que, equivocándose mucho, podría llamarse verdad histórica..."

## II. CLAVIJO, HOMBRE DE LA ILUSTRACION

### 1. Significación de la personalidad y el pensamiento de Clavijo.

Don José Clavijo y Fajardo, nacido y formado en uno de los lugares más alejados de la cultura de su tiempo, Canarias, va a ser uno de los hombres claves más representativos de España dentro de las corrientes de la Ilustración europea. Mas Clavijo se forma en las raíces, en los orígenes del movimiento ideológico moderno de procedencia inglesa, tanto en lo filosófico y moral (Locke) como en su expresión y comunicación social (Addison), pero su espíritu filantrópico, su amor, de raíz cristiana, por el prójimo, hace que mantenga un equilibrio entre la reflexión empirista de la ciencia para el conocimiento y la educación del individuo, la sociedad y la nación. Pero tanto el método del racionamiento lógico como las ideas estéticas se encuentran en el tratado peda-

gógico lockiano *Pensamientos sobre la educación* (1693), que está basado, según Augusto Messer, en que "una acción es buena por su concordancia con una norma". El filósofo inglés distingue tres clases de normas: la ley divina, la ciudadana o la política y la opinión pública". Con razón observa "que las normas morales tienen un poderoso apoyo en la aprobación y desaprobación de nuestras obras por nuestros conciudadanos, y apenas hay quien posea la fortaleza interna de desafiar esta opinión pública" (véase *La filosofía moderna. Del Renacimiento a Kant*. Ed. Rev. Occidente, Madrid, 1958). Esto explica las contradicciones entre la vida y la obra de Clavijo y Fajardo, y también su estricta aplicación de las normas morales tradicionales y al mismo tiempo las renovadoras ideas del neoclasicismo literario. Según Agustín Espinosa, "Clavijo, al poner todo su interés en acabar con la ignoración española, no lo hace —como Feijoo— para colocar a su patria al nivel de la cultura ultrapirenaica, sino para conseguir su mejoramiento, exclusivamente; en el sentido ético de la palabra, porque Clavijo no cree pueda haber otro fin en todas las obras humanas que el moral, y quiere una moral consciente por medio de la instrucción, y ve en la incultura la causa de todos los males". Y afirma más abajo que "las severas máximas morales le aprisionan, no dejan en completa libertad su espíritu, y aunque admira y elogia, muy hombre de su época, la filosofía lockiana, y, en general, todo el movimiento filosófico y literario de su siglo, no se penetra completamente con él, y permanece en su posición antirrevolucionaria, sometiéndolo todo a reglas, temiendo siempre pecar de demasiado avanzado o extranjerizado, punto que le separa de Feijoo y de muchos de los reformadores españoles del s. XVIII" (véase *José Clavijo y Fajardo*, Gran Canaria, 1970).

Pero además de Locke y Addison, influyeron en el espíritu de Clavijo los más conocidos forjadores del enciclopedismo europeo: Voltaire y Rousseau, el primero acaso con el pensamiento superficial que muestra —según dice Julián Ma-

rias— en su *Diccionario filosófico* "del empirismo, el destino y la imagen física del mundo popularizada" (*Historia de la Filosofía*, Rev. Occidente, Madrid, 1941), como se puede ver en el segundo con su imperativo de la vuelta a la naturaleza (Estudios de la Historia Natural), sin sentimentalismo, su preocupación pedagógica, su sentido democrático de la voluntad general. Pero hay que tener muy en cuenta también la influencia de Montesquieu en la ideología de Clavijo, tanto por su espíritu crítico expresado en *Las Cartas persas* (como se puede ver en las estructuras de muchos artículos de *El Pensador*) como por *El Espíritu de las Leyes*, que debieron ser para Montesquieu, según P. Hazard, como "las relaciones necesarias que derivan de la naturaleza de las cosas", con lo que a veces se intentan justificar acciones sociales hoy no justificables (como serían la inquisición o la esclavitud). Pero para nosotros Montesquieu debió ser el modelo a imitar por Clavijo en su sistema de vida y de trabajo, porque ambos tienen una constante dedicación al conocimiento de todos los saberes que atañen al hombre y al mundo: la naturaleza, las leyes, lo literario y la filosofía, como se puede comprobar en las múltiples actividades que ambos escritores desarrollaron en sus vidas y en sus obras. Acaso todo ello sea una muestra de cómo nuestro pensamiento ilustrado y nuestro neoclasicismo (Fernández de Moratín, padre, Cadalso, García de la Huerta, Jovellanos, etc.) estuvieron siempre a caballo en la tradición y en el pensamiento del s. XVII, y la renovación filosófica y literaria del s. XVIII; siendo sin embargo Clavijo, a pesar de su timidez, uno de los más avanzados en la reforma social, política y literaria de los ilustrados españoles.

## 2. Clavijo: su moral y su filantropía.

Estas dos cualidades o actividades de Clavijo están estrechamente unidas, y, a su vez están condicionadas a su pensamiento ético y filosófico. Y todo ello tiene un fin muy característico del s. XVIII: asegurar la felicidad del hombre.

Ya Paul Hazard ha dicho que "más que todas las verdades, las únicas importantes son las que contribuyen a hacernos felices" (*El pensamiento europeo en el s. XVIII*, Rev. de Occidente, Madrid, 1946) y que "la filosofía debía ser dirigida por la práctica; no debía ser otra cosa que la busca de la felicidad". Y para conseguir este fin, Clavijo dedicó toda su actividad y toda su obra; que significa, como él anuncia en el prólogo de *El Pensador*, que "lo mismo que se procura mejorar los caminos, las tierras, la raza de los caballos, para el servicio del hombre, ¿por qué no se ha de procurar el mejoramiento del hombre, objeto de tantas atenciones?". Por eso afirma Espinosa que "ese deseo de Clavijo de mejorar a los hombres, ese desmedido sentimiento de humanidad que cultiva en toda su obra, le hace sufrir dulcemente, y poner todos sus medios en acabar con todo aquello donde vea radicar el origen de los males de la nación, teniendo pues, el Filantropismo, reinante entonces en toda Europa, su más perfecto modelo en el autor de *El Pensador*" (*ob. cit.*).

Como hemos apuntado, la moral filantrópica de Clavijo tiene dos raíces: una la moral religiosa tradicional española y otra la enciclopédica francesa de origen inglés. Diderot afirma que "el primer deber del hombre es hacerse feliz. De ahí deriva la necesidad de contribuir a la felicidad de los demás". Y ello, como hemos indicado, es lo que propone Clavijo, pues "la virtud para los ilustrados es igual a la sociabilidad" (véase "De las tertulias", pensamiento n.º XVII, tomo II de *El Pensador*). D'Alambert, por su parte, dice que "la moral es quizá la más completa de todas las ciencias, en cuanto a las verdades, que son sus principios: la necesidad que tienen los hombres unos de otros...". Según Hazard las tres virtudes de esta moral son: "la tolerancia (poder entrar en la razón del prójimo; todos estamos sujetos a error); la beneficencia (que sustituye a la caridad) y la humanidad (la virtud por excelencia para los moralistas del s. XVIII, es el punto de partida y de llegada)". Todas estas virtudes se reflejan en el pensamiento moral de los artículos de *El Pensador*. A este propósito recuerda Espinosa que en "Gaceta



de Madrid" (1.º de mayo de 1806) "que da la noticia de su muerte, dice que ejercitaba Clavijo las virtudes más humanas entre las cuales sobresalían especialmente, su caridad con los pobres, y él nos cuenta en *El Pensador*, que las horas que tiene libres las emplea en examinar toda clase de gentes. Visita los teatros, los paseos, las tiendas, y habla con el sastre, el zapatero, el aguador, y, aunque aprende más en estas visitas y diálogos que en la Universidad en diez años, sale de ellas apesadumbrado, con una tristeza del mal tan grande que reina en el hombre. Este sentimiento de humanidad no es, pues, solamente literario, sino que se extiende a su vida pública y privada" (*ob. cit.* pp. 50-51). En el Pensamiento n.º LX (tomo V) expone Clavijo sus ideas sobre el filantropismo y la beneficencia, como únicos caminos para conseguir la felicidad, "virtud (la beneficencia) que en algún modo nos hace semejantes al Creador, la única que puede llenar el corazón del hombre en lo humano; (...) ¡Hacer bien a otros! Miserable corazón el que no conoce lo que esto encierra. Aquí se incluye cuanto bueno se pueda decir del hombre. Grande, noble, caritativo, generoso, magnánimo, piadoso, compasivo, discreto; todo esto y mucho más tiene en sí el que es benéfico" (véase Antología).

### 3. Clavijo y la Educación.

Fundamental es el tema de la Educación para los ilustrados, pues era el obligado camino para preparar a los hombres a ser felices. También en esto tiene una importancia decisiva la influencia de Locke con su obra *Pensamientos sobre la Educación* (1693) en la formación de los pedagogos e ilustrados del s. XVIII, entre los que tenemos que incluir a Juan Jacobo Rousseau y a Clavijo, que son contemporáneos, aunque el canario tomó, a veces, ejemplos del filósofo francés, pero conservando siempre un criterio más personal: así, por ejemplo, la educación que le preocupa a Clavijo es "la educación espiritual". Sin embargo, en otros casos nuestro escritor imita a Rousseau en las Cartas de *El Emilio* (1762)

"en contestación a otras de supuestas damas y caballeros, que se quejan de la mala educación que les han dado", donde se exponen muchas de las ideas pedagógicas de Locke. Por ejemplo, el Pensamiento XIX (tomo II) "Sobre los viajes" aparece también en el tratado de Educación del filósofo inglés, basado en el "perfecto conocimiento del mundo", pues como dice P. Hazard "suya es la idea de que el conocimiento no es más que la relación entre los datos que aprehendemos en nosotros, de que la verdad no es más sino la coherencia de esa relación. Suya es la reducción del hombre al hombre". Por eso en el referido Pensamiento de Clavijo comienza diciendo: "mi natural curiosidad me conduce a todas partes a examinar del modo que puedo los vicios, y las ridiculeces de los hombres, que de algún tiempo a esta parte son mi único estudio (...). Mi ánimo es aprender en la conducta de los hombres a reformar la mía, y a volverles para su corrección las lecciones, que ellos mismos me han dado" (véase nuestra Antología). No se puede expresar con más claridad el método y el objetivo pedagógico de los Pensamientos de Clavijo y Fajardo, que al mismo tiempo coincide con todo el sistema de conocimiento de la Ilustración y de la Enciclopedia, pues así resume Paul Hazard sus ideas: "Pensamientos racionales sobre Dios, sobre el mundo y sobre el alma, pensamientos racionales sobre el hombre, pensamientos racionales sobre la sociedad...". Eso es, precisamente, lo que propone *El Pensador*. Como dice muy bien Agustín Espinosa: "Las campañas pedagógicas de Clavijo tienen sobre todo un mérito indiscutible, que no es fácil encontrar en los demás discípulos de Locke: esa facultad y talento, a todo punto admirables, de saber adaptar a las costumbres y carácter españoles las ideas pedagógicas del gran educador inglés, apartándose al mismo tiempo de las interpretaciones demasiado subjetivas, que condujeron a Rousseau, entre otros, a frecuentes contradicciones" (*ob. cit.* p. 109).

Sin duda el sistema educativo de Clavijo debía seguir el método racional, empírico e inductivo, y que consistiría

como dice Hazard en: "Observar el despertar de las facultades pueriles"; luego "satisfarán las que manifiestan primero, la curiosidad, el espíritu de imitación, la memoria; y si se trata de historia natural, mostrarán primero los árboles y los frutos, las aves y los insectos..." (fue a este conocimiento al que Clavijo le dedicó más tiempo, llegando a ser, por ello, director del Gabinete de Historia Natural de Madrid). Pero todo estudio o método de enseñanza sería baldío, si no se hace con amor, con caridad, como decían los cristianos antiguos, "y con espíritu de beneficencia o filantropía", como los señalados con los números VIII (t. II) y LXVIII (t. V), están dedicados a la educación de los niños por sus V), están dedicados a la educación de los niños por sus padres. En este último pensamiento dice: "El cuidado de formar el corazón y el espíritu de los hombres —dice Clavijo— aquél en lo concerniente a las virtudes morales, y éste en lo que mira a la conducta de la vida, y conocimiento del mundo no es tan privativo de los ayos, que los padres no hayan de encargarse de una gran parte, siendo, como son, los principales ayos y los otros subalternos suyos". Sin duda, Clavijo conocía una de las conclusiones pedagógicas de la Ilustración, que decía: "Una cosa es la instrucción; y otra es la educación; ésta es con mucho más importante, porque si está bien dirigida producirá ciudadanos" y hombres útiles, activos y felices (véase sobre este tema Los Pensamientos sobre "Educación" y "Los Viajes", números ya citados de los tomos I y V).

### III. CLAVIJO Y SUS OBRAS

#### 1. Trabajos sobre las Ciencias de la Naturaleza.

El estudio de las Ciencias de la Naturaleza en Clavijo y Fajardo es una consecuencia directa de su ética, de la búsqueda de la felicidad del hombre en la tierra donde se ha formado, puesto que uno de los postulados de la Ilustración es que "gracias a la Ciencia, la vida se haría más buena y bella".

Desde Newton y Bacon, se había restablecido el imperio de la razón, el ejercicio de la experiencia, y esto sólo podía realizarse por medios físicos. Por eso Buffon, el autor de *La Histoire Naturelle* (que había empezado a publicarse en 1749) decía: "En matemáticas se supone; en física se afirma y establece (...) Allí son definiciones, aquí son hechos... Se marcha de observaciones en observaciones en las ciencias reales". Este es, justamente, el método que utiliza Clavijo para conocer el mundo que le rodea y sacar consecuencias beneficiosas para el hombre, aplicando sus observaciones no a los elementos físicos sino a los sociales, o sea a los hechos humanos; tomando al hombre como objeto de sus experiencias morales.

En los 25 años que Clavijo estuvo empleado —como ya se ha dicho— por expreso deseo del rey Carlos IV, en el Gabinete de Historia Natural, realizó una extraordinaria labor en el campo de esta ciencia: 1.º) redactó "Los índices de las producciones y curiosidades de dicho museo", al mismo tiempo que realiza el catálogo científico de éste; 2.º) forma un mediano vocabulario de esta ciencia en los idiomas castellano, latín y francés (estas obras permanecen inéditas); 3.º) estableció la Escuela de Mineralogía en 1798; 4.º) fue uno de los fundadores del periódico "Anales de Historia Natural" (1799-1804). Mas la magna obra de Clavijo en este terreno fue la traducción y publicación de los 21 tomos de la *Historia Natural* de Buffon y La Cépède, editada a lo largo de 20 años, entre 1785 y 1805. Reproducimos a continuación la síntesis de la portada del primer tomo:

Historia natural,/ general y particular/ escrita en francés/ por el conde de Buffon, intendente del/ Real Gabinete y Jardín Botánico/ del rey christianísimo, miembro de las/ Academias Francesas, y de las Ciencias/ y traducida por don Joseph Clavijo y Faryardo/ (doble filete) tomo I (doble filete) Madrid/ por don Joachin Ibarra, Impresor de la Cámara de S.M./ con las licencias necesarias (filete) MDCCLXXXV.

Lleva este primer tomo un prólogo que según A. Espinosa es "tan perfecta literaria y científicamente como interesante por la fructífera labor investigadora que encierra". Dicho prólogo aparece dividido en seis artículos. En el III habla de la Historia Natural, sus objetos y sus límites, y dice que es "la Ciencia que comprende cuanto contiene este Universo material", pero como "a esta multitud de objetos pertenecen varias ciencias y artes, que no corresponden al mero naturalista" se ciñe a considerar los animales, vegetales y minerales en todos sus diversos estados". En el artículo IV expone la utilidad del estudio de la Historia Natural, "así como en lo moral como en lo físico". En el primer caso "se desprende fácilmente puesto que conociendo bien la naturaleza es como se llega a comprender la naturaleza de Dios ante las maravillas de la creación". Y en cuanto a la "utilidad física es enorme, ya que tan amplio es el objeto de la Historia Natural" puesto que está probado que su auxilio es indispensable por lo que ha suministrado a la Física, la Química, la Medicina, las Matemáticas, la Geografía y a la Agricultura, y como "las producciones de la Naturaleza han sido el origen de todas las artes". Aquí volvemos, pues, a ver cómo Clavijo es hombre de su tiempo, que como es sabido —siguiendo a los clásicos— tanto los científicos como los artistas y escritores, la Naturaleza era la fuente de la verdad, el bien y la belleza (véase el apartado sobre Historia Natural de Agustín Espinosa en el libro citado, pp. 72 a 77).

## 2. Traducciones literarias.

La labor traductora de Clavijo y Fajardo, del francés y del italiano, fue muy importante para la difusión de las corrientes científicas y literarias de las nuevas ideas o tendencias de la Ilustración y del Neoclasicismo. Ya hemos visto, en el apartado anterior, su importante trabajo en la traducción de la célebre obra de Buffon. Ahora vamos a exponer sus

traducciones; aunque no tan importantes, sí prestaron un servicio al conocimiento de las tendencias estéticas y literarias de aquella época.

Paul Hazard nos dice que "el seudoclasicismo del s. XVIII arrastró un grave peso de imitación. Obedeció a las reglas, discutiéndolas y sufriendolas; se contuvo dentro de los géneros establecidos; hubiera querido encontrar otros y no los hallaba" (véase *ob. cit.* p. 211). En cuanto a Clavijo, a Espinosa le parece que no toma en serio las normas clasicistas de Boileau; y al mismo tiempo le parecía que las Comedias francesas pecaban de demasiada sujeción a las reglas y las españolas por demasiada libertad. Por eso acaso Espinosa tiene razón cuando escribe: "Clavijo parece colocarse ante Boileau en un término medio, imitando, seguramente, a la lectura de la *Poética* luzana, y obligado por ese equilibrio que suele tomar su espíritu, vacilante entre las corrientes literarias francesas y nacionalistas" (*ob. cit.* pp. 86-87). Por eso, quizá, Clavijo, que tenía, sin duda, talento y conocimiento para producir una tragedia o una comedia originales, se contentó con traducir obras del teatro francés para ofrecer los modelos de las nuevas corrientes del buen gusto y otras obras españolas corregidas con el fin de contribuir a la reforma de la escena nacional, desde el teatro del Príncipe o desde los teatros de los Sitios Reales. Sin duda ello coincide con su oficio de reformador de las costumbres y de las artes, y no de creador, que, por otra parte es la tendencia de la época: la crítica y la imitación. Tuvo pues Clavijo la inteligencia de comprender los límites de sí mismo y de su tiempo, traduciendo el repertorio de obras que damos a continuación:

I. *La Feria de Valdemoro/ Zarzuela/* que ha de representarse en primer día de las/ Tres Fiestas, que da el Excelentísimo Señor/ Conde de Rosenberg. Embajador de SS.MM./ Imperiales, en los Reales Desposorios del Se-/ renísimo Señor Archiduque Pedro Leo-/ poldo, y la Serenísima Señora D.<sup>a</sup> María

Luisa, Infanta de España. / En Madrid: / MDCCLXIV.  
/Don Joachin Ibarra. Tres jornadas en verso. Prólogo  
que recita Himeneo.

II. Comedia / en prosa / *El vanaglorioso*. / Tradu-  
cida del francés. /En 5 actos. Barcelona. En la Imprenta  
de Carlos Gilbert y Tato. Impresor y Mercader de  
Libros.

III. Sainete nuevo. / *Beltrán en el Serrallo*. En verso.  
Del apunte Eugenio Morales. S. XVIII.

IV. *El Heredero Universal* / Comedia en Prosa /  
en 5 actos. Apunte de Antonio de Guzmán.

V. *La Andrómica*. Tragedia de J. Racine.

VI. *El barbero de Sevilla*. Comedia. Pedro A. Caron  
de Beaumarchais.

VII. *Semíramis*. Tragedia. P. Jolyot de Crébillon.

Aparte de las piezas teatrales mencionadas, Clavijo tradujo  
otras obras de tipo moral y religioso como son "El Discurso  
que precede al Diccionario de las Herejías del Abate Pluquet",  
citado por Viera y Clavijo (*Historia de las Islas Canarias*,  
tomo IV), pero del que Espinosa dice no haber encontrado  
ningún ejemplar, y también la obra siguiente de la que  
reproducimos la síntesis de su portada:

Conferencias/ y/ discursos synodales/ sobre las prin-  
cipales obligaciones/ de los eclesiásticos,/ con una  
colección/ de cartas pastorales/ sobre diferentes asun-  
tos/ por el ilustrísimo señor/ don Juan Bautista Ma-  
sillon Padre de la / Congregación del Oratorio, uno  
de los / quarenta de la Academia Francesa,/ y Obispo

de Clermont/ tomo primero MDCCLXIX./ Madrid.  
Por don Joachin/, Impresor de Cámara de S.M./ (Filete)/ Con las licencias necesarias.

En el prólogo nos dice que la obra está compuesta de tres tomos, "de los cuales el primero contiene la conferencia dicha por Masillon siendo director del Seminario de San Magloro; el segundo las que hizo en el Seminario de San Clermont, y el tercero las que pronunciaba en el Sínodo de su diócesis". Explica además Clavijo el objeto de las conferencias de Masillon, la sencillez con que expone las reglas, apoyándolas con sólidas razones, y mostrando lo vano e inútil de autorizar los abusos con su duración.

Por último, habría que señalar que algunos artículos de *El Pensador* son traducciones del francés como "efectos de la pasión en el Teatro" de Raccobone (tomo V. Pensamiento LXIX) o "sobre el poco cuidado que tienen las Damas de aprovechar las ocasiones de dar valor a su sexo", que está formado de algunos fragmentos de *Sofía* de Rousseau (libro V del *Emilio*) que corresponde al tomo III, Pensamiento XXXI. Otras veces no confiesa su procedencia en "Historia del Comercio", cuya primera parte apareció en el Pensamiento XXXVIII del tomo III, y la segunda, al haberse reproducido en otro lugar, aparece en el Pensamiento XL, porque su traducción era superior a la ya publicada. El valor de las traducciones de Clavijo ha sido reconocido desde Menéndez Pelayo hasta Agustín Espinosa, quien dice que Clavijo emplea "un lenguaje perfectamente castellano, desechando los giros y palabras francesas tan de moda entonces..." (*ob. cit.* p. 81).

### 3. Ensayos poéticos y artículos periodísticos.

a) *Algunos poemas de Clavijo.* En el Pensamiento del tomo I de *El Pensador*, titulado "El Diógenes moderno" (que recogemos en la antología de este volumen) aparecen



los primeros versos de Clavijo. Estos alternan con la prosa y van dirigidos a las fantásticas sombras que Diógenes ilumina con su famosa linterna en busca de "un hombre", que nosotros exponemos en una sola composición ahora:

Dicen que en todas partes  
hay hombres; no es extraño  
pero ¿dónde se ocultan,  
que por más que los busco, no los hallo?

En Madrid no los veo,  
ni los oigo en sus campos:  
¿es animal el hombre,  
que ni habita en desierto ni en poblado?

Por el hombre pregunto  
en la Villa, y sus barrios:  
muchos que hay hombres dicen,  
más nadie señas da para encontrarlos.

Otros cuentan, que hubo hombres  
en los tiempos de antaño,  
cuando se usaban moños,  
calzas, golilla, espada y verdugado.

Cuando Nuño Rosaura,  
a su colega Calvo  
iban con zaragüeyas  
muy apuestos y azas abigarrados.

Cuando eran centinelas  
de todos los estrados,  
ciertas dueñas gangosas  
con anteojos, bayetas y rosario.

Cuando andaban mulas  
Avisenas y Baldos,  
y en España no había  
semilla de cocheros y lacayos.

Cuando traían perilla  
doctores y prelados,  
y el que no tenía pelo,  
no podía libertarse de ser calvo.

Cuando eran muy personas  
los perros y los payos  
los Tellos y los Mendos,  
los Sueros, y los Tenorios, y otros cuantos.

... ..

(Pensamiento núm. VII)

También en otro discurso "Sobre la igualdad de las fortunas", publicado en el tomo III, núm. XXXVII (también incluido en nuestra Antología), en el que se traslada a verso la idea de que "en cualquier estado en que nos hallemos, podemos tener aquella especie de dicha que permite nuestra constitución, y la felicidad sólo puede hallarse en la virtud". La composición de influencia horaciana a través de la poesía renacentista de Garcilaso y Fray Luis de León, se acerca también al seudoclasicismo eglógico de Menéndez Valdés, menos en la forma, pues el poema está constituido nada menos que por 129 pareados endecasilábicos que demuestran su influencia francesa. Es un perfecto poema didáctico-moral que está de acuerdo con las normas del bien vivir y de la virtud que nos hace felices. Desde los primeros pareados nos recuerda el *Beatus Ille*:

En este mundo errante y proceloso,  
donde todo es afán, sólo es dichoso  
aquel que con virtud fácil y pura  
el sosiego del alma se asegura,  
que conforma a sus estados sus deseos;  
y rechazando pensamientos reos,  
satisfecho, y contento en su fortuna  
mira las otras sin envidia alguna.

El tema del enfrentamiento entre la corte y la aldea está presente también en esta composición, como cuando se refiere a la vida de los campesinos:

Véles alegre el rostro, blando el ceño,  
la salud, el vigor, la paz, el sueño,  
y la alegre quietud que no les cesa  
frutos son de su pena y su pobreza.

Bato —un campesino— va a Madrid “y su gran ruido/ apenas entra lo ha confundido”... y pronto “se acuerda de su campo y su sosiego”. Mas, según Espinosa “no es en este discurso moral (...) donde hay que buscar al poeta, sino en los asuntos humorísticos... y recuerda a los odiados poetas españoles del Siglo de Oro, como aparece en el soneto “Beltrán en el Serrallo” o en la jacarandosa “feria de Valdemoso”, o como en esta quintilla epigramática, dedicada a don Agelio, de su Pensamiento núm. XII (tomo III), contra los ociosos y holgazanes”:

Don Agelio Fierrabás,  
el de la persona ex-casa  
que nunca en tu casa estás:  
¡Quién estuviera en tu casa  
para no verte jamás!

b) *Su labor periodística: El Pensador.* La labor periodística de Clavijo comienza por dos obras poco conocidas: *Pragmática del Zelo* y *El Tribunal de las Damas* que pasan por ser dos Discursos más de *El Pensador*, con los que inició sus campañas a favor de la “reforma moral de las costumbres españolas”, especialmente las que atañían a las mujeres. Tanto por la estructura alegórica satírica, como por su tono misógino con que trata el tema de los defectos y vicios de las mujeres poco virtuosas y de los jóvenes petrimetros, está más en la literatura costumbrista y social del siglo XVII que en el siglo XVIII, más en Quevedo, Tirso o Solórzano que en Cervantes o en el padre Isla. *El Tribunal de las Damas* “va dirigido —según Espinosa—

# EL TRIBUNAL DE LAS DAMAS,

COPIA AUTENTICA  
de la Executoria que ganó la  
Modestia en el Tribunal de la  
Razon , representado por  
las Damas juiciosas  
de España.

QUE SACA A LUZ

*D. JOSEPH FAXARDO.*

EN MADRID. Con las licencias necesarias.

---

En la Imprenta de Joseph Francisco Mar-  
tinez Abad , calle del Olivo Baxo.

---

¶ Se hallará en la Librería de Joseph Mathias  
Escrivano , frente de San Phelipe el Real , y en  
su Puerto de las Gradass.

este libro contra los desórdenes y escándalos de la moda, que tanto preocuparon a Clavijo, y que sirvió muchas veces a sus impugnadores para satirizarlo del modo más insolente posible". He aquí el esquema de la portada:

- I. El Tribunal de las Damas,/ copia auténtica/ de la Executoria que ganó la / modestia del Tribunal de la / Razón, representado por / las Damas juiciosas / de España / que saca a luz / Don Joseph Faxardo. / En Madrid. Con las licencias necesarias,/ (Filete). En la Imprenta de Joseph Francisco Martínez Abad, calle del Olivo Baxo (Filete) / Se hallará en la Librería de Joseph Mathias, Escribano, frente de San Phelipe el Real y en / su Puesto de las Gradass. (Al fin); Dada en Madrid a 22 de Julio de 1755.

He aquí un modelo de su lenguaje: "Que la *Modestia*, desterrada ya de España, pasa, antes de dejar el país, por el respetable tribunal, a quien cuenta su triste historia. Ella es natural del Reino español, donde ha vivido, hija de D. *Honor* y de D.<sup>a</sup> *Vergüenza*. La armonía y la paz de su vida fue destruída por la llegada de una extranjera llamada *Moda*, hija (al parecer) del *Bien-Parecer* y la *Novedad*, pero en realidad de la *Obsenidad* y el *Decoro*".

*Pragmática del Zelo* aparece cuatro meses más tarde que la anterior, y viene a ser una especie de revancha de las burlas que le hacen por su primera obra "y que hicieron nacer en él aquel furioso odio a los petimetres que no se separó jamás de su vida", como se puede ver en muchos de sus Pensamientos, como el número LV (tomo V), y que según dice en el prólogo fue para "satisfacer en parte el sentimiento de las juiciosas Damas españolas, y su queja, ofendido el sufrimiento de Vms. y mortificada mi veneración con la imprudencia de muchos hombres que han convertido en Sátira Universal las providencias que tomó *El Tribunal de las Damas...*". Veamos su síntesis bibliográfica:

- II. Pragmática del Zelo / y Desagravio de las Damas,  
/ que saca a la luz / Don Joseph Gabriel / Clavijo  
y Faxardo./ (Viñeta) / En Madrid. / En la im-  
prenta de los Herederos de Don Agustín / de  
Gordejuela, calle del Carmen./ (Doble filete)/  
MDCCLV (Al fin): 24 de Septiembre de 1755.

En el Pensamiento II del famoso periódico de Clavijo aparece una "Carta del *Pensador* a las Damas", se nota cómo aún le duelen los ataques contra sus primeras obras y la preocupación de que ciertas ideas pudieran haberlas ofendido. Por eso quiere aclarar de una vez por todas "que cuando trate de algún defecto de Las Damas, se entienda que hablo con una parte y no con el todo...", pues, "nadie ignora que en todos los siglos ha habido mujeres ilustres...". "Pero —sigue diciendo refiriéndose a las críticas de los impugnadores— me ha parecido conveniente adelantar este aviso, contra las invenciones y las calumnias de la malicia y valga por lo que valiere, sepan todos, que *El Pensador* venera y estima a las Damas como es justo; que les dirá francamente y con lisura su parecer; pero sin intentar jamás ridiculizar un sexo, que es acreedor de todo su respeto" (véase nuestra Antología).

Mas, sin disputa, la obra más interesante y rica como periodista, crítico, ideólogo y moralista está fundada en los 86 pensamientos o discursos de *El Pensador*, cuyas síntesis de las portadas de los seis tomos que los forman son las siguientes:

- I. El Pensador / por Don Joseph Alvarez / y Valladares./ ...Si quid novisti rectius intis, / candidus imperti: Si non, his utere me- / cum. Horat. Lib. Ep. VI, v. 671 / (Viñeta) / Con licencia en Madrid. / En la imprenta de Joachin Ibarra. / (Triple Filete) / MDCCLXII.

II. El Pensador / por D. Joseph Clavijo / y Faxardo.  
(Doble Filete) / Quidquid agunt homines, votum,  
ira, timor, voluptas,/ gaudia, discursus, nostri est far-  
rugo libelli./ Juv. sat. I (Doble Filete) / Tomo II  
(Viñeta) / Con licencia en Madrid. / En la Imprenta  
de Joachin Ibarra / (Triple Filete) / MDCCLXII / Se  
hallará en la Librería de Orcel./ Calle de la Montera.

III. El Pensador / por D. Joseph Clavijo / y Faxardo  
/ (Doble filete) / Nitor in adversum; nec. me. qui  
caetera / vincit impetus; Cor rapido contrarius evehor  
Orbi. / Ovd. Metam. Lib. II 72./ (Doble filete) /  
Tomo III / (Viñeta) / Con privilegio en Madrid./  
En la Imprenta de Joachin Ibarra./ (Triple filete) /  
MDCCLXIII. / Se hallará en la Librería de Orcel, /  
calle de la Montera.

IV. El Pensador / por Don Joseph Clavijo / y Fa-  
xardo./ (Doble filete)/ Admonere volumus, non mor-  
dere: pro. / desse, non loedere: Consulare moribus  
ho-/ minum, non officere./ (Doble filete) / Tomo  
IV / (Viñeta) / Con Privilegio en Madrid. / En la  
Imprenta de Joachin Ibarra. / MDCCLXIII / Se hallará  
en la Librería de Orcel, / calle de la Montera.

V. El Pensador / por Don Joseph Clavijo / Faxardo.  
/ (Doble filete) / Demu sufiel habemus mayus calamo  
ludimux. (Doble filete) / Tomo V / Con privilegio  
en Madrid. / En la Imprenta de Joachin Ibarra. /  
(Triple filete) / MDCCLXVII.

VI. El Pensador / por D. Joseph Clavijo / y Faxardo.  
/ (Doble filete) / Num aliquis dicat Mihi: Qui tu? /  
Nullane habes vitia? Imo Alia, Cor fortasses / minora  
/ Horat. 3 libro I. / (Doble filete) / Tomo VI /  
(Viñeta) / Con privilegio en Madrid. / En la Imprenta  
de Joachin Ibarra. / (Triple filete) / MDCCLXVII.

En el Pensamiento número XLVI (tomo IV), en una supuesta Carta de un detractor de este género de artículos, cree haber hallado un argumento decisivo para destruir la obra y el sentido de *El Pensador*, llamándola "Sátira de la Nación". Clavijo acepta este apelativo, que le parece exacto, pero puntualizando a qué clase de sátira pertenece, pues según afirma no es "aquella de Aristófanes" de la Comedia antigua donde "escribe impugnaciones injustas contra escritores, que no le han dado otro motivo que su general aplauso; la que tira más a las personas que a los vicios, no por horror a éstos sino a aquellos", sino se refiere a la sátira del Quijote, de Horacio, de Quevedo, "la sátira lícita y laudable que impugna los vicios sin nombrar las personas, corrige a los hombres". Así era efectivamente. Con ello está de acuerdo Agustín Espinosa cuando dice en el párrafo siguiente:

"Y esto es, en realidad, *El Pensador*: una sátira lícita y laudable de las costumbres españolas del siglo XVIII, vistas por Clavijo a través de la enorme lente de su sensibilidad, descritas con fuertes trazos de aguafortista, y en la prodigiosa imaginación de un lado y la literatura addisoniana de otro coadyuvieron no poco; una comedia de costumbres de la España de aquella época, tan pintoresca, en que nace el periodismo, un periodismo a base de agudísimo ingenio que sirve de modelo y de lanza a nacionalistas y reformadores; aquella pintoresca España paridora de las simpáticas y extravagantes mentalidades de F. Mariano Nipho y Torres Villarroel, tan héroes de novela picaresca como el mismo Buscón, cual maravilloso magín de don Francisco de Quevedo, y que tantas veces ha querido ver la antojadiza imaginación en el delicioso humorismo de Goya y de La Cruz" (véase *ob. cit.* pág. 99).



Enumerar los temas y elementos que componen esta sátira general y nacional sería enumerar la lista de los vicios, malas costumbres y defectos de toda la sociedad española y acaso también europea de su tiempo (que en parte continúan de una u otra forma), desde las malas traducciones y comedias que se presentaban en los Corrales españoles hasta los libelos infamantes de los periódicos, desde los vicios de los hombres y las mujeres hasta los espectáculos sangrientos de los toros, desde las ocurrencias disparatadas de los locos cuerdos y de los cuerdos locos hasta la vida ociosa de petimetres y galanes, etc. Nuestra Antología estará formada por una selección de estos Pensamientos de cada uno de los tomos de la primera edición de *El Pensador* de Madrid, menos el tomo II, que lo tomamos de la edición de *El Pensador Matritense* de Barcelona (1773-74), por no haber podido encontrar ni en las bibliotecas de Canarias ni en la Nacional de Madrid un ejemplar correspondiente a la primera edición original.

Finalmente enumeramos los títulos de las obras originales de Clavijo de carácter erudito y no satírico, sean de temas institucionales o científicos:

I. Estado general, histórico y cronológico del Ejército, y ramos militares de la Monarquía, con distinción de pré que antes tenía, y gastos que causaban al tiempo de su reducción en 1749. Incluye la creación de los Regimientos y demás cuerpos, con los colores y divisas de sus uniformes, vanderas y estandartes: los planos de todas las plazas y fortalezas del Reyno: las tarazonas, arsenales y cañones de todos los calibres, los instrumentos y utensilios de artillería e ingenieros; los sueldos y valor de todas las Encomiendas de las Ordenes Militares: el vecindario de España &c. En Madrid. Años de MDCCLXXI. (Ms. Bibl. de Palacio, hoy perdido).

II. Diccionario castellano de Historia Natural, con sus acepciones en castellano, latín y francés. (Ms. citado por Clavijo en su traducción de la Historia Natural de Buffon, y por Viera en sus Noticias de la Historia de Canarias).

III. Catálogo científico de las producciones y curiosidades del Real Gabinete de Historia Natural. (Ms. en 3 tomos, citado *ibídem*).

IV. Medios de hacer útil para la prosperidad de la Nación española el Real Gabinete de Historia Natural. Los propone a su jefe el Excmo. Sr. Don Francisco de Saavedra... Director del mismo Real Gabinete (cit. en art. "El antiguo gabinete de Historia Natural de Madrid" del Boletín Oficial del Ministerio de Fomento, tomo XXVII (1858), pp. 380-389).

Como colofón a nuestro prólogo y al mismo tiempo como introducción a la selección de *El Pensador* daremos a continuación dos textos relacionados con el significado de la vida y la obra de don José Clavijo y Fajardo: una contemporánea del autor y otra de nuestro tiempo; una del gran historiador e ilustrado canario don José de Viera y Clavijo y otra de Agustín Espinosa, paisano de este último y el mejor conocedor hasta ahora del ilustrado lanzaroteño, uno de los iniciadores de la modernidad.

Viera y Clavijo en su ingenioso poemario titulado *Can mayor o Constelación canaria de trece estrellas isleñas que han brillado en el firmamento español reinando Carlos IV* (1800) (Ed. facsímil de la Universidad de La Laguna, 1985) dedica la octava VI a su contemporáneo y pariente, Clavijo y Fajardo. Esta obra fue copiada por el erudito y prebendado Pereira Pacheco, 1805, con el siguiente texto:

¿Qué cuerpo Celestial, gual Ástro fíxo  
 Puede ensalzár sus sábias producciones,  
 Si se compára á Don José Clavíjo,  
 Pensadór que emuló los Adisónes, (1)  
 Redactór de un Mercurio no prolíxo,  
 Glorioso Traductór de los Buffónes, (2)  
 A quien tres Réynos (3) dan por privilégio  
 La Dirección del Gabinéte Régio?

El texto moderno fue el discurso de toma de posesión de Agustín Espinosa como comisario regio del Instituto de Enseñanza Media de Arrecife, recién fundado en 1928, y luego recogido en un capítulo de su libro *Lancelot 28.<sup>o</sup>-7.<sup>o</sup>*, titulado "Teguisse y Clavijo y Fajardo", del que entresacamos los significativos pasajes siguientes, que revelan la importancia de Clavijo dentro de la corriente del pensamiento literario español y también dentro de las grandes corrientes de la ilustración europea:

"La obra de Clavijo y Fajardo —en Clavijo más que la obra interesa la vida— está constituida, esencialmente, por los seis volúmenes de *El Pensador*, índice del último momento filosófico europeo. Siguiendo las nuevas rutas abiertas en Inglaterra por Loke, en Francia por Voltaire. Con una producción tímidamente roussoniana. De mayor equilibrio. Pero, sobre todo, sin Rousseau."

"Dentro de la literatura española, más que fin de una *suite* — Huarte de San Juan > Sabuco de Nantes >

---

(1) José Addison, celebre literato, compuso mucha parte del Espectador Inglés, papel periódico, que imitó el Pensadór Matritense.

(2) El Conde de Buffón, autor de la famosa *História natural* Francesa.

(3) Los tres Reynos de la naturaleza, Animál, Vegetál, Mineral.

Clavijo — es mediana: Feijoo > Clavijo > generación del 98 (1)".

"Labor europeizante —ante todo— fue la suya. Ensayo prematuro de incorporación de España al momento cultural europeo de su época. Colgando en plano pro-cenial los errores españoles, sobre un veloz desfile de claros horizontes europeos".

---

"(1) Mediana: signo exacto de su literatura: *República literaria* > *Diálogos de Platón* > *Derrota de los pedantes*; *Sueños* de Quevedo > *El Pensador* > Costumbristas del XIX: explicación de Larra".

## BIBLIOGRAFÍA SOBRE LA VIDA Y LA OBRA DE JOSÉ CLAVIJO Y FAJARDO

### Obras

1. José de Viera y Clavijo, *Noticias de la historia general de las islas de Canarias*, Madrid, 1772-1783.
2. M. de Lescure, *Clavijo*. Avec une preface de Librairiedes Bibliophiles, Paris, MDCCCLXXX.
3. *Memoires de Beaumarchais*, "Collection des Meilleurs auteurs anciens et modernes", Tome premier, Paris, 1867.
4. Louis de Lomenie, *Beaumarchais et son temps. Etudes sur la société en France au XVIII-siècle*, Paris, 1856.
5. J. Viera y Clavijo, *Constelación canaria*, 1805. Ms. de Antonio Pereira Pacheco. Edición facsimilar, Universidad de La Laguna, 1985.
6. Juan Sampere y Guarinos, *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III (1785-1789)*. (Ed. facsímil, Madrid, Gredos, 1969.)
7. Emilio Cotarelo y Mori, *Iriarte y su época*, Ed. Real Academia, Madrid, 1897.

8. Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, Ed. C.S.I.C., Madrid, 1942.
9. Idem. *Historia de los heterodoxos españoles*, ídem.
10. Ricardo Baroja, *Clavijo y Fajardo. Tres versiones de una vida*, Ed. Juventud, Barcelona, 1942.
11. Agustín Espinosa, *Lancelot 28.<sup>o</sup>-7.<sup>o</sup>*, Ed. Alfa, Madrid, 1929 ("Teguisse y Clavijo y Fajardo", pp. 70-80).
12. Idem. *Don José Clavijo y Fajardo*. Prólogo de Angel Valbuena Prat. Las Palmas de G. C., 1970.

## Artículos

13. José Dougour, "Don José Clavijo y Fajardo", *La ilustración de Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, 15-XII-1882, A.I., núm. XI.
14. M. Casurro, "El museo de Historia Natural", *España moderna*, núm. III-1896, tm. 87.
15. María Rosa Alonso, "Clavijo, drama de Goethe" (*San Borondón, signo de Tenerife*, 1932-1936), Biblioteca Canaria, Santa Cruz de Tenerife, 1940.
16. José Suárez Falcón, (Jordé), "Clavijo y Beaumarchais", *El Museo Canario*, enero-junio, 1949, pp. 53-65.
17. Alejandro Cioranescu, "José Viera y Clavijo y la cultura francesa", *Rev. Historia canaria*, 1950, pp. 293 y ss.

18. F. Martínez Viera, "Don Tomás de Iriarte y Don José Clavijo y Fajardo, precursores del periodismo español", *La Tarde*, Santa Cruz de Tenerife, IV-IX-1958.
19. Ventura Doreste, "Estudio sobre Clavijo y Fajardo", *Ensayos insulares*, Ed. Nuestro Arte, Santa Cruz de Tenerife, 1977, pp. 33-59.





# EL PENSADOR.

POR DON *Joseph Alvarez,*  
*y Valladares.*

*.....Si quid novisti rectius istis,  
candidus imperti : Si non , his utere me-  
cum.*

Horat. Lib. i. Ep. vi. v. 67.



CON LICENCIA EN MADRID.  
En la Imprenta de Joachin Ibarra.

---

---

M. D CC. LX. II.



ANTOLOGIA DE  
*EL PENSADOR*

TOMO PRIMERO



## PENSAMIENTO II.

### *Carta del Pensador a las Damas.*

*Señoras:*

Después de haber informado al público, (de quien son Vms. la mejor parte) del plan de mi obra, ¿a quién podría dar la preferencia en mis discursos sino a la amable, la piadosa, y la más bella mitad del género humano? Esto exigía de mí la veneración, y el obsequio debido a Vms. y esto es lo que voy a poner en práctica. Solo pido (y quede entendido para todo el tiempo que hubiere de pensar) que cuanto trate de algún defecto de las Damas, se entienda que hablo con una parte y no con el todo. Esto debería entenderse así, aun sin mi prevención: nadie ignora, que en todos los siglos ha habido mujeres ilustres, que han sido la gloria y el honor de su edad. Pero me ha parecido conveniente adelantar este aviso, contra las invenciones, y las calumnias de la malicia y valga por lo que valiere, sepan todos, que el Pensador venera y estima a las Damas como es justo: que les dirá francamente y con lisura su parecer; pero sin intentar jamás ridiculizar un sexo, que es acreedor a todos sus respetos.

Según habrán Vms. observado en el Prólogo de esta obra, los discursos del Pensador llevarán casi siempre un

espíritu de reforma. Pero no hay que asustarse. Esta no recaerá sobre al abanico, la respetuosa, el bonete, y demás adornos de la moda. No, Señora: no soy Censor tan rígido y de tan mala condición, que esté reñido con el aseo. Vms. consultan con el espejo, la criada y el amigo el gusto, y la colocación de sus adornos ¿será razón que con esto me ponga de mal humor? De ningún modo. Consulten Vms. muy enhorabuena. Menos agradables y más inútiles suelen ser las consultas de los médicos y sin embargo se toleran. Es natural, que las Damas se complazcan en su belleza, y que no olviden medio alguno de los que puedan contribuir a darle más realces. Esta es la primera inclinación de una Dama, y la que echa más fuertes y profundas raíces. Sus gracias les facilita el imperio más amable y la soberanía más lisonjera en el corazón de los hombres. Nos sometemos a su poder con gusto y a un reducido a tiranía no nos inspira ideas de sublevación. Por consiguiente sería ridículo condenar aquellos artificios inocentes, con que saben Vms. cautivar la voluntad y hacernos pagar tributo de veneraciones, y obsequios.

Hasta aquí me tienen Vms. por un Pensador a las maravillas, atento, cortesano y afable. Pues todavía no estoy contento y quiero hacer mérito para que me tengan Vms. por más digno de su aprecio. ¿No es cierto que lo lograre, si doy a Vms. una receta fácil, poco costosa y eficaz para ser más amables para establecer con más sólido fundamento su soberanía y, en fin, para hacer más y más hermosas a las lindas, y hermohear también a las feas? ¡Buena pregunta! Todas Vms. dicen que sí. Las primeras contentas, porque conservarán siempre su superioridad; y contentísimas las segundas por lograr tener alguna jurisdicción. Pues verán Vms. lograda mi idea. Manos a la obra para poner en práctica la receta y por mi cuenta las resultas.

Los adornos del cuerpo han robado a Vms. siempre toda la atención. ¿Y los del espíritu? Se han tratado con pereza, y con descuido, o se han quedado del todo olvidados, que es

lo más común. La Dama, que ha debido a la Naturaleza el beneficio de hermosa, ha hecho consistir todo su mérito en serlo, y ha gozado de los privilegios y preeminencias de linda, hasta que las viruelas, las canas y otras pensiones, de que no están exentas las bellezas, les han robado del semblante los títulos de la posesión.

Aquéllas, a quienes en su formación miraron con ceño las gracias, y cuya deformidad las inhabilita para hacer conquistas, han procurado siempre corregir la naturaleza, enmendando, o disminuyendo los defectos con el adorno, sin reflexionar que rara vez produce otro efecto que el de hacer más visibles, e intolerables las imperfecciones, que quizá hubiera disimulado una cuerda resignación, y semejantes a los pintores poco diestros, que no pudieron representar, y animar las gracias del natural, adornan sus pinturas con preciosos vestidos, y ricas joyas.

En una palabra: todas Vms., Señoras mías, quieren parecer, y ser tenidas por hermosas. Este es el negocio de Estado, que jamás pierden Vms. de vista. La esperanza de adquirir el título, y la fama de linda, lleva consigo mil hechizos, y es la pasión dominante. De aquí nace recibir con los brazos abiertos todos los artificios conducentes a este fin, y que, (aun sin entrar en cuenta el buen acogimiento, que hallan los secretos, o por mejor decir, embustes de los charlatanes, y de los Empíricos) son pocas entre Vms. las que ignoran las virtudes del rocío del mes de Mayo, y menos las que no tienen de repuesto alguna receta para conservar la tez, tal cual pasta para suavizar el cutis, su cierto ingrediente contra las pecas, y las manchas del rostro, varias salserillas para desterrar la palidez, y algún específico para acudir a urgencias de no menos importancia; y en fin, al ídolo de la hermosura se sacrifican todos los desvelos, y las comodidades.

Es verdad, que un bello semblante lleva consigo la recomendación más eficaz, y que todo lo rinde y avasalla; ¿pero bastará ésta para fijar el corazón de los hombres? No por

cierto. Vms. lo han creído y lo creen a cada instante ven pruebas evidentes de lo contrario y, sin embargo, parece que están Vms. contentas, y bien halladas en el error. Aún si una Dama de mucha belleza y de poca discreción fuese capaz de acomodarse a un silencio político, de modo que ni pecase por bachillería, ni por muda, conservaría alguna fuerza, y sería más durable la impresión primera; y ya que no fijase la voluntad, a lo menos la entretendría; pero (aquí que nadie nos oye) ¿en qué país viven las Damas silenciosas, y máspreciadas de lindas?, ordinariamente destruye una hermosa con sus discursos, cuanto ha granjeado con su belleza. Si hablase menos, casi nos veríamos obligados a amarla. Quiere hablar siempre, y pierde por esta debilidad todo lo adquirido por la hermosura. Apenas abro los labios que no sea para decir puerilidades: hace preguntas necias e impertinentes; y no sería la primera Dama, engreída y pagada de bonita, que ha preguntado si César era cristiano, porque vivió en Roma. Ya se ve que las mujeres no están obligadas a saber la historia romana, pero hay ciertas cosas tan triviales, que no pueden ignorarse sin nota de necedad y tontería. Basta de digresión. Todos los extremos tocan la raya de vicios. Obran contra sus propios intereses las Damas no instruidas, que a fuerza de hablar mucho desacreditan su mérito; y no los mejoran aquéllas en quienes la falta de conversación da indicios de haber perdido el habla. Figúremonos una hermosura la más perfecta, pero sin salir de los límites de hermosa, ni darla otras prendas, que la adornen. Una multitud de curiosos la contempla. Cual celebra su boca, y cual sus ojos. Este alaba la garganta, y aquél las manos. La hermosa lo oye todo: se sonríe, baja los ojos, y a poco rato vuelve a levantarlos, mirando a todos como para confirmarlos en sus dictámenes, y decirle de paso, que añadan el respeto a la admiración: acércase alguno a presentarla una flor, recíbela con agrado: tuerce un poco la cabeza, en ademán de inclinarla: y vuelve a levantarla con mucha pausa: y a esto están reducidas sus expresiones de gratitud. ¿Qué les parece a Vms. que sucederá en este caso? yo lo diré: los hombres tocarán poco a poco la retreta y



dejarán el campo desierto. El uno dirá que es una bella estatua: el otro que ya sabe de memoria las proporciones de su rostro. Este, que es un lindo semblante pero que siempre se repite en el mismo ser sin decir cosa alguna al espíritu; y aquél que es una figura, que sólo habla a los ojos, contándole siempre una misma cosa. ¡Pero, Señores, adviertan, que es una hermosura perfecta! Séalo dicen todos; ya lo hemos visto y basta: afectación, movimientos de cabeza, risa, y miradas. Aquí sólo están contentos los ojos: nada hay para el espíritu; y vamos a buscar el alma de este cuerpo. Esto es lo que sucedería, y lo que diariamente sucede con las meramente hermosas. A la primera vista embelesan; pero la admiración se cansa: la afectación enfada; el espíritu busca su pasto; y aquí es Troya: la Dama se queda con su hermosura, y los hombres racionales huyen de su comercio.

Quizá Vms. las hermosas, acostumbran a oírse tratar de deydades, y engréidas con un comercio de vanidades, o por decirlo mejor, de perfidia, no pueden creer, que sea fiel este retrato. No sería extraño. Pocas, o ninguna vez formamos ideas justas de lo que pasa en nosotros mismos; pero, pues, nuestros juicios proceden casi siempre por comparaciones, veamos si se encontrará alguna, que haga palpable aquella verdad.

Preséntase a hacer a Vms. la corte un joven bien hecho, blanco, de bellos colores, con una de aquellas fisonomías dichosas, que previenen a favor de quien las posee, y en fin, de figura recomendable, y elegante, pelo propio, cortado, y peinado con mucha gracia, y vestido con todo el aparato, y rigor de la última moda. Siéntase al lado de una Dama. Salúdala con frialdad, o no la saluda. Celébrale la Señora el peinado, y respóndole, que está para servirla. Aláble el gusto del vestido: pregúntale de donde es la tela; y responde, que es de la fábrica. Se entretiene en renovar los dobles de las vueltas: estírase la chupa: pone en orden la casaca, para que no se aje el tontillo; y se queda embelesado, contemplando su hermosura en un espejo, que tiene enfrente.

Procura alguno que este Narciso entre en conversación, pero inútilmente, a todo responde con monosílabos, y con *sí, no, ya, bien, y pues* hace el gasto de toda la noche. Finalmente, este hombre satisfecho de la liberalidad, con que lo ha tratado la naturaleza, sólo ha puesto de su casa un grueso fondo de fatuidad, con lo que ha logrado adquirir un caudal de ignorancia, y de una estupidez inagotable. ¿Qué harán Vms. con este lindo Don Diego? Fácil es de adivinar. Toda su hermosura, y gentileza, les parecerá insípida; dirán, que es lástima, que semejante alma tenga tan buen alojamiento; y darán preferencia a un calvo, como tenga espíritu. Apliquen Vms. la comparación.

Paréceme, que era Carón el que acostumbraba decir, que no había más hermosura, que la de la virtud; y creo que le sobraba razón al venerable viejo. En efecto. ¿Dónde está la definición de la hermosura? ¿Qué ser tiene? ¿En qué se funda? ¿Cuáles son sus dimensiones? Quizá la hermosura consiste solamente en el capricho, o la imaginación de quien la mira. No sólo es posible, sino también muy verosímil. Vemos que una belleza de Etiopía pasa para nosotros por un monstruo. Allá es un ídolo: acá un diablo; y acaso no sacarían mejor partido nuestras Damas blancas, y rubias, si fuesen a Etiopía. Y no hay que burlarse, Señoras, que no carece de fundamento esta conjetura. Acuérdomé de haber leído (no sé en qué parte) que en su viaje que hicieron los holandeses a Guinea, llevaron de regalo a aquel Rey varias mujeres, escogidas por su hermosura entre crecido número de prostitutas. Admitió el regalo aquel Soberano, pero lo devolvió muy en breve, teniendo los holandeses que restituir a Europa sus blancas cortesanas, y quedando triunfantes las hermosuras negras. Pero no hay necesidad de ir tan lejos. Entre nosotros mismos es objeto indiferente y aun fastidioso, para unos, el rostro, que para otros está lleno de encantos, y en que hayan las más exactas proporciones. Hubo tiempo, en que valían un Potosí dos ojos azules; y por una docena no habría quien diese hoy un vaso de agua. Los ojos adormecidos, las narices aguileñas, las bocas espa-

ciosas, y los labios belfos, tuvieron también su siglo de oro. Pasó aquella edad: vinieron hermosuras de nueva fábrica: nada valen hoy las de ayer, y con las del día sucederá mañana lo mismo. Finalmente, como las hermosuras como los vestidos, están sujetos a la moda. Los hombres, tienen por belleza la que congenia con su gusto, o su fantasía; y si se preguntase al que está enamorado de una tuerta, y al que pierde el juicio por una roma, cada uno diría, que su Dama es una Venus, y sobre todo nadie como Vms. sabe si son hermosas las que tienen nombre de tales.

Sin embargo, no pretendo alambicar tanto las cosas. Haya enhorabuena hermosura. Todos lo confiesan, y no quiera ser excepción ridícula de la regla. Lo que sí deseo es, que Vms. conozcan el poco caudal, que deben hacer en un Mayorazgo siempre en litigio, y en que son tan varias las opiniones, como la fisonomía de los contrarios, y de los defensores: que entienden que es tan imposible a una Dama el hacerse estimable por sólo el título de su belleza, como a un papagayo adquirir el de sabio, y elocuente, por repetir y estropear una docena de palabras, que le han hecho aprender el arte, y la paciencia: que el orgullo altera toda la simetría de la hermosura, haciendo en ésta más estragos la afectación, que las viruelas; y, finalmente, que ni la belleza por sí sola es capaz de producir los efectos a que aspira la ambición de las Damas, ni las que parecen obra imperfecta, o producción apresurada de la naturaleza están inhábiles para la estimación, si, como pueden, saben suplir con el mérito lo que les falta de hermosura. Es preciso adornarla; pero no con dijes. Es forzoso acompañarla, pero no de puerilidades, y gestos. Y aquí entra mi receta. ¿Quieren Vms. ser atendidas, respetadas, y aun idolatradas de todos? Pues vaya el secreto en dos palabras: *Virtud*, y *discreción*. Estos son los cimientos sólidos, sobre que deben Vms. fundar todo el edificio de su fortuna, y el medio infalible de someternos a su imperio, y de fijar la natural inconstancia de los hombres. La *Virtud* infundirá a Vms. aquella paz, serenidad, alegría, candor, y buen natural, que sabe inspirar,

y que son propios efectos suyos; y estos, dando a la belleza unos quilates, que no puede producir ninguna otra de las que llamamos perfecciones, hermosearán también a la menos linda, haciéndola objeto digno de nuestra atención, y cariño. La *discreción*, que (como la virtud) es de todo país, y tiene incontrastable derecho sobre los corazones, derramará nuevas, y graciosas sales en la conversación de Vms. y las materias tratadas con la delicadeza natural de las Damas, tomarán nuevo ser. Finalmente con *Virtud y discreción* Vms. serán las Soberanas de nuestros corazones, y nadie habrá, que les dispute en ellos el trono, ni que deje de hacerles gusto el juramento de inviolable fidelidad.

Supongo justamente en Vms. la virtud, y pasaré a decir algo sobre la discreción, bien que brevemente porque no quisiera molestarlas. ¿Pero que nos habla Vms., de discreción? (Dirán algunas Damas) para lograrla es preciso cultivar el espíritu; ¿Y dónde iremos a buscar instrucción? Sea ambición, sea envidia, o injusticia, considerándonos menos capaces Vms. han alejado de nosotras todo género de estudio, de modo que hoy pasa por bachillera cualquier mujer que pretende apartarse de la ignorancia común. ¿Hemos de ir a las Universidades? ¿Nos darán becas en los Colegios? No, Señoras. La piocha, y el bonete, el tontillo, y la sotana harían malísima comparsa. Cada Estado pide su instrucción particular; y lo que yo pido y deseo en Vms. no está ceñida a las aulas. En el estrado, con la labor, y el medio de la conversación, puede aprender, y sin afán, gasto, ni fatiga, puede una Dama instruirse. No son los Aristóteles, los Neutones, los Gasendos, los Avicenas, ni los Baldos los autores, que deben Vms. frecuentar. ¿Aprender las lenguas muertas? Ni por sueño. Esto de citar un verso de Homero, o de Virgilio sería tentación, en que caerían a cada paso todas las Damas Griegas o Latinas. Sacamos por consecuencia, (replican Vms.) que no debemos dedicarnos a ser Filósofas, Médicas, ni Letradas, ni hemos de conocer sino de nombre a Homero, y a Virgilio. ¿Pues qué aprenderemos? ¿Nos querrá Vms. destinar a ser Astrólogos, Arquitectas, y

Poetas, o hacer profesión de Anticuarías? ¡Díganme inocentísimas, y candidísimas criaturas, ¿creen Vms. tan necio e insensato al Pensador, que quiere aplicarlas a hacer Pronósticos, ni traerlas a la memoria la *antigüedad*, cosa tan aborrecible, y que tienen más miedo las Damas, que a las culebras, los ratones, y los disciplinantes? Háganme Vms. más justicia, y duerman sosegadas.

Hay facultades que Vms. deben ignorar, o de que sólo les corresponde una ligera tintura; y otra, sin cuyo conocimiento es preciso, que hagan una figura muy desairada en el comercio de las gentes. No son unos todos los tiempos. Acabóse el en que Vms. formaban un Senado lampiño, que deliberaba sobre los negocios civiles, y políticos, sobre la paz, y la guerra, y sobre las diferencias, que ocurrían entre las ciudades, y entre los Soberanos Magistrados.

Por consiguiente, ya no necesita Vms. el género de instrucción, que pedía aquel ministerio. En otra ocasión (porque hago ánimo de que nos tratemos con frecuencia) diré a vuestras Vms. el estudio, que me parece conveniente a su sexo, y constitución actual; y si fuese preciso les formaré su librería. No puede decirse todo en un día y más en asunto, que hay tanto que decir. Conténtese Vms. por ahora con saber que la hermosura por sí sola no tiene aquel precio que se habían imaginado: que es forzoso ayudarla, y que sin estos auxilios, es la alhaja más inútil embarazosa, y aun perjudicial, que pudieran Vms. poseer. Las mujeres hermosas están más expuestas al peligro: son el objeto a que se asestan las baterías. Una hermosa sin virtud, y sin discreción es triunfo seguro; empieza el ataque la adulación; y la necia credulidad, y la ignorancia, sus compañeras, y amigas inseparables tan ganada la victoria. La Dama instruida sabrá conocer el riesgo, y dejar burlados los artificios; y en mi concepto, una mujer virtuosa, por constitución, es muy inferior a otra virtuosa por conocimiento, y por principios de religión, de honor y de decencia.

La belleza pierde su mérito en la posesión. ¿Qué sucederá, si se juntan posesión, enfermedades y vejez? Reflexionen Vms. esto, y no se admirarán de ver muchas hermosas desgraciadas, y dichas a muchas feas. La hermosura sólo satisface al apetito, y éste es de cortísima duración. La virtud, el espíritu jamás envejece: gana en el trato, y no están sujetos a accidentes. El dueño de un navío, aún teniéndole en el puerto, no se contenta con hacerle poner una sola amarra: manda ponerle muchas, para que a falta de unas lo aseguren las otras. No confíen Vms. su fortuna y su tranquilidad al débil hilo de la belleza, ésta se pierde o se marchita con facilidad, y dará contra los escollos la nave si no tiene amarras más seguras. Créanme Vms. *virtud* y *discreción*. Esta es mi receta, éste mi tema, y éste el único y más poderoso medio de hacerse más hermosas y estimables, y de mantener la posesión de tales.

Señoras Vms. ven, que las trato con sinceridad, y que lejos que encontrar en mí aquella adulación, generalmente mercenaria, a que por lo ordinario, están acostumbradas, miro sus intereses como propios, y les digo con ingenuidad, y candor lo que contemplo que conduce a su beneficio. Pero si por desgracia, ni esta realidad se estimare, ni las razones que he apuntado, hicieren impresión en el espíritu de Vms. acuérdense a lo menos de que son Vms. las que suavizan las amarguras de la vida humana; y que, como por consecuencia, es tener una idea baja, y muy indigna de sí mismas el considerarse como simples objetos, propios a satisfacer nuestros ojos, despojándose de este modo de la natural extensión de su poder, y poniéndose al nivel de las figuras pintadas: que la belleza realzada por la virtud y la discreción, que son las que cautivan el corazón y el espíritu, forma un objeto sin comparación más noble y estimable: que estas mismas prendas añaden nuevo lustre a una hermosa, y casi hermosean a la misma hermosura: que por su medio, las gracias y los encantos que precisamente hayan de cesar, o disminuirse en la doncella modesta, se conservarán siempre en la Madre tierna, en la amiga prudente, y en la Esposa

fiel; y, finalmente, que así como los colores, esparcidos con arte sobre el lienzo, divierten la vista sin hacer impresión en el corazón, así también la Dama que no procura adornar con virtud y discreción las gracias naturales de su persona, podrá muy bien divertir como pintura pero no llegará jamás a triunfar como belleza.

Reciban Vms. (Señoras) con la afabilidad que acostumbran estos avisos que me ha dictado el cariño, el respeto y la veneración; y creánme con el más profundo rendimiento.

Señoras,  
su más sincero amigo y servidor.

*EL PENSADOR.*





## PENSAMIENTO VI.

### *Visita de los Locos.*

*Señor Pensador.*

No puedo más: mi paciencia está al cabo: faltanme ya las fuerzas, y no me queda otro arbitrio, que el de ocurrir a vm. para contarle mis cuitas, y hacer saber al Público por su medio mi dimisión. Yo (Señor mío) tengo en esta Corte el penoso empleo de Visitador General de los Locos. La práctica más común hasta aquí ha sido avisarme por una esquila luego que se reconocía algún frenético: pasaba luego a su casa: examinaba al paciente: me informaba de su familia; y según el mérito de la causa, lo dejaba recluso en su habitación, o despachaba con credenciales a Zaragoza, o Toledo. Pero como si pudiera pasar mi tiempo en ociosidades, teniendo jurisdicción sobre uno de los contagios más universales, me han dado, y dan chascos terribles: me veo con esquelas, que averiguado su contenido, hallo ser supuestas las dolencias, y no pocas veces me han citado sólo la calle en que vive el enfermo, con lo que he tenido precisión de andar de puerta en puerta, como si fuese a recoger Cédulas de cumplimiento de la Iglesia. También era frecuente lograr estas noticias en los Estrados, y conversaciones, donde por una especie de caridad fraternal muy loable, no hay defecto, que no salga a luz. En uno, y otro método he hallado mil abusos. Haré ver a vm. algunos de ellos, para que me

disculpe, y vm., que se entiende con el Público sabrá aconsejarle sobre el asunto lo que le parezca.

Días pasados recibí la siguiente esquela.

"Calle ancha.

Hay un loco furioso: su locura consiste en disipar toda su hacienda. Tiene algunos intervalos de juicio, pero luego le vuelve el frenesí con mayor fuerza. Ha hecho algunos viajes a los Países Extranjeros: y sin embargo de la mudanza de aires, no se ha conocido mejora en el desorden de su cerebro."

Con este aviso tuve la fortuna de que un amigo del Paciente, que lo trajo, me condujo a la casa. Fueme contando por el camino mil locuras, de modo, que a no estar escarmentado, hubiera recetado una casa de locos al enfermo. Llegué a la habitación: encontrélo muy sereno: entré en conversación. Ni átomo de locura. Hallé un hombre muy civil, muy afable, y muy instruido. Detúvome bastante tiempo. Tratamos de varias materias. Informéme muy por extenso de su familia, y las resultas fueron las siguientes: Que este pretendido Loco es un hombre generoso, sin prodigalidad; que gasta a proporción de su hacienda; que tiene algunas diversiones para honesto recreo suyo, y de sus amigos: que mantiene un tren decente, y conforme a su constitución: que gusta de libros, y ha emprendido algunos viajes para perfeccionar sus ideas en beneficio de su Nación, a quien tiene un amor muy singular; y que todo esto, ni mucho más, que omito, no le impide el cuidar de su caudal, pagar con puntualidad a toda su familia, y a cuantos le sirven, tener a su mesa a sus amigos, y socorrer a los verdaderamente necesitados. ¡Y esto se tiene por locura!

De la calle de Santa Ana, recibí otra esquela, anunciándome un Loco de celos. Fui a verlo con prontitud por mi oficio, y con alguna curiosidad, porque semejante locura no es

fruta del tiempo. Tomé un pretexto para la visita, pero el que llamaban loco conoció muy bien el objeto, a que se dirigía, y con semblante risueño, y afable me hizo el informe que sigue:

Sea el que fuere el motivo de esta visita, yo lo agradezco; pero no nos engañemos. Sé cuál es el empleo de vm. y conozco, y compadezco a mis compatriotas. Tenga vm. la mortificación de oírme un rato, y formará después el concepto, que gustare. Yo Señor Visitador estoy recién casado con una mujer joven, virtuosa, bien parecida, y sobre todo, de mi gusto. Uno de mis primeros cuidados ha sido evitarle con maña, y sin que hasta ahora haya podido conocer mi intención, todas las ocasiones, que pudieran ser dañosas a su inocencia. No tengo ni aún la más leve sospecha de su fe, de su candor, ni de su cariño. Por lo mismo no quiero que llegue este caso. Ámola con ternura, y me corresponde. Cultivo este cariño, y trabajo para que no se introduzca la cizaña, que he visto nacer, y fomentarse por negligencia en otros terrenos. A este fin me ha oído hablar siempre de los cortejos con el desprecio, o vilipendio, que debe quien los conoce, y que ellos merecen. En su presencia trato de la modestia, de la honestidad, del pudor, de la afabilidad, y demás virtudes con los elogios, de que son dignas, y doy al desgarro a la vanidad, a la soberbia, a la insolencia, y a la falta de fe los últimos ultrajes que se merecen. Estas lecciones caen sobre buen terreno. Son recibidas con amor, y fructifican con abundancia. Mi mujer aborrece hasta el nombre del cortejo, y su sencillez no le permite entender cómo puede haber Dama, que tenga intimidación, llaneza, ni confianzas con quien no es su marido. Trata con dulzura a las personas, que la visitan, y está persuadida a que son acreedoras a sus atenciones todas las personas, que se acomodan para hacerle compañía. Las conversaciones licenciosas de los jóvenes, y de los que, no siéndolo, proceden como tales, están cobardes, y ahogados a vista de su modestia, y estos se ven en la precisión de buscar otros parajes en que sus indecencias hallen abrigo. Yo deseaba, que la mujer que hubiese de

serlo mía, no recibiese regalos de amigos, ni amigas, conocidos, ni parientes, porque sé el precio a que se suelen comprar estos agasajos, y que no pocas veces pasan plaza de regalos las galas, y joyas que se piden, y las deudas, que se contraen, no faltando casi jamás una buena alma de vecina, o amiga, que preste su nombre para el piadoso intento de engañar a un marido; y por fortuna tengo una mujer, cuyas manos están cerradas, para recibir cosa alguna que no sea por las mías. Añada vm. a todo esto un genio dulce, un semblante afable, un juicio sano, un entendimiento perspicaz, y una prudencia, sin disfraz, ni disimulo, y juzgue si una mujer de estas prendas merece ser amada. ¿Pero para qué he de esperar la decisión de vm.? Sí Señor yo la amo, la venero, y la estimo; y esta justicia, que hago a su mérito, y a mi conocimiento, me ha adquirido el epíteto de gurrumino en todo el barrio. Finalmente, gusto más de salir a pasear con mi mujer, que con la del vecino; y dicen mis queridos paisanos, que es acción vergonzosa, disimulable apenas en Adán, y sus primeros hijos. Así se juzga generalmente de las cosas entre nosotros. Si abandonase a mi mujer, sería un hombre ruin, y vicioso. Ámola, y soy un loco carcomido de celos, y un insensato; esto mismo habrán dicho a vm. los que tienen, y califican por locura el no tomar por modelo sus extravagancias.

Confieso, que me dejó corrido su razonamiento, y mucho más el ver, que entre criaturas, que se precian de racionales, y que tienen ésta por una de sus más distinguidas, y apreciables prerrogativas, esté tan ociosa, y tan sin ejercicio la razón, que dé nombre de frenesí a las máximas de la Religión, y de la humanidad. Pedí mil perdones al Caballero, y retiréme resuelto a no creer con ligereza los avisos, que se me diesen, empezando a conocer la poca, o ninguna parte que tenía en ellos la caridad, y que esto de hacer locas a las gentes, se tomaba por pasatiempo; pero apenas di algunos pasos en la calle, oí, que me llamaban de un balcón. Levanté la cabeza, y vi a una Señora, que me pidió... digo mal, que me mandó subiese a su cuarto. Hícelo (¿quién

podía excusarse a vista de tan pulido, y gracioso llamamiento?) y cuando empezaban las civilidades regulares, me detuvo la Dama, que con seño fiero, y casi vertiendo sangre por los ojos, se vino a mí diciendo: Vm. es un hombre inútil en la República, y lejos de cumplir con su obligación, está engañando, y ocasionando mil perjuicios al público. Sí Señor: buena vida, y pasearse, divertirse, venga el sueldo, y la Villa llena de locos. ¡Pero qué locos! Descarados, insolentes, atrevidos, y sacrílegos. ¿Y esto se sufre, y hay política en Madrid? Iba a preguntarle el motivo de su cólera, cuando volviéndose a mí de repente, me preguntó si conocía al Conde de N... Sí, Señora, le respondí: ha tiempo, que lo conozco, lo tengo por un sujeto de mucho mérito, instruído, y virtuoso. Nunca yo lo hubiera dicho. ¡Cielo!, ¿en qué País, en qué siglo vivimos? exclamó la Señorita. ¿El Conde de N... hombre de mérito, instruído, virtuoso? No: más dulce, más tolerable es la muerte, que el oír tales abominaciones. ¡Edad miserable, siglo lleno de horrores! Tú serás la época más vergonzosa para nuestra Nación. ¡El Conde de N... hombre de mérito! Preguntéle, qué delito había cometido el Conde, que mereciese tanta indignación. Ninguno, (me respondió después de una larga pausa con voz interrumpida, y con tono, que manifestaba muy bien el exceso de ira) ninguno por cierto: el Conde ha obrado muy bien, y yo sola tengo la culpa de sus delirios, y desacatos. ¡Atreverse a mí! ¡Insultarme! ¡Bárbaro! ¡Darme anoche en penúltima el caballo de copas, que iba ya a sacarle en la última baza! No pude contener la risa. Salí del cuarto por no irritar más a la Señora, y fuíme a buscar algún Médico famoso, que decidiese la espinosa cuestión de cuál de los dos personajes, era el frenético.

El día siguiente al de estos sucesos, vinieron a buscarme con toda solemnidad, y ceremonia para ir a ver a una Señora, que me dijeron estaba loca. Encontréla en conversación con muchas de sus amigas: mantúveme mucho tiempo en observación, y no pude notar, ni aun el más leve indicante de locura. Parecióme, sí, una mujer casera, varonil, y lo que

ordinariamente acostumbramos llamar una buena aldeana. Despedíme enfadado interiormente de que las gentes, fuesen tan faltas de conocimiento, o se empeñasen en darme chascos; y al mismo tiempo se levantaron en una pieza inmediata. Y bien, ¿Qué le ha parecido a vm. de la locura de nuestra amiga? (me dijo la una, que tenía más señales de bachillera) cierto, que es una lástima, yo no puedo mirar sin compasión el estado a que la han reducido sus extravagancias. Pero, Señora (le repliqué) de qué locura, y de qué extravagancias trata vm. porque yo, ni uno, ni otros he advertido en esta Dama; antes bien un juicio muy sensato, y si he de decir a vm. mi parecer con franqueza, yo quisiera que todas las Damas, aun las más presumidas, y melindrosas, en materia de juicio, fuesen tan cuerdas, como ésta me parece: ¡Jesús! (dijo la compañerita, que había callado hasta entonces.) ¡Jesús! no pronuncie vm. tal cosa, porque me hará creer, que está tan frenético, como mi amiga. Pues, por cierto, que es dificultosilla de conocer su locura. Sí, que se necesitan anteojos. ¿No la oyó vm. decir, que no quiere Amas para sus hijos, y que los cría ella misma? Sí, Señora, (le respondí) y ésa es una de las cosas, que me han hecho formar un concepto muy ventajoso de esta Dama, porque entiendo, que como las madres no llaman a la vecina para la concepción de sus hijos, así tampoco deberían servirse de su ministerio para criarlos, siendo constante, que a pocas, o ninguna niega la naturaleza las facultades necesarias para desempeñar esta obligación, que el mayor número de madres olvida, o desprecia con pretextos ridículos, abusando de la complacencia de un marido, o comprando el dictamen de un Médico; y esto se entiende en la cuarta, o quinta clase del estado, pues desde ahí arriba suele prevenirse el Ama de cría antes de tener esperanza de sucesión. Hombre vm. es un mentecato, (dijo la primera licenciada) y toda esa conversación es intempestiva, e impertinente. ¿Ni quién ha dudado, que es muy grande locura criar los hijos, impidiendo este penoso, y fastidioso cuidado de ir a la comedia, al Baile, al Paseo, y a visitar las amigas, cosas todas mucho

más importantes, y precisas, que el estar oyendo chillar un muñeco?

A más de que aquí se trata de que esta mujer no solo cría sus hijos escandalizando a todas las de su clase con tan mal ejemplo, sino que al mismo tiempo es tan loca, tan tonta, y tan ordinaria, que ni siquiera por cumplimiento padece de vapores, cuando aun las mujeres de los sastres, y los zapateros se avergonzarían de no adolecer de este mal. Pregúntele vm. cómo está, y le responderá sin rubor, que está buena, sin tener la prudencia de quejarse de una jaqueca *terrible*, de un dolor de muelas *inmenso*, de una fluxión *espantosa*, o de un resfriado *infinito*, y haciendo alarde de una robustez vergonzosa, propia solamente de una mujer loca, e insensible, de una Labradora, o de personas sin delicadeza, ni educación. Esto sin contar otras cosas muy raras, e indecorosas a una mujer, que sabe serlo, y aprovecharse de las ventajas de su sexo, como son: contentarse con reglar, y gobernar su casa, dejando a su marido el cuidado de sus negocios; preferir el honor, y crédito de éste a sus placeres, propia comodidad, y tratar bien a su familia, como si nosotras hubiésemos nacido para cuidar de holgazanes, pero estoy viendo que todo esto es tiempo perdido, y que lejos de hallarse vm. en estado de decidir en punto de locuras, y de locos, necesita de que, por vía de buen gobierno, lo alojen donde estarán otros con menos motivo. Con este gracioso cumplimiento, y diciendo a su compañera, vamos hija, que este hombre está lelo, me dejaron solo, y dando gracias de verme libre de tan malos bichos.

No ha mucho tiempo, que oí decir, que *Aristo* era un loco: que su mujer era una loca, y que el casamiento de su hija era una locura; y examinado el caso hallé que toda esta bulla de locura, y de locos consistía, en que *Aristo* no había querido casar a su hija con *Celio*, joven rico, y con esperanzas de crecida herencia; pero de mala conducta, disipado, pródigo, violento, y grosero, y la había casado con *Cleandro*, mozo

de mediana fortuna, pero apacible, discreto, y juicioso, lleno de prudencia, y de virtud.

De *Claridiana* se dijo en un estrado, que se había mandado hacer dos batas de muy lindo gusto. Al punto se pusieron todas las Damas sobre el quien vives con tanto ardor, como si hubiesen de pagar las batas de sus bolsillos. *Claridiana*, decían unas, es una loca, que no piensa sino en engalanarse. Toda la vida decían otras, la pasa en las tiendas a caza de batas, y de vestidos. En fin, cada cual daba su pincelada. Todas hacían profesión de ser sus amigas, y todas la mordían, cada una según sus fuerzas. Sobre todo me pareció muy gracioso el discurso que contra las vanidades de la vida hizo una Señora muy pobre. Pareció muy bien. Todas, y todos lo aplaudieron; pero al mismo tiempo se decían al oído, con cien doblones mudaría de sistema esta predicadora. En tales cosas todo es envidia. Si tuvieran facultades harían mucho más estas virtuosas de necesidad. Falta caudal; pero no sólo es bajeza confesarlo, sino preciso alejar la sospecha, y hacer entender, que aquélla se presenta más lucida, porque tiene menos virtud. *Claridiana* es mujer muy rica: Se hace batas, y vestidos, que sirven a su adorno, y pasan después a sus Criadas, como premio de su servidumbre, y a fin que puedan reservar el fruto de su sudor, que habían de invertir en su aseo.

Por este término se califica aquí de locas a todas, o a la mayor parte de las gentes. El que estudia se ha de volver loco. El que hace versos es loco, pasado en autoridad de cosa juzgada. El generoso, y el mísero: el aseado, y el que trata su persona con desaliño; el instruído, y el necio: el afable, y el altivo; y en fin hasta el cuerdo, según simpatizan con los cerebros que los condenan, o difieren de ellos. Mucha parte tiene en esto la falta de caridad con el prójimo: pero mucho más el no formarnos ideas justas de las cosas, y de este pie unos más, otros menos, cojeamos todos. Se nos pregunta qué nos parece una cosa, y quedamos muy ufanos con responder, *no es mala*. Las voces de *excelente*,



*buena, mediana, o mala* pudieran sacarnos del empeño con propiedad; pero una cierta indolencia, que nos impide examinar las cosas a fondo para darles el valor que tienen, y el amor propio, con que procuramos dejar bien puestos nuestros dictámenes, nos obligan a usar de expresiones vagas a fin de quedar con fuerzas de reserva. Lo mismo dije de la voz *loco* que se aplica indiferentemente al pródigo, al avaro, al festivo, al melancólico, al jovial, y al erguido, etc. etcétera. ¿No me ocurre la voz que explica el carácter de cada uno, o no conozco el carácter para darle su nombre? Pues buen remedio: llámole *loco*, y entiéndanlo como quieran.

En fin, sea el que fuera el origen de este abuso, yo sé que lo hay muy grande, y la experiencia me ha hecho ver, que no están exentas de pasar por locuras las acciones, la conducta, los pensamientos, y las expresiones más irrepreensibles. Por todo he resuelto hacer dimisión de mi empleo. Disponga vm. que lo entienda así el Público, y que desde hoy en adelante no cuenten conmigo para semejante encargo. Que elijan otro Visitador; o no lo elijan. Yo estoy muy escarmentado, y estimo más hacer una retirada honrosa, y a tiempo, que quedar en el campo de batalla, a fuerza de tratar con gentes faltas de discernimiento, y de reflexión. Dios nos dé juicio: nos lo conserve, y le conserve también a vm. Señor Pensador; porque dicen las gentes, que es vm. un loco de atar, pues ha cabido en su imaginación el querer reformar. Ofrézcome a la disposición de vm. muy de veras, siendo siempre su apasionado.

*El Ex-Visitador general  
de los Locos*

Ya estaba impreso mi quinto Pensamiento cuando recibí la Carta siguiente, que por esta razón no pudo salir a luz en aquella semana. Doila ahora al Público por cumplir mi palabra, y también porque su asunto, la gracia con que está

tratado, y la circunstancia de ser la primera Carta, que realmente se me ha dirigido, piden de Justicia esta puntualidad.

*Señor Pensador.*

“Acabo de ver el cuarto Pensamiento en que da vm. un bonito jabón a los cortejos, y confiésolle con ingenuidad, que el modo me ha parecido gracioso, la materia muy propia del tiempo, la precisión de alejar esta plaga, urgentísima, y en fin todo el Pensamiento digno de un hombre, que sabe pensar con juicio, y mirar con lástima los vicios, los excesos, y las bellaquerías introducidas en la sociedad. Algunas noticias singulares pudiera haber comunicado a vm. sobre esta materia, si hubiera adivinado su intención, pues por mi desgracia he sido en ella pecador acreditado, y soldado veterano, y aguerrido. Quizá las tocará vm. en la continuación, que ofrece para la semana próxima. Si así no sucediere, se las enviaría luego, y creo que llegarán siempre a tiempo, porque estando tan arraigada esta cizaña de cortejos, me parece no debe vm. lisonjearse de limpiar con facilidad el campo. En el ínterin, por si no lo ha observado, repare vm. el garbo, la elegancia, y la gracia, con que los cortejos suelen conducir sus Damas por la calle, aunque ésta tenga una legua de andadura, llevándolas de la mano; y haciendo al vivo el Entremés de la Petimetra. ¿Pero, cómo? *D'un air si gauche* <sup>1</sup>, con tantos requiebros, y remilgos de parte de la Señora, y tantos trompicones de la del Caballero, que no hay circunspección que valga, ni humor tétrico bastante tenaz para dejar de reír a carcajadas al ver estas fantasmas, que parece salen a la calle para tropezar, y servir de estorbo a las gentes que encuentran. Que los hombres acompañen a las Damas, si éstas no quieren, o no pueden caminar solas: que las sirvan al subir, y bajar una escalera, al entrar, o salir de un coche, y al tiempo de pasar

---

<sup>1</sup> *D'un air si gauche, tan sin gracia.*

un arroyo es muy justo, y vm. me hará el favor de tenerlo a bien. Pero que se presenten en las calles a tendido como si fuesen a bailar un minuete, es fealdad, es ridiculez. Vm. Sr. Pensador, servirá sazonar este punto con la sal que acostumbra, y créame su más apasionado:

*D. B. T.*



## PENSAMIENTO VII.

### *El Diógenes Moderno.*

Ya me tienen enfadado varias personas con la jácara de que en mis Pensamientos no hay versos, y que esta falta los hace tan áridos, y secos, que no se pueden tragar: que es precisa la variedad; y que sé yo cuantas mil simplezas por este tenor, como o cuando ofrecí al Público mis Pensamientos, hubiese caído en el de ponerlos en metro, o esto de hacer versos fuese cosa, que se trajese en el bolsillo, Señores, el ser Poeta pide genio. Yo me he examinado varias veces de pies a cabeza, y hasta ahora no me he encontrado el furor, ni el entusiasmo, que se requiere para este arte penosísimo, y peligroso. Una prosa aunque mediana, puede tolerarse, pero en los versos no hay medio; o muy buenos, o malísimos: de ahí no escapan, si hemos de creer a Horacio, que, según dicen, tenía voto en la materia:

*Si paulúm a summo decessit.  
vergit ad imum.*

Sin embargo, como mi amor propio se interese en que den gusto mis escritos, procuraré hacer mis esfuerzos poéticos: se entiende de cuando en cuando; y ahora a la ventura, ya salga pez, o rana, ahí va esa muestra. ¡Qué lindo fuera, que sin saber cómo, ni por dónde, me encontrase poeta hecho, y derecho!

Dicen que en todas las partes  
hay hombres: no es extraño  
pero ¿dónde se ocultan,  
que por más que los busco, no los hallo?

En Madrid no los veo,  
ni los oigo en sus campos:  
¿Es animal el hombre,  
que ni habita en desierto, ni en poblado?

Por el hombre pregunto  
en la Villa, y sus barrios;  
muchos que hay hombres dicen,  
mas nadie señas da para encontrarlos.

Otros cuentan, que hubo hombres  
en los tiempos de antaño,  
cuando se usaban moños,  
calzas, golilla, espada, y verdugado.

Cuando Nuño Rosaura,  
y su colega calvo  
iban con zaragüelles  
*muy apuestos, y assaz abigarrados.*

Cuando eran centinelas  
de todos los Estrados,  
ciertas dueñas gangosas  
con anteojos, bayetas, y rosario.

Cuando andaban en mulas  
Avicenas, y Baldos,  
y en España no había  
semilla de cocheros, ni lacayos.

Cuando traían perilla  
Doctores, y Prelados,  
el que no tenía pelo,  
no podía libertarse de ser calvo.

Cuando eran muy Personas  
los Perros, y los Payos,  
los Tellos, y los Mendos,  
los Sueros, los Tenorios, y otros cuantos.

Cuando verdad había  
con otros muchos *cuandos*,  
con que rabiarse me han hecho  
veinte simples injertos en Horacios.

Pero, ¿dónde se han ido?  
(preguntó mi cuidado)  
¿Se han subido a la Luna,  
o han tomado posada en Sagitario?

En efecto, yo no sé que se han hecho, o dónde se han mudado los hombres. *No son hombres todos los que lo parecen*, dice el proverbio; y dice bien a fe de proverbio de juicio. A cada instante, a cada paso vemos ciertos bultos de la hechura, y con todas las señas de los hombres, y sin embargo, no hay cosa más rara, ni que con mayor dificultad se encuentre.

Yo Diógenes Moderno  
sin lo cínico al canto,  
he de buscar al hombre  
aunque se opongan Godos, y Lombardos.

Voyme por ese mundo  
con mi farol al lado.  
¡Válgame Dios, qué fiesta  
han de tener conmigo los muchachos!

Fatigado, y derramando arroyos de sudor, viene hacia aquí un bulto. ¡Si será el hombre! Acerco mi farol. ¡Pero como no había de fatigarse quien trae sobre sus hombros tan enorme peso! Él viene cargado de la mentira, la adulación, la vil complacencia, la lisonja, la bajeza, y la hipocresía. ¿Quién va a la Ronda? Un animal, que intenta fabricar su fortuna. Pase, y reflexione lo que dice esa endecha:

Terrible peso lleva  
sobre débil espalda.  
¿Fortuna a tanta costa  
hay quién quiera admitirla ni buscarla?

¡Qué animal tan serio se presenta! Las señas no son buenas. Su vestido se reduce a un envoltorio. La quinta esencia del desaliño trae derramada por todo su cuerpo, y adusta fisonomía es capaz de desterrar la risa, y el placer de la compañía más alegre, y festiva. Llegó mi farol. ¿Quién va a la Ronda? Un Filósofo. Pase, y tenga entendido; que

Para mostrar su ciencia  
lleva errado el camino:  
que hubiera muchos sabios,  
si pasara por ciencia el desaliño.

Un gracioso Muñeco viene hacia esta parte. ¡Qué bien peinado! ¡Y cómo camina con pasos de rigodón, y de minuete! Una tienda de dijes trae colgada en cada uno de los dos relojes. ¡Cuántos galones, y qué ricos encajes! Aquella cinta negra sobre el corbatín, con honores de caídas viene como oro sobre azul. ¿Si será el hombre? Apelo a mi farol. ¿Quién va a la Ronda? Un Petimetre. Pase, y para ponerla sobre su tocador llévese en el bolsillo esa copla:

Vaya despacio Adonis,  
porque el peinado no haje;  
y cuenta, que otro día  
No se deje olvidados los lunares.

¿Qué monstruos tan furiosos son los que se presentan? ¡Es posible, que haya en la naturaleza animales tan depravados! Ambos son de una misma especie. Se halagan, se acarician, se abrazan, se dan las manos en señal de amistad, se besan, se dicen mil lisonjas, y sin embargo recíprocamente se dan de puñaladas. ¿Quién va a la Ronda? Dos Cortesanos. Pasen, y entiendan que:



Ni extraño las lisonjas,  
ni la crueldad extraño,  
porque sé que la Corte  
en lo duro, y pulido imita al mármol.

¿Si será el hombre este animal orgulloso, que cree que por él solo hacen su curso los Planetas, caen los rocíos, crecen los árboles, se derriten las nieves, y tiene su flujo, y reflujo el mar? El será sin duda. Yo le veo medir la tierra, y los cuerpos celestes, pesar el aire, repartir en varias clases las estrellas, adivinar sus tamaños, y distancias, prescribir el movimiento a los Satélites de Júpiter, y construir a su fantasía la máquina del Universo. ¿Quién va a la Ronda? Un Soberbio. Pase al instante, porque es enfermedad contagiosa, y procure curarse con la receta siguiente:

Cómo indagar pretendes  
el orden de los Cielos,  
si ciego, y limitado  
la construcción ignoras de un cabello.

¿Qué ruido tan grande es el que se siente? Ya sé de qué procede. Hacia aquí viene un coche tan dorado, que deslumbra la vista: tíranlo hermosos caballos, con ricos, y vistosos penachos, dirígenlo cocheros robustos, y vienen a la retaguardia hermosos lacayos, todos con libreas galanas, y costosas. No es de perder esta ocasión. Aquí, sin duda alguna, viene el hombre. ¿A quién sino a él, puede convenir todo este aparato? Hago parar el coche, y acerco mi linterna. ¿Pero qué veo? Todo el cuerpo tiene cubierto este animal con un barniz de oro. Habla doblones, y escupe escudos. Viene trabajando una genealogía: llena todo el árbol de injertos, y de este modo hace subir su origen hasta Adán por línea recta de Varón; pero no está contento: Adán (dice) no tuvo título de Conde, ni Marqués, y esto de descender de un hombre a quien no se dio tratamiento de

Excelencia, ni aún de Señoría, es cosa trivial, y despreciable. Este animal delira. ¿Quién va a la Ronda? Un plebeyo rico, que quiere parecer grande. Pase, y oiga con atención lo que voy a decir:

Ni hace *Grandes* el fausto,  
ni da *Nobleza* el oro.  
¿Quieres ser Grande, Anfriso?  
Sí. Pues es fácil: ¿Cómo? Sé virtuoso.

Un Loco, al parecer furioso, se presenta. Viene rodeado de gentes. A uno le corta un brazo, a otro una pierna. A éste le quita la nariz de un bocado, y a aquél las orejas. Un pobrecillo animal está descuidado: Cógelo entre los dientes, y lo despedaza. Ni aún los cadáveres están libres de su voracidad. No abre la boca este rabioso sin hacer gran mal. Los heridos gimen, y se lamentan, y los demás celebran el daño, y le provocan a cometer nuevos insultos: Llégales su vez: vense maltratados: quéjanse, y lo extrañan como si pudieran esperar mejor partido. Esto de acercarme es peligroso. Los Diógenes; ni los Pensadores no están seguros entre animales de tan mala ralea. Preguntaré a uno de la comitiva. ¿Quién es este monstruo? Un maldiciente. ¿Y hay quién lo sufra?, ¿y hay quién lo acompañe? ¡Miserables animales! vosotros sacaréis el premio digno de vuestra malvada complacencia, y con vosotros hablan esos versos:

Festejáis a esa fiera,  
cuando a tantos maltrata,  
sin ver que con vosotros  
hará lo mismo, si volvéis la espalda.

Reventando de noble, y embutido en una ejecutoria, ceño fiero, y adusto, y mirando a todos con aire desdeñoso, llega un bulto aquel León en Campo de oro, guarnecido de Roe-

les (\*). ¡Qué dichoso soy (dice) en haber nacido de una familia tan Ilustre! Viva la Nobleza. Por más que digan, esto de probar más de dos mil años de hidalguía, es muy sabroso. Todo lo demás es chanza. Aplíquense los que no gozan de esta ventaja a ser virtuosos e instruidos. La Nobleza no necesita de estos adminículos. ¿Quién va a la Ronda? Un Hidalgo. Pase, y aprópiase esa redondilla, que creo es de nuestro Covarrubias.

El que de sangre corrusca  
se aprovecha, y no hace falla,  
es como aquel, que uvas no halla,  
y anda cogiendo rebusca.

Hacia aquí viene un bulto. ¿Si será el hombre? ¡Qué semblante tan pálido, y qué vestido tan corto, estrecho, y andrajoso! Raro animal me parece. No ha hecho voto de pobreza, y vive en una indigencia vergonzosa, y despreciable. Su afán se reduce a adquirir riquezas. Todo lo tiene, y todo le falta; pobre, y opulento a un mismo tiempo. Es sólo: incapaz de tener amigos: sin conocer parientes, y casi la mitad de su cuerpo en el sepulcro, y atesora con fatiga para los que han de llenar su memoria de oprobios. Trátase de que se haga un vestido. Dice, que es lujo, y se enfurece contra la vanidad. ¿Dícenle que se extenua por falta de alimento? La sobriedad y el ejercicio son los únicos medios de conservar la salud. Que socorra a una familia honrada, que se halla en aflicción. La caridad bien ordenada empieza por sí mismo. Está enfermo. No quiere se compren remedios,

---

(\*) Quizá se encontrará alguno, o muchos Escudos de Armas con aquellas piezas: en tal caso, libres y absoluta facultad para mudar este blasón. No hay sino poner los Roeles en el centro, y guarnecidos de Leones. El campo de oro se puede mudar en campo de ocre, o azul de verlín. ¡Cómo en esas suele transformarse el oro!

porque está muy subida la tarifa de la Botica, y en su dictamen.

Tout est argent perdu dans cette occasion:  
La maison ne vaut pas la reparation.  
Es dinero perdido  
cuanto consume  
pues la casa no vale  
la compostura.

No hay que preguntar, qué animal es éste. Un avaro se conoce a la legua. Pase, o quédese, que yo por no perder la loable costumbre, le echaré mi Copla.

¿A dónde, *miserable*,  
te lleva tu delirio?  
¿Habrás mayor locura  
que vivir pobre para morir rico?

Muy mesurado, muy misterioso, y circunspecto, con aires de valido, y obstando confianza, y poder, se acerca otro bulto, y según la prisa con que camina, parece le llama algún negocio de la mayor importancia. Quiero seguirlo. Tan ciego va que ha tropezado con otro animal de su especie, y ha faltado poco para que ambos midan el suelo. Párase en la Puerta del Sol. Los ociosos de su distrito están leyendo las noticias de Alemania. Óyelas con una risa burlona, y al parecer compasiva. Ya le falta el sufrimiento. Interrumpe la lectura, y díceles, que todo aquello es mentira. Saca una papeleta, y todos esperan con las bocas abiertas las noticias de este oráculo. Lee. "El día 10 se tomó por asalto la Plaza de N. Se han encontrado en ella más de dos mil cañones, y morteros de todos calibres, cantidad de municiones de Guerra, y muchas de boca. El mismo Ministro me lo ha dicho, y en iguales términos se ha contado en la Corte. Esto es lo cierto, y no hay que creer otra cosa. Sin embargo,

reserven Vms. la noticia hasta que se divulgue, y no me den por autor." Con esto se despide diciendo, que le espera el Duque de (\*\*), a quien, sin duda irá a contar los mismos embustes. Vaya adonde quiera. Para conocer a un *Novelista* no se necesita linterna. ¡Infeliz criatura! siempre afanando para adquirir, o forjar noticias: gana batallas: destroza ejércitos: toma plazas, y almacenes: llega la noche, y se acuesta sin tener que cenar. Bien pudiera decírsele con razón a esta Gazeta ambulante:

Tú sabes cuánto se pasa  
en una, y otra Región:  
¿No fuera mejor Formión  
que supieses de tu casa?

¿Si será el hombre este animal, que se enflaquece de verme gordo: que dice mil males, y mil perrerías de mí; y finalmente, que los condena, y me detesta sin haberlos leído, ni conocídomes? No: es imposible que éste sea el hombre. Acerco mi linterna. ¿Quién va a la Ronda? Un *Envidioso*. Pase; y si no puede ser de medicina, sírvale de rabiarse más, lo siguiente:

Comer, ni dormir puedes,  
porque yo como, y duermo:  
¿Habrás mayor delirio,  
que el de afligirte por el gozo ajeno?

Esto le digo al *envidioso*; pero a mí mismo pudiera decirme: ¿Habrás mayor delirio, habrá mayor extravagancia, que la de estar viendo al hombre, y buscarlo? ¿Estar tratándolo, y no conocerlo? ¿Y qué son todos los que he examinado, sino hombres?

¿Quién sino el hombre, es necio?  
¿quién sino el hombre, es vano,  
maldiciente, envidioso,  
presumido, soberbio, y obstinado?

¿Quién sino el hombre adula,  
y con estilo bajo  
compra la dicha a precio  
de la mentira vil, y el vil halago?

¿Quién sino el hombre sabe  
ser tan traidor, y falso,  
que cubra el rencor fiero  
con las blandas caricias, y el agrado?

¿Quién sino el hombre, fía  
su mérito al acaso  
de haber nacido rico,  
o de ser descendiente de Pelayo?

¿Quién sino el hombre, injusto,  
cruel, y sanguinario,  
para herir a los hombres  
hace armas cortadoras de sus labios?

¿Quién sino el hombre, puede  
posponer ciego, y fatuo,  
las amables virtudes  
a un cuadro con márgenes dorados?

Y en fin, ¿quién sino el hombre,  
los tesoros, que a tantos  
pudieran ser alivio,  
en afanes convierte, y en cuidados?

No hay que dudar: todos estos son hombres, y todo esto,  
y mucho más es el hombre. ¡Qué de defectos, qué de vicios  
nos rodean! ¿De dónde, pues, nos viene tanta soberbia?  
¿De qué nos envanecemos? Oigamos lo que al mismo asunto  
dice un célebre ingenio.

¿Cuál es el fundamento de tu orgullo, hombre soberbio? En cualquiera estado, de cualquier modo, que te miro, en la grandeza, en la elevación, con una bella alma, con un corazón generoso, dotado tu espíritu de sublimidad, y tu cuerpo de perfecciones, siempre te hallo hombre; esto es mortal, limitado, sujeto al error, y esclavo de tus pasiones. Tú no te miras sino es por los lados que son favorables a tu vanidad. Deja por un instante de mirarte con tanta indulgencia. Considerate si puedes, en tu justa extensión; y sorprendido de tu orgullo, a pesar de tu debilidad, con vergüenza de haber sido tan soberbio, teniendo tantas razones de humillarte, dirás con el sabio: ¿De dónde me viene tanta presunción? Pero no nos irriteemos contra nosotros mismos. Objetos más dignos de lástima, que de ira, compadezcamos nuestra debilidad. ¡Qué cosa más capaz de humillar al hombre, que el hombre mismo! Apenas vencemos una pasión, cuando levanta la cabeza otra, que es preciso reprimir; y destruida ésta nacen otras, que piden nuevos esfuerzos. Es difícil domar nuestras pasiones, y casi imposible vencer nuestros caprichos. Ni acertamos a fijar nuestro espíritu en busca de la verdad, ni nuestro corazón en el amor del bien. Ni evitamos lo que nos es dañoso, ni abrazamos lo mudable. Ni podemos sufrir las enfermedades, ni desecharlas. No nos satisfacemos con lo poco, ni estamos contentos con lo mucho. Ve aquí lo que es el hombre. Dios lo crió a su Imagen, y el pecado ha desfigurado de tal modo a la Criatura, que apenas puede conocerse, que Dios haya sido su Autor, y modelo. Nacidos con inclinaciones terrestres: expuestos a un sin número de miserias: insensibles a los halagos de la verdad: apartando los ojos del bien: con un corazón, que perpetuamente se contradice: inciertos en nuestros pasos, constantes en el mal, inconstantes en las buenas resoluciones, veteranos en el vicio, bisoños en la justicia. ¡Qué de contrapesos para nuestra vanidad, y nuestro orgullo!

N.

Paréceme, que ha estado demasiado serio este Pensamiento; pero ¿cómo ha de ser esto? Yo no acierto a reírme cuando estoy de mal humor, y ordinariamente suelo estarlo las veces que miro por una parte nuestra debilidad, nuestra ceguedad, nuestra ignorancia, y nuestra pequeñez, y por otra el orgullo, la arrogancia, la presunción, y la soberbia con que acompañamos nuestras acciones. A más de esto, no todo ha de ser fiesta, y risa: también a la seriedad le ha de tocar su vez. Una zumba continua, o una crítica perdurable en tono de zumba, no se acomodaría bien con la gravedad, que se nos atribuye. Ahora para postres, y a fin de quitar el mal sabor, o la amargura, que suelen dejar las verdades, vaya esa Carta, que (si Vms. quieren creerlo) he recibido, y la respuesta que he dado. Si se divirtieren, habré logrado mi intento: si no contribuirán a llenar los dos pliegos, y ya es algo.

*Señor Pensador.*

Paseándome ayer en el Prado, encontré un hombre alto, lánguido, macilento, desaliñado, y al parecer pensativo: Creí, que todas estas señales anunciaban un pensador: saludéle con este nombre: miróme con mucha mesura, y gravedad, y fuese sin hablarme. Estoy con grande curiosidad de saber si era vm. el susodicho, y me ha encargado también esta pesquisa una Maestra de Niñas, que dice maravillas del talento de vm. y devora sus papeles al instante, que salen. Nadie mejor que vm. puede sacarnos de la duda. Hágalo, pues se interesa en ello el celo de esta Catedrática, y la curiosidad de su servidor.

*Santiago Curioso.*



*Señor mío.*

Ayer no salí de Casa, por el justo motivo de una partida de revesino, de doses, con sus correcciones, innovaciones, y adicciones. A más de esto el retrato, que vm. hace, no se me parece. Yo soy pequeño, y grueso, de modo, que parezco un Sancho Panza. Tengo medianos colores, y mis rasgos de petimetre. Lo pensado tampoco me sale al semblante, que tiene más de festivo, que de serio. Con estas noticias, y el retrato, que se pondrá en la fachada de mis obras, cuando se haga la décima, o undécima edición, tendrá vm. lo bastante, para conocer a su servidor.

*EL PENSADOR.*



## PENSAMIENTO X.

### *Visita de los Cuertos.*

*Señor Pensador.*

Mi Colega el Visitador General de los Locos regaló a vm. una Carta, en que mostró su mal humor, y dio a conocer su genio pueril, cobarde, y apocado; pues sin más, ni más, sólo porque le faltaron fallidas las noticias de unas cuantas esquelas de locos, montó en cólera, e hizo dejación de su empleo, cuando debía dar muchas gracias, de no hallar el mundo tan poblado de frenéticos, como querían los que le enviaban los avisos.

A mí me sucede todo lo contrario en el Departamento de los Cuertos, los prudentes, y los virtuosos, cuya visita general me ha cabido en suerte. Me han dado, y dan todos los días muchos más chascos, y chascos tanto más sensibles, cuanto va del placer de encontrar juiciosos, y cuertos a los hombres notados de locos, y al sentimiento de hallar extravagantes, fatuos, y frenéticos a los que se creía prudentes, y moderados. Pero no por esto me pasa por la imaginación hacer dimisión de mi empleo; antes bien pretendo continuar en él, siendo una centinela vigilante, que advierta a las gentes incautas, a fin de que no se dejen preocupar de la falsa moderación, ni de la virtud aparente.

Mi compañero tuvo el alivio de que le avisaban cuando había algún loco: yo no he tenido quien me dé avisos, ni me envíe esquelas relativas a los cuerdos. Los hombres son naturalmente avaros de alabanzas, y apenas, forzados, se reducen a confesar la virtud, el juicio, y el mérito de sus semejantes. Así para mis visitas, y revistas no he tenido más auxilios, que los que en las conversaciones, calles, y plazas me han procurado mi diligencia, y mi observación. Sin embargo, han sido más que suficientes. Vayan algunos casos.

*Theodemo* vino a la Corte, y yo le conocí, y traté en ella. Tomó el pretexto de querer divertirse en Madrid algunos meses. Su primer cuidado fue el prevenir a los Ministros, y a toda la Corte, que lejos de tener pretensión alguna, rogaba a todos olvidasen su corto mérito, en caso de querer premiarle, o aprovecharse de su experiencia para algún empleo. "Yo no ignoro (decía) que los hombres no deben huir el hombro al trabajo, y mucho menos cuando éste puede ser útil a la Patria. Pero mi salud quebrantada... mi edad... la experiencia que tengo del mundo... los cuidados que traen consigo, y la integridad, y desvelos, que piden los cargos... En fin, yo no estoy para nada de esto. Acabé mi carrera. Busqué el incienso quien no conoce su ningún valor. El Rey me da más de lo que necesito para mi decencia. ¿Qué puedo desear sino mi descanso: esto es sólo lo que procuro. Los pocos días, que me quedan de vida, los quiero pasar con sosiego, y tranquilidad."

¿Quién no diría, que éste era el más cuerdo de los hombres? ¿Caracterizado, con amigos poderosos, realmente benemérito, y rehusar los empleos? ¿y huir del mando? ¡Oh! De esto no se ve en nuestros días, hay pocos sujetos de este temple. Es un Fénix entre los hombres. En tales términos se hablaba de *Theodemo* y yo mismo hubiera incurrido en este común error, a no obligarme mi empleo a examinar las cosas con madurez, y reflexión. Tanta moderación,

tanto desinterés, me confundía. Empecé a observar la conducta de mi héroe. Veía, que entraba demasiado en las Oficinas; que fatigaba a los Ministros: que le huían el cuerpo los Oficiales; y que perdían con él la paciencia los porteros. Todas eran malísimas señales. Acerquéme a investigar con más inmediatez la materia, y hallé, que *Theodemo*, contra toda su intención, y a pesar suyo se vio creído, y por consiguiente, frustradas sus ideas. No pensaba encontrar gentes, que creyesen en tan de ligero. El despecho le hizo quitar la máscara. Solicitó un grande empleo, y se le negó; y las consecuencias fueron caer enfermo, y pagar el último tributo en breves días, calificando de ambición simulada su decantada virtud, su cordura, y su moderación.

*Emilia* corre con créditos de mujer muy cuerda, porque sin embargo de su afición al juego, se contiene, y se priva de este placer, hecha cargo de que no puede sacrificar a la diversión lo que necesita para mantener su familia. Nada sería más cuerdo, ni más juicioso, que este proceder en la pobre *Camila*: pero *Emilia* es rica, y sería mucho más razonable, y más sensato, que expusiese algo al pequeño riesgo de un juego regular, que el querer vendernos por virtud su mezquindad, y pasar las noches maldiciendo. No hay espectáculo más triste para la humanidad, que las visitas en que se juntan muchas *Emilias*. Al principio de la noche suele ser general, e indiferente la conversación. Háblase de las noticias que corren pocas materias sujetas a mi jurisdicción; pero acábase el refresco y múdase la decoración del Teatro. Las Señoras, que antes han estado esparcidas, se unen para juntar sus fuerzas. Forman una especie de Anfiteatro en la testera del estrado, y empieza una jerguería, que no es fácil describir. Las palabras salen de tropel. Una Señora está respondiendo, y otra le está preguntando al mismo tiempo. Yo he visto dos que se hallaban juntas, hablar sin interrupción, y sin tomar un instante de descanso, horas enteras. Todo esto es nada: lo sensible, lo vergonzoso es, que toda esta conversación tumultuosa se dirige a murmurar, y maldecir. Allí se despedaza al prójimo: no hay

defecto real, o imaginario, que no salga a plaza: se examina el interior de las casas: se revuelven las familias: la hija no perdona a la madre, ni la amiga a la amiga: se siembra la cizaña: se fomenta la enemistad, y la división; y finalmente, se dedica el tiempo, que se había de emplear en darse mutuas señales de amistad, de confianza, y de cariño, al más perjudicial, y vergonzoso de los vicios; y todo esto se practica con una especie de candor, de inocencia, y de satisfacción, como si tratase de estimularse a la virtud, y con un ardor, como si temiesen morir al día siguiente, y que les quedase algo por murmurar.

Varias veces oí hablar de *Aristipo* a un sujeto, y darle los epítetos de piadoso, benéfico, y humano. ¡Qué entrañas de hombre! (decía) ¡Qué liberalidad! Los hombres serían felices, si hubiese muchos como éste. Volvería a nacer entre nosotros el siglo de oro. Propúseme conocer a *Aristipo*, y averiguar su vida, y milagros, y lo logré. *Aristipo* tuvo un empleo de los mejores para saciarse. Logró enriquecerse, sin más perjuicio que el de los Pueblos, que redujo casi a la mendiguez, y de su conciencia. ¿Qué había de hacer? La tentación era fuerte, y precisa una conciencia a prueba de bomba (permítaseme la frase) para no caer en ella. Ha dotado después una Lámpara, y fundado dos Capellanías. Suele dar con mucha solemnidad, y en público, tal cual ochavo a los vagos que para vergüenza nuestra, alborotan las calles con salvo conducto, y a los que van a interrumpir la poca devoción de los Templos; y el Pueblo, pagado de exterioridades, y cuyas observaciones se quedan en la superficie, ha olvidado ya sus robos, sus cohechos, y sus extorsiones. ¿Y esto se llama humanidad? (dije a su panegirista)... Sí Señor: Humanidad, piedad, y beneficencia... ¿Y puede haber quien crea, que es liberalidad, o que es virtud fundar las que llaman Obras Pías con el sudor ajeno, con la sangre del pupillo inocente, y la viuda desvalida?... Cada uno hace sus cuentas, y sabe lo que pasa en su casa mejor que el extraño. *Aristipo* ha salido bien de sus residencias a fuerza de presentes: ¿Por

qué no ha de hacerlos al Cielo, y tener esto adelantado para la residencia última?... ¡Impío!

Tantas veces tuve noticia de que *Clelia* era *ejemplo de virtud*, que persuadido de que fuesen ciertas, me determiné a visitarla; pero jamás llegó el caso de verla. Por las mañanas me decían que estaba en la Iglesia, y por las tardes sucedía lo mismo, o estaba en conferencia de su Director. Informéme de la vecindad, y de su misma familia; y ya se ve, ¿qué había de hallar contra una reputación de virtud tan sólida, y tan bien establecida?; Decíame una vecina con mucha gracia: Señor, es una Santa, no sale de la Iglesia... Pero Señora, ¿No tiene marido, hijos, y familia?... Sí tiene, mas ella es una bendita y como la dejen ir a sus devociones, nada se le da que la casa se caiga, que su marido vaya roto, que sus hijos anden en camisa, ni que sus criados estén arreglados, o en desorden. ¡Ah! mi alma como la suya. Ella no es ya de este mundo... Pues, Señora, ¿y tiene vm. por virtud el abandonar las primeras, y más principales obligaciones? ¿Cree, que puede haber verdadera devoción, cuando falta el cimiento de ésta, que consiste en que cada uno desempeñe las cosas, que naturaleza, el empleo, el destino han puesto a su cuidado?... Yo no entiendo ni una palabra de todo esto. Es verdad, que algunas cosas de la casa me parece, que no van bien; pero mi vecina no da paso, que no lo consulte con su Padre espiritual. Mire vm., es tan buena, y tan bendita, que teniendo la casa plagada de ratones, fue a consultarle el modo de extinguirlos, y de esto nos reímos mucho las vecinas, porque somos malas, que ella lo haría con una sencillez, que así la tuviera yo. Y diga vm. lo que quiera, que para mí *Clelia* es una santa a pesar de cien Teólogos, y a pesar de la razón, si es menester. Reíme mucho de la sandez de esta buena mujer, y salí admirado de encontrar una vecina, que tuviese tan buena opinión de otra.

*Anselmo* tiene reputación de hombre cuerdo, y no va el Pueblo muy descaminado. Él es el mejor hombre del mundo,

sosegado, pacífico, sin malicia. En fin todas las calidades, que se requieren para marido de una mujer cortejada en toda forma. Nada le asusta. Los juicios temerarios, ni tienen entrada en su espíritu, ni siquiera los conoce de nombre. Su mujer se hacía peinar antes por una criada. Llegó esto a ser común, y disgustóse. Trájole peluquero. Era un bestia, y le hacía un mal infinito al tiempo de rizarla. Un petimetre de cierta clase hábil en el peinado, se ofreció para este ministerio: tomó posesión, y continúa con mucha satisfacción, de todos. Hay premisas de que si Madama dice que no la visten bien sus criadas, irá el marido a buscarle luego un ayuda de cámara. Si esto es cordura, hay muchos cuerdos en Madrid.

*Violante* no cambiará su fortuna de tener un peluquero francés, que peina con la mayor elegancia por todas las Indias. Sin embargo, esto lo atribuye a prudencia, porque en la precisión de haber de ir peinada según estilo, dice, que es razón sea con gracia, y simetría. Cuéstale muy caro el peluquero; pero en no siendo para socorrer alguna verdadera necesidad, hay dinero para todo. Péinala en dibujo, formando rosas, y claveles del pelo; y es cosa graciosa ver la cabeza de *Violante* hecha una primavera. No quisiera faltar del mundo hasta que las Señoras se hagan peinar en dibujo de lechugas, y berenjenas; y creo no sería preciso llegar a muy viejo.

*Esculapio*, embutido en un pelucón de a folio, con aire de oráculo, pasos graves, bastón grande, y sortijón desmesurado, se ha adquirido fama del Médico más prudente, y de mayor valentía que se conoce. Comparados con él los demás médicos, son, en su dictamen, unos imbéciles, sin valor, sin conocimiento, y sin resolución. Su sistema favorito es el de consolar a todos sus enfermos, complaciéndolos en recetar por mañana, y tarde, aunque les cueste la vida. Díceles, que es preciso no dar tiempo al enemigo, para que se fortifique. Ordena purga, sangría, bebidas, y emplastos todo en un mismo día; y el pobre enfermo que apenas tenía un amago



de mal, se halla, cuando menos lo piensa en una enfermedad grave, originada de los mismos remedios. Llámánle para ver a un sujeto, que se halla resfriado, y con algún poco de calentura. Pulsa, registra la lengua, reconoce el semblante del doliente, todo con un aire magistral, y misterioso. En el mismo instante hace la descripción, y el pronóstico de la enfermedad.

Dice, que es más de lo que parece: que el enemigo está oculto; pero, que él le hará salir a campo raso: que entre tanto es preciso picarle la retaguardia, y precaverse contra todo insulto, que pudiese intentar por la espalda, o costados. Ensarta media docena de palabras griegas, con que suelen semejantes Médicos, querer ocultar su ignorancia. Pide papel, y tintero. Receta seis bebidas diferentes y señala la hora a que ha de tomar cada una. De paso, y sólo por modo de preparación, manda se le hagan luego cuatro sangrías, algo copiosas. Asegura, que no será cosa de cuidado; y marcha a consolar del mismo modo otros enfermos. El nuestro queda muy contento, porque al fin, si sale de esta vida ya lleva la satisfacción de no haber sido por falta de Médico, ni de remedios, sino antes bien por sobra de éstos, lo cual es una señal de esplendidez, que debe hacer mucho honor al difunto. Vuelve por la tarde nuestro Esculapio, encuentra cadáver al enfermo. ¿No lo dije?, exclama muy contento de su predicción. El mal estaba emboscado, y su fortuna consistió en haberme sorprendido los batidores. Pregunta a qué hora ha muerto. Dícenle que a las dos y veinte y siete minutos. ¡Oh fuerza de la medicina! (prosigue el médico) sin los remedios, que se le aplicaron hubiera expirado a los veinte y seis minutos sin falta.

Creo que *Esculapio* ha estudiado en el arte de la guerra del Rey de Prusia, el modo de hacerla a la humanidad. Su pretendida prudencia, y su valentía, no son otra cosa, que barbarie, y crueldad; y sin embargo hay enfermos de tal capricho, que lo prefieren a otros juiciosos, y sabios, en la parte que permite la incertidumbre del arte, sólo porque

receta. Esto es, porque trastorna la naturaleza, y la debilita, y porque sin pararse a observarla, parte de ligero en enfermedades, cuyo conocimiento, y examen piden mucha pausa, cometiendo errores, y daños irremediables. De esto hay bastante, Señor Pensador. Causame mucha lástima la preocupación de tantos enfermos, como continuamente suspiran por remedios, y que creen, que su salud ha de salir precisamente de la Botica; me llena de horror la cruel complacencia de algunos médicos, que lo recetan, conociendo la inutilidad, y aun el daño, que seguramente ocasionan aun los más inocentes, por dar gusto a un doliente necio: Por esto me he detenido de propósito en este artículo. Él sólo merece, que dé vm. esta carta al Público, añadiendo, si le pareciere, las reflexiones, que tenga por convenientes en asunto, en que se interesa nada menos, que la salud, y la vida de los hombres.

Pocas famas se hallarán tan extendidas, como la de *Nicandro*, hombre rico, y que según dicen las gentes, posee en grado eminente la virtud de la generosidad. Sin embargo, hay pocos hombres, que tengan un corazón tan depravado. Es verdad, que a su vecino *Aristo*, que necesita dinero para una urgencia, no solamente se lo presta, sino que casi le obliga a tomar mayor cantidad de la que pide. Convídale con tono de amistad a recibir nuevos préstamos: ofrécele su casa, su hacienda, y su crédito, y le asegura que sólo desea su bien, y ponerlo en estado que pueda pasar su vida sin ahogos. Esta humanidad, me dejó encantado. Los hechos son ciertos: el mismo *Aristo* los confiesa. Pero el misterio está descifrado fácilmente. *Aristo* tiene una bella posesión inmediata de otra de *Nicandro*, y muchos deseos de este de incorporarla en la suya. La necesidad ha abierto la puerta a sus designios. La deuda ha ofrecido. *Aristo* se halla más imposibilitado que nunca de pagar; y su posesión ya amenazada de entrar en poder de su pretendido bienhechor, va a desengañarlo de que el pronto socorro, las señales de amistad, y la generosidad con que pareció atendía a las leyes de la humanidad *Nicandro*, tenían por objeto despo-

seerle de su alhaja, haciendo servir la aparente generosidad del vicio de la ambición.

*Celio*, hombre grave, y de humor tétrico, ha sido preferido por su virtud, y cordura para Ayo de un Señor. Empieza su educación por inspirarle un orgullo feroz. Hace, que trate a sus criados como esclavos, y mire al resto de los hombres como nacidos para tributarle respetos, y lisonjas. Enséñale una prolija etiqueta; y en fin corrompe sus bellas disposiciones de modo, que cuando acaba su ministerio, deja a su discípulo muy engreído, muy lleno de orgullo, y de ceremonias; pero sin idea de que es preciso ser humilde, compasivo, y benéfico para ser hombre.

Finalmente (Señor Pensador) no dudo, que hay muchos hombres cuerdos, prudentes, y virtuosos; pero yo no los hallo. Del mismo modo, que sólo se llama locos a los que tienen una locura fuera de lo común, y cuya extravagancia no simpatiza con las de los demás, ni entra en el comercio de la vida; así creo, que se da nombre de cordura, de virtud, y de prudencia a ciertas prácticas de ceremonia. El engañar con disimulo se tiene por prudencia: la dureza, la falta de compasión, y de humanidad, pasan por cordura; y un exterior hipócrita por virtud. Así se equivocan los vicios con las virtudes. Los hombres se contentan con parecerse a la mayor parte de los hombres. Ésta es generalmente la regla, y el modelo; y lejos de hacer uso del don precioso de la razón, parece que nos guiamos solamente, por una imitación grosera. He pintado los hombres del mismo modo que los he hallado. Omito otros varios casos en que igualmente he visto engañadas mis esperanzas, porque sería preciso dilatarme demasiado, y estoy persuadido de que sería labor infructuosa. Ofrézcome a la disposición de vm. siendo siempre su apasionado.

*El Visitador General de los  
Cuerdos.*

He recibido la Carta siguiente; y para evitar esta advertencia en lo sucesivo, hago saber, que siempre que reciba alguna que contenga utilidad, y me parezca digna del público, llevará al principio la letra A.

Muy Señor mío: No ha mucho tiempo, que la necesidad de cumplir con una obligación, con que nos han grabado los ociosos, que no tienen otra cosa en que entender, me obligó a ir a dar los días a una señorita de las que tan justamente han ocupado a vm. sus Pensamientos. Parecióme, que bastaría sentar mi nombre en la antesala; pero como la señora estaba *visible*, me vi obligado a pasar adelante. Entré en la Sala, y la hallé rodeada de caballeros de razón, y de edad, que ocupaban sus sillas con el silencio. Saludéla, como se acostumbra, y no debió de oír. No me respondió. Tomé asiento como los demás, conociendo, que a todos habría sucedido lo mismo, y persuadiéndome, bien instruido de lo que pasa, que si esperara a que se me dijera, me estuviera en pie hasta que fuese llamado al Valle de Josaphat. Nadie desplegaba sus labios, porque a nadie podía atender nuestra visitada, y yo, que quisiera despachar con mi cumplido, y marcharme a otra parte, de donde sacase más utilidad, no me atrevía, porque el no haber hablado, ni haber podido hablar una palabra, entrar, salir, sentarme, y levantarme, como pudiera hacer en mi casa, me parecía cosa ridícula, aunque algunos, por no dilatar todo un día la visita, se vieron precisados a hacerlo.

Bien conocerá vm., que no sería descortesía en esta señorita la que usaba con nosotros. Un petimetre de primera tijera sentado a su lado se llevaba las únicas atenciones, recostado el hombro izquierdo, a la verdad, con descortesía, sobre el derecho de su favorecedora. No fue poca la fortuna que tuve. Al cabo de largo tiempo, en que sin ser entendido apenas, unas veces reía, otras casi lloraba, interrumpió nuestro poseedor pacífico la conversación silenciosa. Sacó el reloj. Levantóse. Y sin despedirse, ni aun con la cabeza, de ella, ni de los que allí estábamos, se fue casi corriendo.

¿Qué más hubiera hecho con su lacayo? Pero vamos al caso: no es éste mi asunto, y de él ha tratado vm. otras veces.

A esta Señorita la bastaba, que la creyésemos instruída en la moda. Su Filosofía no debiera pasar adelante, y esto en caso de creerla discreta al uso. El pentanler, el corsé, la herradura deberían ocupar sus discursos, cuando quisiera pasar por discreta. Las etiquetas de una visita, de un baile, y de un cortejo deberían componer suficientemente la metafísica de sus estudios. Volvamos al caso. Falta de la conversación de su muñeco, no dejó nuestra modista negocio por revolver, ni asunto por tratar. ¡Qué pretendida cultura en sus palabras! A gobernarse en su boca el Estado; todo hubiera mudado de situación. ¡Qué Retórica tan desconocida! Aseguro a vm. que salí aturdido de la visita; y quisiera más hubiese durado la del cortejo, habiendo oído tan gran suma de desatinos como nuestra culta manejó; y deseoso de pedir a vm. que no se olvide de pensar en esto, pues sus Pensamientos solos pueden obrar el efecto necesario para la enmienda.

Antes de cerrar la carta debo advertir que muchas Señoritas al parecer arrepentidas, se quejan de que en brillar solo, y obscurecer el mérito de los demás. Ve aquí el carácter de un hombre cuerdo, que puede servir de contraste al *Pedante*. Dios le guarde.



## PENSAMIENTO XII.

### *Sobre la Educación.*

Yo me emprendo una materia no menos basta, que útil, y no menos útil, que necesaria para el bien de la sociedad. Esta es la educación: materia, que para tratarlo con todo el rigor de un sistema, pediría gruesos volúmenes, y mayor caudal de observaciones, de juicio, y de discernimiento. Por lo mismo no me propongo formar un sistema, ni seguir con toda la mayor exactitud la progresión de fuerzas, y capacidad, que acompañan al hombre en las diferentes edades de la vida, ni llenar los discursos, que deberé emplear en este asunto, de ideas abstractas, de divisiones, que el mayor número de mis Lectores, no entendería, y lejos de producir el fruto, que deseo, los harían inútiles.

Tampoco me detendré en probar la utilidad de educación, y urgente necesidad de corregir la que se practica en nuestros tiempos. Nadie ignora, que así como la gloria, la prosperidad, y la duración de los Estados dependen de las costumbres de las Naciones, que los componen, así la felicidad, y la salud de los Pueblos consisten en el cuidado de formar la juventud, y aun la infancia de sus individuos: que entregados los hombres a la ceguera, y debilidad con que nacen, ni subsistiría sobre la tierra, ni, en caso de que por un prodigio singular pudiesen subsistir, se diferenciarían de los brutos, sino sólo en la figura; y que, por consiguiente, ni habría Religión, ni Leyes, ni Policía, ni Sociedad, ni Hombres, en

una palabra. Por otra parte, todo el mundo se queja de la mala educación, que se da a las tiernas plantas. Todos conocen, que en el actual Plan de educación hay multitud de vicios, que crecen con la edad, y cuyos efectos se manifiestan con el tiempo en los Tribunales, las Cátedras, el manejo de los negocios, y en todo el comercio de la vida civil, y política. Así sin detenerme en estos dos puntos voy a extender mis reflexiones conforme vayan ocurriendo.

Yo empiezo a registrar, y observar al hombre desde que nace, y desde entonces se me ofrecen errores, descuidos, y abandono en su crianza. Los grandes, los Señores, los ricos, y aun los que apenas logran una mediana fortuna, están en tranquila posesión de desembarazarse de sus hijos desde que salen del seno materno. Ve aquí un error enorme, error perjudicial al Estado, a la salud de la madre, diametralmente opuesto a sus mejores, y más sólidos derechos, y que casi la degrada de los fueros, y preeminencias de la maternidad.

Quisiera me dijese las madres para qué fin discurren, que el Autor de la Naturaleza les ha dado los medios de alimentar a sus hijos; me parece, que la respuesta sería muy embarazosa. ¿Para dar más elegancia a su figura, y hacerla más proporcionada, y regular? Para esto bastaría sólo la figura. ¿Para qué haciendo ostentación de su riqueza, lleven consigo a todas partes un lazo en que peligren los ojos incautos? Esto ya se ve que es absurdo. Yo sé muy bien (dirá alguna madre) el destino para qué se me dio esta parte de mi estructura; pero mi salud delicada, el gusto de mi marido, y el dictamen del Médico se oponen a mi deseo de criar mis hijos. ¡Ah! Señoras. Conozco toda la debilidad de esta respuesta, y que es este el escudo de que se valen las madres, que están bien halladas con abandonar esta primera obligación. Sé, y saben todos los artificios, de que vms. se valen para tener de su parte al médico, y obligar a que un marido quiera, y se vea obligado a mandar lo mismo que vms. desean; y nadie ignora, que tiene más parte en esto el



propio capricho, el afán de no ajar la belleza, la comedia, el paseo, y la visita, que la obediencia a la voluntad del marido, y el cuidado de la propia conservación.

Si creyésemos a las madres, vendríamos a sacar por una consecuencia forzosa, que la naturaleza, o por decirlo mejor el Autor de ella, pródigo, y liberal en todas sus obras, había andado escaso con la naturaleza humana, objeto el más distinguido de la creación. Los brutos domésticos, y silvestres, las mismas fieras, cuya organización pide el criar los hijos a sus pechos, tienen toda la fuerza, y la robustez necesaria para practicarlo. ¿Y sólo estarían privadas de esta aptitud las madres, a quienes la racionalidad debería hacer más sensible tal privación? No podemos engañarnos en esta parte, señoritas mías. Los motivos, que dejo apuntados, tienen la culpa de esta inversión del orden de la naturaleza, y de esta crueldad. También hay otra causa que no puedo explicar de otro modo, que callando, y este silencio creo bastará para que me entiendan las personas a quienes toca.

Dije que en la práctica de entregar los hijos a las amas de cría había error perjudicial al Estado, a la salud de la madre, y a sus más sólidos derechos, y ve aquí el asunto de este Pensamiento.

Establecido, como lo está el método de desprenderse de los hijos apenas nacen, costumbre a que ningún marido puede negarse en nuestros tiempos, sin exponerse a que cuantas bachilleras hay en la parentela, en la vecindad, y las amigas lo tengan por un asesino de su mujer, es preciso resolverse a crecidos gastos, que no todos pueden sufrir. Se necesitan varias amas; lo cual no deja de ser costoso, y a esto se agregan otras adealas, que sólo pueden tolerar los que tienen, lo menos medianas conveniencias. ¿Acomodarse la madre a criar sus hijos? ni por sueño. Esto es contra la moda, y ninguna mujer está tan mal con su opinión, que se atreva a dar este escándalo. El medio que se toma es el de

abstenerse del santo fin del matrimonio, privando de este modo de hombres a su especie, y de ciudadanos al Estado.

Una madre queda muy ufana, y muy satisfecha de haber cumplido las obligaciones de tal, entregando el recién nacido a una mujer mercenaria. Prescindo por ahora de sus calidades, y de si se examina, o no su buen o mal carácter, su temperamento, y sus costumbres. Esta madre tirana, y cruel se lisonjea sin más fundamento, que su capricho, que en la ama a quien lo encomienda, va a hallar su hijo por el interés, el amor, el cariño, la atención, y el desvelo, que le niega la que le ha dado el ser, lo ha traído nueve meses en su seno. ¡Qué ilusión! Lo peor es, que lejos de encontrar el cuidado, que se figura, estas pobres criaturas son ordinariamente víctimas de la crueldad de sus madres. Es el interés sólo el que le habla al corazón al ama; no es la piedad ni la ternura. La menor ocupación que tenga, le hace abandonar la criatura, que inútilmente llora, y se fatiga pidiendo el sustento, o manifestando la postura incómoda en que se le ha dejado, mientras el ama atenta sólo a sus ocupaciones domésticas no hace caso de los gemidos de esta infeliz, y lo deja padecer sin piedad en la misma situación. Creo que no hay madre alguna por dura, y desapiadada que sea, que no temblase, y se llenase de horror, si supiese el número de criaturas, que perecen por el descuido de las amas. Ni como puede suceder de otro modo, si bien se reflexiona. La criatura puede recibir su sustento de la ama, de una cabra, o de otro animal, que efectivamente suplirán la falta de capacidad, o de voluntad de la madre; pero la solicitud materna no tiene equivalente: nada puede suplirla. La que críe el hijo ajeno en lugar del suyo es una mala madre ¿cómo podrá ser una buena ama? Podrá hacerla el tiempo; pero con mucha lentitud. Será forzoso, que la costumbre cambie su naturaleza; y la criatura mal cuidada podrá perecer cien veces antes que el ama lo mire con ternura de madre. Y ve aquí otra consecuencia del mismo error; perjudicial al Estado en cuanto esta falta de atención lo priva de muchos ciudadanos.

Aun cuando las voces de la naturaleza, y de la razón no se hiciesen oír en el corazón de una madre, su propia conveniencia debería excitarla, y aun forzarla a cumplir las obligaciones de la maternidad, interesándose en ello nada menos, que su propia salud, y robustez. Yo he oído a hombres muy hábiles en la medicina probar casi con evidencia, que la mayor parte de las enfermedades, que suelen padecer las que han llegado a ser madres, procede de la necesidad de estancar, y por decirlo así, secar el líquido, que debía servir de alimento a los hijos, fundando en razones muy sólidas el pronóstico de que si llegasen a superar el temor de hacerse ridículas, y la preocupación bárbara de que el criar sus hijos es nocivo a su salud, lograrían tener partos felices, sin accidentes, ni consecuencias peligrosas, y gozarían de una salud, firme, y vigorosa. Quede este asunto al conocimiento de los médicos, que lo sabrán explicar mejor, y persuadir su importancia, si desnudos de contemplación, y parcialidad, y sin prestarse, como hasta aquí a los caprichos de las madres, quieren hacer un servicio muy señalado a la humanidad.

En el suceso de la crianza, y de la educación de los hijos se interesan los padres, y las madres; pero éstas con más particularidad. La mayor parte de las viudas llegan a estar a merced de sus hijos; y entonces es, cuando en bien, o en mal conocen los efectos de la buena, o mala educación, que les han dado. Las leyes, muy atentas por lo que toca a los bienes, y poco cuidadosas de las personas, por ser su objeto la paz, no han dado bastante autoridad a las madres. Sin embargo, su constitución es más segura, si cumplen como deben las obligaciones de su estado. Puede ofrecerse ocasión, en que la falta de respeto a una madre tenga alguna disculpa; pero si se hallase un hijo tan osado, y salvaje, que lo perdiese a su madre, a la que lo ha llevado en su seno, a la que lo ha alimentado a sus pechos; y finalmente, a la que por espacio de algunos años casi se ha olvidado a sí misma por entender en su crianza, y educación, este miserable merecería la muerte, como un monstruo indigno de hacer sociedad con

los hombres. Esto se entiende cuando la madre ha obrado como tal; y en este caso yo les aseguro, que no llegaría el de ver ajadas, y desatendidas las leyes de la maternidad, y ve aquí uno de los principales intereses de la madre, y la basa sobre que puede, y debe fundar sus derechos más sólidos, seguros.

Pero si esta madre desnaturalizada, y cruel arroja de sí al hijo apenas ve la luz, le niega el socorro, que reclama en él la naturaleza al tiempo, que más lo necesita: si sorda a las leyes de ésta, y sin dejarse enternecer de las lágrimas, y los gemidos del tierno hijo, lo trata con una dureza, que no conocen las mismas fieras, entregándole a una mujer extranjera, a quien, como dejo dicho, no puede mover la piedad, ni el cariño; en tal caso no tiene, que esperar la madre ver el fruto, que debía haber cultivado con su atención, y su desvelo. Ha puesto cuanto está de su parte para desnaturalizar al hijo. No podrá quejarse de su ingratitud; pues nada le debe. También será sorda a sus lágrimas en la aflicción; y lejos de tener un socorro, y un apoyo en su viudedad, o en su vejez, sólo tendrá quien le dé en rostro con su dureza, y le recuerde el ningún derecho, con que reclama la asistencia.

Aun sin tan poderosos motivos debería toda mujer sensible abstenerse de entregar sus hijos a que otros se los críen, por no tropezar en el inconveniente de partir, o enajenar el derecho de madre. Yo no sé con qué corazón pueden ver éstas, que sus hijos amen a otras tanto, o más, que a ellas; que la ternura que ellos conservan a sus propias madres, es una gracia, y las que tienen a sus madres adoptivas una obligación, y que lleguen a conocer, que sólo aquélla, que les ha hecho oficios de madre, es la acreedora a las atenciones, y finezas de hijo. Digo, que no lo entiendo. Veo despreciada una autoridad, de que deberían ser muy celosas las madres, y puesto su conato, y su ambición en objetos muy despreciables, y muy viles.

Es verdad, que para salvar este inconveniente se valen las madres de un medio, que creen poderoso; pero yo lo hallo muy inútil, y le miro como la primera semilla de la mala educación. Se procura inspirar a los hijos un cierto desprecio para con sus madres adoptivas, tratándolas con peores modos, que los que se acostumbran con las criadas; acabado su ministerio se retira al niño, o se despide al ama. Viene ésta a verlo, y a fuerza de recibirla mal, le quitan el deseo de volverlo a ver; y al cabo de algún tiempo no conoce el ama que lo ha criado. Su propia madre, quiere sustituirse en lugar de aquélla, y reparar con esta crueldad su negligencia; pero se engaña, y empieza a dar a su hijo lecciones perniciosas. En vez de formar un hijo tierno, y respetuoso, lo ejercita en la ingratitud, y le enseña a despreciar algún día a la que le dio la vida, como ella quiere, que desprecie a la que lo ha criado a sus pechos.

Yo siento insistir en este asunto, porque preveo, que es cansarme inútilmente, pero dedicado a exponer al Público los vicios que reinan en la sociedad, no puedo eximirme de la ley, que me he propuesto. Este desorden en la crianza trae muchas más consecuencias de las que se imaginan. Para reducir a las gentes a que cada uno cumpla con su respectiva obligación es preciso empezar por las madres. Este es el modo de que se vean mutaciones maravillosas. Casi todos los desórdenes proceden sucesivamente de esta primera depravación, en que se altera el orden moral, y se extingue el natural en todos los corazones. El interior de las casas toma un aire tétrico, y melancólico; y el espectáculo agradable de una familia, que debiera empezar a descollar, no fija al marido. Se respeta menos a la madre, cuando no se ven los hijos. No hay residencia en las familias: a los lazos de la sangre les salta para hacerse más sólidos la frecuencia del trato: en una palabra no hay padres, ni madres, ni hijos, ni hermanas, ni hermanos. Apenas se conocen para poderse amar, cada uno piensa en sí solamente. Cuando

la casa es una triste soledad, es preciso buscar la diversión en otras partes.

Pero si las madres se dignasen de criar a sus hijos, las costumbres se mudarían por sí mismas, y los sentimientos de ternura, y amistad renacerían en todos los corazones. Se poblaría el Estado; éste es el primero, y único punto en que deben reunirse todas las partes. Los halagos de la vida doméstica son el antídoto más eficaz contra las malas costumbres. Sería agradable el ruido, y el bullicio de las criaturas, que hoy se mira como importuno: haría más necesarios al padre, y a la madre, y uniría con más estrechez sus voluntades, y los amables vínculos, que los ligan. Así de sola la corrección de este abuso resultaría en breve tiempo una reforma general. La naturaleza se restablecería en todos sus derechos. Determinense las mujeres a ser madres, y verán en el instante, como los hombres saben ser padres, y maridos.

Exhortación inútil. Las mujeres han dejado de ser madres, y no volverán, ni quieren volver a serlo. Aun cuando quisiesen, quizá no podrían practicarlo, porque establecido el uso contrario, sería preciso combatir la oposición de las demás mujeres, que las rodean, y que se ligarían sin duda alguna contra un ejemplo, que no han dado, y no querrán seguir.

Bien sé, sin embargo, que hay algunas personas de un natural tan dichoso, y tan superior a las preocupaciones, que desafiando al imperio de la moda, y a los clamores de su sexo, desempeñan con virtuosa intrepidez la dulce obligación que la naturaleza les impone. ¡Ojalá se aumentase el número de estas dignas madres! ¡Qué beneficio tan grande sería éste para la humanidad, y qué ventajas experimentarían en la práctica de tan precioso ministerio! Fundado en consecuencias, que puede deducir el más simple raciocinio, y en observaciones, que jamás se han visto desmentidas: yo puedo asegurar desde ahora a las madres, que quieran hacer

esta experiencia, un amor fino, constante de parte de sus maridos, una ternura verdaderamente filial de sus hijos, y la estimación, y el respeto de todas las gentes juiciosas, que las conozcan.

En Madrid tenemos alguna señora, que no por serlo ha dejado de criar a sus pechos trece, o catorce hijos. Vms. creen, que en caso de que viva esta buena madre, será un esqueleto, sin fuerzas, y sin facultades ni aun para moverse. ¡Criar catorce hijos! Era preciso ser de bronce. Pues vean vms. como se engañan. Esta Señora ha llegado a la edad de ochenta años: mantiene una robustez, y una frescura admirable: vive, y está en disposición de vivir muchos años para honra de la humanidad, y oprobio de las madres crueles. De estos ejemplares pudiera citar muchos en la Corte, e infinitos fuera de ella. No ignoro, que hay algunas madres, a quienes la falta de salud, y una cierta delicadeza de constitución impiden el criar a sus hijos.

Quizá contrajeron una, y otra en la mala crianza: en haber hecho unos ídolos de sus personas: en haber aumentado su debilidad para que no la sintiesen, y pretendido substraerlas de las leyes de la naturaleza; y en fin en la mala constitución de un ama, o en otros mil accidentes, que produce no menos el demasiado mimo, que el abandono. Pero sea el que fuese el motivo, con éstas no hablo, y antes bien las compadezco. Lo que no puedo sufrir, lo que me hace gemir, y parear es ver tantas madres fuertes, rollizas, con salud para todo, para el exceso en la comida, para sufrir el calor, y el frío en la comedia, en el balcón, y el paseo; y en fin para pasar la noche entera en el ejercicio violento del baile, que quieran luego hacernos creer les falta la salud para criar sus hijos. Mienten. No es la falta de salud: es el vicio: el querer mantener el aire de petimetra: el temor de perder el talle, dejando por algún tiempo la cotilla: el enfado que sienten en tener, que acallar a una criatura, y despertar tal vez en la noche para darle el pecho; y en fin, es la moda; es la maldita moda la que con más fuerza influye en tantas crueldades como ocasiona esta prác-

tica horrible, y sanguinaria. Por moda sufre la madre estar horas enteras en el tocador: por moda lleva con paciencia que la atormenten el peinarla, y la ocasionan con el fuego de los rizos dolores de cabeza, que suelen quedar para enfermedad de toda la vida: moda estar cerrada, y oprimida en una cotilla, que apenas la deja movimiento; y finalmente, por moda es mártir de un collar apretado, que le impide la circulación de la sangre, y casi la ahoga; y por moda tiene puestos grillos a sus pies, que apenas la permiten dar un paso. En nada se repara sea contrario a la salud, a la comodidad, y tal vez a la decencia, por todo se pasa, como sea dictado por la moda, pero si ésta no prescribe las leyes, aunque se falte a la humanidad, a la razón, o a los interiores remordimientos de la conciencia nada se hace. La conciencia, la razón, y la humanidad reclamarán en vano sus derechos. ¿No quiere la moda que se tenga amor a los hijos? Se miran como advenedizos, y arrojados de la casa paterna, empiezan su vida por un destierro. La moda prohíbe que las damas melindrosas echen a perder su preciosa hermosura, alimentando el fruto que han traído en sus entrañas; y estas mismas de tierra, y de tierra vil, y despreciable la obedecen, sacrificando al ídolo de una belleza pasajera, que temen desmejorar, las leyes más sagradas de la humanidad, y entregando el precioso depósito, que les ha confiado la naturaleza, en manos de una madre adoptiva, poco menos cruel, que la que le dio el ser. Se le visita tal vez, por ceremonia, y la más frecuente por tener un día de diversión en el campo. De lo demás no se cuida. Trátesele, o no, con negligencia, todo es igual. Llega en hora buena a morir la criatura, como no tenga rota una pierna, un brazo, o la cabeza, la ama queda disculpada, y la madre se consuela, sin entrar en un examen, que aunque no le resucite su hijo, podría, y debería servirle de aviso para lo sucesivo. ¡Funesto imperio de la moda! ¡Cuántos males, cuántos horrores haces sufrir al Género humano! Madres incautas, ¿hasta cuándo estaréis sujetas a esta tirana, que a pesar de vuestra constitución dulce y benigna os ha endurecido los corazones?



No Señoras: yo hago a vms. justicia: no conocen, no examinan el mal.

Alucinadas con una comodidad aparente, no se detienen en reflexionar las consecuencias. ¿Cuál de vms. no se estremecería si supiese, que el mayor número de las criaturas que perecen en manos de las amas, deben su muerte al descuido de éstas, y que apenas hay alguna de las que llaman alferecías, que no sea efecto de su negligencia? Pues, señoras, esto es lo que sucede, y esto es lo que la experiencia enseña cada día a los que han observado con algún cuidado. Si la costumbre de entregar los hijos a las amas continúa, ella misma, y la depravación de costumbres, que ocasiona, dejarán desierto nuestro País: se poblará de animales feroces; y seguramente perdiera poco en el cambio.

¿Cuándo será el día dichoso, que las madres volverán en sí, y hechas cargo de la dulce obligación, que les impone la naturaleza, querrán cumplirla? ¡Qué día tan feliz para la Nación, y de tanta gloria, para aquellas, que rompiendo la fuerte barrera de la preocupación, empiecen a dar un ejemplo digno de quedar en memoria a la posteridad! Pero si ni estas reflexiones, ni las alabadas del interior remordimiento, mueven a las madres a proceder como tales, Señores maridos, a vms. toca el remedio, si el defecto consiste en sus mujeres, o el vencerse a sí mismos, si está el mal en su propia tenacidad, o capricho. Observen vms. la salud, y la robustez de sus mujeres, si son ellas la causa, y dense a partido, a la razón, y al común beneficio, si esta consiste en su propia ridiculez, en su genio vicioso, como suele suceder con frecuencia. Y de cualquier modo, que sea, contribuyan vms. al beneficio de la humanidad, de que son miembros.

Me he detenido en este asunto más de lo que había pensado. Es verdad que mi natural sensibilidad padece lo que no es creíble, cuando reflexiono este asunto; y que si me dejase llevar de mi genio, y de la compasión que me

causan tantos inocentes como veo perecer, llenaría muchísimo papel. Baste esto por ahora, y sirva solo este Pensamiento de preludio a la materia de educación de que trataré en otros discursos.

*El estilo de la Carta que sigue, es sin duda de algún Autor Patricio. No he querido dejar de publicarla por no ser despreciable; bien que sólo ha tenido lugar esta parte: La segunda que trata de Comedias, se pondrá en el inmediato de Semanal.*

### A.

Muy Señor mío: Habiendo leído el último Pensamiento de vm. hallé a faltar dos especies de *Pedantes* muy dignos de su consideración: La primera es de aquellos jóvenes, que por haber estado dos o tres años en Reinos extranjeros, por ejemplo en Francia, vuelven a ésta hechos unos monos, en el peinar, vestir, hablar, y andar de aquel País. Con compasión me miro uno por estas calles, que cuando anda puede dudarse si baila; redobla su cuerpo, y hace unos gestos, que parece un Títere de Comedias; con compasión, digo; le miro, por saber de otra parte ser un muchacho de prendas. Si dos de estos se juntan en una conversación, enfadan y majan a cuantos les oyen: todo lo del País desprecian, sólo lo forastero es bueno, y no pocas veces les ha sucedido comprar de mano extranjera, lo mismo que habían despreciado a los naturales. Muchos hay, que al cabo de un año de restituídos en su propio País, afectan el haberse olvidado del patrio idioma, en el que parece se avergüenzan hablar; de forma que en las conversaciones mezclan tal cual palabra francesa. A uno de estos oí, que dijo en una visita a otro: acercad una *chaise* para madama; este, que no ignoraba el francés después de haberle obedecido, le respondió: antes de ir vm. a Francia a esto llamábamos nosotros *silla*. Solo están contentos, cuando en las conversaciones pueden referir cosas prodigiosas, y tal vez &c. de Francia,

y así como se enfadan ellos, si no pueden lograr, o les corten semejante conversación, también los otros se apartan, y desean desterrarles de la sociedad por sus impertinencias. Antípodas de esto podemos llamar a los de la segunda especie, que son aquellos, que nada hallan bueno, sino lo de su Patria. De este vicio suelen adolecer, muchos nobles de ciudades, villas, y lugares arrimados, los cuales por no incurrir en la nota de rústicos, que todo les admira, y les detiene, tropiezan en la de raros. Nada hallan digno de su admiración, todo les disgusta por más particular, y exquisita que sea la cosa, la desprecian; procuran los de las casas en que paran acompañarles a divertimientos y paseos, pero fingen, que todo les desazona, y dicen les parecía habían de ver cosas mayores, y que para disfrutar esto no tenían que moverse de su País. De uno sé, que añadió: *Más vale el golpe de ojo del plan de Capuchinos de mi País, que todo lo de Barcelona;* pero para conocer su mucha razón, bastará saber, ser su Patria una ciudad tan amena, como que a veces están un mes sin ver al sol, por causa de la niebla. No disimularé, que muchos de nuestros ciudadanos incurren en lo mismo, cuando van a Países cortos; unos, y otros, han de considerar, que raro es el País, que no tenga algo de bueno, y raro, que por mucho, que de esto abunde, no tenga mucho de malo, y enfadoso. Todo esto advierto a vm. para que lo tenga presente, si continúa el asunto, cuando su imaginación, vuelva a presentarlo, como en su último Pensamiento dice vm. mismo.



## TOMO SEGUNDO



## PENSAMIENTO XVII.

### *De las Tertulias.*

Quéjense algunos de los que leen mis Pensamientos, de que la mayor parte de los que he publicado hasta aquí, se dirigen más a las señoras, que a los hombres; y no ha faltado quien ha mirado esta preferencia como un encono poco cortés, y algo indecente. No me empeñaré en rechazar este baldón, bien, que injusto. Basta decir, que si fuera menos apasionado de las prendas naturales, que adornan a las damas, no repararía tanto en los defectos con que suele afearlas en algunas la mala crianza, que las dieron sus padres, o los errados consejos de la lisonja. Si no bastare esta satisfacción, procuraré dar otras en lo sucesivo, y por ahora suplirá la de este Pensamiento, en que dejando los estrados, y andando de Tertulia, en Tertulia, nadie hará papel sino los hombres.

Antes que llegase a experimentar este humor pensativo, que se ha apoderado de mí, tuve algún tiempo en mucha estimación estas Juntas, o Academias *Vespertinas*, que llaman *Tertulias*, y deseé con ansia concurrir a ellas, por lo mucho que me las habían alabado. Las consideraba como una Escuela, de que podía sacar mucho provecho; porque según había oído decir, se formaban de hombres de letras de todas clases, teólogos, juristas, filósofos, poetas, críticos,

etcétera, que por medio de una amistosa conversación, se comunicaban mutuamente todas las noches las varias especies, que habían adquirido con el estudio del día. Valíame para introducirme en ellas de un amigo mío, que las conocía todas, y que las había observado con cuidado, para dar asunto a su genio, algo bufón y propenso a la mordacidad, que disimulaba con un semblante naturalmente serio. Hizo cuanto pudo para quitarme la vocación de tertuliente; pero a pesar de todas las ridiculeces, que me refirió, no pudo persuadirme, y le fue forzoso darme gusto. No tardé en arrepentirme de mi obstinación: bien presto conocí, que si estas Asambleas habían sido de provecho en algún tiempo, yo había tenido la desgracia de conocerlas demasiado tarde, y que sólo podía andar tras de ellas algún ocioso, que pensase en recoger materiales para pintar al natural el abuso de las letras, o escribir el elogio fúnebre de la urbanidad.

La primera Tertulia a que me llevó mi amigo, se juntaba en casa de un hombre, a quien por haber tenido en su mocedad varias conclusiones públicas, y defendido en ellas, que no se da *universal a parte rey*, y que *la materia no puede existir sin forma*, dando sus distinciones de *materia-liter*, y *formaliter*, *simpliciter*, y *secundum quid*, se le había pegado una vanidad extremada, un deseo frenético de ser tenido por erudito, y el furor de juntar una Librería sumamente costosa, e igualmente mal escogida. Llegamos a su casa a las oraciones, y entramos a la sala de Minerva, que este nombre daba a la de su Tertulia. Mi conductor, me presentó al dueño de la casa, Presidente al mismo tiempo de la Junta, y acercóse a él para decirle al oído, que yo era un sabio consumado, recién llegado de Roma, donde había pasado diez años estudiando la lengua de los Moros. Luego entramos en conversación el Presidente, y yo. Hízome mil preguntas de Roma: todo lo quiso saber; y llegó su curiosidad hasta el extremo de indagar si en aquella capital se comían frescos los besugos; pero de literatura no me habló ni una palabra. Confieso que sus preguntas me hubieran puesto en grandes aprietos, pues sólo por el mapa sabía yo entonces



dónde estaba Roma, a no haber llegado a la sazón tres hombres embayetados, que con sus gritos ya se habían anunciado desde la calle. Entraron en la sala tan sofocados, que les fue preciso descansar bastante rato, para tomar aliento, y saludarnos; tal era el ardor con que habían contravertido un punto de la mayor importancia, según ellos decían; y estaban tan coléricos, que fue forzoso les hiciese tres, o cuatro exhortos el Presidente, para que dijese cual había sido el objeto de la disputa. Púsose, por fin uno de ellos en ademán de responder; pero los otros dos que no parecían dispuestos a cederle en cosa alguna, se le unieron, y todos tres a un mismo tiempo dijeron, que se trataba de determinar el año en que se habían hecho *las Coplas de Caláinos*, y el tiempo, y paraje en que se estableció *el Telar de Ambrosio*: cosas ambas muy importantes para la Historia de las Artes. Volvióse a mí el Presidente, ponderándome la gravedad del asunto. Empezóse a votar, y dividiéronse en bandos Guelfos, y Gebelinos. Unos decían, que Caláinos había vivido en el tiempo de la Guerra de Troya: que Homero había cantado sus acciones; y que efectivamente toda la Iliada, según varias personas, que dicen entienden el Griego, no es otra cosa, que unas *Coplas de Caláinos*. Desprecióse este dictamen. Caláinos, decían los contrarios, fue natural de Calatayud, y sus Coplas, con la época memorable de su construcción, deben buscarse en la continuación de la Historia de México por Salazar. En cuanto *al Telar de Ambrosio*, hubo la misma variedad. Estos querían encontrar su establecimiento en la Historia de los asirios, y babilónicos, y aquéllos en las Guerras civiles de Granada con los Fastos de Albaicín. Nada calmaba los espíritus enfurecidos con el calor de la controversia. Volvióse a gritar con más estruendo; y nos escapamos mi amigo, y yo, sin tener gana de ver el fin de la comedia.

La segunda Tertulia a donde fuimos, se juntaba en casa de un Literato, que verdaderamente tenía traza de haber leído mucho, y en quien una penetración singular se hallaba

unida con una memoria portentosa. Sobre cualquier asunto, que le preguntasen respondía al instante con bastante oportunidad; pero vertía luego un torrente de erudición tan descomunal, que si llegaba por fin a dejar de hablar, lo que sucedía muy rara vez, se quedaba en ayunas el curioso, confundido con la disparatada muchedumbre de noticias. A este flujo de boca juntaba aquel memori6n de circunstancias, que inutilizaban muchísimo su aplicaci6n: mucha escasez de juicio, y grandísima, y ciega veneraci6n de Arist6teles, con cuya autoridad quería imponer silencio a sus tertuliantes. Nunca hablaba sin citarle, fuese, o no del caso, como sucedió aquella misma noche, que con un mont6n de textos de aquel Fil6sofo griego quiso probar su parecer sobre la cuesti6n de si el chocolate quebranta el ayuno.

Entre otras Tertulias, a que me llev6 mi conductor, no olvidaré jamás la de un Caballero, que juntaba en su casa todas las noches los más famosos políticos de la Corte. Verdaderamente era la Tertulia más burlesca que puede imaginarse. Componíase de un militar, un letrado, un oficialito de rentas, y varias personas de las que llamamos de capa y espada.

La primera, y única vez, que concurrí a esta Tertulia, me recibieron con un mill6n de cumplimientos, de que no creí desembarazarme en toda la noche. Calm6se un poco el torbellino de ceremonias: Ocup6 su silla el Reverendo Rector de la Tertulia; y empez6 a tomar residencia a sus Tertuliantes de las novedades, que habían adquirido en la Villa. Al instante sac6 una cantidad de papeles el oficialito de rentas. Repas6los todos, y al fin separ6 uno, que dijo ser la papeleta de noticias, que había venido a la Oficina. Ley6la medio mascando, porque, él mismo apenas entendía su letra; y a cada palabra había una disputa con el Oficial, que se oponía a todo, citando las Obras de Itama de Wanham, la Escuela de Marte, y el Arte de la Guerra del Rey de Prusia. Los demás contribuyeron también con sus noticias, uno presencia y otros de palabra; y era cosa de entremés ver la tenacidad,

con que cada uno defendía las suyas, ni más ni menos, que si al oír las, o copiarlas, hubiese hecho voto solemne de defender, y sostener su verdad. Duró bastante tiempo la pesadísima controversia, y vino a parar la conversación en lamentarse de la decadencia de España, y proponer cada uno de aquellos catones los medios de remediarlo todo, y de volver a poner la España en aquel estado de prepotencia que tuvo en otros tiempos, haciendo una Monarquía universal, y demostrando, que no es tan difícil, ni tan quimérica esta empresa como la creen algunos. ¿Cómo difícil? (decía el Oficial) que mantenga siempre España un Ejército de doscientos a trescientos mil hombres, y verán si es quimera el hacernos dueños, no digo yo de un rincón del Mundo, como es la Europa, sino de todo el Imperio del Mogol. Y no hay que replicarme que la España está despoblada, porque ésa no es razón. ¿Tenemos nosotros por ventura árboles de canela? No por cierto; pero se trae de fuera. Pues venga también de fuera la gente; y si no, que me den la comisión de recluta, y verán si con menos de un par de millones de pesos, traigo aquí todos los *Cantones Suizos* en cuerpo, y alma. No aprobaba este proyecto el oficial de rentas; y en su lugar proponía otros disparates mayores. Decía que era preciso aumentar los impuestos, con lo cual los españoles, que naturalmente son perezosos, se aplicarían al trabajo. Todo lo oía el jurista (que hasta allí había callado) con una risa burlona; pero ya le faltó la paciencia: Tomó su voz, y díjoles con textos claros, y corrientes del derecho Romano, que era un puro desatino cuanto hablaban; y que no tenían que cansarse, porque España no volvería a su antiguo lustre hasta que se pudiese en práctica la *Ley Agraria*, y la *Ley Fusia canina*. En fin hízose locutorio de Monjas la Tertulia. Todos hablaban, y de principios ridículos sacaban consecuencias descabelladas. Dejémoslos continuando en sus necedades, y nos despedimos a la francesa.

Pero callen todos, cimbríos, y lombardos: quiero decir, callen todas las Tertulias presentes, y pretéritas, futuras, y posibles donde está la de un Caballero de esta Corte, a la

cual me convidó mi conductor, suponiéndome aficionado a la poesía, y a la música. Yo, que sin embargo de no acusarme mi conciencia de haber hecho jamás un buen verso, ni sabido solfear un compás, tengo grande afición a la Música, y a la Poesía, admití al punto la oferta, esperando tener un rato muy divertido. Llegamos a la casa, y ya encontramos junto, y ocupado el parlamento, sentado alrededor de una mesa, que podía servir sola para un refectorio, y todos armados de sendas plumas, papel, y tintero. Nadie daba allí señas de vida. Unos tenían apoyada la cabeza con la mano puesta en la frente: otros la tenían en las mejillas. Comíanse éstos las uñas, y aquéllos con una mano en la cintura y la pluma en la boca, parecía estar en consulta con un velón de seis mecheros, que les alumbraba. En esta calma, y profundo silencio estuvimos mucho tiempo, hasta que el Prefecto (por privilegio singular, como después supe) me permitió fuese hablando en particular a cada uno de los Tertulianos; y ordenó a éstos me fuesen enseñando sus producciones, a fin que pudiese ir formando alguna idea del gusto fino, y delicado, que reinaba en la Tertulia. El primero a quien llegué a hablar, me pidió esperase un poco, porque estaba acabando una canción muy difícil, y sólo le faltaba para concluirla un concepto, que según creía, no tardaría en ocurrirle. Así fue: a poco rato se dio una palmada en la frente, escribió con mucha prisa dos versos; y volviéndose a mí, me dijo: El asunto que se me ha dado, es una pintura del mar después de pasada la fuerza de la tempestad. Oiga vm. Esto está en todo estilo sublime, y así lo que vm. no entienda, pregúntelo, y se lo explicaré:

Ufano el mar, que estuvo tan airado  
De ver al Noto fiero  
Del margen apartado,  
Y ya indulgente al Aquilón severo;  
Por uno, y otro lado  
Sus olas niveliza con esmero.  
Estira bien las sábanas del lecho  
Y lo edifica viéndolo deshecho.

Y note vm. la propiedad de la comparación, porque nada se parece tanto al mar todavía fluctuante, y medio enojado como una cama descompuesta. Quedé casi helado de oír tan tremendos desatinos. Sin embargo, como mi ánimo no era tener quimera, me vi en la precisión de alabarle el pensamiento, y ya me tardaba el pasar a otro Tertuliano menos frenético. Llegué al segundo, y hallélo trabajando una obra, que intitulaba: *Horatius restauratus*. Ponderóme mucho la utilidad de este trabajo, y la inmensa erudición que se necesitaba para corregir los defectos, que se habían introducido en las obras de este grande hombre, por incuria, o ignorancia de los que habían cuidado de las ediciones. Mostróme varios pasajes, que llevaba ya corregidos, y pondré sólo el siguiente que me quedó impreso en la memoria.

Omnibus hoc *vitium* est cantoribus  
inter amicos.

Ut nunquam *inducant* animum  
canere rogati.

Corrójase así:

Omnibus hoc *unum* es cantoribus,  
inter amicos.

Ut numquam *perducant* animum  
Cantare *coacti*.

*Vitium*. Conócese que ésto no es, ni puede llamarse *vicio*, pues no hay razón para que canten los músicos, si no tienen gana. *Unum* es mucho más adaptable, y significa la común propiedad de los cantores en esta parte. *Inducant*: Error de imprenta. En un código griego del siglo primero se lee *perducant*. *Rogati*: Voz bárbara, venida del Peloponeso. *Meglio fra noi, coacti*, que trae su etimología del *coax* de

las Ranas, (con quienes tienen relación muy íntima los cantores) según consta de aquellos versos.

Linqo *coax* Ranis  
*Cras* Corvis, vanaque vanis.

Despédime del Señor restaurador, muy contento de su selecta, y recóndita erudición, y me encaminé a otro tertuliente, a quien encontré empezando a hacer anotaciones sobre el *Polifemo* de Góngora. Leyómelo todo y repetía luego con entusiasmo la primera octava.

*Donde espumoso el mar Siciliano*  
*El pie argenta de plata al Libeo,*  
*Bóveda de las Fraguas de Vulcano,*  
*O tumba de los huesos de Tifeo, etc.*

Todo lo admiraba al número, la elegancia, la sublimidad, y la armonía. El epíteto *espumoso* era el hallazgo más dichoso que hubiesen tenido los mortales. ¿Ve vm., me decía, este *argentar de plata*, que es la cosa más linda del mundo? Pues no faltarán necios, que lo tengan por *morles de morles*; pero no importa. Sobre esta sola expresión pienso escribir un *in folio*, para hacer conocer de propiedad. *La Bóveda de las fraguas*, y la *tumba de los huesos*, excitaban igualmente su admiración. Finalmente, él estaba encantado del estilo hueco, y campanudo;; y estimando a Góngora en lo que tiene de menos estimable, manifestaba su mal gusto: y yo para no oír más delirios, me salí de la Tertulia.

Ya me iba cansando de conocer Tertulias tan disparatadas, e inútiles, cuando mi conductor, que lo advirtió, me dijo un día: Veo que vm. halla poca sustancia en las juntas de literatos de esta Corte. No es extraño; pero era preciso haber visto todas las malas, o algunas de ellas, antes de concurrir a las pocas útiles, que conozco, y a donde hago

ánimo de llevar a vm. mañana. Hoy es fuerza ir a la del Licenciado Pasaporte, famoso por su rara aplicación a las Etimologías; esto es a averiguar el origen de las voces. En esta Tertulia encontrará vm. todos los Griegos, Arabes, y Hebreos, que hay en Madrid, y cuyas lenguas ha estudiado el Licenciado: bien que sin lograr saber alguna, a excepción de la de los antiguos egipcios, en cuyo estudio ha resuelto pasar toda su vida. La aplicación del Licenciado Pasaporte (dije a mi amigo) me parece más apreciable de lo que las gentes imaginan. El trabajo de los etimologistas es muy útil para conocer el origen de los Pueblos, el de las lenguas, que hablan, y el verdadero significado de las voces, de cuyo conocimiento depende el hablar con propiedad, y energía. Tiene vm. razón, (me replicó); pero el modo con que se portan los etimologistas hace muy vano su trabajo; pues usan de combinaciones tan extrañas, y disparatadas, que vienen a hacerse los hombres más ridículos, que conozco. Quiero que vm. lo vea por sí mismo, y vamos allá. Encontramos al Licenciado solo, y ocupado en trastornar las letras, y sílabas de una voz castellana, cuyo origen se había empeñado en sacar de la lengua egipcia, por no haber podido encontrarle madre en alguno de los otros idiomas, que pretendía conocer. Tan embebido estaba en su tarea; que no reparó en nosotros, hasta buen rato después, que lleno de gozo, y sin responder a la salutación, que le hicimos, exclamó diciendo: ¿Ven vms. cuán útil es la combinación? No puede darse etimología más adecuada. Que vengan todos esos Literatos almidonados, que no cesan de hablar de *buen gusto*, y de *buenas letras* sin entender uno, ni otro, a ver si lograrían hacer un descubrimiento semejante. Vivan las combinaciones, que es el arte de las artes, sin el cual, ni hay ciencia, ni erudición, ni calabazas; y no cambiara yo este descubrimiento por el del Nuevo Mundo, ni por el famoso de las Batuecas. Así será, le respondimos con disimulo, para ver hasta dónde llegaría su frenesí. Vean vms. prosiguió muy hueco; yo estaba buscando la etimología de la voz *Jaquica*, por encargo particular de una dama, y ya poco más, o menos, creo haberla encontrado. No es creíble

la lástima, que me dan aquellos que edificaron las Pirámides, que aún hoy día se ven cerca de El Cairo. Los pobres debían de padecer mucho de esta enfermedad; pues se ven esculpidas en ellas cantidad de voces parecidas a las nuestras; pero de ninguna se puede sacar con más naturalidad que de la voz *Kekajoc*, que se halla en una inscripción en la principal de estas Pirámides, que con más razón merece la definición de Plinio: *Regnum pecunia ociosa, ac stulta ostentatio*. Es verdad, que no tengo aún bien explorado el significado de esta palabra, pero mudando algunas sílabas, anteponiendo el *joc*, convertido en *ja*, como es regular haya sucedido por el transcurso del tiempo, y posponiendo el *keka*, se ve la voz *Jaqueca* pintiparada, y en Castellano claro y corriente. Dejóme pasmado la locura del buen Licenciado, que sin embargo de su necedad, atolondró a todos los de la Tertulia, que estaban pendientes de sus palabras, y las recibían como de un Oráculo.

Ya ha hecho vm. sus pruebas, me dijo mi conductor al salir de la Tertulia de este frenético: es tiempo de que lo introduzca en la casa N. donde verá una Tertulia sin pesadez: tertuliantes sin pedantería; y eruditos sin afectación, en quienes la cortesía da un nuevo realce a la advertencia. N. es un caballero, que no se precia de saber, aunque sabe, no admite gentes en su casa para que admiren su erudición, sino para dar lugar a cada uno de hacer lucir a tiempo la suya. Hermosea el conocimiento, más que mediano, que tiene de varias ciencias, con un juicio muy sólido, y un gusto igualmente fino, que seguro, con lo que ha formado una Librería muy selecta de libros de instrucción, y de deleite. La moderación de su ánimo lo ha librado del furor de los partidos: nadie domina en su Tertulia: quien decide en ella sobre los asuntos, es sólo el dictamen de la razón: esta pintura tan aventajada de la Tertulia de Don F. me dejó sin sosiego, hasta que tuve la fortuna de conocerla. La primera vez que fui presentado, me recibió con un noble despejo, y una natural afabilidad, en la que bien se echaba de ver que en él la aplicación había siempre corrido pareja



con el trato de la buena compañía. Hízome varias preguntas, muy discretas, con las que procuró darme lugar a tocar algunos puntos de la ciencia a que le habían dicho que yo me había dedicado. Supe después que así solía practicarlo con todos los recién introducidos en su Tertulia; porque no era de aquéllos, que creen a vista. Halló adecuadas mis respuestas, y me convidó a concurrir a su casa cuando quisiese, lo que practiqué conforme deseaba.

Los tertuliantes no eran muchos; pero tan escogidos, que aunque pocos, abrazaban juntos todas las ramas de las letras. Nos juntábamos siempre a una hora señalada y empezaba la conversación por hablar de los libros recién publicados: se hacía su crítica con grande moderación: todos los jueces eran inteligentes, porque todos estaban muy instruidos, y nunca se mezclaba la Historia secreta de los autores con la censura, que hacíamos de sus Obras.

Las Comedias, la declamación de los Cómicos, y su modo de accionar, solían dar mucho asunto a nuestras reflexiones. Hablábase algunas veces de las Bellas Artes: otras de Comercio y política: otras de derecho público; y otras de la necesidad de las Matemáticas. Por fin todo asunto útil tenía el derecho de ocuparnos, y si alguna vez llegaba a ser demasiado seria nuestra conversación, procurábamos divertirla, refiriendo pasos de alguna comedia representada el mismo día.

Ninguna materia se apuraba en esta Tertulia: se decía de las que ocurría hablar lo que bastaba para imponer en los principios a los que ignoraban; y sobre todo, nadie tenía la pesada libertad de molernos con citas de autores, porque a todos los despreciábamos luego que la razón hablaba en abono de sus dictámenes.

Dos eran las Leyes, que se observaban con más rigor en aquella Tertulia, y que la buena crianza debería hacer observar en todas partes: Nunca hablaban dos tertuliantes a la vez,

y a ninguno se le permitía el hacer degenerar en disputa la conversación.

Esta Tertulia fue la escuela donde aprendí en seis meses más de lo que me habían enseñado en diez años en la Universidad. Concurrí a ella mientras vivió Don N. que por mi desgracia murió a pocos meses después de haberlo yo conocido. Su muerte separó para siempre la Tertulia, sin que hasta ahora se haya formado otra, que se le parezca.

## PENSAMIENTO XIX.

### *Utilidad de los viajes.*

Ya deben saber los que me leen, que mi natural curiosidad me conduce a todas partes a examinar del modo que puedo los vicios y las ridiculeces de los hombres, que de algún tiempo a esta parte son mi único estudio. Así ni debe causar admiración verme introducido unas veces en las Tertulias, otras en los estrados, algunas en el paseo, y no pocas en la Comedia. Mi ánimo es aprender en la conducta de los hombres a reformar la mía, y volverles para su corrección las lecciones, que ellos mismos me han dado.

Concurrí días pasados a una casa, donde había cierto español recién llegado de correr Cortes. Alegréme a los principios, porque me había propuesto solicitar una conversación particular con este viajero, a fin de instruirme en varios artículos tocantes a noticia, gusto y literatura de las Naciones, que él acaba de tratar; pero me duró poco el gozo que había concebido en mi proyecto. Mi español empezó a aturdirnos las cabezas con una declamación tan descortés contra los españoles, sus costumbres y talentos, y a hacer tan grosero alarde de su parcialidad a favor de las Naciones extranjeras, que no sólo me hizo dudar si habría nacido en el seno de España, sino que me pareció que a cualquiera que tuviese menos ideas de la utilidad de los viajes, hubiera sido capaz su desatento proceder de persua-

dirle, que éstos sólo sirven de pervertir el juicio, y hacer despreciables a los hombres.

Jamás he dudado que los viajes sean útiles a las Naciones. Los hombres son como las flores, y los árboles, que si no se trasplantan, rara vez logran aquellos toda su hermosura, y éstos el dar frutos sazonados. Los viajes dilatan por precisión las facultades del alma, la apartan de muchas preocupaciones nocivas al bien de la sociedad, y la hacen conocer puntos fundamentales de observación, y de conducta, que no llegan a nuestra noticia, cuando no salimos del rincón, en que hemos nacido, o cuando sólo conocemos a los extranjeros por los libros.

Un hombre que viaja, se halla precisado a ver y tratar Naciones, de quienes aprender mucho, y cuya cultura, urbanidad e industria lo han de admirar muchas veces, por más estúpido que lo supongamos. Un viajero debe andar siempre, por decirlo así, con la combinación en las manos: observar el gobierno de los Pueblos por donde pasa, y enterarse de los varios sistemas de legislación, de que proviene la discrepancia de las Naciones. Merecen ocupar su atención la naturaleza y espíritu de las Leyes, dos medios puestos en práctica para hacerlas observar: el poder de los Pueblos, y los principios de que dimanen las causas de su decadencia, y el influjo que todo esto tiene sobre el papel que hace una Nación entre las demás que forman con ella un sistema político. No sólo reduce a estos puntos sus observaciones el que viaja con ánimo de lograr una instrucción útil a su Patria. Examina con igual cuidado las Artes y Ciencias, que florecen en los Países que ve: averigua la protección, y fomento, que encuentran en el gobierno: el uso, que éste hace de la aplicación de los particulares: el arte con que sabe dirigirla al fin de su constitución; y sobre todo procura indagar cuál es el talento dominante de cada Pueblo. Un hombre, que hubiere viajado de esta manera, puede ser de grande utilidad en la República: de vuelta de su giro debe conocer mejor su misma Nación: con la facilidad

de combinar, que ha de haber adquirido combinando continuamente en sus viajes, compara lo que ha visto fuera con lo que se practica en su País: ve lo que le falta, y lo que le sobra: toma de cada Pueblo lo que le parece más digno de ser imitado, y más análogo al genio de sus compatriotas, y acierta mejor con los medios, que han de contribuir a una reforma, que introduzca lo que falta, y destierre lo que daña.

Pero es menester confesar, que cuanto más apreciable es un hombre, que viaja con estos objetos, tanto más escaso es entre nosotros el número de los viajeros, que se le parecen. La mayor parte de nuestros españoles, que van a correr Cortes, como suelen decir, salen de su País, sin principio alguno, que les ponga en paraje de sacar provecho de sus carabanas. Apenas hay algunos, que se hayan tomado el trabajo de conocer a su Nación antes de ir a visitar las extrañas. Éste es un punto más importante de lo que parece para nosotros, que en todas partes somos igualmente despreciados, que poco conocidos. Un español, que se propone viajar, además de las miras comunes a todo viajero sensato, debe tener la de contribuir por su parte a borrar el bajo concepto, que tienen de nosotros los extranjeros. No es esto imposible, ni es difícil, como lo presumen algunos. Añada el español a una cortesanía regular, que bien puede adquirir entre los suyos, un conocimiento mediano de los escritores, que en otros tiempos ilustraron a España, y de los libros publicados con objeto de desterrar algunos abusos que reunían en ella, y con esto hará callar a aquellos extranjeros superficiales, y atrevidos, que confundiendo los tiempos, y el tronco con las ramas, nos consideran como hombres, que nunca pensaron, y como fomentadores obstinados de algunos males, cuyo remedio nunca estuvo en nuestra mano. Por esto no culpo del todo a los extranjeros, cuando ven a un español, que ha salido de su tierra, con la certeza de la mala crianza civil y literaria, que se ha pegado en los patios de un Colegio, o entre los pedantes con alborotos de una Universidad; cuando ven que nuestra conducta

da crédito a tanta relación hecha por algunos viajeros de otras Naciones, que habiendo venido a España sólo por ganar dinero, no pensaron mientras estuvieron aquí, sino en averiguar si eran de ley los doblones, que cayeron en sus manos.

Siendo de esta casta casi todos los españoles, que viajan, no es de extrañar el verlos a su vuelta menos cuidadosos de ser útiles a su Patria, que de tener el pelo bien rizado, o de llevar un peluquín peinado *en ala de Pichón, en grana de Espinaca, o a la Rinoceronte*. Los extranjeros, que en su tierra nos ven únicamente pagados de sus frivolidades, tienen demasiada razón de despreciarnos a todos, y de añadir al bajo concepto de la Nación en general, el desprecio personal del mono, que no piensa sino en remedar los fatuos, que no faltan entre ellos. Esto hace ver sobradamente, que nuestros *Corredores de Cortes*, no toman de las demás Naciones sino sus ridiculeces, como lo dicen algunos españoles respetables a quienes la solidez de su juicio hace dar por nuestros mozalbetes el connotado de hombres del tiempo de El Cid, y de las calzas atacadas.

Me persuado a que hallarán bastante fundada esta crítica muchos de los que leen mis Pensamientos, y que ven en los estrados algunos de nuestros viajeros. Me tienen tan exasperado sus monerías, que creo merecerían más bien ser el objeto de una sátira, que el de simples reflexiones. Yo veo tan melindrosos a la mayor parte, que parece han perdido fuera de nuestro continente el carácter varonil de su sexo, y tanta repugnancia muestran de nuestras costumbres, aun de las buenas, (porque estos monos no distinguen) que todo su cuidado se ha puesto en desnaturalizarse.

Uno destinado por su nacimiento a vivir en la simplicidad de un pobre aldeano, va, por una inesperada casualidad, a un reino extranjero, donde hay en efecto mucha instrucción, y grande delicadeza en el trato civil. Con la mansión de algunos años en aquella tierra no pudo avivarse su genio,

naturalmente torpe, ni supo aprender siquiera a saludar con despejo. Nada de bueno se le pegó, porque le falta entendimiento para conocerlo, ni llegó a saber dar sin tropiezo los buenos días en la lengua de la Nación a donde fue enviado. Volvióse a España, contemplándose como un modelo de urbanidad, haciéndola consistir en andar vestido con extrañeza, y de un modo que los distinga de los más aseados, y curiosos entre sus compatriotas. Tan opuestas halló a sus ideas las capas, que estilan en la Corte (de las que no pretendo ser defensor) que sofocado con sola su vista, cayó enfermo. Los médicos no podían averiguar la causa de su dolencia, y la habrían ignorado para siempre, si el peligro en que le puso por esto mismo el desacierto en los remedios, no le hubiera precisado a decir, que era imposible a un hombre como él, estar bueno en Madrid mientras hubiese hombres vestidos de capa.

Llega de Inglaterra, a donde le enviaron sus Padres para imponerse en la especulación, y práctica del comercio, un joven: su genio bastante altanero le hizo despreciar las ideas de su familia, y la locura de su genio, que él sólo calibraba de festivo, le apartó en Londres del trato de aquellos hombres profundos, y meditativos, que hay allí en abundancia, y la redujo a vivir entre algunos troneras, con quienes aprendió las sutilezas del vicio, y las alucinaciones de una disparatada política. Con esta seria ocupación discurrió haber adquirido el derecho de despreciar cuánto hay en el mundo, a excepción de cuatro Gacetas, que hablan de gobierno, y en las que se hallan a su parecer los fundamentos de la pública felicidad, y de la reforma de su Nación. Concurrí con él a varias casas donde se baldonaban con gracejo sus disparates. Tuvimos algunos amigos de su padre la caridad de hacerle conocer lo ridículo de su conducta, y aguantábamos el que nos mirase con lástima, y nos respondiera con fiereza. Deseábamos todos su bien, y la misma viveza de su genio, que le había perdido, nos esperaba de que lo volviéramos al buen camino. Pero renunciábamos a su conversión, y resolvimos dejarlo entregado a sus manías, después, que se

enfadó agriamente con nosotros un día, que quisimos impugnar ciertas proposiciones de un libro, que destinaba a la imprenta cuyo título decía así: *Colección de arbitrios para hacer que cada español sea más rico que el Rey de Francia*.

Otro joven fue a Italia con ánimo de instruirse en el estudio de las antigüedades. Esperábamos sacar mucho provecho de sus adelantamientos algunos amigos suyos, para averiguar algunos puntos de la Historia antigua que desde acá no podíamos aclarar. Fuimos a su casa luego que supimos su llegada. Quedamos aturridos al ver que nos saludó cantando, y que sin darnos lugar de hacerle la menor pregunta, se puso a cantar una aria detestable, cuya música hacía aún más desapacible su ignorancia en este arte. Sufrimos esta descarga, hasta que cansados de ver que no cesaba, le interrumpimos para que nos enseñase la colección, que discurríamos habría hecho. Mandó traer al instante dos cofres llenos de *gigas, adagios, alegros, andantes, y arias*, de bastante mal gusto. No traigo otra cosa, nos dijo. Esto es vivir: más feliz es un capón que pasa su vida en andar de aria en aria, que todos los literatos del mundo. *Il Castrato* sólo es un hombre de provecho; y viva la Italia.

Semejantes ridiculeces se encontrarán en los Viajeros, mientras estos ignoren, que para instruirse no basta ver tierras, y que es necesario saber viajar. Para observar se necesita tener ojos: para observar bien, discernimiento. Hay muchas personas, a quienes los viajes instruyen menos que los libros: ignoran el arte de pensar: su espíritu en la lectura va guiado por el autor, y en los viajes no pueden dirigirse ellos a sí mismo. A más de esto, los viajes no convienen a todas personas, ni a todas edades. En unas sería inútil el viajar, y en otras pernicioso. Se necesita en el Viajero firmeza para oír las lecciones del error, sin dejarse seducir, y para ver los ejemplos del vicio, sin que éstos lo arrastren. Cualquiera, que ha corrido el mundo, es a su vuelta lo que será toda la vida. Por un hombre que ha aprovechado en los viajes, vemos muchos, que han perdido



su tiempo, y el dinero suyo, o ajeno. Los jóvenes mal educados, por lo regular, y sin más guía, que su capricho, contraen en sus viajes todos los vicios de las Naciones, que frecuentan, y casi ninguna de las virtudes, de que están mezclados. Quieren luego darse por hombres de importancia, y decidir en todas las materias. Sientan el principio, o lo encuentran establecido, de que los viajes son el único medio de formar el espíritu, y suponen el suyo ya formado, y con derecho a resolver magistralmente. Las gentes gustan generalmente de novedades: oyen muchas a nuestros viajeros; y sin examinar su solidez, ni su verdad, creen, y quieren adoptar ciegamente las ficciones de estos falsos oráculos. A cada uno lo creen un Platón, o un Pitágoras, sin reflexionar, que ya no se encuentra esta casta de observadores: y que si se halla alguno, no es entre nosotros, o en nuestra edad, por más que los extranjeros atribuyan a nuestra Nación, y a la inglesa el talento de saber viajar más útilmente, que las otras.

Si nuestros compatriotas supiesen, que Platón, y Pitágoras, hicieron sus viajes a pie, observando en cada pedazo de tierra dónde ponían las plantas, las riquezas de la naturaleza, y que los viajeros de nuestra edad observan corriendo la posta, y embutidos en un coche, bastaría esto para que desconfiasen de sus observaciones. Y que sería si tuviesen noticia de que la mayor parte de éstos pierden su tiempo corriendo de ciudad en ciudad, de palacio en palacio, y de baile en baile, y que aun los más aplicados suelen contentarse con ver bibliotecas, visitar antigüedades, y copiar inscripciones: en efecto, los más emplean su tiempo en cosas de poca importancia. No observan en cada País la edad presente; sino sólo los siglos pasados, y viene a sucederles lo mismo, que si en Londres, quisiesen observar las costumbres de los Calmucos. De suerte que después de haber corrido la Europa, entregados al conocimiento e investigación de materias frívolas, vuelven a su País perdido el tiempo, malgastado su dinero, y sin proporción para ser útiles a su Patria han visto mucho País, caminando muchos centenares de leguas,

entrando en muchas más posadas, y reconocido cantidad de ciudades, villas, lugares, y campanarios; y esto les parece que basta para ser un viajero perfecto, que se cree con todo el talento necesario para dar tajos, y reveses en las materias más delicadas, y más importantes al bien del Estado.

Para evitar en lo posible los abusos que frecuentemente cometen los viajeros, quisiera yo, que antes de emprender éstos su peregrinación, se hallasen adornados de aquella política, amenidad de espíritu, dulzura y arte de ganar las voluntades, que son tan esenciales para hacerse estimar en el comercio del mundo, que sólo se adquieren en la juventud. También quisiera que tuviesen algún conocimiento de literatura, y poseyesen algunas de las lenguas vivas, y se hubiesen formado un cierto estilo para la conversación, y los escritos; que sin ser el que ordinariamente se llama florido, lleno de tropos y figuras, tuviese gracia y energía. Con estos principios tendrá bastante cualquiera para hacerse un buen lugar entre las gentes, circunstancia sin la cual es imposible aprovechar en los Países extranjeros, donde el nacimiento, la riqueza y otras ventajas accidentales, son inútiles para lograr ser admitido en la buena sociedad, si el mérito personal no las acompaña.

En los objetos, que debe proponerse un viajero, no se puede dar regla fija. Estos varían a proporción de su inclinación, o de sus luces. Los unos se aplicarán a investigar el modo de pulir una Nación: Los otros a la navegación, y el comercio: éstos a examinar el origen, y medios de mantener la opulencia de un Estado, y aquéllos a indagar sus fuerzas, y los motivos de su decadencia. Las manufacturas, los varios ramos de hacienda, el ceremonial, las alianzas y tratados, los cálculos políticos, las leyes, y el buen orden de la sociedad, son materias a que deben aplicarse los viajeros, cada uno según su inclinación, y estado en que se halle colocado. Pero no basta dedicarse a estas materias: es preciso el método. De lo contrario sólo se tomarían unas nociones generales, que poco o nada servirán en la práctica. Por

ejemplo, si el que se dedicase al estudio de la conservación de la sociedad, y del buen orden que debe reinar en ella, se contentase con saber que todas las partes de un cuerpo político deben estar acordes, sin oponerse, ni confundirse, y que los hombres que hacen parte de una Nación, tienen entre sí ciertos lazos más íntimos, que los que inspira la sociedad en general, y que éstos le imponen obligaciones sagradas, entre todos los Pueblos, este hombre nada habría adelantado: sabría los principios de que depende, en gran parte la felicidad de las Naciones; pero ignoraría los medios de procurar a la suya esta felicidad. Para lograrla sería preciso, que supiese, que todo hombre, considerado como miembro de la sociedad, tiene obligaciones que cumplir para con Dios, para con su Soberano, para consigo mismo, y para con sus conciudadanos: que el primer cuidado para mantener la sociedad debe ser el de aumentar, y conservar el número de los que la componen: que la verdadera fuerza de un Estado consiste en la muchedumbre de sus habitantes; y los medios de lograrla: los estragos que causa en una Nación la corrupción de costumbres, y sobre todo la licencia en ciertos vicios: la utilidad que produce el tener fundaciones, para huérfanos, y expósitos: el beneficio de atraer colonias extranjeras, y el daño de enviarlas a regiones distantes: que la miseria destruye los hombres, y es causa de las emigraciones, de las enfermedades epidémicas, de los robos, y de otros innumerables males, que arruinan el Estado: que la verdadera caridad pide, que haya establecimiento para socorro de los caducos, enfermos, y demás impedidos, de procurar su subsistencia, y que esta misma quieren estén cerrados todos los asilos a la mendiguez vagamunda que debe ser el objeto de nuestra indignación: la necesidad de imponer leyes severas contra los destructores de la sociedad, y de colmar de beneficios a los que inventan alguna cosa útil para la conservación de los hombres, o del Estado: la severidad inflexible contra las malas costumbres, y cuanto importa hacer observar en los Pueblos la buena fe, la modestia, el reconocimiento, la humanidad, y otras virtudes morales, de que depende la buena política; y finalmente, la utilidad

de que traen a la sociedad los pósitos, las postas, los buenos caminos, los canales, y otros establecimientos, que sirven a su comodidad.

De este modo deben observar los viajeros, en cada uno de los ramos a que se les destine, o a que los conduzca su genio, y entonces nadie habrá, que pueda dudar la utilidad de los viajes: Pero así como éstos serán entonces esencialmente útiles, y aun necesarios, así también deberá ser uno de los primeros cuidados, que los viajeros no sean muy jóvenes. Las observaciones que hacen los hombres antes de tener maduro el juicio, o son poco exactas, o se dirigen a objetos frívolos. Para conocer lo que hay en los Países Extranjeros, es forzoso saber antes lo que hay en el nuestro, raciocinar con solidez, y poseer un espíritu de reflexión, que rara, o ninguna vez se encuentra en los pocos años.

Mas no todo el Pensamiento se lo han de llevar los viajeros, el modo con que acá acostumbramos recibir las luces adquiridas por tal cual, que ha viajado como filósofo, merece también su párrafo. Entre nosotros han tomado alguna ya por estribillo el tratar de herejes a los que leen libros, o han corrido Países extranjeros. Si uno de estos procura sacarnos de alguna de aquellas preocupaciones, que nos salieron al encuentro al empezar a tener uso nuestra razón, y que ordinariamente suelen acompañarnos el resto de la vida, al instante levantan el grito los ignorantes, y lo dan por sospechoso en la Religión. ¿Pero esto acaece sólo cuando se controvierte algún punto dogmático? No por cierto: en todas materias sucede lo mismo. Los necios tienen un amor propio más tenaz que todos los demás hombres: miran como desaire que se les haga conocer que han vivido en error; y estiman más continuar en él, a pesar de la razón, que dar su brazo a torcer, como suelen decir. ¿Vense atacados en alguna materia? ¿No hallan modo de salir victoriosos del lance, o porque las razones del antagonista son tan sólidas, que no admiten réplica, o porque su falta de instrucción no les permite replicar? El modo de quedar

airosos les es muy fácil. Acógense al sagrado de la Religión: tratan a su contrario de *Atheo*: declaman contra las ruinas, que ocasiona la lectura, y la comunicación de gentes, y libros extraños; y el vulgo con quien suelen estar acreditados, no sólo les da por suyo el campo de batalla, sino que mira al contrario, con el mismo oprobio, que merecía, si fuere cierta la calumnia. Delante de semejantes necios necesita un viajero, o un hombre instruido, ir con mucho tiento en las materias, que trate. Sólo el oírle hablar de *oscilación*, *cohesión de partes*, *fuerzas centrales*, *percurción directa*, *u oblicua*, *fibras elásticas*, u otros semejantes términos de la Física, basta, y aun sobra para que lo declaren rotundamente por hereje, o lo destinen al infierno, como hizo nuestro Quevedo con el Abad Trithemio, por su inocente Esteganografía, que creyó invocación de espíritus infernales. Tan ridículos como esto suelen ser nuestros compatriotas, a quienes tiene cuenta tal vez fomentar la ignorancia, aborreciendo todo cuanto pudiera contribuir a desterrarla. Hombres que miran como vanos los principios de las ciencias naturales, que nunca llegaron a saludar, y como peligrosos sus adelantamientos: que no saben el cuidado con que muchos de los Santos Padres procuraron cultivar sus entendimientos con el estudio de las ciencias profanas: que ignoran que en Francia, Alemania, y aun en Inglaterra hay católicos igualmente fervorosos, que ilustrados; y que en Italia, y en Roma mismo, capital del orbe cristiano, y centro de nuestra Religión, se cultivan, y promueven aquellas ciencias, que ellos se esmeran en despreciar, y perseguir: hombres por fin, en cuyo concepto son inseparables la advertencia, y la impiedad, e incompatibles el catolicismo, y la ilustración.

¿Cuándo llegará el día en que tengamos juicio, y discernimiento, y en que sin ser esclavos de la necia credulidad, ni de la preocupación, miremos las cosas con ojos filosóficos? Yo no lo sé. Bien podría hacer alguna profecía política, que tal vez no saldría errada; pero esto de profetizar, no es para un Pensador.



## PENSAMIENTO XXI.

### *Vida Ociosa de algunos Caballeros.*

Seamos imparciales: esto pide la razón, y la justicia. El Discurso antecedente ha hecho ver parte de la ridícula ociosidad, o indolencia de que está llena la vida de las Damas. ¿No es justo, que también sepamos los vicios, que acompañan a la de los hombres? Sí por cierto. Los dos sexos son fértiles en necedades; y casi ninguno podemos atribuir a las mujeres, en que los hombres no seamos también cómplices. Lo demás es cuento. Tan ridículos, y tan extravagantes somos unos, como otros. Nosotros nos hemos levantado con el aire, y el tono; y a fuerza de decirlo, y repetirlo millares de veces, hemos venido a establecer el sistema de que las mujeres sean más defectuosas; pero yo no quisiera salir por fiador de esta verdad, pues examinada la materia con desinterés, sería seguramente muy problemática. Estoy persuadido de que todos los vicios, y todos los defectos, que se condenan en el uno de los dos sexos, se encuentran en el otro. Si hay mujeres ligeras, inconstantes, engañosas, y malignas; también hay hombres maldicientes, frívolos, sin fe, sin solidez, traidores, y crueles; y el número de éstos no es menor que el de aquéllas.

Los que han vivido en el mundo, y llegado a conocerlo, saben por experiencia, que hay muchos hombres, que no sólo entienden los defectos, que suelen atribuirse a las Damas, hasta la raya a que éstas acostumbran llevarlos;

sino que procuran hacerles muchas ventajas, y lo consiguen. Pongámonos por ejemplo algún caballerete de éstos que llaman petimetres, y que para decirlo así, andan en la maroma. No es creíble el cuidado de este Narciso, a fin de no ajar su belleza. Acuéstase con guantes para conservar la blancura de las manos, y con papeles puestos en el pelo, para que mantenga el rizo; y no falta alguno, que conserva aún por la mañana tal cual reliquia de los emplastos en que ha puesto su rostro en infusión durante la noche. Antes de levantarse de la cama consulta con su criado, el vestido, que debe sacar a luz aquel día; y acabada felizmente la conferencia, sale de su lecho a pensar en nuevas necedades. Apenas dos criados, después de trabajar una, o dos horas, vienen al cabo de preparar sus adornos, y ponerlo en estado de pasar al tocador. Allí empieza la más graciosa de todas las escenas. El aparato en brasero, hierros, polvos, alfileres, y pomadas suele ser magnífico; y el Ayuda de cámara empieza su ministerio por enredar el pelo, cargarlo de cebo, y manteca, y llenarle luego de polvos el rostro, y la cabeza. En esto se pasa muy bien media hora, y después entra el peinado de ala de pichón, de grana de espinacas, o de alguna de aquellas modas, que tan dichosamente ha inventado el genio de los hombres, y que en muchos de estos hacen consistir su mérito, y talentos. En fin, cuando se cree que el tocador de este mozalbeta está acabado, y que sólo le falta, para lograr desmentir enteramente su sexo, colocar un poco de color en las mejillas, y un par de lunares en paraje, que hagan gracia, y simetría, repara en un rizo, que no está puesto con arte, en que un lado de peinado abulta más que el otro; y que de una parte cae alguna línea más que la otra. Se enfurece: llena de oprobios al criado: de nada sirve todo lo hecho; se empieza de nuevo el tocador, que suele ocupar casi toda la mañana.

Aun en los jóvenes, que llamamos *pisaverdes*, gente ociosa sin destino, ni ocupación, sería muy reprehensible esta conducta. Jamás puede haber razón para perder tan infructuosamente un tiempo tan precioso. ¿Qué hubiera dicho de



nosotros un romano de aquellos varoniles, que conoció la República en los tiempos de su esplendor, y su grandeza; y qué concepto hubiera formado de nuestro valor, juicio, costumbres, al vernos afeminados, y ansiosos de imitar a las mujeres? ¿Qué hubiera pensado al ver, que sufren tres o cuatro horas de martirio, por el vano adorno, los mismos hombres, que serían incapaces de sufrir una ligera incomodidad por el beneficio de su Patria? Lo peor es, que no sólo incurren en esta ridiculeza los mozalbetes: Yo veo que hay tocador en todas las clases, y en todos los estados, y que esto de cuidar de la hermosura, real, o imaginaria, y procurar más adornos, que los que pide la decencia, es un contagio general, de que están tocados casi todos los hombres. Algún abate gasta en polvos, pomadas, y encajes de Inglaterra más de lo que se necesitaría para mantener una familia honrada; y no faltará soldado, que si tenemos otra guerra, quiera poner su tocador en la trinchera, y perfumar la pólvora. Cosas mucho más ridículas podría decir de otras profesiones. Hablo de éstas, porque las creo más instruidas, y menos delicadas. No se quedarán las otras en el tintero; pero esperemos tiempo más sereno.

Vístese nuestro petimetre: manda poner el coche, y sale a hacer alarde de su figura en todos los estrados; ya no son sólo petimetres los que tienen coche, (hasta los menestrales se precian de esto) no parece, sino que lleva azogue en los pies. En todas partes entra, y en ninguna se detiene: no va tanto por ver, como por ser visto. Habla de novedades, y de modas, y alaba el gusto de las señoras en los vestidos, y el peinado. Creen éstas, que es por lisonjearlas, y sólo es porque le alaben el gusto del peinado, y la extrañeza del vestido. Éstos son los negocios de importancia, en que gasta su tiempo; y hay tal petimetre, que estima en más el ser conocido por este epíteto, y las alabanzas, que suele adquirir por su buen gusto, que todos los elogios debidos a las acciones dignas de la humanidad.

De casa en casa, llevando consigo a todas el fastidio, y la displicencia, y sin parar en otra, que en la de su cortejo,

pasa este insensato toda la mañana corriendo como un extravagante por todas las calles, sin objeto, ni motivo. Él sabe que los señores acostumbran hacer muchas visitas, y quiere darse aires de grande, entrar a cualquier precio en las concurrencias, tomar un baño entre Excelencias, Señorías, que no deja, de tener un influjo bastante poderoso para las fortunas, y estimación del resto de la vida.

La tarde la destina este Adonis a la Comedia, o al paseo. Entra en aquella también de aventurero. Pide la lista de los aposentos, encuentra los nombres de tres, o cuatro personas, que por efecto de urbanidad, y buena educación, le han dado alguna vez los buenos días. No necesita más: toma de memoria los números, y sin otro ceremonial, que el de su fatuidad, va pasando revista a todos, o incomodando a gentes que no han pensado en asociarlo a sus diversiones, ni echarían menos su compañía; pero un petimetre de los nuestros pasa por todo: abusa de la bondad de sus conciudadanos, que no tienen más motivo, que su civilidad para dejar de despedirlo como merece; y cree honrar las asambleas con su presencia. Estas son las ideas, que le inspira la vanidad, y el orgullo: Su necia credulidad les tiene vendados los ojos, y viven entre las gentes para ser su martirio.

Por la noche se introduce mi petimetre en alguna tertulia, o en casa donde haya baile, música, u otra diversión. Si hay baile, allí luce su habilidad, y es hombre de provecho. Es verdad, que esto de bailar con gracia no lo entiende, ni sabe llevar su cuerpo, su cabeza, ni sus brazos con aquel aire de elegancia, y de nobleza, que pide la danza para ser agradable; pero en cambio es un bailador infatigable. Sabe de memoria todas las contradanzas corrientes; y para las que no son de tabla trae en el bolsillo un tomo de contradanzas inglesas, que es toda su biblioteca, y en que hace todo su estudio. A más de esto, sabe el modo de dar impulso violento a las *ruedas*, aunque sea con peligro de hacer caer un par de

Señoras; y con éstas y otras semejantes habilidades pretende establecer su crédito, y pasar por hombre de habilidades.

Las Academias de música no le son menos favorables. Aprende media docena de arias, de aquellas, que están en mayor auge en la estación: canta alguna de ellas cada semana, y procura tener alguna nueva, a quien da honores, y título de su favorita, y que por lo mismo logra el privilegio de ser repetida cien veces, sin que nadie tenga motivo justo de criticar su elección: Con este socorro, y variándose frecuentemente los parajes, y los concursos, tiene caudal para mucho tiempo; y suele pasar por virtuoso de música, el que no conoce, ni aun el valor de las notas.

Si el petimetre tiene algún conocimiento de la música, sus pretensiones suben de punto, y no se contenta con menos, que con pasar por un excelente compositor. La empresa sería ardua por el camino ordinario: pero el ingenio todo lo vence. Hace traer de Nápoles, o Roma algunas arias acabadas de salir de mano del maestro, o que por la antigüedad de su fecha sean ya desconocidas. Guárdalas con sumo cuidado, aunque hay ejemplares de algunas negligencias, y tiene las letras de memoria. Oye cantar a alguna señora, a quien se le ha antojado cortejar; apláudela su voz, y estilo, y se ofrece a componerla una aria, para lograr la honra de que la señora la cante; aquí entra lo más fino. A fin de hacer ver su habilidad, y que toda letra le es indiferente, pide que se le dé una, cualquiera, que sea. Pero por fortuna suya, las letras no se hallan tan a la mano, y mucho menos desde que nuestras damas han dado en la debilidad de cantar en Italiano: idioma, que las más no entienden, y que aun sin contar su poca, o ninguna sensibilidad en la práctica de semejantes habilidades, las obliga a cantar como estatuas, sin gusto, sin interés, y sin dar más señal de vida, que la de abrir los labios. Mientras la dama anda buscando una letra, propone mi presumido, como ocurrencia de aquel instante, alguna de las que tiene compuestas. A propósito (dice) ¿Qué le parece a Vm. esta aria?

*Vo surcando un mar crudele  
Senza vele,  
E senza sarte:  
Freme l'onda: il Ciel s'imbruna  
Crece il vento, e manca l'arte, etc.*

Es de las más lindas de Metastasio, y sobre ella puede hacerse una muy bella música. La Señora se conviene. El Señor mío se va a su casa: copia muy descansadamente aquella misma aria: tráesela a la Señora, se la canta, y tal vez se la enseña, y lo ordinario es adquirir por medios de este robo una amistad, que tal vez echa raíces de diferente especie, y suele subsistir, aun cuando se le llega a conocer por plagario.

Las Tertulias, en que sólo hay conversación, suelen ser muy favorables a los mozalbetes, y suelen también humillarlos. Esto pende de la buena o mala calidad de la Tertulia. Si se compone de personas cuerdas, e instruídas, no pueden hacer figura en ella unos entes sin instrucción, y sin cordura. Si de gentes ignorantes, y ridículas, allí es su centro, y el paraje en que más brillan. Allí dicen frioleras, y necedades, unas veces con entusiasmos, y otros hablando con proverbios, y equívocos, aquellos bajos, y triviales; y éstos poco decentes. Allí ponen en práctica los ensayos, que han hecho delante de un espejo, para copiar el gesto, y ademán de los cortesanos, y contrahechos, y afectados hasta en el lenguaje, se muestran tales, que pudieran servir de diversión, en lugar de monos, a los grandes, y personas de genio, a quienes han querido imitar. Unos se encargan de hacer reír a los concurrentes, y aun lo previenen al empezar un cuento árido, y desabrido como ellos mismos; pero se engañan miserablemente. Ignoran no ser este el camino: que es preciso sorprender el gozo, y excitarlo agradablemente; y sucede que la ley de reír, que han impuesto queda nula, e inútil: que ellos se ven obligados a reír solos, y los demás se burlan de la tonta presunción de obligarlos a reír a pesar suyo. Otros hacen

profesión de corredores de noticias, llevando de una parte a otra, y de tertulia en tertulia los chismes, y noticias, que su incesante afán les ha adquirido en el día; pero con la fatalidad de una memoria débil, que no les permite contar con exactitud lo mismo que han visto. ¡Pobre de la persona que es asunto de estas abominables conversaciones! Sus defectos van a ser publicados, y obscurecidas sus virtudes. Dentro de pocos días hablarán de ella en todas partes; pero hablarán mal; y deberá este beneficio a la necia pasión de hablar, que tienen semejantes hombres, y que por no saberse moderar, los precipita a entrar en curiosidades dañosas a muchas reputaciones inocentes.

Otros vicios hay en las Tertulias de peor calidad, que los precedentes. No hablo de los que se sientan con el Cortejo al extremo de la sala. De estos he tratado ya en otros Pensamientos; y bien que se acabaría antes el papel que la materia, no es mi intento volver a tocarla por ahora: Ocasiones más oportunas se presentarán, y recorreremos el campo, para ver qué fruto ha producido mi trabajo. Otros hay, que sólo estiman las asambleas por tener un cierto concurso a quien dar parte de sus fortunas, o de sus vicios; y estos son para toda persona, que tiene sentimientos de honor, y de religión, los más intolerables. Se pueden perdonar a los hombres las extravagancias, y fatuidades ridículas, y despreciables, pero introducidas en la sociedad; mas no hay valor, no hay sufrimiento que baste para ver que se desacredite a una mujer respetable, aun cuando su debilidad la haya traído al extremo de dejarse seducir. Sin embargo, vemos que hay de esto, y también que hay mucho. ¿Se puede dar dolor igual al de tocar todos los días, y casi palpablemente, que nuestros compatriotas no saben tomar de los extranjeros sus virtudes, y sólo se apliquen a imitar sus vicios? Nuestros españoles fueron en algún tiempo muy silenciosos, sin que hubiese amistad bastante para confiar aventuras de esta naturaleza. Hoy, no sólo se hace gala de contar, publicar las verdaderas, sino que se fingen. ¡Oh, tiempos! ¡Oh, costumbres!

Ve aquí en globo las honradas expediciones de una grande parte de nuestros conciudadanos, insensibles a los impulsos de la razón, y delicados en la menor cosa, que suene a corregirlos. En esta inacción pasan su vida, entregados a la pereza. ¿Dónde están aquellos ciudadanos endurecidos en la fatiga? ¿Qué se han hecho los españoles, que desafiaban el rigor de las estaciones más incómodas: que entregaban sus cuerpos a los trabajos más rudos, y sus almas a las solas leyes de la equidad: inaccesibles a la bajeza: que no amaban sino la verdad, y el honor: y que no cedían sino a la razón? ¡Ah! Estos dulces tiempos pasaron, y no volverán a verlos nuestros ojos. Algunos de estos dignos hijos tiene aún la Patria en sus Provincias: Pocos la Corte. No vemos generalmente sino hombres sin humanidad, patricios sin patria, y ciudadanos, que nacidos para una vida activa, casi desfallecen en la ociosidad: a quienes las diversiones, y el adorno sirven de única ocupación, que tienen sus caprichos por norma, y por ley su voluntad: que hacen vanidad de un zapato bien hecho; de un corbatín bien estirado; de un sombrero apuntado con gracia; y de un vestido de buen gusto. Hombres, en fin, que a los diez años suspiran por un coche, o un muñeco de las cabachuelas: que a los veinte están dominados por una mujer: a los treinta por los placeres a los cuarenta por la ambición: a los cincuenta por la avaricia, y jamás por la prudencia, ni el honor. ¿Y habremos de continuar esta misma vida? ¿Y no nos avergonzaremos de una conducta tan opuesta a las máximas de la humanidad, y del Evangelio? Señores volvamos sobre nosotros. Dios, el estado, y nuestros compatriotas todo nos llama, todo nos insta a que salgamos del letargo: todo nos da voces. Oigámoslas para corregirnos, o conformémonos con dejar una memoria odiosa, y acreedora a los oprobios de las edades venideras.

La carta siguiente se me ha enviado estos días: habla del mismo asunto, y me ha parecido digna de la luz pública. Dice así:

*Señor Pensador.*

"Si Vm. puede hallar placer en una carta que contiene verdaderos agravios, tengo fundado motivo de esperar, que esta hallará en Vm. un buen acogimiento: y si la pérdida del tiempo es la más irreparable de todas, también es preciso confesar, que el arrepentimiento es de los más legítimos. La dicha de haber sacudido el yugo de una larga indolencia, y el deseo que tengo de resistir a todas las seducciones de la pereza, me obligan a llamar a Vm. a mi socorro. La turbación, con que reflexiono sobre el tiempo pasado, y el temor de lo que puede sucederme en lo venidero, me han determinado desde luego a tomar este partido. La pereza es una epidemia tan general, que merece trate Vm. de ella en algunos de sus Discursos, sobre el seguro de que en esto hará Vm. al público un servicio muy señalado. Apenas hay una sola persona, que no esté tocada de este mal, al mismo paso, que se ven millares de personas, que pierden más tiempo en determinar cuál de dos negocios despacharán primero, que el que se necesitaría para despacharlos ambos. Parece que esto procede de faltarles alguna ocupación de absoluta necesidad, que sirva de poner los espíritus en movimiento, y sacarlos de su letargo.

"Después de la muerte de Scanderbech, Rey de Albania, los Turcos, que frecuentemente habían experimentado la fuerza de su brazo en las batallas, que les había ganado, llegaron a imaginar, que llevando algún hueso suyo cerca del corazón, tendrían el mismo valor, que animaba a aquel Soberano. Yo no veo apariencias de poder ser útil al mundo en mi vida, y he tomado el partido de procurar hacerle todo el bien que me sea posible después de mi muerte. A este fin tengo mandado en mi testamento, que mis huesos se distribuyan por astillas entre aquellos de mis compatriotas, que tengan demasiado fuego, o demasiada viveza. No hay inclinación por fuerte que sea, no hay acceso de cólera, ni deseo de venganza, que yo no pueda ahogar, o reprimir.

Pero aunque la indolencia obra con mucha lentitud, no hay duda que arruina el cimiento de todas las virtudes. No hay menor peligro en una tempestad, que en una calma continua. En vano tendrán nuestras almas las semillas de muchas buenas calidades, si no hay en nosotros la fuerza, y la resolución de hacerlas crecer, y producir. La muerte iguala a todo el mundo; y la indolencia, que es su imagen. Este sueño del alma no deja diferencia alguna entre el genio más basto, y el más limitado. Tengan en hora buena los hombres los más excelentes, y ricos talentos: Si los ocultan, si los tienen enterrados, son tesoros perdidos, y tan útiles al propietario, como un cofre lleno de oro a un avaro que no se atreve a tocarlo."

"El día de mañana es siempre el término fatal, en que debo corregir todos mis defectos; pero al fin llega, se pasa; y yo continuo en dar mejor contento de la sombra, en lugar de la realidad, sin reflexionar, que sólo el tiempo presente es nuestro; que el venidero no ha llegado; y que el pasado, que ya no subsiste, sólo puede volver a existir al modo, que los padres reviven en sus hijos esto es en las acciones, que hubiéramos practicado mientras lo tuvimos de presente.

"El tiempo de la vida no debe contarse por el número de los años, sino por el uso, que hayamos hecho de él; al mismo modo que la extensión del terreno no es la que da el valor a una posesión, sino la renta anual, que produce; y sin embargo es tal nuestra necesidad, y nuestra insensatez, que somos pródigos de la única cosa, en que la avaricia pudiera ser virtud. Nada hay en el mundo, que necesitemos tanto como el tiempo, y jamás se han buscado, ni hallado para cosa alguna tantas invenciones como perderlo de un modo imperceptible, y sin que nos resulte provechoso. Acumulamos real sobre real con mucho ardor, y al mismo tiempo disipamos con desdén, y como si fuese la cosa más vil, y despreciada, el tiempo, que es lo más estimable que tenemos.



"Según el sistema, y modo de pensar actual, debemos tener un cuidado extraordinario de no parecer escrupulosos en el empleo de nuestro tiempo, y sobre todo, si se quiere pasar por hombre de espíritu, y se teme el epíteto de hombre aplicado, y Pensador. Los mayores genios de todos los siglos tuvieron ideas muy diferentes. Todo el mundo sabe el trabajo, que costó a Cicerón el adquirir su elocuencia. Séneca nos asegura en sus cartas que no se pasaba día sin que escribiese alguna cosa, sin leer, y hacer extracto de algún buen autor. También me acuerdo, que Plinio el Menor en una carta, en que cuenta la distribución de su tiempo, después de haber hablado de muchas de sus ocupaciones, se explica en estos términos: Algunas veces voy a caza, y en tanto, que mis criados se ejercitan en tender las redes, y preparar todo lo necesario, yo saco mi libro de memoria, a fin de ocuparme en alguna cosa útil a mis estudios; y por este medio, si es que no encuentro caza, vuelvo a mi habitación con pensamientos nuevos y traigo las hojas llenas, ya que vengan las manos vacías.

"Vm. ve muy bien, Sr. Pensador, que yo tengo presentes bastantes ejemplos, y que me valgo de muchos, y sólidos argumentos para procurar salir de esclavitud, pero todo esto no me satisface. Yo soy débil: lo conozco, y sé que la indolencia es un terrible vicio. Así, temeroso de que mis razones, y esfuerzos, me sean inútiles, espero un discurso de Vm. que trate de esta materia, y lo espero con tanta más impaciencia cuanto no soy el único, que lo necesite. Pero hablemos claro. ¿Cree Vm. que los hombres serán tan dóciles, que se corrijan de un defecto, en que se hallan sus delicias, y que miran como digno de alabanzas, ya sea que amen el estado de indolencia en sí mismo, o que imaginen recibir nuevo lustre pareciendo que hacen sin trabajo lo que cuesta a los demás tanta aplicación? Yo no sé lo que crea en este particular. Vm. que hace estudio de conocer a los hombres, y de atacar sus vicios, sabrá mejor, que yo, lo que debe hacer, y así lo dejo a su arbitrio, asegurándole de

paso, que a pesar de los genios rebeldes, que bien hallados con sus preocupaciones sienten se les saque de un error, como si les arrancasen el corazón, soy, y seré siempre su apasionado, y un buen panegirista de sus loables intenciones.

*C. G. J.*

## PENSAMIENTO XXII.

### *Sobre si el Teatro es útil, o dañoso a las costumbres.*

Apenas ha visto nuestra España cuestión tan controvertida, como la de si es dañoso, o provechoso el Teatro. Se ha tratado de declarar su bondad, o su malicia: nada se ha resuelto unánimemente, y el Teatro ha subsistido, siendo un manantial perpetuo de disputas. ¿Pero que hay que admirarse? Ésta ha sido siempre la suerte del Teatro. Apenas empezaron las Musas dramáticas a exponer al público los infortunios, y las ridiculeces de los hombres, cuando estos se dividieron en bandos: unos se declararon partidarios, que ciegamente comenzaron a aplaudir; y otros censores rígidos, que todavía no cesan de reclamar: Ambos partidos han procurado apoyar sus opiniones con multitud de pruebas, ejemplos, y autoridades las más respetables; pero el éxito de combate tan antiguo ha sido el mismo que el de las batallas equívocas, en que cada ejército se atribuye bien, o mal la victoria, o a lo menos procura de dar incierta la palma.

Unos de nuestros campeones han sostenido que el Teatro es pernicioso: otros, que es indiferente. Aquéllos han dicho demasiado, y éstos muy poco; y es muy probable, que ni unos, ni otros, han conocido el Teatro; o que lejos de buscar los efectos, que produce en los corazones de los hombres, cuando las piezas dramáticas a que está destinado,

tienen toda la pureza, y arte, que les corresponde, sólo han procurado hojear libros, y amontonar autoridades, no bien entendidas, o mal aplicadas.

El Drama en su origen no fue otra cosa, que un tejido de injurias, con que los vendimiadores insultaban a los caminantes. Por consiguiente, Solón tenía fundado motivo de despreciarle, mirándole como pernicioso.

Eschiles aprendió en los Poemas épicos de Homero la verdadera idea de la Tragedia, le dio nueva forma, cubrió con máscaras los rostros de los actores; y entonces la Comedia tomó por modelo a la Tragedia. A los principios se vieron sobre el Teatro de Atenas varias sátiras, puestas en acción contra personas conocidas, y nombradas, imitando sus ridiculeces, y sus vicios; y ésta es la que se llama *Comedia antigua*. Las leyes, para reprimir esta audacia prohibieron nombrar los sujetos; pero la malignidad de los poetas, y de los oyentes nada perdió en esta prohibición. La semejanza de las máscaras, de los vestidos, y de las acciones retrataban al vivo a los personajes, que se les nombraba a la primera vista; y esta se llamó *Comedia media*, en la cual el poeta no teniendo ya, que temer el cargo de la personalidad, era más atrevido en sus insultos, y estaba tanto más seguro del aplauso, cuanto fomentando la malicia de los oyentes por la viveza de sus retratos, proporcionaba a su vanidad el placer de adivinar los modelos. Un pueblo enemigo de toda dominación, como el de Atenas, nada podía temer tanto como la superioridad de mérito. Así la sátira más sangrienta estaba segura de agradar a este pueblo celoso, como recayese sobre el objeto de sus celos. Pero este mismo pueblo no tardó mucho tiempo en conocer, que para ser útil el talento de censurar los vicios, debía estar dirigido por la virtud; y que la libertad de la sátira concedida a un hombre de malas intenciones, era lo mismo que un puñal en manos de un furioso. No podía olvidar, que Aristóphanes se había encargado del infame empleo de calumniar a Sócrates en pleno Teatro; y los magistrados reflexionando

que los poetas no habían hecho otra cosa que eludir la ley, que prohibía nombrar las personas, hicieron otra en que desterrando del Teatro toda imitación personal, limitaron la Comedia, a la pintura general de las costumbres; y entonces la *Comedia nueva* dejó de ser sátira, y tomó la forma decente, que después ha conservado.

Si un antagonista del Teatro, que quiere proscribir el arte de los Sófocles, los Eurípides, los Menandros, y los Terencios, consulta los Autores, que escribieron en tiempos en que el Teatro, aunque no tan disforme, conservaba todavía muchas reliquias de estas fealdades, claro es, que no encontraría sino imprecaciones, y oprobios; y que si no tiene la reflexión de distinguir de tiempo, y costumbres, condenará enteramente el Teatro con razones, a su parecer, muy sólidas.

Pero no hay necesidad de recurrir a lo que puede parecer efugio. Si los que condenan los poemas dramáticos; y la concurrencia a ellos han examinado los que tienen nuestro Teatro, digo, que les sobra razón para condenarlos, y que no sólo debería estar proscrita la mayor parte de ellos entre gentes, que profesan la Religión cristiana, sino aun entre las que sólo se gobiernasen por una razón medianamente ilustrada. Mas no siendo por ahora mi asunto manifestar los vicios de nuestras piezas dramáticas, que pocas personas cuerdas dejan de conocer, pasaremos a examinar el Teatro en general, procurando tratar esta materia, como hombre, que busco la verdad, como ciudadano, pues todos debemos serlo, y como cristiano, pues en ningún tiempo, ni materia nos es lícito olvidar las obligaciones de tales.

La cuestión que he tomado por asunto de este Pensamiento, puede proponerse de dos modos muy distintos: puede examinarse si las representaciones teatrales en general merecen ser permitidas en una República; o si son dignas de este privilegio las de algún carácter determinado, o por la naturaleza de su objeto, o por el modo con que puede

modificarlas, o bastardearlas el mal gusto de una nación, o la impericia, y el corto, o ningún talento de sus poetas cómicos.

Desde luego se echa de ver, que la primera parte de la cuestión interesa a todos los hombres, sea el que fuese el gobierno en que viven; pero no los interesa como quiera, les toca de tan cerca, que no hay modo más adecuado de formar sus costumbres; y es una escuela indispensable en toda la República, y tal vez la sola, que deba fomentar, si su constitución le propone hacer amable la virtud. Hay obligaciones en la vida, que ningún poder basta para hacer cumplir a un hombre, o por haber ya llegado a un punto de corrupción demasiado, o porque hay defectos, vicios, y pasiones, contra cuyos estragos las Leyes no han puesto, ni pueden poner freno alguno. La ingratitude, la falta de fe, y de palabra, la usurpación del mérito ajeno, y el interés personal en los negocios públicos, son vicios, que han olvidado casi todas las legislaciones; pero la Comedia satírica los castigaba con una pena tanto más terrible, cuanto era más pública, pues se ejecutaba en pleno Teatro. Hay por otra parte en el hombre unas semillas o sentimientos de independencia, bien o mal entendida, que clamaría imperiosa, si la cordura de los legisladores llegara hasta quererlas reprimir. Para esto sólo son eficaces las amonestaciones de la Poesía teatral, que con el embeleso de todos sus adornos nos lleva con suave violencia la atención, y nos corrige por lo mismo que no parece proponerse este fin, sino sólo el de divertirnos. Tal fue el destino de la Poesía desde su primer origen, que luego se llevó la afición de los primeros hombres: una diversión, que inventaron para descansar en las tareas a que luego se hallaron condenados, fue empleada para perpetuar en las Naciones la memoria de las grandes hazañas de sus Fundadores, a fin de animar sus descendientes a imitarlos. Aprovecháronse con suma discreción de sus halagos los primeros legisladores escribiendo sus leyes en lenguaje poético.

Era natural, que la policía de las Repúblicas más cultas, cuyos legisladores tenían tan bien explorado el poder de la Poesía concediese una protección distinguida a las representaciones teatrales. Así se esmeraron los griegos en fomentarla, y en honrar con premios, y distinciones a los que seguían con honor la carrera de la Poesía teatral. Un ciudadano poderoso en Atenas, celoso de su libertad hasta el delirio, estaba expuesto a los tiros de un Poeta Cómico, que con la aguda jocosidad de sus dichos lo hacía despreciable, o menos temible, sin que para esto fuese menester valerse de ninguna violencia. Un filósofo extravagante, que con la recomendación de un exterior cuerdo, y severo podía más fácilmente comunicar a la juventud las alucinaciones de una errada meditación, se veía abandonado luego, que la Comedia tomaba por su cuenta el manifestar las ridiculeces, que cubría su engañosa exterioridad.

Aunque no hallásemos en las Historias ejemplares de lo que acabo de referir, y que forman a favor del Teatro una preocupación muy ventajosa, bastaría considerar el cuidado que los griegos pusieron en que saliesen bien arregladas sus composiciones teatrales. Corría por cuenta del Jefe de cada una de las tribus, en que estaba dividido el pueblo de Atenas, la diversión, que la tribu estaba obligada a costear. Había siempre en esta fiesta alguna representación teatral, cuyo examen hacía con sumo cuidado el *Coregus*. (Así se llamaba el director de los espectáculos.) Y si el drama le parecía digno de la representación, daba al instante al poeta el número de actores, que necesitaba sacado de su misma tribu, y esto se llamaba dar el Coro.

Los romanos tuvieron también sus representaciones teatrales, cuya utilidad, y artificio les hizo conocer su trato con los griegos. Pero la diferencia de las dos naciones produjo también variedad en los progresos que hizo el Drama en uno, y otro pueblo. Los juegos del circo fueron siempre más del agrado romano, pueblo belicoso, que en aquella

diversión hallaba una viva imagen del arte de la Guerra, en que tanto se distinguió, y fundó las esperanzas del gran poder a que llegó en las primeras épocas de su duración.

Ya me hago cargo de que muchos responderán que poco poderoso debe ser para nosotros el ejemplo de estas naciones. Se fundaron en la diferencia del gobierno, y sobre todo en la de la religión. Este argumento, lejos de hacernos mirar el Teatro con indiferencia, debe animarnos a cultivarle con más aprecio, y avergonzar a cualquiera, que por un ridículo capricho se empeñara en desterrarle. No son menos viciosos, ni menos sujetos a violentas pasiones los hombres después de la predicación del Evangelio, de lo que lo fueron en los tiempos anteriores. Es igualmente constante, que muchos defectos morales no tienen en el Evangelio precepto, que los ataque; y que por lo mismo que profesamos una Religión más pura que la de los Gentiles, es preciso, que nos esmeremos en unir en igual grado las virtudes morales con las prácticas del Cristianismo. ¿Cuántos disgustos, y molestias acarrear en el trato de la vida civil las ridiculeces de varios hombres, que por esto no dejan de ser muy honrados, y buenos Cristianos? No me señalarán las leyes, así divinas, como humanas, que atacan estas ridiculeces. ¿Habrà hombre bastante insensato para pretender, que no importa el que un hombre sea ridículo, con tal, que sea virtuoso? Confieso que esto importaría poco; como todos los caracteres ridículos se desterrasen de la sociedad, si esta pudiera permanecer con semejante emigración. ¿Y la sátira, dirán algunos, para qué sirve? Para exasperar, les responderé. En esto se distingue principalmente de la Comedia aquella composición poética, que desde sus principios exasperó siempre los ánimos por lo excesivo de su mordacidad. Y aunque no tuviera esta aborrecible circunstancia, inseparable de su esencia, ¿Habrà quién quiera compararla con la Comedia, que poniendo en acción los efectos de la ridiculez, y del vicio, nos da una instrucción más provechosa con el escarmiento de personajes fingidos, y con la verosimilitud de los lances en que nos los representa, pero sin amargura, y halagándonos



con su festividad, con el enredo de una bien encertada fábula, y lo acertado de su desenredo?

*Se continuará en la semana próxima.* Estos días se representa en el coliseo de la Cruz una pieza intitulada *Demofonte Rey de Tracia*. Confieso, que según las noticias, que se me habían dado de ella, había consentido, con mucho placer mío en ensayar mi pluma en sus elogios, y hacer ver al público mi imparcialidad, y que si había criticado otras piezas, me habían movido a ello la necesidad, y la razón, sin mezcla de enemistad, ni capricho. Pero todo mi gustoso proyecto ha quedado desvanecido. Pareció *el Demofonte*; mas tan disforme, tan lleno de fealdades, y tan desfigurado que no lo reconociera el mismo Metastasio, de quien sólo tomó el autor los nombres de los personajes, y el desenlace de la Fábula. Permítaseme hacer una breve apuntación de lo más notable.

Lo primero, que se ofrece a la vista, es un consejo, que el Rey ha mandado juntar, compuesto de cuatro grandes de su Reino, entre los cuales hace su papel Lanuto, que a pocas palabras trata de *majadero* a Matusio, uno de los Grandes, y se dicen allí cosas muy donosas para entre cocheros, y lacayos. ¿Pero cómo ha de ser? Este simple de Pensador no quiere que los lacayos respondan a embajadas, ni que entren al Consejo, es fuerza poner las frialdades, y las simplezas en boca de personas, que puedan tener entradas en él.

El Rey, amante de sus vasallos, y lastimado del anual sacrificio de una doncella, que había pedido el Oráculo de Apolo, propone a la junta, que busquen, o discurran algún modo de aplacarlos, sin la precisión de sacrificar aquellas víctimas inocentes. Lanuto propone un gran desatino; Matusio dice con una ironía poco decente, que el mejor remedio es enviar todas las doncellas fuera del Reino aludiendo a que el Rey había hecho alejar sus hijas, para que no entrasen en sorteo: los demás se encogen de hombros. Enfádase el

Rey con Matusio: dícele muchas sequedades, e ironías; manda prenderle: interpónese el Príncipe, y todo se compone; pero restaba lo principal, que era el modo de aplacar al ídolo, y encuentra el Rey un expediente el más famoso, que puede hallarse en Historia. Por equivalente de la sangre de la doncella, propone sangrarse él, y sus Grandes; y que hechas las sangrías, se ponga una Ternerilla blanca en la Ara, se rocíe con esta sangre, y se haga el Sacrificio Conviénense todos y hasta el mismo Lanuto, que tenía una fuerte aversión a la sangría. Practicase todo al pie de la letra; pero el Oráculo, que conoció el engaño, y la superchería, que se le hacía, no entiende de chanzas, y hay truenos, y relámpagos, que es un contento.

Pues no es esto lo mejor, sino, que la tropa de doncellas, que asisten al sacrificio, y han salido cubiertas con velos, por decencia, o porque los cánones de Tracia lo prevendrían así se quitan los velos, sin saber por qué, y aparecen con unos pedacillos de oblea en la cara, que representan sangre, a excepción de Dircea, hija de Matusio, que mantiene su rostro sin pegotes, ni obleas. Infiérese, que la sangre, que se habían sacado los varones, se ha pasado a los rostros de las doncellas, y de ahí nace una gran consternación.

Hay un tal Adrasto famoso lisonjero, y enemigo de Matusio, y a quien éste en presencia del Rey pierde el decoro. Con motivo de su adulación dice Matusio los siguientes versos a su Soberano muy descaradamente.

La lisonja es como el agua  
fría en manos del enfermo,  
que aunque mira que le daña,  
por su mano se la toma, etc.

Comparación friísima a la verdad pero que no por esto deja de ser descubrimiento digno, de que de él se forme un emblema.

La Infanta Creusa se descubre pronta a embarcarse en las playas de Phrigia para venir a Tracia en la primera jornada, y llega efectivamente en la tercera. Es verdad, que según nos cuenta esta Señora, o alguno de su comitiva (que en esto no estoy puntual) han tenido un viento muy favorable. ¡Qué memoria la mía! Ya olvidaba, que lo primero que hace Creusa es casarse por poderes (me parece que en la playa) con Timante Príncipe de Tracia, dando la mano al Infante, que había venido a buscarla, y a quien se manifiesta más inclinada, que al Príncipe, a quien la han destinado. Un Grande, que al parecer era notario mayor del Reino, nos lee un papelón sobre este asunto, que no pudiera haberlo puesto mejor un notario apostólico. Lo sensible es que no nos lea también la carta de dote; pero en fin contentémonos con saber que en Phrigia se usaba ya el casarse por poderes.

Si hubiese de ir repasando toda la pieza, sería obra muy larga: por lo mismo sólo me detendré a notar los pasajes, en que he advertido mayores absurdos, y los caracteres más errados.

El Rey no tiene carácter determinado. Por una parte es amante de sus Pueblos, religioso, y humano: por otra es altivo, y amigo de la lisonja. A veces es violento; y a veces pusilánime. Al Príncipe Timante lo trata de *Príncipe indigno, traidor, hijo aleve*, etc., de modo que yo no sé cómo el buen Príncipe, viéndose tratar así, delante de tanta gente como hay en el *Adoratorio principal de los Sacrificios*, no se cae muerto de vergüenza. Despójase de las reales insignias, mandando, que no se le mire, ni trate como a Rey en una jornada, y en la otra sin saber por qué, se presenta en el Trono, y vuelve a tomarlas, pidiendo allí delante de todos la *Capa*, y el *Turbante*, al mismo tiempo, que está diciendo mil oprobios a Matusio. Pide después el alfanje, y luego el puñal en ocasión, que Timante está a sus pies pidiéndole perdón de la falta de respeto, que había cometido. Quítale

Matusio el puñal, quizá porque no se sirviese de él contra el Príncipe, y el Rey se desmaya como dueña, y en este estado lo llevan a la cama.

Timante es otro personaje, cuyo carácter no se conoce: tímido a veces, y a veces atrevido: mal hijo, y mal vasallo, cuando desenvaina la espada para oponerse a las resoluciones del Rey su padre, en presencia de este; y mal esposo, cuando estando Dircea su mujer, al pie del ara para ser sacrificada, viene el necio Lanuto diciendo al Rey, que Dircea es su esposa, y Olinto que se hallaba presente, su hijo, y se la lleva sin más pruebas, sin que Timante despliegue sus labios, ni examine aquel enredo, de que no tenía noticia alguna; pero más culpable aún en amenazar a Adastro con que castigaría sus lisonjas, si su padre moría,teniéndolo desmayado en sus brazos; pensamiento, y sentimientos feos, e indignos aun de un hijo vulgar, que viese a su padre en tal estado. Cuando entiende, que Dircea es su hermana, quiere matarse, matar a Olinto, y aun creo, que a su mujer: Que no quisiese volver a ésta, ni aquél, pase, porque en fin no podían menos de representarle el horror de un casamiento incestuoso: ¿Pero matarlos? ¿Por qué? ¿Qué mal habían hecho? Yo no sé si Timante había perdido el juicio; pero en efecto era especie de delirio, querer borrar un yerro involuntario con dos delitos hechos adrede.

Matusio también, parece hecho de retazos: Osado con su Rey, a quien trata con ironía odiosa en asunto tan sensible, como el de querer que las Infantas entren en el sorteo para el sacrificio: cobarde, y afeminado cuando vienen a arrancarle casi de los brazos a su hija para ser sacrificada, pues la deja llevar, diciendo con una vergonzosa conformidad:

Perderme tras de perderla,  
no es medicina, es veneno.

Y con muy erradas máximas de honor, de sinceridad, y de decencia, tratando con Lanuto de que vaya a engañar al

Rey, y le diga ser Dircea su mujer, y Olinto su hijo, y que si así lo hace, le promete casar con Dircea; y consintiendo en que se la lleve, y vaya solo con ella hasta el Puerto, a pique de que hallase embarcación pronta, y hiciese lo que el mismo dice con alusión a Olinto, y a su madre.

Pues la fábula del niño,  
Si es que al mar entró con ella,  
Será muy grande milagro,  
Que no salga verdadera.

Y en fin este Matusio es tan bárbaro; que manifiesta sus deseos de que el Rey no vuelva de su desmayo. Es verdad, que se arrepiente luego; pero no es sincero su arrepentimiento: pues cuando después el Rey calmado de su enojo, y satisfechas sus dudas, viene a abrazarlo, le dice casi al oído; bien que estaría prevenido de no deber oírlo: *¡Oh quién pudiera abrazarte!* Jugando con mucha sal del equibocillo de *abrazar, o abrasar*.

Dircea aja su dignidad de Princesa echándose a los pies de la Infanta Creusa, para implorar su protección. Creusa, luego que sabe que está casado Timante, hace un casamiento clandestino con el Infante su hermano con tanta claridad, que parece tratado de antemano, y de verdad, que anda muy ligera. Un poco de más decoro hubiera sido muy del caso.

Olinto, que todavía es tan niño que está aprendiendo a escribir, habla como un hombre de setenta años, y acusa de viles, a su madre, y abuelo, porque dejan ir a su madre con Lanuto, y a esta porque se va. Luego que se han ido, declara el Rey que Timante es su padre. Si lo hiciera antes, lo acertaba: sin embargo este niño tan sabio, y que tiene tanta capacidad, es tan tonto, que cuando oye que sus padres son hermanos, dirá:

Ganamos más que perdimos.

El sacrificador, o sacerdote, cuando va a poner a Dircea la corona, o guirnalda, para sacrificarla, le dice que dé gracias al Numen, porque la corona de aquel modo. ¡Linda sanchez! Los soldados, que han conducido la víctima, empuñan dos veces las espadas contra su Príncipe, que quiere impedir el sacrificio. ¿Es este el modo con que se debe tratar a los Príncipes? Por cierto que las tropas de Tracia debían de ser muy ignorantes, o muy brutales.

Pero si estos pasajes son intolerables por lo que en sí son, y por lo que influyen en las costumbres, y modo de pensar de los Pueblos. ¿Qué diremos de la osadía con que Matusio llama traidor al mismo Rey, acusándolo de adúltero con su mujer Pomponia, y de la ligereza con que el Rey cree haberle sido infiel la Reina con Matusio? Doblemos aquí la hoja. Hay materias que apenas permiten apuntarse. ¿Y esto se llama Comedia? Y son estas las escuelas, en que ha de aprender el Pueblo el respeto a sus soberanos, y los hijos los que deben aprender en ejemplos tan viciosos el recato de las casadas, y todas las mujeres la decencia, y la modestia? ¿De semejantes espectáculos, pueden salir enamorados a la virtud, ni horrorizados del vicio los oyentes? Muy al contrario. Aprenderán a hollar la autoridad paterna, y a menospreciar la regia siempre que lo pida su antojo: a ser embusteros; ser insolentes; y a no consultar más que el propio capricho en la fuga de las pasiones.

# EL PENSADOR.

POR DON *Joseph Clavijo*  
*y Faxardo.*

---

---

*Nitor in adversum ; nec me , qui cetera  
vincis  
impetus ; & rapido contrarius exhor Orbi.*  
Ovid. Metam. Lib.II. 72.

---

---

TOMO TERCERO.



CON PRIVILEGIO EN MADRID.  
En la Imprenta de Joachin Ibarra.

---

---

M. DCC. LX. III.

*Se hallará en la Libreria de Orcel,*  
*calle de la Monsera.*





# TOMO TERCERO



## PENSAMIENTO XXXII.

### *Diálogo entre un Caballero europeo, y un canadiense criado suyo.*

Un Negro tiene el color del cutis, y el pelo diferente del nuestro, la nariz chata, y los labios gruesos: luego es un bruto. Un turco se sirve de turbante en vez de sombrero: luego es un bárbaro. Un canadiense, y un iroqués presentan por señal de paz un calumen (\*) en vez de una bandera blanca: luego son salvajes. Tales son nuestros raciocinios; más torpes, y bárbaros, que éstos, aquéllos, y los otros. Sólo nuestras costumbres y nuestros usos nos parecen sensatos; y por efecto de vanidad, y de orgullo olvidamos, que la razón es natural de todos los climas, y que se encuentran razón, y genio donde quiera que hay hombres. El amor que la naturaleza ha grabado en nuestros corazones para con el País, en que hemos nacido, es una de las virtudes más útiles a la conservación de la sociedad; pero sucede con ella lo que con otras muchas, en las cuales mezcla nuestra vanidad, o nuestra preocupación una tintura viciosa, que altera toda su pureza. Todo lo corrompe el amor propio. Las preocupaciones suelen hacer ridículo en un particular el mismo amor a la Patria, que apenas puede alabarse bastante en el común. Es más difícil de lo que se piensa el deshacerse

---

(\*) Grande pipa de fumar, hecha de mármol, y adornada de cabezas, y alas de pájaros de hermosos colores. Los iriqueses la llaman *Ganandoc*, y los Canadienses *Paogan*. Es símbolo de paz, y el sello de todos los negocios de consecuencia, de las empresas, y ceremonias públicas.

enteramente de todos los errores nacionales, que vician nuestra razón, y nos impiden colocarnos en el verdadero punto de vista, que convendría para examinar bien los objetos a que no estamos acostumbrados; pues a pesar de cualquiera precaución, siempre los vemos al través de un vidrio, que los aumenta, o disminuye; y no pocas veces nos los representa con coloridos, que no les son propios. La fuerza de la costumbre nos arrastra, y nos hace condenar usos, que no tienen más defecto, que no ser nuestros. Acostumbrados al sombrero, no podemos figurarnos, que sean gentes de razón las que se sirven del turbante. La simplicidad pasa por grosería entre los que no reflexionan cuanto tiene de arbitrario lo que llamamos *Política*, y por barbarie todo lo que no es análogo a nuestras ideas; como si las Naciones a quienes motejamos de bárbaras, no tuviesen casi las mismas razones para aplicarnos el mismo epíteto, y fuesen tales nuestras costumbres, que no pudiesen ridiculizarse del mismo modo que ridiculizamos las ajenas.

No creo necesite de prueba esta verdad. Sin embargo, para corroborarla, y humillar un poco nuestra soberbia, he querido incluir en este discurso un diálogo, que pasó en mi presencia entre un caballero bastante conocido en Madrid, y un canadiense criado suyo, llamado Sam.

—M. Sam... Sam... Sam... Sam. —*Señor*: —¿Dónde estabas? Aquí. ¿Y cómo no me respondías? ¿Qué tienes? ¿Estás descontento? —Sí estoy. —¿Y por qué? —Por poca cosa. Porque me has sacado con engaños de mi tierra, y me hallo ya sin esperanzas de volver a ver mis caciques, a mi mujer, y a mis hijos, y de asistir a nuestros tabagias (\*), a la caza, y a la pesca. Pero dime, Señor: ¿Qué mal te hacía yo en mi País para traerme a éste? — Tú no puedes olvidar, que en la guerra con los hurones, y los algonquinos (\*\*) te hice mi

---

(\*) Especie de festín en que suelen pasar los Canadienses días y noches, dedicados a comer, bailar, y fumar.

(\*\*) Pueblos de la parte Occidental del Canadá.

prisionero. Tu muerte, o tu vida estaban en mi mano. Túvete lástima, y te dejé vivir. Después te cobré amor: partía contigo mi sustento, y te guardaba las mejores pieles de castor. Te acompañé en el mar: en todas ocasiones he sido como un perro fiel, velando mientras tú dormías para librarte de las manos de los malos; y tú sabes muy bien si mi brazo ha sabido defenderte. Todo esto me parece merecería mejor premio; pero tú más cruel que el cocodrilo, me has pagado con engaños: en fin me has tratado como a un bárbaro. —No, Sam mío. Tú mismo eres el que te engañas. Yo reconozco, y agradezco tus servicios. El modo con que te trato, en nada desmiente esta verdad. Tú eres el depositario, y aun el dueño de cuanto yo poseo. —Todo es muy lindo. Sin embargo, desde que estamos en esta tierra noto en ti una muy grande diferencia. Tú quieres tener dominio sobre mí. Sam... venga Sam, vaya Sam. Allá en mi País no era así. Siempre te traté como si fueses mi hermano; y tu fingías estar contento con esto. En fin, te has mudado: no eres el mismo que antes: ayer me reñiste mucho, y me trataste como si yo fuese tu esclavo. —Pero no te había de reñir, si habiéndote dejado en casa, para que cuidases de ella, me la abandonaste por irte a pasear? —¿Para qué cuidase de tu casa? ¿Pues qué necesidad tiene de que yo la cuide? No: no tienes que recelar. Vosotros hacéis las casas como si hubieséis de vivir siempre, y no hay peligro de que se escapen. —No lo entiendes. El cuidar de la casa consiste en guardarla, para que no entren ladrones en ella. —¡Ladrones! ¿Y qué animales son estos? En mi tierra no hay animales de ese nombre. —No extraño tu ignorancia; pero es preciso que sepas, que los ladrones son una gente maligna, y astuta, que aprovechándose del más leve descuido, roban cuanto se les presenta, y así para precaverse de ellos, es forzoso vivir con sumo cuidado. —¿Y hay ladrones entre vosotros? ¡Qué! ¿Puede haber ladrones en un pueblo, en que, según tú me has dicho, hay tanto orden; donde las leyes castigan el robo con penas severas en esta vida, y la religión amenaza con otras más terribles en la otra? —Todo eso es verdad; pero no impide el que haya ladrones entre

nosotros. La debilidad de los hombres, su malicia, su pereza; y sobre todo la ceguedad con que se lisonjean de poder ocultar sus delitos, los inclina al robo. —Y con todo os tenéis por pueblos civilizados, y religiosos. —¿Qué quieres que te diga? En nuestra Nación, que tú, y los tuyos tratáis de bárbara, y salvaje, no se conoce este delito: Las puertas de nuestras cabañas están sin cerrojos, ni candados; y no es esto lo mejor, sino que tampoco los necesitamos. Nosotros nos ejercitamos en la caza, y en la pesca. Es verdad que nada tenemos superfluo; pero tampoco nos falta lo *necesario* para vivir; y este *necesario* sería un objeto bastante, si, como vosotros, estuviésemos dominados por la malignidad, y no tuviésemos por máxima no hacer con nuestros vecinos lo que no querríamos hiciesen ellos con nosotros. En fin, estamos persuadidos a que no es razonable quitar a otro lo que le pertenece, y esto nos basta. En una palabra: entre vosotros hay leyes, que prohíben el robo, y castigos pronto para los ladrones. Nosotros no tenemos estas leyes; pero también conocemos semejante delito. ¿Cuál vale más? —Tienes razón. Este, y otros vicios deshonorarían nuestras costumbres, si no entrase a la parte la reflexión, de que es imposible contener enteramente la debilidad, o la malicia de los hombres; y que no puede pedirse otra cosa a un Pueblo civilizado, que el tener leyes, por las cuales no queden impunes los delitos, y se asegure del modo posible la conservación de los ciudadanos, y la tranquilidad del Estado. —Todo esto está muy bien dicho; pero lo que yo veo es, que a pesar de esas leyes, de esos castigos, hay ladrones entre vosotros; y esto yo no sé cómo entenderlo; pues es preciso, o que no entendáis, ni tengáis noticia de vuestras leyes, o que os burléis de las penas, que estas imponen. Aunque si he de decir verdad, yo veo entre vosotros tantas ridiculeces, y tantos delirios, que no es esto lo que más me admira. Vosotros debéis de tener leyes para todo; y buenas, o malas, vuestras, o ajenas, las acomodáis a vuestro gusto, y no me parece os detenéis mucho en sus consecuencias. Yo he examinado con curiosidad cómo se sentencian vuestros electos: cómo se eligen Prelados en vuestras reli-

giones; y cómo determinan vuestros Cabildos, y vuestras Juntas, y en todas estas cosas hallo una irregularidad, que me ha hecho perder mucha parte de la estimación, en que al principio os tuve: El que tiene más votos a su favor gana el pleito: el que tiene más votos en la elección es Prelado; y en fin la determinación que tiene más votos es la que prevalece... —¿Pero qué es lo que extrañas en esta práctica? Más fácil es, sin duda, que se engañe uno, que tres. Menos difícil es atraer a su partido por interés, o amistad a un hombre, que el ganar a tres, o cuatro. Esta es la práctica de todas las Naciones, y que la experiencia ha hecho adoptar por más cuerda, y menos expuesta a errores. —Pues yo creo todo lo contrario, o es mentira todo lo que me has dicho tantas veces. ¿No te acuerdas haberme dicho en muchísimas ocasiones, que el número de los ignorantes es infinito, comparado con el de los sabios, y que para un hombre que ve la luz, hay millares que viven en tinieblas? Pues si esto es así, ¿por qué se ha de preferir el voto de muchos, quizá ciegos, al de uno tal vez ilustrado? —Deja estos asuntos, que no son para tu capacidad. Basta saber, que éste es el uso, y que sin duda será acertado, cuando no lo han reclamado nuestros padres. —Sí, nuestros padres: ¿de qué te admiras? —Creía, que no teníais padres, ni madres. —¿Pues qué? ¿Hemos nacido milagrosamente? Cierto que estás muy raro. —No entiendo yo que nazcáis por milagros; pero me admiro de que llaméis padres, y madres a los que os dieron el ser, sólo por este motivo. Si vuestros padres hubiesen tenido cuidado de vosotros, y vuestras madres os hubiesen alimentado, sería justo darles estos títulos; pero dar nombre de padre a un hombre, que apenas os ve nacer permite que os arrojen de su casa, y de su presencia, y que cuando debía ayudaros con sus luces, y formaros con su ejemplo, os entrega a hombres alquilados, que no os tienen amor, ni se interesan sino sólo en su ganancia; y llamar madre a la que, con un duro corazón como un pedernal, os niega el sustento, téngolo por necesidad, y aun por locura. Tú debes acordarte de la ternura con que se portan las madres de mi País: del cuidado con que nos

crían, y de las atenciones, que las merecemos. Es verdad, que allá prohíbe la ley, que la mujer, que ha dado a luz un hijo, vea a su marido particularmente hasta pasados dos años, y esto creo que hace mucho al caso. El clima de esta tierra no es tan templado, y ya se ve que en esto no tienen culpa los habitantes. —¿También eres malicioso? Deja, Sam, esas cosas, pues no estás en estado de poder juzgar de ellas. Nosotros veneramos a nuestros padres como es debido, y sólo un bárbaro puede condenar esta veneración. —Ya te entiendo. Tú me dices muy bonitamente, y con mucha claridad, que soy un bárbaro. Séalo en hora buena; pero no por esto dejaré de conocer, que así como vuestros padres no lo son de veras, así también vuestra veneración para con ellos es una pura burla. Yo no alcanzo vuestro modo de pensar, ni creo que nadie sea capaz de alcanzarlo, o me engaña mucho mi rudeza. Hacéis alarde de obedecer a vuestros padres, y esto no dura sino en tanto que sus órdenes se acomodan a vuestro gusto, dejando burlada su potestad, y haciendo vano el nombre de *obediencia* siempre que se os antoja; y aun no es esto lo peor, ni lo más ridículo, si se observa, que los hijos, que según vuestras leyes, no pueden hacer contrato alguno, ni aun en la cosa más leve, porque sería nulo, hacen contratos de alianza, que son muy válidos; y el mismo hijo, o hija, que no tiene facultad para disponer de sus zapatos, la tiene para disponer de su voluntad, haciéndolos tragar a pesar vuestro un yerno, o una nuera, que nos deshonoran, y obscurecen vuestra familia; y si esto no es contradicción, no sé que las haya en el mundo. A lo menos entre nosotros no habrás visto ejemplo de esta naturaleza. ¿Si los hubieras visto, qué nombre les darías? ¿Pero, por qué me admiro de esto? Las ridiculeces, que hay entre vosotros, son tantas, y tales, que no pueden numerarse. —Nos honras mucho. —Yo ni honro, ni deshonor. Digo mi sentir, sin lisonja, ni artificio; y si me engaño no es por malicia, ni por querer engañarme, ni baldonaros con mis observaciones; sino porque realmente veo cosas, que a mi parecer son bárbaras, y me hace más novedad verlas establecidas entre vosotros, que no sólo os tenéis por instruídos,



y civilizados, sino que nos tratáis a los demás de salvajes. Y si no, dime: ¿Puede haber cosa más monstruosa, que ver el cuidado que ponéis en comprar una mula, y el descuido con que dais maridos a vuestras hijas? Para comprar una mula hacéis venir al herrador: la pasea, y examina con mucha prolijidad si tiene algún defecto, y sobre todo si está sana; y no dais vuestro dinero hasta estar bien seguros de que no vais engañados en la compra. Por otra parte, ¿qué es lo que hacéis para dar maridos a vuestras hijas? Nada. Os contentáis con examinar si es rico, y si, aunque sea de cien leguas, tiene parentesco con algún título, y a esto se reduce todo vuestro examen. Que tenga buena, o mala conducta: que esté sano, o enfermo, todo os es indiferente; y no parece sino que estimáis mucho más los cincuenta doblones, que dais por una mula, que a vuestra propia hija. —Confíesote, que tienes razón. Es verdad que en este particular hay un notable descuido, que no pocas veces ha ocasionado consecuencias muy funestas. Pero no es bastante esta negligencia para que tan generalmente nos trates de locos, y ridículos. —Ahora que hablamos de locos, me haces acordar de una especie. El otro día estuve en el Hospital general. —¿Y qué te pareció? —Muy bien. Dígame la verdad: este establecimiento, que ha hecho vuestra caridad para restablecer la salud de vuestros hermanos, me ha parecido una obra muy piadosa, y muy propia de la humanidad; y yo quisiera, que en mi País se hiciesen semejantes fundaciones. Pero no puedo olvidar una cosa, que me hizo reír a carcajadas, y aun ahora apenas me permite contener la risa. —¿Y cuál fue? —El patio de los locos. —Verías allí raras manías. Sin embargo, Sam, esto no debe ser asunto de risa, sino antes bien de compasión. Los pobres, que han tenido la desgracia de perder el juicio, son acreedores a nuestra lástima, y... —Que no es eso. Lo que me hacía reír era el ver un patio tan pequeño, y tan corto número de jaulas; porque si se han de encerrar a los locos, bien pueden encerrarlos a todos, y a fe que para sólo los de Madrid apenas creo que bastaría una casa tan grande como esta Villa. —¿Por tan locos nos tienes, y crees, que esté tan extendida esta epide-

mia? —Mira, hablemos claro. Bien creo yo, que hay muchas personas cuerdas, de juicio, y entendimientos sanos; pero en general todos sois locos, y locos malignos, artificiosos, y que siempre andáis procurando echar vuestra malicia a puerta ajena. No por esto quiero decir, que seáis frenéticos, o de aquellos locos, que sólo lo son por accidente. No por cierto. Yo sólo os tengo por locos de aquella especie, que produce la naturaleza ordinariamente, y de que, a mi parecer, está poblado todo el mundo, los cuales jamás se curan, y son siempre igualmente locos. Y si no dime: ¿No es verdad, que todos tenéis vuestras manías? Esto es innegable. Unos la tomáis por ir ricamente vestidos, haciendo consistir todo vuestro mérito en un poco de tela, que sólo debía servirlos para decencia, y para abrigo: otros por ir muy bien peinados: otros por juntar mucho dinero, que de nada os sirve: otros por gastar el vuestro, y el ajeno: unos presumís de valientes: otros de bien parecidos: otros de sabios: otros de prudentes; y otros de otro sin número de cosas, que no tengo presentes; ¿y qué es todo esto, sino una locura? ¿Y cuál de vosotros está sin tener su buena porción de este género? Mira si tengo razón para creer, que sois faltos de juicio, y que si encerráis como locos a algunos infelices, es por persuadir, que los que no lo están son de otra especie. —Nos haces mucho favor, y es lástima, que no vayas pregonando por las calles lo que acabas de decirme; pues estoy seguro de que no faltaría quien te diese las gracias. —Eso ya yo lo creo, y también que me las darían de modo, que no quedase contento; pero yo me guardaré muy bien de hacer lo que dices. Os conozco bastante para saber, cuanto os amargan las verdades, y que a pesar de conocer la razón, estáis tan mal con ella, y tan bien hallados con vuestros caprichos, que no podéis sufrir, que alguno se tome la licencia de hacéroslo conocer. —A lo menos no puedo negar, que eres ingenuo. —Bien puedes creerlo. Nosotros no conocemos el disimulo, y decimos las cosas del mismo modo que las concebimos. Pero aún me tendrías por más ingenuo, si te hablara de otras ridiculeces, que he notado, y vosotros no debéis de conocer. Si te hablara, por ejemplo, de la ridiculez

de sufrir, que vuestras mujeres lleven los pechos descubiertos, y tener un cuidado muy escrupuloso de que no se les vean los tacones. Si te expusiera mis observaciones sobre vuestras amistades, devoción, diversiones, y juegos. Entonces conocerías si los salvajes tienen ojos. —Ya lo veo, y hallo que los tienes más perspicaces de lo que pensaba; pero, Sam, no tienes que cansarte. El descubrir vicios, y ridiculeces en nuestras costumbres no quita que haya mucho de uno, y otro entre vosotros. Tú miras mis defectos, y no ves los tuyos. —Hace mucho tiempo que pienso de ese modo, y éste es el punto, a que quería traerte. ¿Si todos tenemos vicios, y virtudes, defectos, y ridiculeces, por qué nos debemos creer tan distantes unos de otros, que os apropiéis el ser discretos, y prudentes, y a nosotros nos dejéis solamente los títulos de salvajes, y bárbaros? Convengamos pues, de buena fe, en que con muy corta diferencia todos los hombres somos unos, y que si hay vicios en el centro del Canadá, no los hay menos en el de tu País. —Tienes razón.

Este fue con muy corta diferencia el diálogo, que pasó entre el citado Caballero, y el Canadiense; pues aunque varía algo en las expresiones de éste, que eran más sencillas, no varía en la substancia. Bastante material hay en sus reflexiones, si queremos bajar el tono de nuestro orgullo, y considerar, que las mismas razones, que nosotros tenemos para tratar de bárbaras las costumbres de algunas Naciones, tendrían estas respecto de nosotros. Que un Japonés crea estar en postura más humilde cuando está sentado, y un Europeo cuando está en pie, todo es muy indiferente a la humanidad. Cada Nación tiene sus ceremonias autorizadas por el uso. Las que difieren de aquellas, en que nos hemos criado, pueden causar novedad, pero no admiración. Lo contrario es prueba de un pequeño espíritu, y de menos reflexión. Los hombres lo son en todas partes: sus corazones merecen nuestro examen; pero no sus usos, ni sus trajes, que dependiendo solamente del clima, o de la costumbre, nada pueden quitar, ni añadir a lo esencial del hombre.

Acabará este Discurso con un fragmento de Carta, escrita por un viajero, natural de Siam. En ella parece quiso hacer la descripción del juego, que creo se llama *Manscanet*, o *Sacane*; y dice así:

"Estos Europeos dicen, que no adoran sino a un solo Dios. Ellos lo dicen; pero yo no puedo creerlo, pues a más de las Damas, a quienes ofrecen muy humildes votos, tienen otras muchas Deydades, a las cuales sacrifican, como yo lo he observado en una de sus asambleas, a donde me llevaron días pasados.

"Veíase en ella un grande altar redondo, adornado de un jaspe verde, iluminado en el medio, y circundado de muchas personas, que estaban sentadas del mismo modo que nosotros acostumbramos a hacerlo en nuestros sacrificios domésticos.

"En el instante, que entré, uno de éstos, que, según lo que observé, debía ser el sacrificador, extendió sobre el altar algunas hojas sueltas de un pequeño libro, que tenía en las manos. Sobre estas hojas estaban representadas varias figuras muy mal pintadas, que a mi parecer eran imágenes de algunas Divinidades; pues a medida que se iban repartiendo a los circunstantes, ponían éstos sobre ellas una oferta, cada uno según su propia devoción; bien que también observé, que estas ofrendas eran mucho más considerables, que las que ordinariamente hacen en sus templos públicos.

"Después de la ceremonia, que os he dicho, el sacrificador puso su mano trémula sobre las demás hojas de aquel libro, y se mantuvo algún tiempo como sobresaltado del temor, y casi sin acción. Todos los demás circunstantes, atentos a lo que él hacía, quedaron igualmente suspensos, e inmóviles. Empezó el sacrificador a volver algunas hojas, y los asistentes a agitarse poco a poco, aunque con alguna diferencia. Unos juntando las manos, y cubiertos sus rostros de alegría, daban gracias al Cielo. Otros miraban fijamente su imagen, rechinando los dientes. Estos se mordían los labios, y los dedos;

y aquellos pateaban la tierra. En suma, casi todos hacían posturas, y contorsiones tan extrañas, que apenas el sacrificador hubo vuelto cierta hoja, cuando él mismo entró en furor: despedazó el libro, y lo devoró con rabia: arrojó el altar, y maldijo el sacrificio. Ya no se oía otra cosa sino lamentos, gemidos, gritos, e imprecaciones. Confiésoos que me quedé pasmado, y confuso. Yo no sé lo que esto sea, ni en qué consista; pero a juzgar por las apariencias, no pude creer otra cosa, viendo estos hombres tan fuera de sí, y tan furioso, sino que el Dios, que ellos adoran, es un Dios celoso, y que para castigarlos, a causa del sacrificio que hacen a otras Deydades, envía a cada uno de ellos algún Diablo maligno, que los agite, y los atormente.”

Muy groseramente se engañaba el viajero Siamés; pero es preciso perdonarle su error, y tener compasión de su ignorancia. Estas Naciones Orientales, mal disciplinadas, e incapaces de los primores europeos, son tan bárbaras, e incultas, que, como acaba de verse, ha habido individuo de ellas que ha tenido a la dignísima, y nobilísima profesión del juego por idolatría, y a los jugadores por idólatras.



## PENSAMIENTO XXXV.

### *Sobre la Superstición, y Apología del Estado del Matrimonio.*

Considerando algunas veces lo que llamamos miserias de esta vida, he reparado que no es tanto su número, como muchos nos lo quieren persuadir, y que sobre esto se hallaría más equidad en los juicios, que formamos de la naturaleza, si meditando un poco sobre el asunto, quisiésemos distinguir los males verdaderos de los que son imaginarios. Es verdad, que estamos rodeados de precipicios, por decirlo así, en lo físico, y lo moral. Por una parte las intemperies del tiempo, por la otra las pasiones, están acechando nuestra salud, y nuestro sosiego. Pero no son comparables sus estragos con los que causan nuestros caprichos, y en particular una pasión, o un afecto, que comenzamos a experimentar comúnmente antes de haberse desenvuelto nuestra razón, por el mismo cuidado que tienen en fomentarlo casi todos los que cuidan de nuestra infancia, y cuyas consecuencias nos hacen infelices, aun después de haber llegado a la edad, en que sería muy natural que la razón reclamase por sus derechos. El afecto de que quiero hablar es el miedo; y sin meterme por ahora en señalar sus varias especies, me contentaré con hablar de aquella especie de miedo, que más que ninguna de las otras tiene su fundamento principal en la ignorancia, y superstición. No porque yo presuma poderlo desterrar de España, donde tiene un imperio mucho más dilatado que en otros Países, donde no deja de atajarle el grado de cultura que los

ilustra; pero quisiera inspirar algún valor a nuestras Damas, que son las que más adolecen de esta enfermedad, y que me dan mucha lástima, por los sustos frecuentes que las da esta dolencia. Por lo que mira a los hombres, que en este punto son tan mujeres, como las mujeres mismas, es justo abandonarlos totalmente a sus temores, en castigo de su pusilanimidad, que les hace indignos de su sexo, cuyo carácter debe ser la robustez, así del alma, como del cuerpo.

Hay ciertas flaquezas, cuya ridiculez se manifiesta sólo con pintarlas a lo natural; porque son tan completamente extravagantes, que por ningún lado se pueden disimular. Tal es la que he tomado por asunto de este discurso, y la que refiere la primera de las dos cartas, con que regalo hoy a mis lectores.

Días pasados fui a comer con un antiguo conocido mío, cuya familia tuve el desconsuelo de hallar en la mayor consternación; y habiéndole preguntado el motivo de tanta tristeza, me respondió, que su mujer había tenido la noche pasada un sueño muy extraordinario, que le pronosticaba alguna desgracia a él, a su mujer, o a sus hijos. Luego que la Señora hubo entrado en el cuarto donde estábamos; me pareció tan profundamente melancólica, que me hubiera afligido muchísimo su estado, a no saber ya de dónde provenía. No bien estuvimos sentados a la mesa, cuando habiéndome mirado con algún cuidado, se volvió hacia su marido, a quien dijo estas palabras, dignas de atención: *Querido, ahora puedes conocer la persona, que estaba anoche en la luz.* Pusiéronse después a hablar de sus negocios domésticos; pero interrumpió su conversación un niño que estaba al cabo de la mesa, quien dijo a su madre, que el jueves próximo empezaría a escribir sílabas, y voces enteras. ¡Jueves! (respondió la Señora) nada menos que eso, hijo, no empezarás, (ni Dios lo permita) el día de los Inocentes: dile a tu Maestro, que bastará empieces el Viernes. Mientras yo consideraba en mí mismo esta extravagancia, admirado de ver que hubiese quien estableciese, como una regla, la



necesidad de perder un día todas las semanas, la Señora de la casa me pidió la diese un poco de sal. Fui a servirla, tomando la sal con la punta del cuchillo; pero lo hice con tanta precipitación, que se cayó la sal en medio del camino. A vista de esta desgracia se horrorizó, y observó al instante, que la sal se había derramado hacia su lado. Yo mismo quedé aturdido, y vergonzoso de ver que todos se asustaban por este acaso; y discurrí haber acarreado alguna maldición sobre aquella familia. Como quiera la señora, habiendo vuelto un poco en sí, dijo a su marido dando un gran suspiro: —*Hijo, una desgracia nunca viene sola. ¿No te acuerdas, que se cayó el palomar el mismo día, que la tonta de nuestra criada derramó la sal sobre la mesa?* —*Sí, querida,* le respondió el marido, *no he olvidado tampoco, que el correo siguiente nos trajo la noticia de la toma de Hermione.* Con esto eché de ver, que mi amigo hacía el primer papel, y que menos por bondad, que por tontería, apoyaba las visiones de su mujer. En cuanto a los demás, mis lectores se harán cargo de mis embarazos en medio de todos aquellos discursos. Procuré acabar de comer cuanto antes, arrimado a mi semblante silencioso. Al fin de la comida puse mi cuchillo, y mi tenedor en cruz sobre mi plato; pero la Señora de la casa me suplicó los pusiese el uno al lado del otro. Aunque yo no hallase en lo que había hecho nada contra la cortesía, y la decencia, discurrí que había alguna tradición supersticiosa contra el hecho, y que la urbanidad me obligaba a complacerla. Dispuse pues el cuchillo, y el tenedor, en dos líneas paralelas, resuelto a ponerlos siempre del mismo modo, sin que para esto haya encontrado hasta ahora ningún motivo plausible.

No es difícil hacerse cargo del odio, que me tienen muchas gentes: Yo a lo menos conocí al instante en los modales de aquella señora, que me miraba como un hombre extraño, cuya cara es anuncio de malas noticias. Así, apenas se concluyó la comida, cuando me despedí de la compañía, y me recogí a mi casa, donde encerrado en mi cuarto, me puse a hacer algunas reflexiones sobre los males, que causan a los

hombres sus ideas locas y supersticiosas. Parece, como dije, que no les bastan las calamidades inseparables de la vida; pues tanto se afanan en buscarse nuevos pesares. A las circunstancias, las más indiferentes, las miran como pronóstico de mala calidad: y tanto les atormentan sus males imaginarios como los verdaderos. He conocido un sujeto, a quien una exhalación quitaba el sueño toda una noche, y he visto uno de aquellos amantes, que todo se les va en suspirar, demudarse, y perder el apetito, por haber roto en la Primavera un vidrio de una pajarera. Algunas veces el canto del búho ha espantado mucho más a toda una familia, que una cuadrilla de ladrones. La mejor friolera puede ser un espantajo horrendo para una imaginación desconcertada. Un clavo viejo cubierto de moho, y un alfiler torcido son para ella prodigios asombrosos.

Me acuerdo haberme hallado un día en un estrado, donde reinaba un alegre bullicio, cuando lo echó todo a rodar una Señora anciana, que reparó que éramos trece personas. Con esto algunas señoras llenas de un terror pánico, quisieron salir del estrado; pero un amigo mío, que reparó que una de las señoras que concurrían estaba preñada, aseguró que éramos catorce; y que lejos de haber ningún presagio de muerte, le había evidentemente de nacimiento. A no haber entrado mi amigo este expediente para apartar el pronóstico, estoy seguro, que la mayor parte de aquellas damas hubieran caído malas aquella misma noche.

Una soltera de edad avanzada, que padece vapores, da un horror de molestias de esta naturaleza a sus amigas, y vecinas. Conozco a una de estas ilustres Sibilas, con el venerable nombre de *Tía*, en una casa de distinción, que de un cabo del año al otro no hace sino echar profecías. Siempre ve apariciones, descubre los precursores de la muerte; y por poco no perdió la razón uno de estos días, porque oyó un perro grande de la casa que aullaba en la caballeriza, mientras ella padecía dolor de muelas. Un entendimiento trastornado hasta estos términos expone muchas gentes,

no sólo a terrores pánicos, sino también a muchos oficios penosos, que no son de ningún provecho, y todo depende de la ignorancia, y los miedos en que nos crían en la niñez. El horror con que contemplamos la muerte, o cualquiera otro mal por venir, y la incertidumbre en que estamos del momento en que ha de llegar, llenan una alma melancólica de una infinidad de temores, y sospechas: lo que es bastante para inclinarla a observar todos estos prodigios, y hacer estas predicciones ridículas. Si por una parte los filósofos se afanan en disminuir los males de la vida, valiéndose de la razón, y acudiendo al buen sentido, podemos asegurar, que por la otra los locos no buscan sino los medios de multiplicarlos con los principios de la superstición, y del error.

Yo sentiría mucho tener el don de adivinar todo el bien, y el mal, que me puede venir en esta vida, y de alegrarme de antemano del uno, y afligirme del otro. Me bastará siempre experimentar, cuando llegare el caso, los efectos que de ellos dependen.

Yo no conozco más de un medio de fortalecerme contra estos funestos presagios, y temores del entendimiento, y se reduce a procurar merecer el amparo, y cariño del Ente supremo, que dispone de los sucesos, y manda a lo futuro. De una ojeada lee toda mi existencia, no sólo la parte, que pasó, sino también la que corre, y va a precipitarse en lo profundo de la eternidad. Cuando me acuesto le pido que cuide de mí, y al despertarme recurro a su providencia. En medio de todos los males, que me amenazan, yo no tengo más recurso que en su misericordia, y estoy seguro de que, o los apartará, o me los enviará para mi felicidad.

*Señor Pensador.*

Reinan en el mundo varias opiniones, entre las cuales un hombre cuerdo puede guardar una especie de neutralidad, y mantenerse indeciso entre los varios pareceres; y esta

especie de equilibrio del entendimiento es necesaria para no caer en el error, o para no entregarse a preocupaciones necias. Cuando los argumentos en pro, y en contra son de igual fuerza en puntos indiferentes, el camino más seguro es no dar asenso a ninguno, y suspender nuestro juicio.

Esta es cabalmente mi conducta en punto de los sortilegios. Cuando me acuerdo de los cuentos, que sobre esto nos refieren de todos los Países del mundo, hasta de Europa, donde cada Nación tiene también sus hechiceros: cuando me acuerdo de ellos, no puedo dejar de creer, que hay verdaderamente algún comercio con espíritus malignos, semejante al que se nombra sortilegio. Pero cuando considero, que todas estas patrañas vienen de los Países de nuestro globo, en que la ignorancia, y la credulidad tienen establecido imperio, y que los que suponen haber entablado en comercio tan odioso son entendimientos flacos, e imaginaciones destempladas, me paro, sin atreverme a decidir la cuestión. Y me parece tanto más necesaria esta moderación, cuanto estoy seguro de que en todos los siglos la impostura ha remedado las operaciones de la Magia en más de millares de circunstancias. En suma, cuando examino esta cuestión: ¿Hay en efecto hechiceros en el mundo?, mi entendimiento queda indeciso entre los dos dictámenes opuestos; o por mejor decir, creo, que en general, ha habido en el mundo algo, que se ha parecido a lo que llaman Magia; pero al mismo tiempo me es imposible creer ninguno de los ejemplos particulares, que me citan para probarlo, a excepción de los que nos refiere la Escritura.

Lo que me ha dado motivo a estas reflexiones es un caso, que me sucedió días pasados, cuya relación me parece digna de tener lugar en uno de los Pensamientos de Vm. Me estaba paseando en Antígola con un amigo mío, cuando se acercó a mí una vieja para pedirme limosna. Su traje, y su figura me trajeron a la memoria una disertación, que he leído en un autor, que si bien me acuerdo, venía a decir así:

"Atravesando una senda cercada de hoyas, reparé una bruja, toda arrugada, que recogía ramas secas, y que murmuraba entre dientes algunas palabras. Una fluxión de humores acres la había encarnizado los ojos, y su aspecto era encendido. La fría perlesía agitaba su cabeza, y en sus manos secas parecía no haber tenido nunca carne. Su cuerpo agobiado estaba envuelto en pedazos despilfarrados de una antigua colgadura, que servían a resguardar su cadáver frío, aunque estaban todos agujereados. Su vestido estaba remendado con calandrajos, groseramente cosidos, y de varios colores, cuya triste variedad señalaba, al parecer, la dañosa malicia de una hechicera."

Acordándome de esta descripción, y comparándola con el objeto, que tenía delante, mi amigo me dijo, que esta mujer tenía en toda la vecindad fama de ser bruja: que si había reparado que siempre estaba meneando los labios, y que sus vecinos estaban persuadidos a que no había palo de escoba en su casa, que no la hubiese llevado a muchos centenares de leguas. Si por desgracia la sucedía tropezar, siempre se hallaban delante de sus pies algunas pajas puestas en cruz. Si concurría a alguna casa donde rezasen el Rosario, y que le sucediese el decir *Amén* antes que los otros, inferían que decía sus oraciones al revés; y no hay muchacha en toda la parroquia, que por un potosí quisiese tomar de ella un alfiler. La llaman *Mariquita la Vieja*; y muchas leguas alrededor no se habla de otra cosa sino de sus hazañas imaginarias. Si no logra la Lechera hacer la cuajada tan pronto como deseara, lo atribuye a que *Mariquita la Vieja* está en el fondo de la caldera. Si algún Caballo suda en la caballeriza, es porque *Mariquita* lo ha montado. Si una Liebre escapa en el instante, que parecía que los perros la iban a coger, es hechizo de la pobre *Mariquita*, a quien los cazadores echan mil maldiciones. Mi amigo me contó con motivo de esta última picardía de la vieja, que él había conocido un hidalgo del lugar, el que todas las veces, que le

sucedía a sus perros algún caso semejante, enviaba uno de sus Criados, por ver si *Mariquita* había salido en aquel día.

Esta relación excitó mi curiosidad en términos, que dije a mi amigo me llevase a la choza de *Mariquita*, puesta en un paraje del bosque algo apartado. No bien hubimos puesto los pies en esta triste habitación, cuando mi conductor me hizo señas que mirase detrás de la puerta, donde vi un palo de escoba. Un momento después me dijo reparase un gato de varios colores, que estaba sentado cerca de un cacharro, en el que había un poco de lumbre, y que según mi amigo no tenía mejor fama que *Mariquita la Vieja*; porque además de que a ésta se le acumulaba haber tomado en algunas ocasiones esta forma, aseguran que el gato ha hablado dos, o tres veces en su vida, y ha jugado varias piezas, que denotaban talentos muy superiores a los de un gato.

Yo estaba inquieto interiormente al ver tan envilecida la naturaleza humana; pero al mismo tiempo no pude dejar de sonreírme del consejo, que mi amigo dio a *Mariquita*, de abstenerse de toda correspondencia con el diablo, y de hacer mal alguno al ganado de sus vecinos. Concluimos nuestra visita con regalarla algunos cuartos, que recibió de muy buena gana; y al volvernos, mi amigo me dijo, que *Mariquita la Vieja* había sido delatada ante el Juez, por haber hecho escupir alfileres a algunos muchachos, y por haber hecho cojear a algunas muchachas; y que los labradores estaban desatinados por echarla al agua, y por verificar con esta prueba si era bruja; pero que por atención suya no habían osado hacer esta experiencia.

Con el tiempo he reparado que mi amigo no dejaba de impresionarse mucho con los cuentos, que le hacían de esta pretendida hechicera, que hubiera delatado tiempos ha, a no haberlo estorbado un conocido suyo, hombre cuerdo, e ilustrado, que se ríe de sus creederas en este particular, sin quererse empeñar en atacarlas seriamente.

He comunicado este lance a Vm. por haber tenido noticia de que hay muy pocos lugares en España, que no tengan su *Mariquita*. Cuando una vieja empieza a chochar, e implorar la caridad de la parroquia, se halla en breve transformada en hechicera, y llena todo el País de visiones ridículas, de enfermedades imaginarias, y de sueños espantosos. En el mismo tiempo la infeliz criatura, que es la causa inocente de tantos males, empieza a temerse a sí misma, y confiesa algunas veces un comercio secreto, que no existe, sino en su imaginación turbada con los delirios de la vejez. De esto proviene el no tener lástima alguna de infelices, que son un verdadero objeto de compasión: y que el Pueblo, naturalmente grosero, mira con odio esta parte infeliz de nuestra especie, en que se hallan unidos los achaques de la edad con el chochar, y la miseria.

Me ha dado tal lástima la aflicción del pobre viudo, que me ha escrito la carta siguiente; y hago tanto aprecio de los afectos, que manifiesta, que no he podido excusar, ni diferir el publicarla.

*Señor Pensador.*

Estoy persuadido a que Vm. hace del estado del Matrimonio todo el aprecio, que se merece, y que en este supuesto acogerá con agrado la carta que le dirijo, sin temer el que me tengan por un hombre ridículo, al verme confesar, que aunque haya más de tres meses, que perdí una esposa muy amable, mi dolor es tan tierno como el primer día. Cuando alguna circunstancia me la hace presente a mi memoria, y que imagino lo que hubiera dicho, o hecho en tal ocasión, me enternezco de tal manera, aunque me halle en un concurso de gentes, que me veo precisado a apartarme, a fin de dar un paso libre a mis lágrimas, y suspiros, antes de poder volver en mí. Así suplico a Vm. se sirva meditar sobre la viudedad de los hombres, y darles sus reflexiones sobre

este punto, lo más presto que pudiere. Ya me hago cargo de que tendrán por insulso, y ridículo cuanto Vm. dijere en este asunto aquellos maridos, que se portaron mal con sus mujeres mientras vivieron; pero verterían lágrimas de piedad, o de consuelo los que hubieren procedido según las reglas propias al estado de casado, cuyo número es mayor de lo que se discurre, al leer las reflexiones, que sirvieron para su alivio. La Divina Providencia ha dispuesto las cosas de tal manera, que la aflicción suele perder su amargura, al paso que se manifiesta, o se explaya, y que hay un no sé qué, que nos consuela en medio del llanto; lo que proviene, a mi entender, de la persuasión interior, en que estamos, de que nuestro dolor es justo, y de que está fundado en la virtud. Es verdad, que al presente mi aflicción no es tan violenta como a los principios, y que mi alma tiene más sosiego; y creo que se podrían dar algunas reglas a los hombres para gobernarse en esta circunstancia; y hacerlos pasar al estado en que me hallo, sin pesadumbre, sin inquietud, lleno de dulzuras, de bondad, y de complacencia. Pero si me dejo llevar de mis reflexiones, para acordarme de mi pobre mujer, cuando pienso en la tristeza que la daba mi cólera, y en el gozo, que manifestaba cuando me veía alegre, y la ternura, con que se compadecía de mis males, confieso a Vm. que entonces no tengo consuelo, y que lloro como si la viera morir. En esta situación tan cruel me interrumpe una niña hermosa, hija mía, que es el verdadero retrato de su madre en el día de su boda. La pobrecita hace cuanto puede para consolarme; pero su consuelo no sirve, sino de aumentar mi quebranto. Bien sabe, que su presencia da nuevas fuerzas a mi dolor, aunque por otra parte me divierte. ¿Vosotros escritores, no me diréis cómo se puede expresar un afecto del alma, que hasta aquí no tuvo nombre? Cuando se pone de rodillas, y pretende templar mi tristeza, entonces es mi hija: cuando la tomo en mis brazos para exhortarla a que no insista sobre esto, entonces es mi esposa, y el mismo consolador, cuya pérdida estoy llorando. La preciso a salirse del cuarto, lloro amargamente, y grito, que he perdido su madre, que encuentro en su persona.



Quisiera, Señor Pensador, que Vm. pudiera experimentar movimientos tan agradables, y persuadir a los hombres disolutos, que no son capaces de probar la felicidad, que gozan las almas virtuosas en medio de sus desgracias.

Permita Vm. que le moleste algunos ratos más, y le hable del modo con que murió mi mujer. Se despidió de toda su familia, y aguantó la vana aplicación de cuantos remedios le recetaron con una paciencia heroica. Cuando el médico la hubo dicho que ya debía desconfiar de vivir, dijo a todos los que estaban en su alcoba, que se fuesen a otro cuarto, y me hizo señas de que me quedase. Entonces me dijo, que ya estaba resignada a la voluntad de Dios, y que yo sabía, como ella misma, todo lo perteneciente a nuestros negocios temporales; pero que había deseado hallarse sola conmigo, para darme gracias delante de Dios de mis buenos procederés. Añadió, que yo celebraría al perderla el haberla querido, como ella celebraba el haber cumplido con el honor, y la fidelidad de una esposa virtuosa.

No puedo proseguir, ni decir a Vm. que esta generosidad me arrebató. En lugar de quejarse de algunas impetuosidades propias de mi genio, que en algunas ocasiones la habían dado que sufrir, me dio gracias por la benignidad con que la había tratado. ¡Qué grande alma! ¡Qué miramiento! ¿Era posible el no tratar bien a una mujer de tantas prendas? Entonces se apoderaron de mi alma mil afectos, los unos agradables, y los otros tristes, y más cuando vi al momento después que se apoderaban de su cuerpo los síntomas de la muerte: cuando vi que sus hermosos ojos se nublaban, y se fijaban en mí en sus últimos esfuerzos, no pude más, y perdí toda mi paciencia. Murió en mis brazos, y en el desorden en que me hallaba, me pareció que su pecho aún respiraba. Llaméla. ¡Pero ay! Un vahído me cogió: me pareció que todo el cuarto rodaba, y la más preciosa de todas las mujeres había fallecido.

La instrucción, que se puede sacar de esta relación es que en todas las personas honradas hay una cierta igualdad de

alma, que se manifiesta aun en medio de los pesares, y que disminuye su violencia. Aunque estén expuestas a las mismas calamidades, que los demás hombres, la seguridad de su virtud las hace menos dolorosas; y el beneficio, que experimentan de ésta, sirve para hacerla más activa. Yo quería empeñar a Vm. en darnos reglas para moderar estas aflicciones; pero mejor sería enseñarnos la práctica de la virtud, que sola puede darnos el valor de sufrirlas. ¡Cuántos, y cuán sólidos pensamientos nos comunicaría Vm. si quisiese meditar sobre las personas que son capaces de experimentar la tristeza de que le acabo de hablar! Me adelanto a decidir, que después de haberlo meditado con cuidado, Vm. hallaría que no tiene el mundo almas valerosas.

## PENSAMIENTO XXXVII.

### *Sobre la igualdad de fortunas.*

Qué poco envidiaran los hombres la ajena fortuna, si la reflexión entrase a la parte en sus deseos; y si no dejándose deslumbrar de un brillante exterior, examinasen el valor de las cosas en el crisol del juicio, y de la experiencia! Contento cada uno con su estado, despreciaría la quimera de mejor fortuna, que le impide gozar tranquilamente de una felicidad presente, por hacerle correr tras una dicha distante, e imaginaria. Pero los hombres por lo ordinario son víctimas de sus propios caprichos; y, si podemos juzgar de su intención por su conducta, parece que los más hacen todos los esfuerzos posibles para ser infelices.

Yo miraría con indulgencia que los hombres renunciasen su razón, y olvidasen todas las lecciones de la experiencia para formarse algunas quimeras útiles a su reposo; pero ver que atormentan su espíritu para anegarse en inquietudes, ni creo que tenga disculpa, ni alcanzo el motivo de un proceder tan contrario a su tranquilidad; y no obstante esto es lo que practica el común de los hombres. Lejos de hacer un falso raciocinio para hallar cada uno en su estado placeres imaginarios, y asegurar su sosiego con un error ventajoso, trastornan las máximas más verdaderas, para persuadirse, que todo otro estado es mejor que el suyo.

El comerciante, que navega, envidia en medio de la tempestad la suerte del soldado. Fluctuando largo tiempo entre el temor, y la esperanza, quisiera cambiar su destino con el

del soldado, de cuya suerte deciden en pocas horas la muerte, o la victoria; y el soldado, que por un ligero interés expone su vida, se creería dichoso si cuando suena el clarín, o el pífano para prepararse a la batalla se hallase surcando los mares, para traer a su patria los tesoros de la América, o las ricas producciones de la Asia.

El cortesano suele vivir disgustado en la Villa, y hallar mil diversiones en la Aldea. Un bosque, un prado, un riachuelo, la pesca, la caza, los lugares sombríos, que lo defienden, y recrean en las ardientes siestas del verano, la libertad, y la natural, y agradable sencillez de los habitantes, son otros tantos encantos, que le hacen preferir la vida dulce, y tranquila de la aldea al tumulto de la Corte; y el aldeano, que deja el arado, o el cuidado de guiar, y apacentar su rebaño por venir a la Corte, en cada calle, y a cada paso encuentra objetos que lo embelesan. El concurso, la confusión, el paseo, los edificios, las carrozas doradas, los ricos vestidos, y hasta el mismo ruido, y el tropel, todo le admira, todo le roba la atención, y le hace mirar como dichoso el destino de los que viven en medio de tanta pompa.

De este modo procurarán atormentarse los hombres, comparando lo que hay de triste, o de menos agradable en su suerte, con lo que tiene de dulce la suerte de los otros; pero si reflexionásemos un poco sobre los diferentes estados, en que hemos sido constituidos, y que son tan precisos para formar, y mantener el vasto cuerpo de la sociedad humana: si tuviésemos bastante discernimiento, o bastante juicio para comparar el todo de una condición con el todo de otra, y hacer una justa compensación en los estados, ¿tendríamos motivo de quejarnos de nuestra suerte? No por cierto. Conoceríamos, que la perfecta felicidad no puede encontrarse en los bienes de este mundo: Que la suerte más dichosa tiene sus penas, y que la más infeliz no carece de tal cual agrado.

Supongamos un hombre en la forma más perfecta, y que sus riquezas sean suficientes para hacerle lograr sin resis-

tencia todos sus deseos. Esta dicha tan familiar, y tan fácil pierde toda su fuerza por la costumbre. A fuerza de ser feliz, (si puede darse tal nombre a su estado) llega a perder el gusto a la felicidad. Pero sucédale algún revés en su fortuna: Esta alma, novicia en las desgracias, se abate, se entristece; y el mismo motivo, que apenas causaría en otro un ligero sentimiento, suele acabar con la vida del que está acostumbrado a ser dichoso.

Al contrario sucede con el que se halla en estado infeliz. Él adquiere lo necesario con su trabajo penoso, y continuo: se familiariza poco a poco con la miseria; y su espíritu llega a hacerse así insensible a los golpes más crueles de la fortuna. Pero si sale alguna vez, por accidente de su ordinaria infelicidad, recibiendo algún gozo, se complace con viveza en esta novedad agradable; y el gusto, que para un dichoso sería casi imperceptible, llena de delicias a este infeliz, y deja por largo tiempo alegres ideas en su imaginación.

Así se compensa en el discurso de la vida lo que tienen de desigual las fortunas. En los estados más distantes hay una exacta proporción de placeres y de penas, según que éstas son más raras, o más frecuentes, que a la verdad es toda su diferencia. Creo se me agradecerá dar a luz el siguiente discurso, que ha llegado a mis manos.

Trata del mismo asunto, y hace ver que en cualquier estado, en que nos hallemos, podemos tener aquella especie de dicha, que permite nuestra constitución, y que la verdadera felicidad sólo puede hallarse en la virtud.

Dice así:

"En este mundo errante, y proceloso,  
"donde todo es áfán, sólo es dichoso  
"aquél, que con virtud fácil, y pura  
"el sosiego del alma se asegura:  
"que conforma a su estado sus deseos;

"y rechazando pensamientos reos,  
"satisfecho, y contento en su fortuna,  
"mira las otras sin envidia alguna:  
"Grande sin fausto, rico sin haberes,  
"dulce en su trato, cuerdo en sus placeres,  
"su corazón tranquilo, y sin tormento,  
"no oye la voz del arrepentimiento.

"Los estados del mundo son iguales;  
"pero muy diferentes los mortales:  
"Pues, donde el cuerdo con estrella fija,  
"hace que su razón fiel le dirija  
"a la dicha, que busca ansiosamente,  
"allí mismo perece el imprudente.

"La voluntad humana, por instinto  
"del mundo, entre el confuso laberinto,  
"donde todo es afán, todo desvelo,  
"busca la dicha con ardiente anhelo.  
"En el golfo, que guía hacia este puerto,  
"el escollo es frecuente, el viento incierto  
"para poder llegar hasta la orilla,  
"a cada hombre le ha dado una barquilla  
"el Cielo: Con que así bienes, y males,  
"socorros, y peligros son iguales.

"¿Qué te importará, pues, en tu pasaje,  
"cuando intentas hacer feliz tu viaje,  
"y que surcando el húmedo elemento,  
"se encrespa el agua, y se enfurece el viento,  
"que tu barquilla ostente, por decoro,  
"entre velas de seda jarcias de oro?  
"Sólo allí sirve el arte del piloto;  
"y es menester para domar el Noto,  
"experiencia, valor, cordura, y tiento,  
"y no un precioso inútil ornamento.  
"¿Mas qué? (se me dirá) ¿entre los estados  
"no hay unos, que son más afortunados?

"y a los hombres el Cielo poner quiso  
"a nivel tan igual, cuando les hizo?  
"Sí, amigo: Dios es justo; y su grande arte  
"con igualdad sus bienes nos reparte.  
"Piensa acá bajo la razón humana,  
"que está la dicha en la fortuna vana:  
"que al carro de poder, y los haberes  
"siguen atados todos los placeres.  
"Ser *feliz como un Rey* el Pueblo dice,  
"creyendo que es preciso sea felice  
"quien tiene tanta pompa, y lucimiento.  
"¡Mas, ay! ¿La Majestad, que hace al contento?  
"En vano un Rey en sus grandezas fía.  
"No es el poder quien causa la alegría;  
"y con voz, que a un ejército lo asusta,  
"quizá mil veces gime, y se disgusta.  
"Dios ve con vista igual a los humanos,  
"hechos de un mismo barro por sus manos;  
"aunque en sus dones hubo diferencia,  
"le dio a cada mortal parte en su herencia;  
"y si estéril, e inculto fue el terreno,  
"el riego, y el sudor lo pondrán bueno.  
"Sólo quien de su parte se ha quejado,  
"es quien merece ser desheredado.  
"Si por dicha nos cupo la riqueza,  
"poseamos los bienes sin fiereza,  
"y partamos con otros su dulzura;  
"mas si la suerte, a nuestros ojos dura,  
"en pobreza, y afán siempre nos deja,  
"que nunca el sufrimiento pase a queja,  
"sabiendo que en el mismo sufrimiento,  
"es más feliz quien sabe estar contento;  
"y que el Autor inmenso, omnipotente,  
"cuando nos hizo, tuvo en su alta mente  
"darnos los bienes con tan varias leyes,  
"para hacernos dichosos, y no reyes.  
"¿Qué peso harán los males pasajeros  
"en País, donde vivimos extranjeros?

"Tener derecho a los bienes soberanos  
"es la única igualdad de los humanos:  
"y si son el placer, salud, y gozo,  
"la libertad, el gusto, y el reposo,  
"únicos bienes para los mortales,  
"ve observando, y verás que son iguales.

"Mira aquel valle rústico, y campestre,  
"donde de labradores tropa agreste  
"con fatiga incesante fiel trabaja:  
"aquí un robusto brazo un árbol taja:  
"aquél a yunta fiel sujeta a freno:  
"el otro a dura roca le abre el seno  
"con impulso tenaz, y muy porfiado,  
"y éste, en fin, forcejeando en el arado,  
"rompe la tierra, y fertiliza el suelo;  
"cada cual de ellos con distinto anhelo,  
"el que taja, el que cava, el que profunda,  
"en aguas de sudor su frente inunda.  
"Desde el rayo del alba están despiertos:  
"del polvo, y de la lluvia andan cubiertos.  
"Con aliento cansado, e interrumpido  
"en los mismos destinos han sufrido  
"del erizado Invierno el duro frío,  
"y el cruel ardor del inclemente Estío:  
"Con todo observa bien como sus voces,  
"sino muy armoniosas, muy veloces,  
"cantan alegres, entre sus desvelos,  
"un cantar, que cantaron sus abuelos.  
"Veles alegre el rostro, blando el ceño,  
"la salud, el vigor, la paz, el sueño,  
"y la alegre quietud, que no les cesa,  
"frutos son de su pena, y su pobreza.

"Viene Bato a Madrid, y su gran ruido,  
"apenas entra, ya lo ha confundido:  
"observa sus placeres turbulentos,  
"que a la sana razón más son tormentos:



"Atónito los ve, no los desea;  
"ni puede imaginar, que placer sea,  
"placer turbado, más que a gusto ciego:  
"se acuerda de su campo, y su sosiego.

"Amor: el dulce amor, que ya lo inflama,  
"su tierno corazón también le llama;  
"y mientras un Señor de gusto errante,  
"se finge de mil bellas el amante,  
"que de diamantes, y oro guarnecido,  
"de una engañado, y de otra aborrecido,  
"sólo un amor conoce sus haberes,  
"contando por su gusto sus placeres:  
"que el verdadero amor no ha conocido  
"sino sólo el halago del sentido.

"Bato vuela a Marica, y presuroso  
"su viaje cuenta, le pregunta ansioso  
"por su salud, su gusto, y sus paseos:  
"cuenta sus ansias: pinta sus deseos;  
"y cuando ella, no menos impaciente,  
"su historia le contó sana, inocente,  
"él le presenta en dulce parasismo  
"unos dones tan simples, como el mismo.  
"No son sus dones rica bagatela  
"porque el frívolo gusto tanto anhela,  
"y que lumbreras vende a las hermosas;  
"pero son los jacintos, son las rosas,  
"que Bato mismo debe a sus sudores.  
"Sus tranquilos, sus prósperos amores  
"no se entretienen con un don más rico.  
"Marica no estimara un abanico,  
"que a sus adornos muy inútil fuera.  
"Bato tampoco, aunque lo pretendiera,  
"alhaja no tendrá tan exquisita,  
"pero es mejor que no la necesita.

"El águila, que el aire tala hermosa,  
"de su amor el objeto sigue ansiosa.

"El Toro, que en el valle está paciando,  
"busca a su amada, y la escuchó mugiendo.  
"Cuando halló en la agradable Primavera  
"la Filomena fiel su compañera,  
"creyó encontrar la dicha de los Dioses:  
"todo su amor le explica por sus voces.  
"cada cual de su amor sólo ocupado,  
"vive contento en gozo, y en estado.  
"Ninguna especie su placer inquieta,  
"sintiendo que haya otra de más perfecta.

"¿Ni qué hacen a mi suerte, a los actuales  
"placeres en que vivo, las ideales  
"penas, de que otro, con mayor jactancia,  
"tiene más bienes, puestos, y abundancia?  
"Del orgullo feroz son desvaríos,  
"que él tenga sus placeres, yo los míos.  
"Si él goza más, quizá mejor yo gozo;  
"y más también, si tengo más reposo.  
"¿Pero qué? ¿este indigente, este mendigo,  
"cadáver vivo, triste, y macilento,  
"que no respira sino al sufrimiento,  
"sin amparo, sin gusto, y sin reposo,  
"será también un hombre muy dichoso?  
"No. ¿Mas Thamas, a quien su hijo destrona:  
"este Grande, que en cárcel le aprisiona:  
"los Ministros depuestos, aunque buenos,  
"pasan tan pocos días muy serenos?  
"¡Ah! qué en el mundo todos son iguales,  
"y tiene cada estado muchos males:  
"la riqueza sus menguas, y sus creces,  
"y la fortuna tiene sus reveses.  
"La pobreza, es verdad, tiene aflicciones:  
"el bajo estado sus humillaciones.  
"¿Pero qué? ¿la grandeza, la abundancia,  
"no tienen de lo humano la inconstancia?  
"Juzga, pues, que del mundo en el abismo,  
"cada estado es igual, cada hombre el mismo;

"y que los ricos, y los poderosos  
"no son felices, sino los virtuosos.

"En otros tiempos Iro desdichado  
"sin asilo, asqueroso, y despreciado,  
"admiraba de Creso la opulencia,  
"y murmuraba de la providencia.  
"¡Qué riquezas! (decía) ¡qué grandeza,  
"mientras yo sufro, y muero de pobreza!  
"Es la suerte de Creso afortunada:  
"todo lo tiene, y yo no tengo nada.  
"Apenas acababa de estas voces  
"el impío horror, cuando miró veloces  
"armadas tropas, que en muy corto espacio  
"los muros destrozaron del palacio.  
"Ejército enemigo es, que con furia,  
"venga cruel a Iro de una injuria.  
"Creso, que en sus delicias sumergido,  
"se encuentra sin defensa, sorprendido  
"de ataque tan violento, e impensado,  
"mira huir al amigo, irse el criado:  
"de cortesanos tropa lisonjera,  
"que siempre le adulaba, es la primera  
"que en el fiero conflicto le abandona.  
"El mismo echando a tierra la Corona,  
"huye: se le persigue: ya está preso:  
"al suelo arrojan al muy rico Creso,  
"al pie le ponen una cruel cadena:  
"y cuando él sumergido en sí, y su pena,  
"absorto observa de su suerte el giro,  
"vuelve los ojos, y repara en Iro,  
"aquel pobre Iro, que entre mil errores,  
"bebe tranquilo con los vencedores.  
"¡O Jove, (dijo) o Jove inexorable!  
"Iro es dichoso, y yo soy miserable.  
"Mas los dos se engañaban igualmente;  
"y nosotros no menos neciamente  
"nos engañamos, siempre que envidiosos

"pensamos, que son otros más dichosos.  
 "Tal vez quien viste telas, pisa flores,  
 "tiene el pecho cubierto de dolores.  
 "El humano brillante es muy mentido;  
 "y bajo de un hermoso colorido  
 "sabe ocultarse un espantoso seno.  
 "Bajo la alegre rosa está un veneno:  
 "suele envidiar el envidiado mismo.  
 "El corazón del hombre es un abismo;  
 "y la tierra al mortal le es extranjera,  
 "breve el gusto, y la risa pasajera.  
 "Mas si de los mortales el desvelo  
 "la dicha busca con ansioso anhelo,  
 "¿dónde la encontrará del hombre el arte?  
 "en cualquier ocasión, lugar, o parte:  
 "nunca en el suelo la hallarás entera:  
 "la dicha es acá bajo forastera;  
 "mas la hallarás en todo repartida.  
 "Dios a todos la dio; más con medida.  
 "Es como el fuego, cuyo ardor vehemente  
 "se insinúa en lo yerto, y lo viviente:  
 "sube a las nubes, a las rocas baja:  
 "entra al fondo del mar la perla cuaja:  
 "tiñe el coral; y con influjo alterno,  
 "vive en el yelo, que cuajó el Invierno.  
 "¡O mortal! cómo quiera hayas nacido,  
 "grande, o pequeño, alto, o abatido,  
 "de tu dicha el autor serás, si quieres  
 "sé cuerdo en la elección de tus placeres,  
 "y con los hombres blando, y amoroso,  
 "haz bien: ama a tu hermano, sé piadoso;  
 "y tranquilo, y contento con tu estado,  
 "ama, y bendice al Dios, que te ha criado.

*Señor Pensador.*

"Yo soy un indiano de a pie, pobre, y feo: vea Vm. si  
 Belisario, en sus mayores miserias, hubiera querido cambiar

su suerte por la mía paso grandes trabajos allá en mi lóbrego albergue, *ubi ponat ubi columba* y por más que leo, y vuelvo a leer a Epitecto no me es posible cobrar amor a la pobreza, ni cultivar la paciencia; de suerte, que vengo a ser un desdichado pulguilla, y con más necesidades, que otros pobres ordinarios; pues soy muy goloso de dulces, apetezco olores, fina ropa blanca, y me muero por otras frioleras de este jaez; pero mi mayor tormento es la triste memoria de haber tenido un patrimonio considerable, y haberlo empleado todo en calabazas; quiero decir en cosas, que nunca podrán servirme, sino de fiero escarmiento. La política es, Señor Pensador, la que me ha traído a estado de no tener siquiera una vieja a quien mandar: estudio, como Vm. sabe, tan impropio a un indiano, como la retórica a un sacristán, y la poesía a un zapatero; pero ya no tiene remedio, y quiero divertirme contando a Vm. el origen, y progresos de mi locura.

"Yo soy de un País, donde todos son poetas; y aunque casi todos los indianos, poco más, o menos, tienen su punta de numen, los de mi lugar se han llevado la palma de tiempo inmemorial. Dejo a los Filósofos, que averigüen si esto lo causa la frondosidad, y frescura de sus campos, y ríos, o la carencia de ejércitos, Cortes, y tribunales. Para mi asunto basta saber, que en mi País todos son poetas. Yo, pues, que desde niño mostré aversión a todo lo común, no obstante que el fuego de Apolo agitaba mi espíritu, tiré por la política, y cualquier conocedor hubiera hallado en todos mis proyectos algo de la pasión dominante. Luego que fui dueño de mi tiempo, y facultades, quemé a Cancer, Garcilaso, Candamo, y otros, que habían sido muchos años las delicias de mis mayores, y me entregué todo a Gracián, Saavedra, y Garau, autores políticos, en cuyo estilo hallé, que España se parecía mucho a mi tierra, y ya me picaba el deseo de conocer este poderoso Reyno, maestro de la política. No se pasó mucho tiempo, sin que determinase mi viaje, para cuyo fin vendí mis tierras, y mis derechos, sabiendo bien que un indiano, para navegar en Madrid, ha de comprar

hasta los vientos; y el lastre de su bajel no ha de ser piedra, ni hierro; en fin al cabo de muchos trabajos llegué a esta Corte, donde por más de seis meses no hice sino ver, admirar, y maldecir: yo me creía fuera de mi elemento: los hombres me parecían otros, aunque las mujeres las mismas: grandes empresas, grandes cosas: misterios en mozos, travesuras en viejos. Cardenales, Ministros, Generales, y mil cosas nuevas para un hombre nacido donde no hay *fortuna*. ¡Válgame Dios, decía yo dentro de mí, qué mundo tan diferente es este viejo! ¡Qué multitud de empleos, y recursos para los buenos! Aquí el que nace con espíritu fogoso, puede decir voy a ser General: el que se siente con entendimiento claro, y despejado, puede sonar discretamente en el Ministerio: el que se conoce inútil para la campaña, o el gabinete, o para todo, puede aspirar a otras cosas, que yo me sé, y no quiero decir. Nada de esto hay en mi pobre tierra: allá no hay más que hacer, que comer, dormir, y poetizar: renuncio para siempre a un País donde faltan la esperanza, y el aplauso, dos grandes móviles de la virtud heroica: a Dios, América, suelo únicamente dichoso para tus tigres, y monas. Así, Señor Pensador, firmemente resuelto a quedarme en España, y hacer mi carrera por lo político, me fui cebando tanto en mi empeño, que en tres años había ya aprendido tres lenguas extranjeras, y leído en ellas, de principio a fin, al Presidente Jeanin de Ossat, Walsinhan, Wickefort, y otros; y lloraba como un Alejandro, por no tener más que un mundo que gobernar; pero nadie sabía este adelantamiento, no habiendo yo tratado con ningún Mecenas, grande, o chico, por natural cortedad, y despejo; vicio muy común a los criollos; de modo, que era un político recoleto, aunque no ermitaño, sin saber ni bailar, ni jugar, ni sonreírme gravemente, ni andar con pasitos menudos, ni otras circunstancias precisas, que parecen esenciales. Para obviar, estos inconvenientes, me pareció preciso ir a tomar un baño en los Países extranjeros, lo que emprendí luego, y fue tal el baño, que salí de él enteramente pelado; pero con ínfulas de embajador, en Francia, o Inglaterra, que fueron los teatros de mis más prolijas especulaciones.

Para abreviar, considéreme Vm. ya de vuelta de mis viajes; y si Vm. me hace el honor de figurarme bien peinado, y provisto de encajes, créame también cargado de libros, y mapas; que aunque erré el camino de la fortuna, lo erré como ciego, y no como borracho. Hasta aquí no merezco la compasión de Vm.; pues a excepción de los días, en que trabajé el proyecto de introducir el chocolate en Turquía, y el azafrán en Francia, he pasado muy buenos ratos en Ciudades, y Cortes, donde se vive cómoda, y alegremente: he gozado las dos saludables elementales, que son sanidad, y dinero; y tenía también la dulce ilusión de la esperanza, que mostraba entre rosas, y jazmines, tinteros de ágata, y polvos de oro. Mas, ¡oh fiero desengaño! ¡Mundo falso! De tan sabrosas ideas vine a pasar los más amargos tragos: pobre, y desvalido necesité pretender a pie, y sin apoyo: todos los días bajaba mi fermento; y a los seis meses me vi tan humilde, y abatido, que casi de rodillas imploré en la peor parte de Indias un empleo; pero ni esto pude conseguir por mi mala suerte, o mis zapatos sucios. Ya yo en mis libros ingratos había aprendido, que en las Cortes era menester cuidar mucho de la superficie; pero poco aprovechan máximas aprendidas con gusto. Sólo el dolor es maestro, que da memoria. Si mis zapatos sucios tuvieron mucha parte en mi desgracia, ¿qué remedio? comprar mi bayeta negra, y mi cepillo; pero ya es tarde, porque había llegado el tiempo fatal de llevarlos rotos, o remendados: y en Madrid causa más asco la pobreza, que la porquería. ¡Cruels aprietos! Ya uno de estos cocodrillos de Madrid, que no lloran, sino ríen después de haberse comido su hombre, me había tragado todo el resto de mi substancia: Ya entre mi posadero, y yo, nos habíamos comido los vestidos, y encajes, y el buen Barón de Bielfed estaba en una tienda de aceite, y vinagre bajo mi palabra de honor. Todo me faltaba, menos un amigo verdadero, (único privilegio de la pobreza) el cual me sacó de mi posada, y me puso en la sublime habitación que tengo, sujetándome a una estrechísima economía: mal que siempre he temido, como la apoplejía, o hidropesía.

Este es mi estado actual, en el cual no puedo decir, que voy tirando, sino encogiendo. Sufra Vm. que un carpintero se meta a componer relojes, que mozos de cuerda quieran ser libreros, que grumetes se pongan a jardineros; pero predique Vm. por amor de Dios, que los indianos no tiren por la Política, a menos de tener bien guardadas las espaldas.

"Dios guarde, etc."



# TOMO CUARTO



## PENSAMIENTO XLII

### *Reflexiones sobre la Representación de los Autos Sacramentales.*

Por algún tiempo he dejado de hablar del Teatro, a causa de no haber podido asistir a las representaciones que en él se han hecho; pero no por esto he pensado jamás en abandonar mi proyecto de tratar de una materia, que ofrece tan vasto campo para la Crítica, y tanta utilidad, si logro hacerla con imparcialidad, según mi deseo. Los *Autos Sacramentales*, que en el día se representan, me abren la puerta para volver a continuar mi plan. Conozco lo delicado de la empresa, ya sea por el asunto de estas composiciones, o ya por la favorable preocupación, con que generalmente se miran; y creo, que ambas razones dictan la necesidad de manejarla con tiento. Así procuraré hacerlo. Diré con ingenuidad lo que en la presente constitución puede decirse. Lo demás quedará para tiempo más oportuno, si acaso se presenta.

Los Autos pueden mirarse con dos respetos: por lo tocante a las bellas letras; y por lo que mira a la Religión, cuyos misterios representan. Pudieran mirarse también bajo de otros aspectos; pero no siendo ahora del caso para mi intento, los pasaré en silencio.

Si se consideran por lo tocante a las bellas letras, no será pequeño embarazo señalar la clase de Poesía a que correspondan; pues atendida su materia, y artificio, en ninguna parece pueden tener lugar. Por su materia están exentos de

ser alistados en la Poesía profana. Los Sagrados misterios de nuestra Religión, y las respetables verdades del Evangelio, están infinitamente distantes, y son diametralmente opuestos a toda profanidad, para que la osadía, ni la ignorancia puedan contarlos en su clase. Pero esta misma materia tampoco puede pertenecer a la poesía sagrada. Moisés, Job, y David nos dejaron los mayores modelos de esta Poesía, que destinaron a cantar las maravillas del Altísimo, y sus misericordias. Prudencio, y Juvenco consagraron casi las primicias de nuestra Poesía a celebrar los triunfos de los Mártires, y cantar las alabanzas del Criador, sin que en ninguna de estas obras se vean autorizadas las alegorías, que notamos en los *Autos*, ni personalizados los entes metafísicos, o las substancias abstractas, como son la *Primavera*, el *Estío*, el *Otoño*, el *Invierno*, el *Lucero*, la *Aurora*, la *Razón natural*, la *Justicia*, el *Deseo*, las *Potencias*, los *Sentidos*, los *Vicios*, las *Virtudes*, y otro sin número de personajes de la misma especie.

No es menos difícil señalar la clase de bellas letras, o de Poesía, a que correspondan estas producciones por su artificio, pues no pudiendo llamarse Poema *épico*, ni *lírico*, tampoco pueden tener el nombre de Poema *dramático*, faltándoles para todo esto los requisitos, que han dictado la razón, y el buen gusto, y que han enseñado los Maestros del Arte; con que por consiguiente vienen a ser los *Autos*, mirados por la parte de las bellas letras, *unos diálogos alegóricos, puestos en metro*.

Prescindo de si están bien observadas las reglas de la alegoría, y de que las de esta naturaleza deban, o por decirlo mejor, puedan tener lugar en el Teatro; y prescindo también de que los Textos de la Sagrada Escritura sobre que giran, sean, o no, traídos con violencia; y voy a tratar de los *Autos*, por la parte que mira a la Religión.

Primeramente, quisiera yo saber cuál es, o ha sido el objeto de estas piezas: qué cosa son estos *Autos*, y cuál es

el fin a que se dirigen. ¿Habrán sido, o son propios para instruir, y edificar el pueblo? ¿Para fortificar su piedad, y su Religión? Así se quiere suponer; pero examinemos la verdad: pesémosla con el peso del Santuario; y no nos dejemos guiar del capricho, ni la preocupación. Yo no pretendo decidir; pero permítaseme decir con candor, no solo mi dictamen, sino también el de todas las personas juiciosas, que pueden tener voto en la materia.

¿Qué son, pues, estos *Autos*, sino unas alegorías, en que se exponen sobre el Teatro los Misterios Sagrados de nuestra Religión? Yo veo hablar en ellas al Padre Eterno, al Verbo Divino, y al Espíritu Santo, confiriendo unas veces sobre la Encarnación del Verbo, y otras sobre el tremendo Sacrificio de nuestros Altares: Misterios, que la eterna verdad propone a nuestra Fe, y que nuestra Fe misma nos prohíbe querer penetrar, por ser infinitamente superiores a nuestra razón, y a nuestras luces. Y ahora pregunto: ¿Se podrá fortificar nuestra Fe con las exposiciones, acaso voluntarias, de estos Misterios? ¿Serán a propósito para instruirnos? Dúdolo mucho; y sólo no admite duda, el que los *Autos* parece se oponen a la suprema prohibición, queriendo poner al alcance de nuestra débil comprensión, lo que dejaría de ser soberanamente grande si nuestra razón limitada fuese capaz de conseguirlo.

Los medios de que se vale en los *Autos* el gran ingenio de nuestro D. Pedro Calderón, tampoco me parecen a propósito para edificarnos, fortificarnos, ni instruirnos. Yo veo, que estas Obras están llenas de alegorías oscuras, de alusiones pueriles, y de representaciones, que no pueden mirarse en unos Teatros tan profanos, sin que tenga mucho que gemir el católico menos celoso.

Es verdad, que las alegorías, por su misma obscuridad, no son de la jurisdicción del vulgo, que asiste al patio, y que en nada se fatiga menos, que en desentrañar su significación; pero no hay clase alguna, que no tenga su vulgo, ni paraje en los Corrales, que no tenga parte de éste; y es de temer,

que los ignorantes encuentren escollos, y precipicios donde buscan instrucción, y ejemplo.

Las alusiones, a más de no poder contribuir al objeto, que se supone, son generalmente frías, y tal cual vez dan motivo para que se les atribuya algún sentido poco decente. De estas abundan mucho las Loas; y en sola una de las que actualmente se representan habría materia para muchos Discursos, si se hiciese con todo rigor su crítica. Pondré algunos pasajes para muestra.

*Fe:* Adán, y Eva, dos casados,  
que en muchos bienes se han visto,  
por una deuda, a que fueran  
*obligados*, se han perdido.  
Están con necesidad  
ellos, y todos sus hijos;  
y tanto, que les obliga,  
habiendo su albergue sido  
la calle de los *Jardines*,  
irse a vivir *afligidos*.

*Car.:* ¿Dónde? *Fe.* A la de *Amargura*.  
Y aunque tomaron oficio  
después en la de *Hortaleza*,  
lograr en él no han podido  
más que pan de dolor, y agua  
de lágrimas, y gemidos;  
y aun esa salobre, a causa  
de que el cristal puro, y limpio,  
a ellos, del *Ave María*,  
está en barrio muy distinto.

*Esperanza:* Magdalena, ilustre Dama,  
despojada de vestidos,  
adornos, galas, y joyas,  
a tal miseria ha venido,  
que apenas un saco tiene  
para reparar el frío;  
y de amor enferma, yace  
alimentada a suspiros.

*Car.:* ¿Dónde vive? *Esp.* Al *Lavapiés*.  
*Car.:* ¿Qué calle? que es grande el sitio.  
*Esperanza:* En la *Calle del Calvario*,  
 que es en aquel barrio mismo.  
*Fe:* Enfermo está un hombre docto  
 de un contagio, que ha podido  
 inficionarle. *Car.* ¿Contagio?  
*Fe:* Sí. *Car.* ¿Y es tu nombre? *Fe.* Agustino.  
*Car.* ¿Y dónde se halla? *Fe.* En las *Gradas*  
*de San Felipe* imagino  
 que asiste, etc.

Y luego cantan la Fe, y la Música la siguiente seguidilla, a  
 que puede darse un sentido nada decente:

Donde Juan de Dios cura,  
 vaya Agustino;  
 pues que Juan de Dios sabe  
 desde el principio.

Omito un inmenso número de puerilidades del mismo  
 jaez, que se encuentran con mucha frecuencia en las Loas,  
 y no son raras en los *Autos*, porque sería cansar inútilmente  
 a los Lectores, cuya atención necesito para cosas más im-  
 portantes; y paso a las representaciones, de que constan  
 estas Piezas.

Todo lo dicho hasta aquí es nada, si se compara con el  
 aparato, que degradando de cierto modo las ceremonias, y  
 asuntos más sagrados, parece, quiere elevar el Teatro hasta  
 una esfera muy distinta, y muy ajena de su institución; o  
 rebajar el Santuario, queriendo trasladar a un lugar inmundó  
 la cátedra, y el Sacerdocio.

A la verdad parece increíble, que una Nación tan cristiana  
 pueda ver sin horror profanados los Misterios de su Religión,

y los signos, representaciones, o figuras de las cosas más sagradas. No ha muchos años, que se prohibió en esta Corte la representación de las Comedias, que tienen por asunto las vidas de los Santos, sin duda porque se advirtió en ella una profanación de sus virtudes, atendido el lugar, los órganos, o la composición. ¿Y quién hubiera creído, que en una prohibición tan bien meditada, y tan útil, no hubiesen tenido el primer lugar los *Autos Sacramentales*, que representan la Vida de Jesucristo, y están llenos de las Escrituras? Sin embargo, para que se vea de qué contradicciones es capaz el espíritu humano, la representación de las Comedias de Santos quedó por algún tiempo suprimida, y la de los *Autos* continuó sin sufrir la menor alteración.

Yo ignoro, qué motivos pudo tener Don Pedro Calderón para componer estas piezas. Quizá le motivó una devoción fervorosa, aunque indiscreta: quizá pensó en hacer alarde de su ingenio, y de su invención, perfeccionándolas a su modo de entender, o dándolas una nueva forma. Lo cierto es, que aunque la idea fuese muy piadosa, como lo supongo, el efecto no ha correspondido, ni podrá corresponder jamás a su intención, que juzgo muy sana, y que el ardor de continuar el nuevo camino, que había empezado a abrir su genio, lo condujo a parajes, a donde verosíblemente no se habría propuesto llegar.

¿A qué Católico, que haga un mediano uso de su razón, dejará de causar repugnancia, ver, desde que entra en un Corral de Comedias, pintada una Custodia sobre la Cortina? ¿Quién, que no tenga ideas muy bajas de su Religión, podrá sufrir, que unas gentes tan profanas representen a las Personas de la Santísima Trinidad? ¿Qué una mujer, que alguna vez tendrá pocos créditos de casta, haciendo el papel de la *Gracia*, o de la *Aurora*, representa a la Purísima Virgen? ¿Qué *abriéndose un Monte, se vea en él al Sol (de Justicia:) al un lado la Gracia, y al otro la Aurora, y detrás un Altar*



*con el Sacramento*; y que el comediante, que representa el Sol, diga los versos siguientes?:

El que dé aquel Pan, y Vino,  
y aquel Maná, que pasadas  
sombras fueron, cumple hoy  
su promesa en Hostia blanca  
de aqueste gran Sacramento.

¿Es esto tratar las cosas Santas santamente? ¿Es este el decoro, y la veneración, que les corresponde? ¿Puede darse mayor absurdo, que el de llamar *este gran Sacramento* a unos signos del Cáliz, y de la Hostia? Yo creo todo lo contrario. Estoy persuadido de que el poner delante de los ojos del pueblo grosero, o ignorante estas figuras, lejos de producir en él el respeto, y temor reverencial debido a tales Misterios, sólo sirve a hacérselos en cierto modo familiares; y estos hombres, que generalmente no consultan sino a sus sentidos, no será extraño, que si al salir del Teatro entran en el Templo, confundan la figura con el figurado, y la imagen con el prototipo. Ellos no verán en efecto, sino cosas exteriormente iguales, decoraciones, iluminaciones, iguales vestiduras, y casi las mismas ceremonias. ¿Y quién podrá salir por fiador de que esta uniformidad visible no ocasione en el Teatro muchas idolatrías materiales?

No pienso sacrificar mi razón a un mero capricho, ni siquiera, que en materias de esta entidad tuviese más parte mi oposición, que el celo propio de un Católico. El temor, que acabo de exponer, parecerá a unos voluntario, a otros excedido; y alguno lo tendrá por efecto de un temperamento melancólico. ¡Ojalá fuese así! Sujeto caracterizado, y muy respetable por su virtud, y literatura me asegura haber visto años ha sobre el Teatro una Procesión, a imitación de las del Santísimo, con todo el aparato de hachas encendidas, campanillas, música, palio, y demás adherentes; y que mucha

parte del pueblo, sorprendido de esta religiosa ceremonia, dio señales nada equívocas de su adoración. Este, y otros perjuicios semejantes pueden resultar de tales representaciones; y es muy natural, que sea mayor, o menor el daño, a proporción que estas ceremonias se ejecuten con más, o menos propiedad.

No sólo en España se han hecho lugar estas representaciones, que llaman piadosas: también otras Naciones las han tenido. Los franceses estuvieron largo tiempo en posesión de representar los *Misterios*, con que solían adornar los regocijos, y fiestas públicas. Pero esto sólo sucedió en los siglos bárbaros; y la representación de estas piezas se fue desterrando, al paso que se iban teniendo nociones del buen gusto, y formando ideas convenientes de la dignidad, y respeto con que debían tratarse las materias de la Religión. Oigamos lo que sobre esto dice Mr. *Fontanelle* en su *Historia del teatro francés*.

"Los siglos (dice este célebre autor) difieren entre sí del mismo modo, que los hombres. Cada siglo ha tenido un modo de pensar, que le ha sido propio. Un siglo ignorante, y para decirlo así, mal educado, piensa mal, y se representa todas las cosas bajo de ideas bajas, y groseras. Un siglo como el nuestro, ilustrado con todas las Ciencias, se forma ideas convenientes a los objetos, y piensa con elevación sobre las cosas elevadas. Nosotros tenemos ideas nuevas de Dios, y de la Religión, o a lo menos sabemos, que no debemos contenernos en las ideas débiles, y poco elevadas, que nuestro espíritu se forma tal vez a pesar nuestro, y así dejamos estos objetos en una incomprendibilidad majestuosa, más digna de ellos, que todas nuestras ideas. Pero los siglos de nuestros padres, sumergidos en una espesa ignorancia... no llegaron a tener ideas nobles de la Religión... Nuestros padres no llegaron a creer, que hubiese profanación alguna en poner los misterios de la Religión sobre el Teatro. Teniendo ellos unas ideas poco dignas, que les convidaban a esta especie de familiaridad, de que nosotros estamos

muy distantes, por tener ideas más nobles, y que por consiguiente nos inspiran mayor respeto." Yo no sé qué nombre hubiera dado Mr. de *Fontanelle* a nuestro siglo, si hubiera visto representar en él los *Autos* de que tratamos; pero no sería difícil de adivinar.

Dejemos aquí, por ahora, esta materia, en que hay mucho que decir, para continuarla en las semanas siguientes.



### PENSAMIENTO XLIII.

#### *Continúa la Crítica de los Autos Sacramentales.*

Son tantos los defectos, que se advierten en los *Autos*, si se observan con reflexión, que para exponerlos metódicamente, y señalarlos con individualidad, no bastarían otros tantos Tomos, como componen los mismos *Autos*. Esta sería obra muy dilatada. Mi ánimo tampoco es el de zaherir a Don Pedro Calderón, a quien no se puede negar, sin notoria injusticia, una grande invención, mucha pureza en el lenguaje, y una facilidad de versificar, que pocos han igualado. Lo que solamente quiero es dar a mis compatriotas una ligera idea de lo mucho que sufre la religión en estas composiciones, para que una Nación, que justamente cuenta por una de sus mayores glorias el respeto, y veneración a la Iglesia, despierte del letargo en que la tiene sumergida la costumbre, y examine con ojos celosos, si es verdad, que se profanan las cosas del Santuario. Así sólo tocaré las materias que primero se presentan en este asunto; pues sean las que fueren, es tan fértil de defectos el campo, que en todas podrán encontrar luz, e instrucción los que caminen de buena fe; y hablo sólo de éstos, porque los que hacen empeño de vivir en tinieblas, saben muy bien cerrar los ojos a la luz más clara, y los oídos a las razones más convincentes.

Uno de los defectos más comunes en los *Autos*, es la mezcla de cosas sagradas, y profanas: mezcla tanto más

disonante, cuanto aquellas son más acreedoras a nuestra veneración. En el Auto de *Siquís, y Cupido*, viéndose en una isla desierta la Fe, y el albedrío, le dice ésta.

Da voces, llama a los Cielos,  
que de los dos piedad tengan:

Y el Albedrío, que tiene su punta de bufón, responde:

Sí tendrán; mas a los brutos  
llamaré, que están más cerca.  
leones de aquestos garitos:  
lobos de aquestas tabernas:  
osos de estos colmenares:  
gatos de aquestas despensas, etc.

En el Auto intitulado el *Diablo Mudo*, viendo el Judaísmo los extremos, que hace el hombre; cuando de resultas de haberse despeñado queda sin habla, le dice al Apetito:

Aunque tú me hablas, y él no,  
mas en tu aspecto cruel,  
que tu dices, dice él.

Y el Apetito le responde:

En vano eso te admiró,  
que Mudo conozco yo,  
que con mañas no pequeñas,  
él sólo habla más por señas,  
que un garito de barberos,  
un soportal de raperos,  
y una antesala de dueñas.

*El Valle de la Zarzuela* tuvo origen de una batida, que hizo en aquel paraje el Rey nuestro Señor Don Felipe IV; y habiendo muerto en ella no sé qué fiera, tuvo Calderón el cuidado de alegorizar este suceso, haciendo al Rey *Cristo*, y la fiera el *Demonio*, o el *Pecado*.

*El Indulto general* es una continua alusión al casamiento del Rey nuestro Señor Don Carlos II con la Serenísima Princesa Mariana de Neoburg, haciendo que el Rey represente a Cristo, y la Reina a la Iglesia. En una parte dice la Culpa:

Supuesto  
que el Padre enviado ha sido,  
segunda Persona suya,  
a gobernar sus dominios,  
su apellido sea *Segundo*:  
con que nombre, y apellido,  
a quien ya quiere expli-*Carlos*  
*Segundo*, y deseado ha sido;  
¿Y qué nombre le daremos  
a la Esposa? *Mundo*. Pues ha sido  
la que halló gracia en sus ojos,  
y la que elegida, quiso  
ver exaltado su nombre,  
*María* sea; pues quien dijo  
*María*, dijo exaltada,  
elegida, y gracia.

Con este motivo emplea el Autor muchos pasajes de los Cantares: Vayan para muestra los siguientes:

*Esposa*: Mi Esposo todo es galán.

*Esposo*: Toda mi Esposa es bella.

*Esposa*: Ni el lirio, ni el clavel su pompa igualan.

*Esposo*: Ni una pequeña mancha no hay en ella, etc.

Si de este modo se puede usar de la Escritura Sagrada, díganlo los Concilios, las Decisiones de la Iglesia, y los Santos Padres. Don Blas de Nasarre en el Prólogo, con que reimprimió las Comedias de Cervantes en el año de 1749, dice así: "Los Autos, que llaman Sacramentales, o por mejor decir, la interpretación cómica de las Sagradas Escrituras, llena de alegorías, y metáforas violentas, de anacronismos horribles; y lo peor es mezclando lo sagrado con lo profano."

Esto de hacer Profeta, y Profeta verdadero, al Diablo, nada le costaba a nuestro Calderón; pero no es mucho: el Diablo hablaba en tiempo, en que ya se encontraban hechas las profecías. *En el Diablo Mudo* cita proféticamente a Job, David, San Pablo, San Juan, y San Agustín. No se puede negar que este Diablo era instruido. A San Pablo le hace decir con mucha anticipación:

Que se vio por el hombre introducir el pecado, y por él la muerte.

Y que:  
Todos pecaron en Adán.

A David:  
En pecado concebido fui.

Y a Job:  
Perezca el día en que nací.

En el Auto *A tu prójimo como a ti*, dice el Levita:

Amar  
a Dios aún más que a ti mismo,  
y al prójimo como a ti;  
y añade muy agudo el Demonio: Esto es lo que dirá Cristo al Escriba.



Pero dejemos las citas. Cualquiera que quiera reconocer un sin número de estos defectos, no tiene más que hacer, que leer los *Autos* con un poco de reflexión, y encontrará mucho más de lo que pueda imaginar.

Todo lo dicho, que es nada, comparado con lo que podía decir en esta materia, tiene por objeto hacer conocer los defectos de estas piezas, y su deformidad en cuanto ridiculizan los Misterios de nuestra Religión. Yo le doy mil vueltas, discurro, examino, y leo, y pregunto, y con todo jamás he podido encontrar el origen de haber permitido la representación de semejantes composiciones, que ofenden al Catolicismo, y a nuestra razón.

Cuando los herejes han querido ridiculizar a los que llaman *Papistas*, no han encontrado mejor medio, que el de figurar sobre el Teatro al Sumo Pontífice, y al Sacro Colegio, y hacerles decir, y hacer puerilidades, y acciones, que los ridiculicen, y hagan despreciables. ¿Pues que dirán estos viendo, que sacamos al Teatro los Misterios de nuestra Religión? Dirán que los ridiculizamos, que no los creemos, pues nos burlamos de aquellos mismos Misterios, que blasonamos creer, y por cuya defensa hacemos profesión de verter nuestra sangre, y por consiguiente, que no tenemos Religión alguna.

No ha muchos años, que en uno de nuestros teatros se vio ridiculizar al Papa, y al Sacro Colegio, representado con la Púrpura, y demás insignias de sus Dignidades, haciendo, que al oír cantar la *Chacona*, perdiesen todos estos personajes la gravedad, que les correspondía, y empezasen a bailar descompasadamente. A no haberse prohibido aquel entremés, quizá hoy día hallaría el Pueblo en él motivo de diversión, y su conocimiento, que no pasa de la superficie de las cosas, no se entretendría en examinar los perjuicios, que debían resultar de ver ridiculizada la Cabeza visible de la Iglesia. Yo hallo que todo es correlativo. Donde se profanan los Sagrados Misterios, no es mucho se falte al respeto de la Tiara.

Si los Jefes, cuyo discernimiento, y autoridad, podrían atajar estos daños, asistiesen al Teatro, es natural, que lejos de continuarse la representación de los Autos, se hubiese ido olvidando hasta su nombre; pero el mal está en que ocupados aquellos en negocios, que piden su continua asistencia, fían el cuidado de los espectáculos a personas menos instruidas, o menos celosas. Así con capa de virtud, y de piedad, se halla vulnerada la Religión; y los Autos prosiguen en todo su vigor, ayudando a confirmar el concepto de bárbaros, que hemos adquirido entre las Naciones.

No quiero, ni pienso ofender a persona alguna, diciendo mi parecer en una materia, en que todos debemos igualmente interesarnos; pero séame permitido decir mi dictamen en ella, y corrija lo después quien pueda convencerme de que me he engañado.

Mi dictamen es: "que los Autos deberían prohibirse por el Soberano, como perniciosos, y nocivos a la Religión Cristiana". Reduciré a cuatro puntos los motivos en que me fundo, tratando 1. del fin de los Autos; 2. del lugar en que se representan; 3. de las personas que lo ejecutan; 4. del modo de representarlos.

El fin a que parece debieron ordenarse los Autos, fue el de alabar a Dios, y cantar sus maravillas, su misericordia, y bondad, para con los hombres; moderar nuestras pasiones, y excitar nuestro reconocimiento, y amor por tantos, y tan grandes beneficios. Si fuese posible, que se lograse este fin, los Autos serían una de las cosas más recomendables, y deberían ocupar uno de los primeros lugares en una legislación cristiana; pero tengo por moralmente imposible que se logre; y por muy dudoso, que de ocho, o diez mil personas, que irán a ver los Autos, haya tres o cuatro que vayan a este espectáculo con ánimo deliberado de aprovechar. ¿Qué digo tres, o cuatro? Estoy por asegurar, sin recelos de parecer temerario, que no hay una persona, que lleve semejante

intención, ni que crea, que de los Autos se pueda sacar utilidad; y en esto tienen seguramente mucha razón.

Aun olvidando todo lo dicho hasta aquí en orden a las alegorías, metáforas, alusiones, profanaciones, y demás deformidades de los Autos, no creo haya persona tan limitada, o tan preocupada a favor de ésta, que debe llamarse *Farsa espiritual*, que entienda puedan ir a aprender en ella los fieles el Catecismo, o la práctica de las virtudes. Si alguno lo entendiese así, es porque quiere engañarse, o engañarnos. El concurso, la música, las galas, las decoraciones, y la armonía de los versos, pueden muy bien ser halago de los sentidos; pero no incentivos de piedad.

Para prueba de esto quisiera yo ver representar un Auto, en que no hubiese sainete, música, galas, ni decoraciones. Estoy seguro de que irían hartos baratos los asientos.

Ni obsta que digan algunos van a los Autos para aprender la Teología Escolástica, y la Expositiva, y que aprenden más en una tarde de Autos, que en muchos meses de trabajo sobre los libros. Si faltasen los adornos referidos, quizá no serían tan instructivos, y tal vez los que hoy suspiran por ir a los Corrales a aprender Teología, serían los primeros desertores. Lo cierto es, que yo no veo, que éstos, ni los demás, que concurren a la representación de los Autos, salgan del Corral al tiempo de los intermedios, y se mantengan en ellos mientras pueden oír su pretendida lección. Lo que sí se advierte continuamente es, que la mayor parte de las gentes, y particularmente las de un cierto tono, están en conversación, o dejan los asientos, y luneta mientras dura el Auto, y sólo asisten al Entremés, y Sainete. En estos hallan únicamente diversión, y la pieza principal les es fastidiosa.

Sólo el pobre pueblo, que ha comprado el derecho de estar tres, o cuatro horas dentro del Corral, y no quiere perder su acción, ni el lugar en que ha logrado colocarse,

sufre el Auto, que entiende como si estuviese en griego; pero en fin, ve a los actores; les da sus palmadas, y con esto queda satisfecho.

La misma continua cantinela de Teología, con que procuraban sostener los Autos sus parciales, debería ser causa de su prohibición. La versión de la Sagrada Escritura en lengua vulgar está prohibida por la perniciosa consecuencia, que pudiera ocasionar su uso entre los ignorantes. La Teología Escolástica no creo se haya escrito jamás en nuestro idioma patrio por la misma razón. Pues si los Autos están llenos de esta Teología, y de las Escrituras Sagradas, ¿a quién que tenga ojos, le podrá ocurrir, que pueda ser útil en ellos lo mismo, que fuera de estas composiciones sería nocivo? Si los Autos son un manantial de Teología, y de Escritura, por lo mismo no deben beber de él los ignorantes.

El *lugar en que se representan* los Autos, es otro de los motivos, que me obligan a mirarlos con horror: Ninguna persona de mediana instrucción debe ignorar, que la institución del Teatro es *corregir las costumbres ridiculizándolas*; y siendo esto así, ¿cómo puede haber quién crea conveniente trasladar a un paraje semejante los más altos objetos de nuestra veneración? En los Templos sería gravísima indecencia la diversión, que es propia de los Teatros; ¿y podrá dejar de ser indecentísimo en los Teatros hacer asunto de diversión las materias, que sólo deberían enseñarse en los Templos? Si los asuntos propios de los gabinetes de los Príncipes, o de sus Consejos se trasladasen a los Patios de Comedias, con el pretexto de enseñar, o de que se podrían aprender allí máximas de Estado, y Gobierno, parecería, y sería efectivamente un empeño ridículo; y si fuese sólo con el fin de divertir al público, sería arrojado temerario, y digno de severo castigo. ¿Pues qué diremos de las máximas sagradas del Gobierno de Dios? ¿Qué diremos de las reglas, que nos dejó para nuestro gobierno? Si se tratan en el Teatro para nuestra instrucción, es ridiculez, y suponen mucha ignorancia:

Si para nuestra diversión, es audacia irreverente, temeraria, y escandalosa.

Y si hay irreverencia en representar las verdades Evangélicas en los Corrales, ¿qué parecerá el oírlas salir de unos órganos, no menos profanos, que estos lugares? *Las personas que representan los Autos*, prescindiendo de sus virtudes, o vicios personales, contribuyen a hacer indecente, y odiosa su representación. El pueblo acostumbrado a ver representar a una comedianta los papeles de *Maja*, de *Lavandera*, de *Limera*, y otros, que por más serios, no tienen menos indecencia, y en que no pocas veces se ven más ajados el recato, y la honestidad, no puede engañarse cuando la ve hacer el papel de la Virgen purísima. En medio de su grosero modo de pensar, conoce, que aquellos sentimientos son prestados, y que no convienen a su conducta; y así se observa, que las expresiones más tiernas, y devotas se convierten en risa, y escarnios, proferidas por alguna actriz, que haya dado nota, o cuya conducta sea opuesta a lo que refiere. Con los actores sucede lo mismo. Hay pasajes en los Autos, que excitan a ternura y devoción: no puede esto negarse, ni debe negarlo quien busca la verdad, y se interesa por ella; pero estas son otras tantas margaritas arrojadas, y perdidas. Ver que un hombre, que en el Entremés estaba vestido tuno, lleno de andrajos, y fumando un cigarro, representa en el Auto a una Persona de la Santísima Trinidad, (como yo he visto) hace la misma disonancia, que ver al que representa al Padre Eterno en el Auto de los *Alimentos del Hombre*, transformado en el Sainete en Guarda de puertas, y diciendo algunas indecencias, con alusión al *Registro*, a una muchacha, que ha hecho papel de Angel.

Al Rey nuestro Señor Don Felipe II presentó un seglar de capa, y espada un memorial en que había las cláusulas siguientes: "El traje, y representación de la Reina de los Angeles ha sido profanado por éstas, y éstos... (habla de los cómicos) representándose en esta Corte una comedia de la vida de nuestra Señora." El representante, que hacía la

persona de San José, estaba amancebado con la mujer, que representaba la Persona de nuestra Señora; y era tan público, que se escandalizó mucho la gente, cuando le oyó las palabras, que la Purísima Virgen respondió al Angel: *Quomodo fiet istud* etc. Y en esta misma Comedia, llegando al Misterio del Nacimiento de nuestro Señor, este mismo representante reprendió con voz baja a la mujer, porque miraba, a su parecer, a un hombre, de quien él tenía celos, llamándola con un nombre el más deshonesto, que se suele dar a las mujeres malas. Y añade el Memorial: "En su vestuario están bebiendo, jurando, y jugando con el hábito, y forma exterior de Santos, de Angeles, de la Virgen nuestra Señora, y del mismo Dios, y después salen al público fingiendo lágrimas, y haciendo juego de lo que siempre había de ser veras, y tratado con la mayor veneración por las almas más limpias."

En estas mujeres es, por lo común, oficio el donaire, culpa el encogimiento, el desahogo primor, el agradar interés, y la modestia inutilidad. ¿Pues cómo no ha de ser irreverencia muy notable, que la pureza, honestidad, y virtud de María Santísima se vean representadas las más veces por unas vivas imágenes del desahogo, y la liviandad? ¿Y qué mayor indecencia, si a un tiempo llegan al mismo blanco, torpe la voluntad, como a tan humano, y reverente la adoración, como a quien representa lo divino?

Hay varios Decretos en la Iglesia para que las imágenes de María, y de los Santos se pinten con tal modestia, que inspiren pureza, y no exciten afectos impuros los instrumentos mismos de apagarlos, a fin de que lo que debe ser estímulo de devoción, no sea ocasión de ruina. Las actrices, que representan a la Virgen son imágenes no pintadas, sino vivas de su virginidad y pureza. ¿Pues cómo se ha de tolerar, que aquellas, cuyo mérito consiste en el garbo, la gentileza, el donaire, la gala, y el desenfado, (omitendo lo demás) sean vivas imágenes de María, si esto no se tolera en las imágenes pintadas? Si estas se prohíben cuando en

ellas puede ser estímulo a la pasión lo que debe ser ejemplo de pureza, ¿cómo se toleran aquellas, que siendo imágenes vivas excitan afectos de impureza, cuando representan a la misma virginidad? Yo no lo entiendo, ni creo que alguno lo entienda. Esta es una de aquellas inconsecuencias, de que es capaz el débil cerebro de los hombres.

Creo que fue también en tiempo del Señor Don Felipe II cuando se prohibió, que los comediantes sacasen hábitos militares a los Teatros, con sus insignias y cruces, por entender que había notable agravio en que sirviesen tan gloriosas insignias a unas personas tan profanas, y para fines tan poco decentes. La misma razón debería haber para que se prohibiese en el Teatro el uso de los vestidos sacerdotales: para desterrar absolutamente de las tablas la tiara, y la púrpura, la mitra, y el báculo; y sobre todo las insignias, con que se nos representan las Divinas Personas, y el traje, o el hábito con que se representa a la Virgen Purísima. Quédense todos estos trajes para ser respetados en los parajes, que les corresponde; pues por más esfuerzos que hagan los parciales de los *Autos*, y de los actores, jamás podrán persuadir a una persona, que tenga ideas de Religión, y de decencia, que puede sentar bien una túnica, que nos representa a Cristo, a un actor profano, a quien justamente se debería decir lo que San Basilio al Criado de Totila, Rey Godo, que se fingió ser el mismo Rey, tomando sus vestidos: *Depone fili quod geris, nam tuum non est.*

No ha muchos años, que yo vi, y vieron muchos, en el Corral a un militar de alta jerarquía, irritarse de ver que un comediante saliese al tablado en un intermedio, y vestido con el uniforme de su regimiento, pareciéndole se vulneraba el honor, y estimación de éste en aquella falta de respeto. ¿Si esto sucede con el Uniforme de un Cuerpo, qué diremos de las vestiduras sagradas con que se disfrazan tales sujetos, y en tal paraje?

Falta decir algo sobre el *modo* con que se representan los Autos. En este encontraremos muchas impropiedades, defectos, y que sólo conducen a hacerlos ridículos. Quedará esta parte para la Semana próxima en que quisiera concluir esta materia, por no causar fastidio; pero no sé si podré conseguirlo.



## PENSAMIENTO XLVIII.

### *Crítica contra las Fiestas de Toros.*

No hay hombre, por inculto que sea, que deje ya de convenir, en que los espectáculos públicos son necesarios en los Pueblos grandes; y este común consentimiento puede mirarse como una prueba de la mayor ilustración de nuestro siglo sobre los precedentes. En efecto desde que se considera una numerosa congregación de hombres, que se han juntado en pequeño espacio de tierra a vivir encerrados dentro del recinto de sus murallas, las diversas combinaciones civiles, que produce la diferente ocupación de cada uno, obligan a buscar un punto de reunión, en que, para decirlo así, tomen todos un tono, y se estreche más la misma sociedad.

En una ciudad populosa son tan extendidas, como diversas, las clases de sus ciudadanos: sus ocupaciones e intereses distintos, varios, y tal vez opuestos sus caracteres. Los ricos no saben ordinariamente en que emplear el tiempo. Los pobres, después de haber dado la mayor parte del suyo al trabajo, de que depende su alimento, necesitan de dar alguna parte al descanso, y buscar alguna diversión, que los distraiga. El ocioso quiere un espectáculo, que le haga sobrellevar alguna parte del tiempo, que le pesa. El laborioso ha menester un intervalo, en que pueda tomar nuevas fuerzas para volver con ardor a su tarea. El estudioso, a quien seis, o siete horas de aplicación, han agotado la imaginación, y enervado las fuerzas del espíritu, necesita de una diversión,

que lo entretenga sin fatiga, para que vuelto a su estudio, pueda encontrarse con la imaginación fresca, y el espíritu vivo.

Así la naturaleza humana, siempre débil, y obligada a subsistir con la alternativa del afán, y el reposo, al mismo tiempo que recibió la ley de vivir a expensas de su trabajo, recibió también el privilegio de dar una parte del tiempo al descanso. Su sabio Autor, que conoció la debilidad de una obra, cuya parte terrestre destinaba a hacer sólo un breve giro sobre este globo, no quiso condenarla a una continua fatiga; y dejándola placeres inocentes, ya en la contemplación de sus maravillas, ya en los juegos, y danzas, que inventase, la dio medios de enjugar el sudor de muchas horas de trabajo con algunas de recreo.

En esto han convenido todas las Naciones, o todos los hombres; y sólo se han diferenciado en la especie de recreos. Los atenienses, cuyo carácter era dulce, y humano, jamás admitieron en su ciudad espectáculos sangrientos. No faltó quien les quisiese persuadir adoptasen el espectáculo de los gladiadores, para no ceder ni aun en esto a Corinto, que daba emulación a su República; pero tuvieron un *Demonax*, cuyo dictamen hizo mucho honor a la Filosofía, y debe hacerlo a la humanidad. *Destroza antes (les dijo) los Altares que ha más de mil años erigieron vuestros padres a la misericordia.*

Los Griegos, naturalmente guerreros, y dedicados a formar el cuerpo, y el espíritu de su juventud, introdujeron, y honraron varios juegos, que sirviesen a fortificarle, y hacerle más robusto para la fatiga, y más firme, y activo en los combates, en que habiendo de llegar a los brazos, decidían de la victoria la agilidad, o la fuerza. Tales eran los juegos *olímpicos, píticos, ístmicos, y nemos*, cuyos combates, aunque no del todo ajenos de peligro, llegaban raras veces a ocasionar la muerte, y ejercitaban siempre la destreza, y el vigor.

Los romanos, casi de tiempo inmemorial, tuvieron la bárbara costumbre de sacrificar los prisioneros de guerra a los Manes de los grandes hombres muertos en las batallas.

Pareció bárbaro con el tiempo sacrificar estos cautivos, como unas bestias, y se instituyó que combatiesen unos contra otros, para que ejercitando cada uno su valor, y destreza, tuviese medio de conservar la propia vida al coste de quitarla a su adversario. Esta costumbre, sin duda menos inhumana, y que vieron por la primera vez los Romanos en el funeral, que Marco, y Decio Bruto hicieron a su padre, era ya antigua en Italia, y en la Camponia se solemnizaban los convites con este horrible recreo. En los principios sólo se daba al pueblo el espectáculo de los gladiadores en los funerales de los hombres ilustres: hízose después costumbre, y hasta los particulares dejaban señalado en sus testamentos el número de gladiadores, que habían de combatir después de su muerte. Empezó por tristeza, y dolor, y con el discurso del tiempo vino a ser la más agradable diversión del Pueblo Romano, que concurría a este combate en número, y con una prisa increíble. En efecto era preciso haber renunciado a todo sentimiento de humanidad, y de compasión, para ver con ojos enjutos correr la sangre de sus semejantes, y mucho más para hallar placer en tan odioso espectáculo; pero tal es el corazón de los hombres, y tal la fuerza de la costumbre. Los corazones de los romanos parecían insaciables de sangre; y ciento y veinte y tres días consecutivos, en que Trajano dio al Pueblo este funesto recreo, y en que vio Roma diez mil gladiadores destrozados sobre la arena, no bastaron a apagar su sed de sangre humana. Sila hizo famosa su pretura con un combate de cien leones lidiados por africanos, acostumbrados a reñir con estos terribles animales; siendo el primero, que para aumentar el peligro, en que ordinariamente halla el pueblo su placer, y admiración, les hizo quitar las cadenas con que hasta entonces habían salido ligados; y Domicio Ahenobarbo,

siendo edil, dio otro de cien osos de Numidia, lidiados por cien cazadores etíopes.

De este modo han sabido divertirse los hombres, con lo mismo que debía horrorizar a la humanidad. La extinción de los combates de gladiadores tuvo de coste la sangre de un mártir. Telémaco, monje, o solitario de Oriente, que vino a Roma cuando aún reinaba el furor de estos espectáculos, quiso desterrar este oprobio de la humanidad, y del nombre cristiano, y el morir apedreado fue acá el galardón de su celo. Buen escarmiento para un corazón pusilánime. Buena lección también para despreciar los peligros y hacerles frente, cuando en ellos se interesan el honor de la religión, y el de la Patria. Yo voy a tratar de nuestras fiestas de Toros, y no temo, ni los gritos tumultuosos de un Pueblo ciego, ni las piedras que acostumbra arrojar el rencor.

También tuvieron principio las fiestas de Toros entre los Romanos. Esta Nación sangrienta parece que no olvidaba espectáculo alguno, que pudiese conducir a formar en sus dominios unos caracteres duros, y crueles. Celebrábanse, según Marco Varrón, en el circo Flaminio, y en honor de los Dioses Infernales, como especie de propiciación por las almas de los difuntos, trayendo este modo su origen del impío culto de los dioses. Cesaron en Roma, y otras partes por decreto del Emperador Constantino; y sólo en España, o continuaron siempre, o si cesaron alguna vez, fue sólo por pequeños intervalos.

Deben considerarse estas fiestas con tres respetos. Por lo tocante a la Religión, que en ellas se advierte vulnerada: por lo que mira a la humanidad, y decencia, que sufren mucho en semejantes espectáculos; y por lo relativo a la política, en los graves perjuicios, que traen al Estado. En esta última parte me detendré poco; pues bien que conozca en globo, que se sigue mucho detrimento, no estoy informado con tanta puntualidad, que pueda calcular los daños. Sé que en solo Madrid consumen anualmente estas fiestas dos-

cientos, y ochenta y ocho toros; que las hay también, y con bastante frecuencia en la mayor parte de las Ciudades, y aun Pueblos del Reino; y que es preciso, que la excesiva disminución de este útil ganado haga suma falta para el cultivo de la tierra, y difíciles los transportes, sin los cuales es fuerza fallezca, o se extenúe el comercio de las Provincias.

Por lo que mira a la Religión, me quedaría menos que decir, si todos tuviesen presentes los esfuerzos, que ha hecho la Iglesia para extinguir estos espectáculos. San Pío V considerando cuanto desdecían de la piedad, y caridad cristiana las fiestas de toros, que se hacían en varios Pueblos católicos, las prohibió absolutamente en toda la Cristiandad, por su motu proprio de 1 de Noviembre de 1567, promulgando en él severas execraciones, graves penas, y censuras contra los que las permitiesen; contra los que miseramente muriesen en ellas por su culpable temeridad, y contra todos los eclesiásticos, que asistiesen a este espectáculo. La Santidad de Gregorio XIII templó en parte el decreto de su inmediato antecesor, quitando solamente para los Seglares las censuras, y penas, y poniendo ciertas limitaciones.

La Santidad de Clemente VIII motivado del grave daño, que resultaba de las rigurosas censuras de sus antecesores, particularmente en los Reinos de España, en cuyos naturales preponderaba más la nativa inclinación a tan antigua costumbre, que el temor, y respeto a las penas impuestas, quitó todas las expresadas en la Constitución apostólica de San Pío V, reduciéndola a los términos del derecho común sólo en estos Reinos, y exceptuando en su indulto a los eclesiásticos regulares. Ultimamente la Santidad de Inocencio XI enterado de los estragos, y daños, que resultaban de las fiestas de toros, y movido a compasión su paternal celo, de ver establecidas entre católicos unas fiestas originadas de los espectáculos del gentilismo, abominadas de nuestra Religión, y condenadas por los Santos Padres, solicitó con

el Rey N. Señor Don Carlos II se extinguiesen del todo, o a lo menos se minorasen lo posible.

Omito referir varios pasajes, en que los Santos Padres han declamado contra esta suerte de espectáculos. Baste trasladar lo que nuestro grande Arzobispo de Valencia Santo Thomás de Villanueva, dijo, predicando en la festividad de San Juan Bautista. "Paso en silencio ahora otros mil vicios públicos; ¿pero quién tolerará la *bestial, y diabólica costumbre de correr toros*, arraigada en nuestra España? ¿Qué cosa más bestial, que estimular a un bruto para que despedace a los hombres? ¡Cruel espectáculo! ¡Juego inhumano! ¡Ves, cristiano, a tu hermano, que arrebatadamente despedazado por el toro pierde la vida, no sólo del cuerpo, sino también del alma, (porque comúnmente mueren estos en pecado) y te alegras! ¿y recibes deleite en esta fiesta? ¡Con cuánto desvelo trabajaron los Santos Doctores antiguos, Crisóstomo, Agustino, Ambrosio, y Jerónimo, para que estos espectáculos crueles, inhumanos, y obscenos se desterrasen de la Iglesia! Consiguieronlo; y toda la Cristiandad los arrojó de sí con abominación. Sola España conservó este rito gentilico en daño de las almas. ¿Y no hay quién lo reprenda, y aparte de él? Yo aunque sé que no ha de aprovechar, haré lo que debo, y no callaré en perjuicio de vuestras almas, y de la mía. Así os anuncio, y digo en nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos los que hacéis esto, o lo consentís, o no lo estorbáis, pudiendo, no sólo pecáis mortalmente, sino que sois homicidas, y daréis razón de ello en presencia de Dios, en el día del Juicio, y se os pedirá la sangre de todos aquellos, que en la plaza, o en el camino fueron devorados por esas fieras; y no sólo vosotros, pero también los que ven semejantes fiestas, no, no están del todo seguros de pecado mortal, aunque a estos no me atreveré tan absolutamente a condenarlos; pero muéveme a creerlo aquel decreto de San Agustín en el capítulo *Vident homines*, donde dice así: Van los hombres a ver a los que lidian con las fieras, y se deleitan. ¡Ay de los miserables, si no se corrigieren, que verán al Salvador, y se contristarán!...

¡Oh Bautista Santo! Estos con juegos profanos, piensan, que celebran tu festividad, y la profanan en vez de celebrarla.” El Santo Arzobispo era español, y las fiestas de toros son hoy día de la misma especie, que las de su tiempo.

Ningún católico tiene por lícito el homicidio, o el daño grave del prójimo, aunque fuese un mahometano, por la diversión, no sólo del pueblo de Madrid, pero ni aun del mundo entero; ¿pues cómo se podrá excusar a todos los concurrentes en común, y a cada uno en particular, del influjo moral en los reiterados daños, o exposición a ellos, siendo la causa total, y única la concurrencia de todos, sin la cual es constante que no se expondrían los Toros?

Podrá alguno replicar, que la culpa debe refundirse en las personas que lo permiten, o en los que voluntariamente se exponen; y que supuesto el permiso de los unos, y la voluntad de los otros, no parece hay razón para que los concurrentes sean responsables, o tengan parte en el peligro.

Procedamos de buena fe, y no reduzcamos a controversia esta materia; y pues los ejemplos aclaran más en las moralidades, que los discursos, vaya este ejemplo para que se combine. Supongamos, que el magistrado diese facultad para matar, o exponer a peligro próximo de perder la vida, o recibir grave daño en su persona, a un inocente; y supongamos también, que éste se expone, y ofrece a ello voluntariamente, ¿fuera por eso lícito a muchos, o alguno el matarle, o exponerle?

De hecho ha sucedido ya en el Mundo este supuesto. Entre los antiguos gentiles el magistrado daba permiso para matarse a cualquier hombre, que acosado de calamidades lo pedía. ¿Le excusaría aquel permiso de inhumanidad, y transgresor a las leyes de la Naturaleza? No creo que racional alguno lo piense así.

Mas supongamos, que una multitud, o concurso grande de gentes, se unía a sacrificarle por diversión, o por algún otro motivo, indiferente por su naturaleza, ¿no se imputaría el delito para con Dios a todos, y a cada uno en particular? Es verdad, que aunque faltasen diez, o veinte, o aunque se añadiesen otros tantos, no por eso dejaría de seguirse el mismo efecto; pero quien concurre, concurre: aplíquese ahora el ejemplo.

Acaso se me dirá, que no es tanto el peligro, como yo creo, y que me asusto de poco, atendidas la destreza, y precauciones con que lidian los toreros. ¡Muy buena respuesta! ¿Pues si esto es así, porque a cada instante los vemos expuestos a ser despedazados por el toro, y que sólo se libertan por una especie de milagro? ¿A qué fin, si no hay este peligro, se dirige la providencia de tener prevenida la Santa Unción, y un Sacerdote, que la administre, en las inmediaciones de la plaza? ¿Se nos ocultan por ventura las desgracias que allí suceden? El que saca un brazo roto de esta fiesta, el que pierde un ojo de resultas de ella, la mujer a quien hace abortar el susto, o el tropel, y finalmente los que mueren en este espectáculo bárbaro, todos son objetos que nos representan, y reprenden nuestra crueldad. Todos lo vemos, y todos lo oímos; pero queremos ser ciegos, y sordos, y estimamos más cerrar ojos, y oídos, por contentar una brutal curiosidad, que abrirlos a los gritos de la Religión, y la humanidad.

¿Y qué Cristiano habrá, que no se estremezca de ver que se tenga prevenido un Sacramento en una fiesta gentil? ¿Es posible que se trate así una cosa tan sagrada? Yo no sé con qué autoridad, ni con qué ritual se hace; pero veo muchas personas piadosas, que notan una horrible disonancia, en que la materia sagrada de este Sacramento, y su Ministro, preparado para administrarlo, entren como de corretaje, y aparejo para el servicio de espectáculos tan profanos. ¿Qué dirían si vieran esto los enemigos de nuestra Religión? ¿Y qué les responderíamos, si cuando nos oyen



hablar de la alta dignidad de los Sacramentos, nos rearguyesen con la práctica de hacer servir un Sacramento, como de utensilio para estas fiestas, y tenerlo a la mano para ellas, como las sillas, caballos, rejones, y banderillas?

Pero volvamos al asunto, y su objeto en general, por la parte que mira a la Religión. Todavía se advierten en el otros muchos motivos de abominación. ¡Qué sensaciones pueden excitar en los ánimos la fiereza del toro, la herida del Caballero, y el golpe, que ha sufrido el torero, sino de inhumanidad, crueldad, y furor! La primera vez, que se ve fiesta de toros, o es preciso tener entrañas de pedernal para ser insensibles, o se ha de excitar nuestra compasión. La frecuencia de verlas, endurece el corazón, y hace que familiarizados con la sangre, perdamos el horror, que debía inspirarnos su vista, y casi desconozcamos los sentimientos de piedad. Nada, a mi parecer, pudo ser más horrible, y detestable, que el combate de los gladiadores; y sin embargo los Romanos, acostumbrados a verlo, hallaban en él sus delicias. Un gladiador tendido sobre la arena, cubierto de sudor, y de polvo, teñido en la sangre de cien heridas, y pintada sobre su semblante la rabia, la desesperación, y el encono, era el mayor recreo de aquellos corazones sanguinarios. Que una de estas miserables víctimas de la cruel alegría de los Romanos, diese la menor señal de temor, que se quejase cuando estaba herido, o que pidiese cuartel a su vencedor, eran sobrado motivo para que el Pueblo le llenase de execraciones, y oprobios. "Que muera, (decía) que lo quemén, lo despedacen a azotes. ¡Qué! ¡va con temor al combate! ¡se presenta a los golpes con aire tímido! ¡Cae de un modo, que manifiesta su cobardía! ¡No tiene valor para morir de buena gana!". Los Romanos hablaban en este lenguaje, de que poco, o quizá ninguno bárbaro se hubiera servido. Yo conozco, y he visto en las fiestas de toros a algunos españoles, que me han parecido Romanos. ¡Cuántas complacencias del mal grave del prójimo se oyen en estas fiestas! Ya del que maltrató el toro, sin herirlo, aunque bien estropeado: ya del toro, que se avanzó al tendido,

donde unos por huirle, otros por detenerle, y todos los que están a su alcance llenos de terror, de golpes, y de ahogo, son el juguete, y objeto de diversión del resto del concurso. Familiarizados nuestros ojos, y oídos desde la infancia, recibimos con indiferencia, y aun con risa, estas impresiones, y no llegamos a internarnos en el justo horror, que debiera inspirarnos la misma luz natural en ideas directamente opuestas a todas las leyes de la humanidad, y mucho más a las divinas, y de caridad fraterna, que es la divisa de la Religión cristiana.

La Iglesia ha tenido a bien relajar su disciplina en la santificación de las fiestas, permitiendo se trabaje en diez y ocho, o veinte días festivos, con el fin de que los pobres no estén privados de la labor con que granjean su sustento; pero esta relajación ha quedado inútil, especialmente en Madrid, donde en lugar de veinte días de Fiesta, en que se ha quitado la prohibición del trabajo, se han puesto veinte y cuatro de fiestas de Toros, en que el no trabajar se observa con más exactitud.

Es fuerza confesar, que las Comedias son desgraciadas. Todos han predicado, y predicán contra ellas, y yo también he dado en el asunto alguna pincelada; pero no tengo noticia de que algún predicador haya tomado a su cargo el declamar, como parece justo, contra el abominable espectáculo de los toros. La buena comedia, no sólo es indiferente, sino muy útil, como he procurado probar en algunos de mis Pensamientos. En las fiestas de toros toco mil perjuicios, y no alcanzo de qué modo puedan producir utilidad. Sin embargo, los hombres somos tales, y tan llenos de preocupaciones, que muchas personas temerosas de Dios, que evitan el ir a la Comedia, mirándola como un precipicio, (y con razón, según la tenemos en el día) corren exhalados a la fiesta de toros, como a un recreo el más inocente.

# TOMO QUINTO



## PENSAMIENTO LVIII.

*Sobre los malos poetas.*

*Radamanto, saliendo apresurado:*

Socorro, Rey de los Infiernos, socorro: el Infierno está en peligro de perderse, y vais a quedaros sin Estados.

*Plutón:* ¿Qué novedad es esta, Radamanto? ¿Hay alguna sublevación? *Mercurio, Mercurio:* ¿Dónde estará este ladrón? Que se cierren todos los calabozos, dóblense las centinelas, desátense a Cerbero.

*Rad.:* Que no sirven esos aparatos. El mal no es de esa naturaleza. Ojalá lo fuese; vos tenéis buenas tropas; vuestro hermano Júpiter os prestaría los rayos, y todo se remediaría.

*Plut.:* ¿Pues qué ha sucedido?

*Rad.:* Otro mal mayor.

*Plut.:* Acaba; dilo pronto, y no me tengas suspenso.

*Rad.:* Señor, el Infierno está amenazado de peste.

*Plut.:* ¿De peste? ¡Miserable de mí! Corriendo... al instante... que se llame... *Mercurio:* ¿Dónde está este malvado?

*Rad.:* No se sabe de él; dos días ha que no ha venido con la barca; y Carón no sabe qué se ha hecho.

*Plut.:* ¡Infame!

*Rad.:* Rey de los Infiernos, razón es disculpar al pobre Mercurio. Estos días anda muy ocupado; y quién sabe si habrá ido con algún mensaje a Argos, o a Beocia.

*Plut.:* No será extraño. Pero sepamos de dónde, o cómo ha entrado ese contagio en mis dominios.

*Rad.:* Yo no puedo informaros. Minos fue a examinar esta materia, y él podrá... Pero aquí viene él mismo.

*Plut.:* Ven, Minos: sácame de esta confusión. ¿Qué peste es ésta? ¿En qué consiste? ¿Cómo ha habido descuido en el examen de la sanidad? ¿Qué progreso ha hecho? Vamos, habla. No perdamos tiempo.

*Minos:* Señor, la culpa de este contagio ha tenido Carón.

*Plut.:* ¿Ese maldito viejo? Ya me temía yo que esto fuese cosa suya.

*Rad.:* Está muy anciano, Señor: es solo, y mucha la fatiga que tiene.

*Min.:* Dice muy bien Radamanto. La prisa de los muertos por entrar en la barca es increíble. Parece les ha de faltar tiempo para venir. En la última barcada han venido ciertos poetas. Como éste no es género de contrabando, el pobre barquero no puso dificultad en traerlos. Por desgracia estaban tocados del contagio, que dicen reina de mucho tiempo a

esta parte en el mundo, y han empezado a infestar vuestros Estados.

*Plut.:* Pero aún no me has dicho el género de peste, que han traído: si se podrá encontrar algún remedio para ella, ni qué tanta es la ruina que ocasiona.

*Min.:* La peste se ha descubierto ser de la especie que llaman *de los equívocos*: se ignora el modo de curarla, y el estrago es considerable.

*Plut.:* Y dime, ¿es tan perjudicial esta peste, como me ha dicho Radamanto?

*Min.:* Lo es tanto, que si no se corta, ni vos entenderéis a vuestros vasallos, ni ellos os entenderán, ni podrá haber orden, ni justicia, ni sociedad, y todo será confusión. Estos Poetas todo lo trastornan con su maldito lenguaje; y desde que ellos han venido, no nos podemos averiguar, ni se hace cosa a derechas. ¡En qué se vio el pobre Barquero para que le pagasen el *derecho* del pasaje! Sobre si aquel *derecho* se debía entender por *Derecho* Civil, Canónico, Natural, Escrito, de Gentes, Municipal, o Común; y sobre si un Poeta *zurdo* podía estar obligado a *derecho*, armaron una algarabía infernal, de modo, que tomó a buen partido pasarlos de balde, con tal que callasen.

*Plut.:* Ve tú, Radamanto: envía al punto un recado a mi sobrino Apolo: hazle decir, que le espero en Palacio, y que venga luego, que tengo un negocio de entidad que comunicarle. Ve, ¿qué te detienes?

*Rad.:* Obedezco.

*Plut.:* El, que es Dios de la Medicina, encontrará algún remedio para este mal.

*Min.:* No suceda, Señor, que lo empeore.

*Plut.:* ¿Qué dices, Minos? ¡Empeorarlo! No lo creas: nuestras antiguas discordias por la muerte de su hijo Esculapio ha largo tiempo que están olvidadas; y yo sé que puedo seguramente fiarme de él.

*Min.:* No es esa la causa de mi temor.

*Plut.:* ¿Pues cuál?

*Min.:* Es que todos estos poetas dan a entender, que es Apolo quien les inspira tan ridículo lenguaje.

*Plut.:* ¿Quién? ¿Apolo? ¿El hijo de Júpiter, y Latona? No lo creas, Minos. Un Dios no puede inspirar tales desatinos, aun cuando fuese el mismo Vulcano, que es el más grosero, y rústico de los Dioses.

*Min.:* Lo mismo me parece a mí; y aun es una prueba el ver, que los que no son poetas, y que por lo mismo no pueden pretender la misma inspiración, hablen la misma algarabía, y se estén escopeteando a equívocos.

*Plut.:* ¡Cómo! ¿Con que no son los poetas solos los que usan de ese lenguaje?

*Min.:* No señor: ellos empezaron, y se glorían de ser los inventores; pero son muchos los que los imitan.

*Plut.:* Ya esto es otra cosa. Mientras creí que eran solos los poetas, a decir verdad, no era mucho mi susto. Una dosis más, o menos fuerte de eléboro, nos hubiera sacado de cuidado; pero si el mal se propaga a las demás clases, pide otra atención.

*Min.:* La epidemia, Señor, ha cundido tanto, que el infierno no se conoce, ni las gentes se entienden. Los albañiles, que trabajaban en la habitación antigua de vuestra grandeza,



han tenido que suspender la obra, porque no podían hacer carrera con los peones.

*Plut.*: ¿Han suspendido la obra?

*Min.*: ¿Y qué habían de hacer los miserables? Si pedían *cantos*, les traía un peón un *canto* del Pelayo: otro un *canto* del Ariosto: otro todos los *cantos* de la Araucana; y hubo peones, que vinieron cargados de *canto* llano, y *canto* de órgano. Varios oficiales estaban pidiendo el otro día *reglas*, y allí a presencia mía les trajeron unos las *Reglas*, o Constituciones de varias Ordenes, y otros las cinco reglas de Aritmética; y sobre todo, casi estuve a pique de perder mi seriedad, viendo que un albañil pedía a gritos, y con mucha prisa la *escuadra*, y en vez de dársela, echaron a correr los peones a la marina, dando grandes voces para que viniese una porción de la Armada naval.

*Plut.*: Quizá ellos mismos se engañarían en la doble significación de las voces.

*Min.*: Vuestra Majestad es demasiado bueno. ¿Qué se han de engañar? No señor: ellos saben muy bien, que lo que hacen no tiene conexión, ni relación alguna con las cosas de que se trata. Hácenlo de pura bellaquería, y tienen por amenidad, y gracia estas insípidas bufonadas. A Radamanto, y a mí, que somos sus jueces, nos quisieron persuadir días pasados, que nuestras *varas* no eran *varas* de justicia, sino *varas* de coche; o cuando mucho, *varas* de palio. El inspector de la fábrica de armas, yendo a examinar días pasados el trabajo, encontró que unos oficiales hacían *Aguilas en campo verde*, otros *roeles*, y *jaqueles* otros.

El reo, que días pasados sentenciamos, debía ponerse en *capilla*, según costumbre, y con todo, no hubo fuerzas diabólicas, que pudieran desquiciarle de que no había de entrar allí, sino en una *capilla* de música; y alegaba ciertas coplas, que dicen:

*Cantó* de plano el mulato;  
y viendo lo bien que *canta*,  
luego al instante le dieron  
en la *capilla* una *plaza*.

Los abogados, que se citan para *Estrados*, se van a visitar damas, y dicen que allí están los verdaderos *Estrados*. Si se ve una mujer, que tenga buena mano, no puede decirse que tiene manos hechas a torno, porque al instante hay quien exclame, que serán manos de monja. Así se mofan de cuantas cosas hay; pero qué mucho, si hasta de los *rayos* tremendos de Júpiter se burlan, diciendo que son *rayos* de carrera. Siendo lo peor, que como estos insulsos equívocos cuestan, poco, y hay en los infiernos tantos mentecatos, que se ríen con ellos, y tienen a los que los usan por gentes de mucha instrucción, y entendimiento, no hay quien no quiera hacer papel a tan poca costa, y tan sin trabajo; y así se aumenta el número de mentecatos, que para lucir se valen de estas puerilidades.

*Plut.*: ¿Y no hay castigo para estos bribones? ¡Pues qué! ¿se les ha de permitir que prosigan impunemente en este desorden? No. Yo quiero, y mando, que se castiguen; y si los tormentos, que hay, no son bastantes, invéntense otros nuevos.

*Min.*: Infernal Majestad, estas gentes eludirán todas vuestras providencias; y vuestros tormentos serán inútiles, como lo ha sido el de Ixión, y el de otros muchos.

*Plut.*: No te entiendo, Minos. ¿Inútil el tormento de Ixión? ¿Pues no está dando vueltas, atado a la rueda, a que Júpiter lo condenó?

*Min.*: No señor: que dijo que había sido maldad, y superchería de las Furias el tenerlo de aquel modo; y que la *rueda* en que Júpiter lo condenó a dar vueltas, no era aquella, sino una *rueda* de contradanza, o de seguidillas; y diciendo

esto, dejó su tormento, y se anda por todo el Infierno a caza de bailes.

*Plut.:* ¿Y mis Furias, qué han hecho a vista de tal insolencia?

*Min.:* Bueno. ¡Las Furias! Las Furias no son de provecho desde que los poetas, y equivoquistas las han tomado por su cuenta, que es peor, que si hubieran caído en manos de muchachos. A' noche mismo les hizo un poeta, de sobre mesa, unas coplas de pie quebrado en que trata a una de *Furia* francesa, y a las demás les da otros semejantes epítetos: de modo, que se han ido avergonzadas, y no se sabe dónde paran. Aquí traigo las coplas; y las leeré, si gustáis de oírlas.

*Plut.:* No: déjame por ahora, que harto aturdida tengo la cabeza con tantos desatinos. ¿Pero no es Apolo el que veo allí?

*Min.:* Sí señor. El es, que viene acompañado de Radamanto.

*Plut.:* Seas bien venido, sobrino. Rato ha que te espero, y me tenías con cuidado. Al caso: ¿Sabes para qué te he mandado llamar?

*Apolo:* Lo sé; y si no he venido antes, es, porque me ha sido forzoso atender a ciertas quejas, que las Musas me han dado contra algunos, que se llaman poetas.

*Plut.:* ¡Qué diablos! ¿También anda por allá la misma canción?

*Apol.:* Por todas partes hay abusos.

*Plut.:* Es fuerza que esta mala raza de los poetas se haya

empeñado en hacer rabiar, no sólo a los mortales, sino también a los Dioses.

*Apol.:* Dignaos de tratar con más decoro a los que merecen mi protección, sin confundir...

*Plut.:* ¿Que yo los trate con decoro? ¿Quién? ¿Yo? Pienso que has perdido el juicio.

*Apol.:* Es preciso distinguir los que son verdaderos poetas, de los que sólo tienen el nombre.

*Plut.:* Yo no entiendo de distinciones. Lo que entiendo es, que desde que han venido estos poetas, que Júpiter confunda, hay más desorden, y alboroto en mi Reino, que en un refresco de músicos.

*Apol.:* ¿Pero de dónde sabéis que esos sean poetas?

*Plut.:* ¿De dónde? ¡Buena pregunta! De que todos lo dicen.

*Apol.:* Pues eso no basta. Es preciso examinarlo, y no fiarse de lo que dicen gentes, que por lo común no lo entienden.

*Plut.:* A fe mía que hablas como persona de razón: Me hace fuerza. Examínense, pues. Haz, Radamanto, que vengan al salón de audiencia todos los poetas. Tú, Minos, dispón todo lo necesario; y vosotros, guardias, ocupad las puertas del salón. Entretanto vamos nosotros al cuarto de Proserpina, que acaso querrá divertirse en oír a estos majaderos; y que nos avisen luego que todo esté pronto.

## PENSAMIENTO LIX.

(Continuación del Diálogo antecedente.)

Salón de Audiencia.

*Plutón, Proserpina, Apolo, Minos,  
Radamanto, y Poetas.*

*Plut.:* Haz, Minos, que vayan entrando esos caballeros uno a uno: que salgan por aquella otra puerta; y que al salir los detenga mi guardia. Tú, Radamanto, que los conoces, quédate aquí a mi lado, y veme diciendo al oído sus nombres. ¿Quién es éste, que llega ahora tan puerco, y lleno de tabaco?

*Radam.:* El peor, y más desatinado equivoquista de toda la cuadrilla. El M. L. \*\*.

*Plut.:* ¿Y qué viene leyendo en aquel papel?

*Radam.:* Ciertos versos, que ha hecho a Judas en un certamen; pero oígalos Vm. al mismo.

I. *Poet.:* Rey de los Infiernos, estad atento, si queréis oír unos versos dignos de la misma Lycoris.

*A tomar Judas el grado  
 hoy al vejamen se asienta;  
 venga todo graduado,  
 que es la propina de a treinta,  
 y anda el dinero arrojado.*  
*Después de haber comulgado,  
 a desesperar se arresta;  
 y si a pensarlo he llegado,  
 Judas era mala bestia,  
 pues no le enfrenó el bocado.*  
*Judas cayó en un pantano,  
 y pidió la mano luego;  
 mas un demonio inhumano  
 dijo: No es cosa de juego,  
 para que le demos mano.*  
*Viendo Lucifer, que andaba  
 entre negras ondas mudas  
 aquella alma condenada,  
 preguntó: ¿Qué tienes, Judas?  
 y dijo un demonio: Nada.*  
*Del vil Judas...*

*Plut.:* Anda a pasear con tu Judas, y tus disparates. Quítame de delante ese simplón. ¿Qué tiene que ver el *nadar*, el *bocado*, ni el *juego* con Judas? Entre otro.

I. *Poet.:* Ve aquí lo que se saca de referir primores a quien no los entiende. Con los míos me entierren, pues...

*Aunque brutos, no yerran un cabello:  
 que no discurren; pero dan en ello.*

*Apol.:* Ya se enmienda.

*Radam.:* Aquí tenéis a S.\*\*\*.

*Plut.:* Parece que viene hablando entre dientes.

*Radam.:* Repite ciertas coplas de pie quebrado, que ha hecho a una dama purgada.

II. *Poet.:* *Musa, ponte pedorreras,  
sí es que pródiga me soplas,  
para escribir unas coplas  
pasaderas.*

*Para la Ninfa más bella  
hoy escribo...*

*Proserp.:* Sí: escribe cuanto quieras; pero ve a escribir donde se sufran esas indecencias. ¿Se habrá visto semejante porquería? ¡Una Musa con pedorreras!

II. *Poet.:* Pues bien. Vaya un Soneto, que he hecho al pie de vuestra grandeza.

*Tiene un pie Proserpina, que a medirse,  
tuviera cien mil pies: es sin trasuntos;  
pues quererle contar punto por punto,  
es cuento largo, y no puede decirse.  
En el sólo, si bien llega a medirse,  
se encuentra un regimiento todo junto:  
es tan grande en efecto, que barrunto,  
que delante del Rey puede cubrirse.  
Es puntoso su pie, no como quiera:  
él es un pie disforme: es un pie fiero;  
y él es un pie, que saca el pie del plato;  
Y en fin él es un pie de tal manera,  
que todo lo que digo, y exagero,  
no es, señora, tu pie, ni aun su zapato.*

*Prosep.:* ¿Qué desvergüenza es esta? ¿Dónde estamos? ¿Este insulto se hace a mi pie, y en presencia mía, y esto se sufre? Por vida de Plutón, que se ha de acordar de mí este bellaco. Minos, cuídame de él: Ya me entiendes.

*Min.:* Entiendo, señora, y seréis obedecida.

*Proserp.:* ¡Insolente! ¡Burlarse de mi pie! Yo te aseguro...  
No te has de reír de la burla.

II. *Poet.:* Vaya, hagamos las paces. Esto sólo ha sido una muestra de ingenio.

*Proserp.:* ¡Hacer mofa de mi pie!

II. *Poet.:* No haya más.

*Proserp.:* ¡De un pie, que nadie merece descalzar!

II. *Poet.:* Se acabó. ¡Qué diantres! ¿Ha de durar este sentimiento toda la vida? No más, Reina mía: No más, hermosa Proserpina.

*Proserp.:* Bueno fuera, que quisiera requiebrarme este desastrado.

II. *Poet.:* ¿Desastrado? ¡Oh! Esto es otra cosa.

De sastre, *siendo letrado,*  
hoy tu lengua me dibuja;  
y aunque es oficio de aguja,  
no por eso me he picado.

*Proserp.:* Que calle, que calle: ¿Todavía más versos?

II. *Poet.:* Pues aún no he empezado.

*Plut.:* ¿No? Pues ve a empezar a otra parte, antes que te rompa la cabeza. ¿Se podrá ver descaro como el de estas gentes? No parece sino que toda la vida hemos comido



juntos. Venga otro. ¿Quién es, Radamanto, este pobrete, que se acerca?

*Radam.:* Este es el famoso C.\*\* que según parece, trae un memorial, que presentaros.

### III. *Poeta arrodillándose delante de Plutón.*

*Dueño grande, a quien me inclino,  
como criado fiel:  
este mi vestido indino  
solamente en un molino  
puede hacer ya su papel.  
Mi calzón es un traidor;  
y sin respeto, y temor,  
tanto a ofenderme se arroja,  
que se le mueve la hoja,  
sin voluntad del señor.*

*Plut.:* ¿Pues por qué no la has cosido, en vez de ponerte a hacer versos? Busca quien te remedie, que yo no estoy de ese parecer. No me echaba mala carga, si había de vestir a todos los poetas rotos, y andrajosos.

*Radam.:* ¿No veis, Señor, esta sombra melindrosa, que se acerca? Pues es una poetisa, y de las más famosas. Esta es L. M. D. M. \*\*\*.

*Plut.:* Me alegro mucho de conocerla; ¡pero qué! ¿trae también memorial?

*Poetisa:* No tema Vm. que le molesten mis súplicas. Este papel solo contiene unos versos, que acabo de hacer a cierta dama fea, preciada de hermosa; y los traigo, por parecerme que tienen gracia, y novedad. Dicen así:

*Que te dan de la hermosura  
la palma dices, Leonor:  
la de virgen es mejor,  
que tu cara la asegura.  
No te precies con descoco,  
que a todos robas el alma;  
que si acaso te dan palma,  
Leonor, es porque eres coco.*

*Plut.:* Pues ve ahí que yo, aunque no entiendo mucho de versos, no encuentro en estos novedad, ni gracia, sino muchísima frialdad, y tontería. ¿Ni qué tiene que ver palma con palma, ni el coco de la palma con la fealdad de la otra?

*Poetisa:* Quizá gustarán más estos, hechos a un borracho,preciado de nobleza.

*Porque tu sangre se sepa,  
dices a todos, Alfeo,  
que eres de Reyes, y creo,  
que eres de muy buena cepa:  
Y que, pues a cuantos topas  
con esos Reyes enfadas,  
aun más que Reyes de espadas,  
hubieron de ser de copas.*

*Plut.:* Tan buenos son estos versos, como los otros, y se conoce, que éstos, y aquéllos han sido hechos en una misma turquesa.

*Radam.:* Aquí viene un poeta muy hueco, y erguido; y si no me engañan las señas, es Q.\*\*\*. Sí: él es, y a lo que entiendo, viene repasando los sucesos de un marido paciente.

*IV. Poet.:* *Selvas, y bosque de amor,  
dehesas, sotos, y campos,  
quien os cantaba soltero,  
os viene a mugir casado.*

*De puro casado temo,  
si me escondo, o si me tapo,  
que los que no me conocen,  
me sacarán por el rastro.*

*Conocísteisme pastor,  
conoceréisme ganado:  
tan novillo como novio,  
tan marido como gamo.*

*Bien puede ser que mi testa  
tenga muchos embarazos;  
mas de tales cabelleras  
no se ven maridos calvos.*

*Trueco mi consentimiento  
por doblones muy doblados;  
y se los quito tan gordos,  
si me los ponen tan largos.*

*Pros.:* Vaya en hora mala el poeta, tan indecente, y obsceno, como contrahecho. No me admira su osadía de poner al público semejantes versos, sino la paciencia, y sufrimiento de Plutón. Quítese de mi vista.

*Min.:* Ha hecho Vm. muy bien en interrumpirle, porque si no, hubiera oído cosas peores. Yo he visto todo este romance, y otros del mismo poeta, que a la verdad son abominables.

*Plut.:* ¿No hay más poetas?

*Radam.:* ¡Bueno por cierto! Ni en todo lo que falta de este día habría bastante lugar para decir sólo sus nombres. Están en quimera sobre quién ha de entrar.

*Plut.:* Ya me voy enfadando; y si no se dan prisa a venir, se acabará la Audiencia.

*Radam.:* Aqué llega ya uno muy almibarado, y a mi parecer es J.P. \*\*.

*Plut.:* Pues que despache pronto.

V. *Poet.:* Seré breve. Vaya una décima a un borracho, que hace versos.

*Señor Alonso Escudero,  
si mandáis para el Parnaso  
alguna cosa de paso,  
hoy se parte un mensajero.*

*Mas vos iréis más ligero,  
que aunque es áspero Elicono,  
subirá vuestra persona,  
como tan veloz, y activas  
que por una cuesta arriba  
mejor camina una mona.*

*Plut.:* Borracho y Mona, eso sí que es entenderlo. Vaya, que te has portado. Anda a repetirla a tus compañeros antes que se te olvide. Otro poeta tenemos ya en campaña.

*Radam.:* Este es el célebre S. \*\*.

VI. *Poet.:* Oigase una moralidad burlesca a la rosa:

*Viene Abril; ¿y qué hace? en dos razones:*

*Viste a un rosal de hojas, que ha tejido.*

*Plut.:* Ve aquí un hombre, que parece de razón.

*Apol.:* Aún no ha acabado.

VI. *Poet.*: Digo, pues:

*Viene Abril; ¿y qué hace? en dos razones:  
Viste a un rosal de hojas, que ha tejido;  
y luego toma, y dice: Este vestido  
tiene oja-les; pues démosle botones.*

Dáselos, y...

*Plut.*: ¿Ojales, y botones ha dicho? ¿Quién ha oído extravagancia semejante? Este no debe ser poeta, sino sastre. ¡Ojales a la rosa!

VI. *Poet.*: *¿Si esta pintura al auditorio aflige,  
habrá más que ponella ahora un dije?*

*Plut.*: Lo que yo te digo es, que te marches de aquí, y sea pronto; porque si me enfado, no lo has de pasar bien. ¿No eres tú el que quiere ojalar las rosas?

*Radam.*: Muy arqueado de cejas, y obscuro de palabras llega un poeta, que tuvo la habilidad de escribir de modo que nadie lo entienda. Este es el afamado G.\*\*\*.

*Plut.*: Diga alguna cosa; pero con calidad de que no necesite comento.

VII. *Poet.*: *Al corral salió Lucía,  
y Lucía en el corral,  
echó al Sol, como el Sol mismo  
todo su parti-cular.*

*Plut.*: ¡Que no tenga yo aquí mi cetro para romperle a este las costillas! Vaya de ahí el puerco desatento, y acábese la audiencia, que me falta ya el sufrimiento para tanta

grosería, y necesidad. ¿Y hay quién celebre esto, y quién pueda reír con necedades tan miserables, y fastidiosas? ¿Y esto es ser poetas?

*Apol.:* Ahora vais a desengañaros. Haced que vengan aquí todos los poetas, y permitidme que yo los examine.

*Plut.:* Sí: me conformo. Entren todos. Examíalos; y aun, si es menester, te hago su Juez; pero con la condición de que me los condenes a galeras.

*Apol.:* Fuera demasiado rigor.

*Plut.:* No hay rigor que valga. Bien parece que no conoces a esta gente, ni el furor que tienen por estos frívolos, y ridículos equívocos. Por aprovechar uno no repararán en la más fea obscenidad, ni se detendrán en decir una insolencia a los mismos Dioses.

*Proserp.:* Y si no, dígalo la pintura de mi pie.

*Los Poetas van entrando en el Salón.*

*Apol.:* Ya viene aquí toda la caterva. Idme respondiendo. ¿Cuál es vuestra Patria?

*Todos los Poet.:* El Parnaso.

*Apol.:* ¿Vuestro domicilio?

*Todos:* Las orillas de Helicon.

*Apol.:* ¿Vuestra parentela?

*Todos:* Apolo, y las Musas.

*Apol.:* ¿Y conocéis a Apolo?

*Todos:* Como que continuamente le tratamos, y es nuestro Padre, nuestro Protector, y quien a todas horas nos inspira, e infunde el furor poético.

*Apol.:* ¿Habéis reparado si está en la sala?

*Todos:* No está seguramente.

*Apol.:* Miradlo bien.

*Todos:* Que no está decimos.

*Un Poet.:* Creo haber visto en un tapiz la fábula de Daphne, y allá entre las *sombras*, y lejos del País, uno que creí ser Apolo; pero no es él, ni su *sombra*.

*Apol.:* Pues ved ahí como sois unos impostores. Yo soy el mismo Apolo, y no me habéis conocido.

*Todos:* ¿Vos sois Apolo?

*Plut.:* Sí, sí: Apolo es, y habéis caído en la trampa. Ahora, sobrino, la sentencia, antes que se enfríe; y fuerte: no te andes con piedad. Sobre todo, quítales las licencias de hacer versos con equívocos.

*Apol.:* ¿Acaso los hacen con permiso mío? A mi despecho usan de esa extravagancia, y a pesar mío la continuarán. Yo soy un Dios a quien ya no se invoca.

*Plut.:* ¿Con que, según la cuenta, a ninguno conoces, ni has inspirado?

*Apol.:* A algunos conozco, y he favorecido en ciertos versos; pero los que han referido, y otros semejantes, los han hecho sin mi noticia.

*Plut.:* Bueno. Pues a la sentencia: Te doy todas mis facultades.

*Apol.:* Usando, pues, de ese permiso: Fallo, que &c.&c. los unos aprueben, y alaben los versos de los otros.

II. *Poet.:* ¿Quién? ¿Yo había de aprobar el romance del marido paciente? Antes quisiera sufrir triplicado el tormento de Sísifo.

IV. *Poet.:* ¿Y yo había de aplaudir los desatinados versos del certamen? No, con salud que Apolo dé a mi *Parnaso*.

I. *Poet.:* No me faltaba otra cosa, que dar mi aprobación a una *Musa* con *pedorreras*.

*El alboroto, que hicieron los poetas  
insultándose fue tal, que Plutón  
los mandó echar a empellones  
de la sala.*

*Min.:* No sería maló, pues Apolo está aquí, que reconociese el cuartel de los poetas, que escriben en culto, y de los que hacen acrósticos, pentacrósticos, ecos, paranomasias, etc.

*Plut.:* Tú debes de creer, que los Dioses somos de bronce. Algún día, que Apolo venga despacio, se podrá hacer esa diligencia.



## PENSAMIENTO LX.

### *De las variadas opiniones sobre lo que es la felicidad.*

No hay cosa más natural al hombre, más inseparable de su voluntad, ni en que con más uniformidad convengan todos los individuos de la especie humana, que el deseo de ser felices; y sin embargo, apenas se encontrará materia alguna, en que se haya notado más diferencia, y aun oposición, que en la idea, que los hombres se han formado de la felicidad, y en la variedad de sendas, que han señalado para llegar a ella. Aristóteles imaginó, que sería sumamente feliz el hombre, que cumpliese en todos sus puntos las funciones de la vida racional: Aristipo, y los Cirenaicos colocaron esta felicidad en la posesión de los deleites puramente sensuales: Euclides en una constancia siempre igual, e inalterable: Herilo en la ciencia: los orgullosos Estoicos en la sola virtud, sin relación, ni respeto alguno a la naturaleza; y en fin, para evitar una prolija relación de los extravíos de la razón humana, baste saber, que en tiempo de Varrón se contaban ya doscientas ochenta y ocho opiniones sobre la naturaleza del supremo bien, o la suma felicidad del hombre.

Pero no debe admirar esta diversidad de dictámenes en aquellos Filósofos. Un filósofo cristiano no puede vacilar en la idea de la suma felicidad, que le enseña, y pone delante a cada paso su religión; pero los gentiles, a quienes

faltaba esta luz viva de la fe, y gobernaba la pasión, la costumbre, o el deseo de singularizarse, no era extraño que errasen más, o menos groseramente, según la fuerza de su espíritu, o de su inclinación; y que destituidos de una esperanza, en que fundamos nosotros toda nuestra dicha, quisiesen hacerse ilusión para suavizar el desconsuelo de un círculo tan breve a que reducían el verdadero bien. Lo que me parece más notable es, que entre tantos objetos, como aquellos filósofos creyeron capaces de fijar en ellos la dicha, y la felicidad humana, no hubiese alguno, que la hiciese consistir en el placer de ser benéfico con los hombres, que sin disputa es uno de los gustos, y placeres mayores, y más legítimos de la vida, y será el asunto de este discurso.

Si reflexionamos, que Dios ha colocado en este mundo unas criaturas, no sólo semejantes a nosotros, sino también de una misma naturaleza, y moralmente iguales: que en los corazones de todos ha grabado cierta propensión a vivir en sociedad, y que ha ordenado sus providencias con tal economía, que un hombre no puede subsistir, ni conservarse sin el socorro de sus semejantes; inferiremos, que Dios, nuestro Criador, y Padre común, quiere que cada uno de nosotros observe por su parte cuanto conduzca a mantener esta sociedad, promoverla, y aun hacerla igualmente agradable a todos los individuos de la especie en cuanto penda de nuestro arbitrio, y facultades: y por una legítima deducción sacaremos también la natural, y precisa obligación de concurrir por nuestra parte a los designios de Dios, siendo compasivos, caritativos, y benéficos con nuestros semejantes, y practicando en ellos los oficios, que inspira la humanidad, y son necesarios para la conservación de la especie humana, y para su progreso, y felicidad. ¿Pero qué necesidad hay de considerar estos dignos empleos bajo el título de obligación, y deber? ¿Dónde está el corazón duro, e insensible, a quien sea forzoso imponer precepto, para que socorra al huérfano impedido, o a la viuda desolada? Si hay algunos, que miren con cruel indiferencia estos tiernos espectáculos, no hablo con ellos. Con los corazones bien nacidos hablo: con aquéllos,

cuyo amor propio es bastante ilustrado para conocer sus verdaderos intereses, y cuyas entrañas no están hechas para avergonzar a la humanidad.

Hay virtudes de tal atractivo, que, cuando en el mundo no se conociese Religión alguna, y cuando los hombres careciesen de toda noción de castigo, y de recompensa, deberían siempre encontrar pechos en que residir, porque siempre habría hombres, que prefiriesen la interior satisfacción, que aquellas dejan, a todos los placeres de los sentidos: y por esta regla creo que la virtud de la beneficencia no sería de las que más tardasen a cultivarse.

La beneficencia puede considerarse con muchos respetos; pero aquí sólo trataremos de los dos más principales, de quienes casi todos los demás se derivan: la beneficencia del hombre, y la del ciudadano.

Todos los hombres, como queda dicho, deseamos ansiosamente ser felices en esta vida; pero casi todos corremos tras una sombra, que aunque de lejos tiene visos de felicidad, nos deja burlados al fin de la carrera. ¿Qué busca el ambicioso, el avaro, el relajado, sino su felicidad? Este es sin duda el ídolo a quien sacrifica; ¿pero la encuentra? ¿Queda tranquilo el corazón del ambicioso, cuando ha logrado lo que solicitó con tanto afán? ¿No desea ya más bienes el avaro, que pasa las noches desvelado sobre el cofre, en que guarda sus tesoros? ¿Los deleites sazonados de mil diferentes modos dejan sosegado el espíritu del voluptuoso? ¡Ah! que nos engañamos. Nada de esto es capaz de satisfacer al corazón humano, ni es este el camino de encontrar la felicidad. Por otras sendas hemos de ir, si queremos hallarla; y una de ellas es el ser benéficos con los hombres, que son nuestros hermanos, nuestros compañeros, nuestros amigos, y con quienes nos son comunes la naturaleza, las facultades, las necesidades, y los deseos.

Los que aspiran a la felicidad por el camino de inmortalizar sus nombres, y los que la fundan en tener dominio sobre los corazones, ¿de qué medios se valen, si ignoran, o no practican el único seguro medio del beneficio? Los hombres somos vanos, y avaros, y apenas el reconocimiento puede someter nuestra voluntad, y hacernos derramar incienso de alabanzas. ¿Qué noticia tuviéramos hoy de Júpiter, ni de Osiris, si los beneficios de que el uno colmó a Creta, y el otro al Egipto, no les hubieran adquirido una gratitud, que degeneró en culto supersticioso con el discurso de los tiempos? Para pasar por grande entre los hombres, es forzoso serles útil. Los talentos, los títulos, los nombres, que hace respetar una larga serie de sucesos brillantes, y que pudieran inspirar superioridad, son nada, desde que no conducen a nuestro bien; y antes excitan la envidia, que el aplauso.

Pero aun sin recurrir al interés de las aclamaciones, y la superioridad, ¿qué placer hay que iguale al de ser benéfico, ni qué premio, que pueda compararse con el gozo, y la interior satisfacción de socorrer al infeliz? ¿Qué hace tolerables los afanes, desvelos, y continuos cuidados del Trono, sino el poder de hacer gracias? Pocos atractivos tendría para los príncipes, y poderosos su grandeza, si hubiesen de estar reducidos a gozarla solos. Hágase de las riquezas el uso que se quiera: empléense en profusiones, en fausto, en deleites, o en caprichos, y dígnanos luego los que hayan hecho la experiencia, si jamás alguna de estas cosas ha dejado en sus corazones una sensación tan dulce, y agradable, como la que experimentan cuando tienden sus manos generosas al afligido. Los Soberanos imponen leyes, y mandan a los hombres: ¿son por esto felices? No por cierto. Estas son las cargas, no los agrados de la soberanía. Habitan magníficos palacios; ¿pero reside en ellos el placer? Al contrario: son vastos desiertos, en que el cuidado, y los negros disgustos vienen a acompañar al dueño: están rodeados de mil criados obsequiosos, y tienen en ellos otro tanto número de testigos, y fiscales de sus acciones, que

serven más bien de sujeción, que de pompa: pueden procurarse mil placeres, y éstos les dejarán cansancio, y saciedad, sin dejarles contento. Pero si su curiosidad discreta penetra hasta los senos más ocultos de la miseria: si sus manos, llenas de generosidad, están abiertas para el necesitado, que implora su socorro: si saben ser ingeniosos para hallar recursos a la ajena calamidad, y hacer dulce la vida a los que tal vez gimiendo bajo el peso de sus infortunios, están mal contentos con su existencia, entonces sí que gozarán de toda la dulzura de su estado, y del único privilegio, que lo hace envidiable. En el fausto, y aparato, de que están rodeados, hallan los otros su recreo; pero nada siente el corazón de quien los posee. Son un vestido, cuya riqueza, y hermosura admira a cuantos lo ven, mientras el dueño, a quien no abriga, sufre las incomodidades del frío. Los honores, y las grandezas traen consigo muchas amarguras: la beneficencia las suaviza.

Esta virtud, que en algún modo nos hace semejantes al Criador, es la que puede llenar el corazón del hombre en lo humano. ¡Hacer bien a otros! Miserable corazón, el que no conoce lo que esto encierra. Aquí se incluye casi cuanto bueno se puede decir del hombre. Grande, noble, caritativo, generoso, magnánimo, piadoso, compasivo, discreto: todo esto, y mucho más tiene en sí el que es benéfico. A esta virtud siguen, como ligados, los verdaderos placeres, y la sólida gloria, o por mejor decir, en ella se contienen. No adquirió Timoleón la fama inmortal, que acompaña a su nombre, por su valor, por su prudencia, ni por ser de la primera nobleza de Corinto; ganóla sí por su beneficencia, sacando a los siracusanos de la opresión en que gemían, arrojando los tiranos, que tenían esclavizada la Sicilia, y socorriendo con entrañas de padre las miserias de aquellos moradores. Pero en cambio de estos beneficios, ¡qué tributos de reconocimiento no adquirió aquel magnánimo corazón! La pública confianza, el amor común, no haber tratado de paz, establecimiento de ley, partición de tierras, ni reglamento de policía, que fuesen agradables a los Pueblos, si

Timoleón no les ponía el sello con su aprobación; y sobre todo, la satisfacción de ver tantas ciudades, y tantos millares de hombres, que le debían su reposo, y su felicidad, ve aquí una parte de los frutos, que sacó aquel héroe de su beneficencia.

Y no hay que imaginar esta virtud reservada solamente a los príncipes, a los héroes, y a los poderosos. Apenas hay hombre, que no pueda ser útil a su semejante. La naturaleza, que imprimió en el espíritu de los hombres el deseo de vivir juntos en sociedad, y ordenó, que no pudiese ser agradable nuestra vida sin los mutuos socorros de los individuos, a ninguno privó absolutamente de facultades para esta contribución. Así el rico puede ser benéfico, respecto del pobre con su hacienda, y éste respecto del rico con su servidumbre. Si el acomodado socorre la indigencia del filósofo, también éste le recompensa ventajosamente el beneficio con sus luces. Consejos, bienes, influjos, avisos, esfuerzo, benignidad, y hasta la estéril compasión, todo es útil en este comercio.

Y si es tan agradable, y tan debido el hacer bien a los hombres de cualquier País, o religión que sean, porque con todos tenemos la relación de hermanos, y de hechuras de un mismo Criador, ¿cuánto más dulce será la beneficencia, que tiene por objeto a los que han nacido a nuestros ojos, que viven en nuestro clima, siguen nuestra religión, hablan nuestro idioma, observan nuestras leyes, y costumbres, sirven a la sociedad, y entran a componer el todo de la Nación? ¿Qué deleite igualará jamás al de ver nacer, y criar los hijos de aquel pobre infeliz, a quien se extendió una mano compasiva? ¿Y al de reflexionar, que sin aquel socorro acaso se hubieran quedado en el número infinito de las criaturas posibles, y que en cada uno de aquellos inocentes nos debe el Soberano un vasallo, la especie humana un hombre, y la religión un fiel?

Pero no consiste todo en ser benéficos. El modo de serlo

tiene sus reglas, y la observancia de éstas contribuye a hacer agradable el beneficio, y a que tal vez un socorro no cueste el mismo rubor, que pudiera una injuria. ¿Qué tiene que agradecer el necesitado, a quien antes de socorrer su indigencia le ha hecho salir mil veces al rostro los colores, ni a quien en vez de dar el pan, parece que lo arroja? Muchos son los que se quejan de haber hecho bien a ingratos, y acaso son poquísimos los que se quejan con razón. Son muy raros los hombres que saben sazonar un beneficio; y aun por eso Anacarsis, de vuelta de la Grecia, decía al Rey de los seítas, que sólo los lacedemonios poseían el secreto de hacer los beneficios con un modo gracioso, y agradable. ¡Cuántos desahogan su mal humor con pretexto de dar un consejo! ¡Cuántos creen, que el hacer una gracia les da derecho de tratar con rudeza al que la recibe! ¡Y cuántos se valen de la noticia, que les da el que llega a sus puertas, no para remediar su aflicción, sino para insultarlo con palabras duras, y recuerdos, o reflexiones intempestivas! ¿De qué pueden éstos quejarse, sino de su falta de humanidad? ¿A quién acusarán, sino a su dureza?

Lejos de nosotros estos corazones insensibles, y fieros; estas entrañas sin misericordia, en quienes no encuentran un abogado la ajena calamidad. Lejos también estos beneficios mercenarios, que tienen por objeto la gratitud, y de costo la importunidad, o el rubor. Lejos, digo otra vez, esas *gracias ingratas*, como dice Ausonio, de que siempre se hace memoria con disgusto, y que dejan en el corazón amargas reliquias. Que nuestros beneficios lleven consigo señales de humanidad, y haya motivo de estimar aun más la alegría, la prontitud, y el agrado con que se haga, que el mismo beneficio. Que el poderoso socorra al necesitado con la misma bondad con que quisiera ser socorrido, si se hallase en su situación. Que sus beneficios, como un rayo de luz amable, y no esperada, penetren hasta lo más profundo de los calabozos a hacer conocer, que todavía hay humanidad sobre la tierra; y en fin, que el miserable, que llegue a depositar en su seno el peso de su vergüenza, y de su

miseria, halle alivio para la indigencia, y secreto para el honor.

Creo no poder concluir mejor este Discurso, que poniendo a la letra la Carta siguiente de Plinio el Menor, que puede servir de lección del modo de ser benéficos.

*Plinio a Quintiliano:*

Conozco muy bien vuestra modestia, y sé, que habéis educado a vuestra hija en las virtudes correspondientes a hija de Quintiliano, y nieta de Tutilio. Sin embargo, casándose ahora con Nonio Celer, hombre distinguido, y a quien sus cargos, y empleos imponen cierta necesidad de vivir con esplendor, será preciso, que proporcione su tren, y adornos a la clase de su marido. Esta pompa exterior no aumenta nuestra dignidad; pero le da más lustre. Vos sois riquísimo de bienes del alma, y no tanto como debíais de los de fortuna. Por esto tomo a mi cargo una parte de vuestras obligaciones; y en calidad de segundo padre, doy a nuestra querida hija cincuenta mil sestercios \*; limitándome a esta cantidad, por estar persuadido a que sola la mediocridad del presente, podrá obtener de vos que lo recibáis. A Dios.

He hablado en este Pensamiento de la beneficencia del hombre: en otro se tratará de la del ciudadano.

---

\* *Veinte mil reales.*



## TOMO SEXTO



## PENSAMIENTO LXXIII.

### *Sobre la ociosidad.*

Entre todas las pérdidas, que pueden tener los hombres, ninguna es tan irreparable como la del tiempo. La hacienda perdida, la salud, y aun la honra, pueden recuperarse: el tiempo pasado no volverá jamás. ¿Quién creyera, que siendo el tiempo una cosa tan preciosa, y la reparación de su pérdida tan imposible, tuviésemos casi todos tan poco cuidado de distribuirlo con economía, empleándolo de un modo digno, y útil? Sin embargo, esto es lo que generalmente sucede. El tiempo llega, y desaparece, sin dejarnos más utilidad, que la que saca un avaro de un pedazo de oro, a que no toca. El discurso de nuestra vida no se puede contar por el uso que hemos hecho del tiempo, sino por el número de los años; como el dueño de una heredad, que no se cultiva, no puede contar el valor de ella por los frutos que produce, sino sólo por la extensión del terreno. Somos pródigos de la única cosa en que la avaricia puede ser virtud, y procedemos como necios, e insensatos.

Si se fuese a examinar a hombres, y mujeres, en orden al empleo de su tiempo, y se les diese crédito, nadie habría, que pasase su vida en la inacción, y todos podrían contar ocupadas las veinte y cuatro horas del día; pero que estas ocupaciones llegasen a pesarse en el peso del juicio, y la razón: entonces se vería como el mayor número de gentes

pasan su vida en una ociosidad laboriosa. El hombre que emplea todas sus horas entre el paseo, el juego y las visitas; y la señora que ocupa las suyas en consulta con el espejo, y en continuo ejercicio con el abanico, pueden pretender que se les cuenten estos ocios como ocupación; pero la razón no pasará por esto, y dirá alta, y firmemente, que es una ociosidad vergonzosa, y que la ociosidad no se evita, entregándose a ocupaciones frívolas, y ridículas, peores que la misma ociosidad.

“Hay ciertas criaturas (dice un autor) llamadas hombres, y dotadas de un alma espiritual, que emplean toda su atención, y casi todo el tiempo de su vida en aserrar mármol; ocupación harto pequeña, y miserable para unos entes dotados de razón; pero hay otras entre estas mismas criaturas, que se admiran de ver a aquellas empleadas tan bajamente, siendo ellas del todo inútiles. Aquéllas hacen poco, y éstas hacen menos.”

No es muy considerable empleo el de un hombre ocupado en aserrar una piedra, o un madero, ni el de otro dedicado a pasar, y repasar un ladrillo sobre otros, para pulirlos; ¿pero Domiciano en las horas que se dedicaba a cazar moscas, el que se aplica a hacer equilibrios, y otros, de quienes se puede decir con Luciano, que se destinan a medir la extensión del salto de una pulga, se emplean mejor? Aquéllos se han reducido, o los ha reducido la necesidad a una esfera, en que les es propia aquella ocupación, y con ella sirven al público, y adquieren su subsistencia: éstos, ni sirven al público, ni a sí mismos; y al paso que guardan con afán el dinero que adquieren, pierden gustosos un tiempo más precioso que todos los tesoros.

Cicerón dice, que los hombres, que no se ocupan en alguna cosa considerable, no merecen ser contados entre los vivientes; y entre las leyes, que Solón tomó de los egipcios, y dio a los atenienses, había una, que no sólo

obligaba a todos, sin excepción de persona, y con pena de muerte, a dar cuenta de su ocupación, sino que daba también facultad a cualquier persona para acusar jurídicamente a los que empleaban mal el tiempo. Esto debió engendrar en los atenienses la loable costumbre de emplear útilmente su tiempo; y yo no sé cómo otros Legisladores, que previendo los funestos efectos de la disipación de la hacienda, prescribieron reglas para impedirla, olvidaron las concernientes a atajar la disipación del tiempo, que en mi concepto es más nociva.

Todo esto me hacía desear, que los hombres se dedicasen a tener un diario exacto de sus acciones, para que en él viesen cómo el tiempo se les huía de entre las manos. Procuré persuadir a varias personas de ambos sexos a hacer este ensayo, y algunas me habían ofrecido practicarlo; pero habiendo pasado mucho tiempo, no esperaba ya ver cumplida su promesa, cuando cierto sujeto, empleado en una oficina, me envió un diario de su vida. Es largo, y solo copiaré aquí una semana.

"*Domingo 11 de Enero. Me levanté a las nueve. Viento Norte. De nueve a nueve y media tomé chocolate, y me lavé. Me estuve a la copa hasta las diez, que vino el peluquero. Dice, que la viudita de la calle de Alcalá va viento en popa con su galanteo. Salí de casa a las once. No se ha mentido de provecho en la Puerta del Sol. Esta tarde se representa: El Montañés en la Corte, y También hay duelo en las Damas. Hice cuatro visitas. No sé qué diantres tiene hoy Doña Agustina, que me ha puesto mala cara; pero ello se pasará. En la calle del Reloj me han dicho, que no estaba en casa la señora: será mentira, porque el coche del cortejo estaba en la callejuela. Misa en el Buen Suceso a las dos. No estuvo cierta persona, y me temo, que no van bien los negocios del Marqués. Comí a las dos y media. La comida estaba fría, y salada. Desde que la cocinera tiene cortejo, no hace cosa de provecho. Será preciso despedirla. Fui a ver la Comedia del Montañés. Muy tonto es Don Laín, muy pesado,*

y sin gracia. Tertulia a las siete. Han venido abanicos de Biombo, que son de nueva moda. Van muy caros. Luego que el Mercader haya bajado la cólera, compraré uno para Doña Agustina. Entretanto diré que no se encuentran. Vine a casa a las once. Mientras se disponía la cena, leí un poco en *la Garduña de Sevilla*. Autores como el de esta obra necesitamos en España, y no los de esta era, que ni enseñan, ni divierten. Cena a las once y media. Van a dar las doce, y me voy a acostar.

"*Lunes 12.* Me levanté a las ocho y media. He dormido bien. Sigue el viento Norte. Tomé chocolate. Me lavé las manos; pero no el rostro, porque el agua estaba muy fría. A las nueve ha venido el peluquero. No ha traído noticias. Día de barba, y el barbero no ha aparecido: mañana llevará su reprimenda. A las diez entré en la oficina. Vieja moda, de los *Ayrones* renovada. Escribí una carta para el parte, y me corté las uñas. Salimos a la una. Visita ordinaria. Vine a casa a la una y media. No es vida esta para llegar a viejo. Dominguillo no tarda ya tanto en los recados. A las dos me puse a comer. El vino se ha torcido. Siesta hasta las tres. De tres a cuatro y media he dado una vuelta al paseo del Pardo. El aire se ha puesto al Nordeste. El cochero del Marqués de S.\* estaba borracho. Volví a casa a las cinco a mudarme zapatos, y tomar la capa. Tertulia a las siete. Estos días estoy desgraciado en el juego. Cinco veces me sacaron el caballo de copas en última. Se ha tratado de las virtudes del chocolate, y de los helados. Trebejo, el perrito de Doña Teresa, está malo. No vino Don Jaime, y hemos carecido de noticias. Me retiré a las once. La cena estaba quemada, y he reñido mucho. Ahora son las once y media. Me voy a la cama, y leeré hasta que me venza el sueño. *Nota.* No he podido averiguar de qué vive el vecino del número 10. Esta averiguación queda para mañana.

"*Martes 13.* Me levanté a las ocho. He dormido muy mal. De ocho a nueve me limpié la dentadura, tomé chocolate, y me peiné. La novia no está muy contenta, según

me ha dicho el peluquero. Reñí al barbero por su descuido de ayer. Hice pegar un botón de la casaca. De nueve a diez conversación con la vecina del cuarto principal. A las diez y media entré en la oficina. La Gaceta no trae cosa particular. Muchos días ha que no se habla del Príncipe Heraclio, y estoy con cuidado. Discurso de Don Gregorio sobre el estado actual de Polonia. He tajado las plumas. De una a dos y media visita ordinaria. Disputa con Doña Agustina sobre el color de aurora. Comí a las tres. La comida desabrida, y ha olvidado echar tocino en la olla la cocinera. La he despedido. A las tres y media a tomar el sol a Palacio nuevo. De cuatro y media a seis jugué a los trucos. De seis a siete tres visitas. Peste hay de cortejos. A las siete a la tertulia. El nuevo Gran Visir durará poco, según parecer de Don Jaime. Cuestión sobre si la Sultana valida es de Circasia, o de Georgia. A las once a casa. Tomé chocolate. Leí una jornada de *el Asombro de Turquía*. ¡Qué de disparates! Di cuerda a mi reloj, y me quedé dormido.

"*Miércoles 14.* Viento Oeste. Lo ordinario hasta las diez dadas, que entré en la oficina. Poca conversación. Escribí una carta, y salí a la una reventado. Visita de obligación. Mi cortejo me alabó mucho ciertos cortes de bata de última moda. Híceme sordo. Retiréme a la una y media. Un hombre alto con vestido de color de pasa me preguntó en el camino, si habían venido besugos. Comí a las dos. Hice una siesta bastante larga al brasero. No salí en toda la tarde, esperando la lluvia, que anunciaban el almanaque, y el pronóstico. No llovió, y perdí una muy buena tarde. *Nota.* Que no he de creer más en pronósticos, ni almanaques. Tertulia de ocho a once. Cena a las once y media. Mi criado estaba medio dormido, y rompió dos vasos, y la botella. Me acosté a las doce dadas.

"*Jueves 15.* Levantéme a la hora de ayer. Lo ordinario de chocolate, barba, y peinado. No ha habido oficina. De diez a once estuve al balcón con la bata nueva. Dos mujeres de la callejuela de enfrente me parecen muy sospechosas. De

once a doce oí disputar a varios críticos en la librería de Orcel. El caballero R.\*\*\* está impaciente porque llegue el tiempo de los guisantes. A las doce fui a ver a mi cortejo. Me hizo quedar a comer. Hablóme ampliamente de batas, y yo le referí varias particularidades de los Viajes de Fernán Méndez Pinto. De tres a cuatro y media al Retiro a tomar el sol, y ver los leones. Perdí una piedra de las hebillas. De cinco a siete visitas. Mucha ociosidad hay en Madrid. De siete a once, tertulia. He dado dos rebesinos. A las once y media a la cama.

"*Viernes* 16. Me levanté a las ocho. Lo ordinario de chocolate, y peinado. Mi peluquero dice, que ha de haber grandes novedades. Temo que mienta tanto como el pronóstico. Vestíme. Camisola mal planchada. De diez a una oficina. Visita de una a dos. Compré una bola de jabón en casa de Geniani. Los extranjeros nos llevan el dinero con frioleras. Los chicos del cuarto principal no me han dejado dormir la siesta. A las tres al paseo del Pardo. Encontré a Don Luis, y hablamos mucho de Constantinopla. Billar hasta las siete. De siete a once tertulia. Mi reloj se ha parado. Desde la tertulia a casa he perdido la bolsa del pelo. Cena a las once y media, y de allí a la cama.

"*Sábado* 17. Me levanté a las ocho. Viento Noroeste. Chocolate, barba, y peinado, lo común. Pienso mudar de Barbero, porque no me trae noticias. He recibido cocinera. De diez a una oficina. He doblado papel para cuando tenga que escribir. Se cree, que el Gran Señor enviará un día de estos el cordón al Gran Visir. Disertación de Don Domingo sobre los intereses de la Rusia. He cobrado mi mesada. Visita ordinaria. Comí a las dos. Mi nueva cocinera ha hecho su fregado al son de unas malditas seguidillas, que no me han dejado dormir. Es menester poner remedio. *Nota.* Ya está averiguado lo perteneciente al vecino del número 10, que me tenía inquieto. De tres a cuatro a Palacio nuevo. A las cuatro a la extracción de la Lotería. No me ha caído nada. Visitas hasta las siete. Doña Juana se



ha echado un nuevo mueble: temo que no le dure. De siete a once tertulia. Se ha murmurado medianamente. Me he mojado bien al retirarme. He cenado en la cama, y voy a dormir."

Dejo a mis lectores el juicio que debe hacerse de este diario. Si vinieren otros, diré mi parecer.



## PENSAMIENTO LXXXI.

Ha crecido tanto, después de mi resurrección, el número de personas, que gustan de asociar a los míos sus Pensamientos, que si hubiera de dar al público todas las cartas, que recibo, no me quedaría más ejercicio que el de revisor de pruebas de la prensa. Algunas tratan de asuntos reales, que sería imprudencia darlas al público, y éstas jamás verán la luz. Espero que sus autores no se ofendan de este silencio, hechos cargo de que siendo yo responsable de cuanto hago imprimir, habría mucha injusticia en querer me exponga, por darles gusto. Las demás irán saliendo poco a poco, pues no se acomoda mi genio a ser Pensador ocioso; y vaya ahora la siguiente.

*Señor Pensador.*

Parece que Madrid le lleva a Vm. toda la atención; pues apenas hasta aquí ha hecho otra cosa que censurar los vicios, y defectos, que reinan en esa Capital. Pero vamos claros: ¿en qué han pecado los demás Reinos, y Provincias de esta Península? Yo sé muy bien, que en la Corte son más visibles los defectos, y que de allí salen, y se derraman insensiblemente en lo restante del Reino; pero, amigo, desengáñese Vm. y sepa, que también por acá hay ridiculeces, que ahí no se conocen. Todo el mundo es Africa para engendrar monstruos; toda Provincia Iberia para engendrar venenos; y todo País Licia para fingir quimeras. La aldea

más humilde, y la ciudad más populosa se diferencian muy poco en asunto de abusos, errores, y estilos perniciosos a la sociedad, y disonantes a la razón. Esto se mueve a desear que viniese Vm. a examinar conmigo las costumbres de los demás Pueblos de nuestra España, porque estoy seguro de que encontraría en ellos asuntos, que piden corrección, y motivos de risa, de que podría aprovecharse para sus Discursos; pero como esto es difícil, y aun cuando no lo fuese, no llegaría Vm. a tiempo de gozar de la diversión, que actualmente tenemos con motivo de cierta oposición, destino ésta a informarle de los impropios medios, que están en práctica para averiguar el mérito, la literatura, y demás circunstancias de los que aspiran a los empleos, y dignidades: salvo siempre el respeto, y veneración, que se merecen los Señores jueces, y electores.

Quien hizo la ley, hizo la trampa, se dice vulgarmente. En esto me parece se ha querido dar a entender, que mal hallados los hombres con las leyes, y reglamentos, que los incomodan, apenas aquéllas se han promulgado, cuando éstos buscan todos los modos posibles de eludirlos. Veamos, pues, las reglas establecidas para estos ejercicios literarios, destinados, digámoslo así, a descubrir en esta piedra de toque los quilates de literatura de los opositores.

Yo no he hecho jamás estos ejercicios; pero (según me ha asegurado un opositor, que tengo en mi casa, castellano viejo castizo, hombre sencillo, y amante de la verdad) si son de Teología Escolástica, se reducen a explicar por espacio de una hora, en el preciso de veinte y cuatro, una distinción del Maestro de las Sentencias, sin que para su elección preceda más acto libre, que el limitado de escoger la que a cada uno parece, y le arma mejor entre cinco, o seis, que ofrece la suerte, mediante tres piques, que da un muchacho en los tres primeros libros, y a veces únicamente en el cuarto: responder a dos argumentos, que contra una conclusión, deducida de dicha distinción, ponen otros tantos

orden, y método, una hora entera el día que está señalado: si de Cánones, a explicar un capítulo de las Decretales, responder a dos argumentos, relatar un Pleito, y deducir la justicia de las partes litigantes; y lo mismo, guardada proporción, en los demás ejercicios.

Nada es más conforme a razón (dije a mi castellano) que el haber tomado precauciones, que aseguren el suceso en semejantes actos al mérito, sin que al empeño, la casualidad, el espíritu de partido, y torcidos informes, les quede arbitrio para aprobar, o excluir a unos sujetos, cuyos ministerios, si se desempeñan, como es justo, y de obligación, son muy importantes al bien público. Esto supuesto, creo que todo hombre de sano juicio debe aplaudir semejante conducta; y yo sería el primero que la alabase a boca llena, si en tales oposiciones se practicaran otros medios (que los hay muy propios, y seguros) para sondear el talento, y estudios de los pretendientes; pero a vista de los que ordinariamente se estilan, no puedo dejar de decir, que me parece poco oportuna para el fin a que se dirige; añadiendo, que si no se corrige este abuso, que acaso en los tiempos de Pedro Lombardo no lo era, me inclino a que puede ser opositor, y llevarse el premio, y los elogios, en concurrencia de hombres de mucho mérito, y talento, que hayan encanecido sobre los libros, un niño, que apenas haya saludado los proemiales de la Teología, y demás Facultades.

Arqueó mi buen castellano las cejas, y quedóse tan pasmado, y atónico, como si me hubiera oído defender una herejía; y yo, que conocía su candor, y no ignoraba lo que le había sucedido en cierta oposición, que había hecho, quise que él mismo me diese materia, con que hacerle demostrable lo que le parecía paradoja. Así le pedí, que me refiriese con su natural ingenuidad, todos y cada uno de los pasos que había dado en la oposición referida, y él lo hizo en los mismos términos, que voy a copiar.

"Con mucho gusto (me dijo) voy a obedecer a Vm. Lo primero que hice, antes que exponer mi punto a la censura

de un teatro tan serio, y respetable, fue presentarme a un Padre Maestro, amigo mío, que corría con grandes créditos de cátedra y púlpito: descubríle los deseos que tenía de concurrir a esta oposición; y apenas hubo aprobado una emulación tan honrada, le confié, que una sola cosa detenía, y entibiaba mis ansias, y era la ninguna práctica que yo tenía en el manejo de Biblia, y Santos Padres, y lo atrasado que me consideraba, así en lo respectivo a disciplina Eclesiástica, como en lo tocante a Historia Sagrada, y profana, no hallándome con más caudal, que lo que trajo cierto Autor en los preámbulos a sus Tratados escolásticos: todo lo cual me hacía creer, que, por lo que miraba al Sermón, no había de poder cumplir como quería, y era correspondiente a mi persona, y al honor de la escuela, que seguía. Oyóme atentamente mi Reverendo amigo, y díjome con una risa burlona: ¿En esto te detienes, bobo? No seas necio: deja esa timidez, y esa poquedad de ánimo, y sírvate de consuelo, y para que te alientes, la noticia de que otros muchos, a quienes excedes desde el hombro arriba, se hallan hoy colocados en destinos muy considerables, y a ti te sucederá lo mismo, si tienes bastante docilidad para dejarte gobernar. Lo del Sermón es una bagatela, y puerilidad detenerse en esto. Tengo hechos muchos para el mismo fin a otros tantos penitentes, que han llegado a valerse de mí, los cuales me han valido el tener chocolate, y tabaco para algunas temporadas; y a fe, que aunque algunos de los predicadores eran tales, que se necesitaba introducirles el Sermón con un mazo, y sin embargo, de que lo relataban como coplas de ciego, no parecieron mal. Tú tienes memoria feliz, gallarda presencia, buena boca, y sobrada libertad, y desahogo; y con estas gracias, y habilidades, no sólo confío que has de quedar lucido, sino también que has de ganar más aplauso que los que poseen las especies de literatura, de que careces; pues éstos, ya sea por el conocimiento de lo que van a hacer, o por la torpeza, que regularmente producen los muchos años, rara vez tienen aquel exterior lucimiento, y esplendor, que admiramos en los jóvenes. En fin, para que vayas descuidado, y te presentes con desenfado, y segu-

ridad al concurso (que esto es muy esencial), yo te daré un Sermón, que prediqué en mis verdores, y está lleno de cuantas circunstancias pueden imaginarse. Hasta para lo concerniente a la materia, color, y altura del púlpito, hallarás en él lo necesario, si quisieres hacer alto, y detenerte en estos accidentes, como yo lo hice: siendo lo más particular, el estar hecho con tal arte, que a costa de poquísimos trabajo, viene de perilla a todos los Evangelios.

“Esta especie de sermones pudo servir en otro tiempo, en que los hombres no sabían ingeniarse, para prueba de su suficiencia en la Teología expositiva; pero nadie ignora hoy, que por lo común son trabajo ajeno, o por lo menos hechos con anticipación bastante. Así todo el mérito está en la declamación. Esto te encargo mucho. Aire magistral, despejo, tono brillante, gesto firme, y decidido; y sobre todo, manoteo: que no haya un *que*, ni una *y*, que no lleve su acción. Tú has estado muchas veces en la Corte, y asistido con frecuencia a los espectáculos, donde habrás visto, y aprendido el accionar de nuestros Cómicos: ahora es la ocasión de ponerlo en práctica, y por mí la cuenta, si no te llevas todos los elogios.

“No pueden ponderarse los efectos de regocijo, y aliento, que en mi alma engendraron los consejos de mi buen amigo. Ya miraba como una suma felicidad hallarme en posesión de su Sermón milagroso, y con él, mi voz, mi presencia, y habilidad cómica, me parecía podría desafiar a los más acreditados bonetes, y capillas, que frecuentan el púlpito. Vencida, pues, en estos términos mi gran dificultad del Sermón, aunque yo no tenía duda de estar suficientemente instruido en la Teología escolástica, pues la había estudiado tres años consecutivos, sin más intervalo, que el indispensable de las Primaveras, Veranos, y Otoños, que pasaba siempre en Madrid con el fin de descansar de las largas, y penosas fatigas de Minerva, quise, para mayor seguridad, preguntar a mi Padre maestro, si juzgaba que podría salir con el mismo lucimiento en punto de lección. ¿Qué duda tiene

esto? (me respondió). Para todo hay maña, y el hombre dotado de buena memoria, por ninguna de estas cosas debe afligirse; y para que lo veas, refiéreme los Tratados Teológicos que has estudiado. *Los de Trinitate, Scientia, Volunte, y...*

¿Eso tenemos, y te vienes con encogimientos? Basta: no prosigas, que no es menester más, pues no trata Pedro Lombardo de otra cosa en el primer libro de las Sentencias; y como son tres los piques, que se han de dar, harta desgracia sería, y aun moralmente imposible, que alguno deje de ser favorable. Diome también sobre esto algunas instrucciones; y de hecho, convencido, y animado por un hombre, que en mi estimación era el Demóstenes del siglo, marché, como Vm. sabe, a la oposición; y toda la grita, y alboroto, que se levantó en la ciudad, pidiendo se me diese el premio, la debí a los sanos consejos, y documentos, que a Vm. he referido, y que, como ahora entenderá por lo que voy a decir, puse en práctica puntualísimamente.

"Indecible fue el sobresalto, y turbación... pero lo restante de la Carta, que no puede ahora concluirse, quedará para el Discurso siguiente."



## PENSAMIENTO LXXXIV.

### *Sobre los bailes.*

Forsitan spectes ut Gaditana canoro  
Incipiat prurire choro...  
Non capit has nugas humilis domus.

*Juven. sat. 11.*

Acaso te figuras, que la Bailadora de Cádiz empezará a excitar la lascivia, acompañada de cantares deshonestos... pues no esperes en mi casa estas indecencias.

Hay algunos hombres, que pretenden acreditarse de serios, maduros, y austeros, aborreciendo, y desacreditando los bailes, como si estos fuesen incompatibles con la sobriedad. Unos hacen esto, por haberles cabido en suerte un humor tétrico, que no les deja encontrar placer en diversión alguna; y otros, porque, no habiendo aprendido el Arte de danzar, llevan con impaciencia, que haya una especie de recreo, en que no pueden tener lucimiento. Sea por lo que fuere, me parece, que este modo de pensar es necio, y disparatado; así como lo sería aborrecer la música, por no haberla aprendido, o aborrecerla, por no tener bien dispuesto el órgano del oído para percibir su armonía.

El baile, si lo consideramos según su origen, y naturaleza, no es otra cosa, que *unos saltos, y pasos medidos, que se*

*hacen en cadencia, y unos movimientos de cuerpo, reglados, y dispuestos con arte, al son de instrumentos, o voces; y ya se deja discurrir, que un baile, a que no se agreguen otros accidentes, que lo hagan odioso, lejos de merecer reprobación, es estimable, porque en él aprende la Juventud a manejar el cuerpo con aire, y desembarazo, y una gracia, y facilidad de acción, y movimientos, que permanecen todo el resto de la vida. Por lo mismo, no hay que admirarse si las personas más graves, y de más autoridad no tienen, ni han tenido reparo en dar algunos ratos a esta diversión. Teseo, Aquiles, Pirro, Scipión, y Alejandro, no tuvieron reparo en bailar, y sujetar sus cuerpos militares, y triunfantes, como dice Séneca, al número, y cadencia de los instrumentos. Epaminondas no se desdénaba de mezclarse en las danzas de los muchachos de Tebas, su Patria, ni creía obscurecer con esto la gloria de sus victorias, ni la pureza de sus costumbres. Sócrates aprendió a bailar, y tañer instrumentos, siendo ya de edad muy avanzada. Platón en el segundo libro de sus leyes quiere que se tenga por hombre sin ciencia, ni educación al que no posee el Arte de la danza. Y finalmente, no sólo en todas las Naciones del mundo, aun las más bárbaras, se han encontrado establecidos bailes, en que algunas han hecho consistir una parte de su culto religioso, sino que sabemos, que los Sibaritas enseñaban a bailar hasta a los caballos. Pero es preciso decirlo todo. El mismo Platón, que ponía un mérito tan distinguido en el baile, y que extendía a él sus reglamentos, como a un objeto de grande importancia, no lo admitía sin alguna restricción. Quería se arrojasen de un Estado bien gobernado todas las danzas, que podían corromper las costumbres: se quejaba de las novedades introducidas en los bailes; y pretendía, que se comisionasen personas graves, y de edad madura, que examinasen, admitiesen, o reprobasen los bailes, y canciones, señalando a los hombres lo que les convenía para excitarse al valor, y a la grandeza de alma, y a las mujeres lo conducente a inspirarles gracia, modestia, y majestad. Supongo, que en los bailes del tiempo de Platón, y particularmente en el de las Baccantes, había tanta licencia, que a hombres menos graves, que a*

aquel Filósofo, podían dar en rostro; pero si Platón viviese hoy entre nosotros, y viese nuestros bailes caseros, aquellos bailes, en que no hay celadores de la decencia, ni pena establecida para los infractores, y donde cada uno regla a medida de su crianza, o de su genio los gestos, y palabras, ¿tendría motivos para desear se estableciese la misma revisión? Eso es lo que yo no sé.

Sea acrimonia de mi genio, o sea tontería, yo veo muchas cosas, que no me suenan bien. No quiero decir por esto, que sean malas: Dios me libre. Seránlo, o no lo serán. Yo pienso, pero no decido.

Veo, por ejemplo, que se empieza un baile: que se interpolan hombres, y mujeres: que a espaldas del ruido de la música se arma una tertulia secreta, en que naturalmente, y sin escrúpulo de juicio temerario, se puede creer, que cada uno trata de sus intereses: que hay enfados, quejas, satisfacciones, y otras boberías: que está el joven robusto, y regalado contemplando en una dama hermosa, y bien aprendida: que ya se ríen, ya están serios; ya el Caballero se pone mustio, y ya vuelve a alentar: que la dama despliega el abanico unas veces como airada: que otras lo mueve con precipitación: que hace ademán de cubrirse con él el rostro, al mismo tiempo que está registrando por los intervalos; y que en fin, desplegándolo voluptuosamente, y cubriendo con él su rostro, y el del Caballero, impide que se pueda observar el movimiento de los labios, y las mudanzas del semblante. ¿Diré que esto es malo, ni peligroso? No por cierto. Díganlo los que lo ejecutan, pues ellos, mejor que yo, conocen su constitución, y saben sus negociados.

Miro al lado de una Señorita, a quien sus padres dicen que crían con mucho recato, y honestidad, un petimetre, que continuamente le está hablando al oído: que está impaciente, si la sacan a bailar con otro: que se desespera, si algún hombre, o mujer toma el asiento, que había de volver a ocupar la Señora; y que sentada ésta en otro paraje, al

acabar su baile, está hecho un Argos, acechando el instante, en que haya un asiento desocupado a su lado, para ir a continuar el sitio. Yo veo esto; ¿pero por eso me entrometeré a decir si es malo, o bueno? Me guardaré muy bien. Padres tiene, que lo están viendo, como yo. Ellos sabrán si fuera mejor mitigar algo el rigor doméstico, dejándola tratar en su presencia con hombres de buenas costumbres, y alejarla de estos bailes, que abandonarla en ellos al manoseo, e indecencias de una caterva de hombres, unos no conocidos, y conocidos otros por sus malas propiedades, guardando toda la etiqueta sólo para la casa, en que hay menos peligro. Y sobre todo, si les parece mal, a ellos toca remediarlo. Y si bien, ¿qué me va a mí en persuadirles lo contrario?

Preséntase una señora, mujer de juicio, y de virtud, a bailar un minuet con un caballero, que la está esperando en la palestra. Noto, que luego que se dan las manos, esperando se repita la primera mediación del minuet para partir, muda la señora de semblante, y de pálida que estaba, se pone encendida, y casi vertiendo sangre por las mejillas; que hace la cortesía, y se retira con pretexto de alguna desazón. Otro de genio maligno, y cabiloso ya sabría lo que había de inferir de esta novedad; pero yo, que no soy malicioso, me contentaré con decir, que acaso el señor mío ha errado el tiro.

Estoy al lado de una señora, y de un caballero, que sin duda han hecho juicio de que soy sordo, o que tengo allí otros asuntos a que atender, y sobre esta seguridad empieza el señor mío a darle muy serias quejas de que ha bailado con otro. La señora se excusa con el bastonero. El caballero replica. La señora dice, que lo ha hecho por evitar nota. Esto no satisface. Crece el enojo. Muda la señora de asiento. Síguela el que se tiene por ofendido. Hay otros pasajes, no menos ridículos, que graciosos. Dan mucho que hablar a algunos, que hay desocupados en la sala. Corre la voz. Ríen todos los que hay en ella a costa de ambos; y renace por fin la calma en aquellos dos angustiados corazones, mediante

la palabra que da la dama de no volver a bailar con aquel sujeto. ¿Y por qué esto me había de parecer mal? ¿La vida no dicen todos que es una comedia? Pues este es un entremés en prosa.

Empiezan a alternar el cascabel gordo, y las contradanzas. Veo cuatro, o más hombres, e igual número de mujeres estarse una hora para ensayar una contradanza. Ensáyanla, yérranla, vuélvenla a ensayar, y vuelve a suceder lo mismo. Enfádase el director, y dice que son torpes; pero se engaña. Casi nadie oyó su explicación, porque había que atender a otras cosas de más importancia. Bailase por fin bien, o mal, que eso es indiferente. Lo esencial es, que haya una buena pausa cuando se disponen para la rueda. Allí no se pierde tiempo. No sólo a los sordos se habla por los dedos. El paso de *Alemanda* es gracioso. Bien haya el que tal inventó. Nuestros abuelos debían venir del otro mundo a confesar que fueron unos tontos, sin maña, ni habilidad. Ellos no supieron jamás el modo de abrazar en público a las mujeres sin escándalo, porque no tuvieron talento para inventar el paso de *Alemanda*, ni supieron, que esto de abrazar era una cosa inocente, y de pura diversión, siempre que era al compás de la música. En las *cuatro caras*, y *rueda de hombres con mujeres dentro*, *espalda con espalda*, es preciso correr el velo.

Olvidaba una de las cosas más notables, que he visto en los bailes, que es una contradanza (a quien la impiedad llama *de los Capuchinos*) con que suelen solemnizarse, y terminarse en algunas concurrencias los bailes del carnaval. Allí los abrazos lisos, y llanos son sin ceremonia, ni disfraz, porque es la estrofa, o el estribillo, que se repite a cada diferencia, y acompañados de algo más, que ni es para visto, ni dicho, ni mi pluma encuentra expresiones decentes con que explicarlo. Lo mismo digo de las seguidillas, que en el día son del mismo calibre que las contradanzas. El nombre que se deba dar a ésto, discúrralo cualquiera, como

no sea de los que están tocados del contagio, siendo actores en esta farsa.

Me temo, que si entre nosotros se levantara un Platón, no se había de contentar con la providencia, que deseaba el antiguo. Aquel diseñaba una República bien ordenada, pero gentílica: éste la querría cristiana.

#### *N O T A.*

Cuando he bosquejado los bailes caseros, no he intentado hablar de los bailes, que suele haber en muchas casas honestas, donde los concurrentes conocen el honor, y la virtud, y el baile es una mera diversión. Ni estos merecen tal censura, ni pudiera dejar de ser mordacidad muy maligna pintarlos con tales colores. Mi ánimo es hablar de varios bailes, oscuros a la verdad, pero muy frecuentes, en que realmente pasa no sólo lo que digo, sino mucho más, que callo, por ceñirme a las leyes severas de la decencia.

## PENSAMIENTO XXXVI.

### *Sobre los médicos charlatanes.*

In hac artium sola evenit ut unicuique  
se Medicum profitenti credatur.

*Plin. lib. 29. cap. 2.*

La Medicina, la más importante de todas las Artes, es la que tiene el privilegio de que cualquiera, que se llama médico, se le crea sobre su palabra.

Desde que los hombres viven en sociedad ha habido charlatanes, y quien los crea. No hay Facultad, que no tenga los suyos, y todas las Ciencias, y Artes, y aun las Profesiones, y Estados abundan de esta polilla. La charlatanería es el vicio de los hombres, que deseando hacerse valer a sí mismos, o a las cosas, que les pertenecen, usan de medios simulados para engañar a los crédulos. En una palabra, es una hipocresía de talentos, como suele encontrarse de virtud; y bien examinado, no hay otra diferencia entre un pedante, y un charlatán, que la de que éste conoce el poco, o ningún valor de las cosas, que ofrece, o hace, y el pedante pone un mérito singular en bagatelas, que cree de buena fe ser cosas admirables. El pedante es por lo regular un necio, y el charlatán casi siempre un bribón: aquél se engaña a sí mismo, y éste procura engañar a los demás.

En la mala fe, o designio, y ánimo deliberado de engañar, todos los charlatanes son unos, y sólo el objeto de sus embustes los distingue. Un charlatán de elocuencia, que pone toda la sublimidad de un discurso, no en la simplicidad noble, y majestuosa de pensamientos, y expresiones, sino en llenarlo de voces hinchadas, más capaces de excitar ruido, que de darle fuerza, y hermosura, es un charlatán, que puede divertir a los que le observen, y vean en él un extravagante presumido, y empeñado en tener colores a fuerza de apretarse el corbatín; pero un charlatán de medicina, que sin más principios que los de su codicia, y sin más licencias, que las que le da la necedad de otros hombres, se introduce a médico, con el pretexto de poseer ciertos secretos, con que pretende curar algunas dolencias en particular, o en general toda suerte de enfermedades, es un charlatán, que sólo puede ocasionar risa a los que no se valen de su ministerio, y cuya reputación sólo conduce a cubrir de luto las familias.

Si es antigua la charlatanería en otras Facultades, no lo es menos en la Medicina. Examínense las Historias de los Egipcios, y de los Hebreos, y se encontrará crecido número de impostores, que abusando de la débil credulidad de los hombres, se jactaban de curar las enfermedades más inveteradas, por medio de amuletos, talismanes, adivinaciones, y específicos.

También los griegos y romanos se vieron inundados de esta plaga. Aristófanes celebra a cierto Eudamo, que vendía anillos, haciendo creer, que tenían virtud contra las mordeduras de los animales venenosos. Chariton, y Clodio de Ancona no se hicieron menos famosos con semejantes embustes.

Nosotros hemos tenido también en todos tiempos algunos de estos hombres, que pasan por milagrosos entre los ignorantes; pero nunca me parece que hemos estado tan



bien surtidos de esta mercancía como en el presente. Díganlo las esquinas pobladas de carteles, en que estos señores hacen al público magníficas promesas. El uno ofrece poner negras las canas, y hacer salir pelo, y barba a los que carecen de estos adornos. La oferta es seductora, y harto será que se encuentre viejo, calvo, ni eunuco, que no quieran probar fortuna en la virtud de este secreto.

Preséntase otro ofreciendo quitar con mucha facilidad todo género de callos, y sabañones: ¿qué mucho harán los que padecen estas incómodas dolencias en valerse de un hombre, que asegura haber encontrado el modo de curarlas? El deseo de vivir, y de vivir sin dolor, es natural en todos los hombres, y ninguno se persuade a que no hay remedio para la enfermedad que padece. Si un médico (aunque fuese el mismo Hipócrates), lleno de ingenuidad, y de experiencias, asegura a un enfermo, que no hay remedio para su enfermedad, y por otra parte el charlatán más despreciable ofrece curarla, no hay que dudar, Hipócrates será despedido, y recibido el charlatán a brazos abiertos.

Los charlatanes saben muy bien, que para engañar al vulgo es necesario autorizarse. Bien conoce éste que hay quien pretende engañarlo; pero tiene la simpleza de recelar estos engaños en aquéllos a quienes ve con su misma ropa, y a su nivel, y no teme trampa en un hombre vestido de galones, y que está condecorado con títulos falsos, o verdaderos.

Por lo común estos charlatanes de Medicina, y Cirugía acaban de llegar de largos viajes, en que han hecho singulares observaciones, y ejercitado estas Artes por mar, y tierra, en Europa, y América, o en Africa, y Asia. El uno ha sido médico de Cámara del Gran Mufí, que le ha concedido un Breve de Imán, y el otro del Gran Mogol, de quien ha recibido las insignias del elefante blanco; y ambos han aprendido en sus largas peregrinaciones secretos extraordinarios, y traído a su vuelta cantidad de drogas de un valor

inestimable contra todos los males, que pueden afligirnos, y nos las vienen a traer a nuestras casas, movidos de santo celo por el bien de la humanidad. ¿Qué mucho que el pueblo se deje seducir de unos hombres, que cree tan experimentados, sabios, y piadosos?

Cuéntase de cierto caballero, que estando afligido de la gota, y entrando su criado a decirle, que había a la puerta un hombre, que ofrecía un remedio infalible para curar su dolencia, hizo que el criado viese si aquel hombre había venido a pie, o en coche; y como supiese que había venido a pie, respondió: *Ve, y dile a ese bribón, que vaya en hora mala: que si él poseyese un remedio infalible para este mal, mucho ha que andaría en coche con caballos.* Este cuento pudiera servir de preservativo contra los embustes, y artificios de estos fingidos profesores. Tener secreto para hacer salir la dentadura a los setenta años, para cubrir de pelo a los calvos, para curar la palidez, y manchas del rostro en las mujeres, para alargar la vida, y hacerla pasar sin enfermedades, y no ser poderoso, y señor de vasallos, es lo mismo que haber encontrado el arte de hacer el oro, y estar hambriento, y miserable. No puede darse embuste más claro.

Apenas puede creerse, que haya hombre tan sencillo, o tan necio, que no conozca, que todas las promesas de estos ilustres viajeros son patrañas, y ellos mismos unos embusteros, y asesinos. Sin embargo, tal es la credulidad del vulgo, y la procacidad, y astucia de estos charlatanes, que hacen que su comercio continúe; y sobre las cenizas de unas ofertas, que nunca han cumplido, establecen otras, que no se cumplirán jamás. No parece sino que los hombres se complacen en verse engañados. Desde el tiempo a que puede alcanzar la noticia de nuestros más ancianos se están prometiendo las mismas curaciones, y alabando los mismos secretos, y específicos: se ha visto ser todo mentira, y con todo hay quien tiene a estos operadores por unos verdaderos Esculapios, y cree encontrar infaliblemente en sus secretos la salud. Siendo de notar, que estos tesoros de Medicina

jamás los alcanzan los médicos, aun los más famosos, que pasan toda su vida sobre los libros, y en medio de los enfermos, estando, al parecer, reservados a unos tunantes, sin ciencia, ni instrucción, que pasan su vida divirtiéndose por el mundo a costa de tontos.

Uno de los primeros cuidados de un charlatán, y con que suele alucinar al vulgo incauto, es proveerse de porción de certificaciones, en que constan las dolencias que ha curado. Esto es de mucho peso con los boquirrubios; pero no con los que saben, que semejantes hombres tienen asalariadas diversas gentes, que habiendo gozado de perfecta salud toda su vida, han sido sin embargo curados de toda suerte de enfermedades.

También encuentran otro recurso los charlatanes en los mismos amigos, o parientes de un enfermo. Suelen estos, movidos de su cariño, emplear el ministerio de un charlatán, que no deja de aplicar sus drogas en secreto, con pretexto de no malquistarse con el facultativo. Si sana el doliente, el charlatán lo ha curado, y lleva el premio, y los aplausos; y si muere, queda oculto el suceso, por no hacerse cómplices en la muerte.

Otros, que han experimentado el mal suceso de las pomposas ofertas de un charlatán, lo callan, por no padecer el rubor de manifestar su credulidad; y esto es también muy favorable a estos falsos empíricos. Más amor a la humanidad tenía el chino de *Su-Cheu-fu*, que habiendo perdido una hija por la ignorancia de un charlatán, compuso un Manifiesto, en que expuso la mala conducta de su enemigo, con reflexiones capaces de desacreditarlo; y no contento con esto, fijó copias en las plazas públicas, y distribuyó otras en las principales plazas de la Ciudad. Esta venganza, que él llamaba celo del bien público, produjo todo el efecto que esperaba. El charlatán, viéndose desacreditado, tomó el partido de mudar de profesión, y la salud pública logró este beneficio.

Sería muy conveniente, que aquéllos que han experimentado la vanidad, y aun los perjuicios de estos secretos, informasen al público, a quien harían en esto un beneficio muy señalado; pero es difícil inspirar esta ingenuidad a los hombres, llenos siempre, y pagados de todo lo que tiene aire de maravilla, y no hay que esperar otros desengaños, que aquéllos que se adquiriera cada uno por sí mismo, si tiene la flaqueza de ponerse en manos de estos aventureros, llegando el aviso cuando el daño no puede remediarse. El marqués Carreto, uno de los más célebres, y atrevidos charlatanes, de que se tiene noticia, poseyó, con un carácter libre, y familiar, el talento de persuadir, que tenía en su arte toda la habilidad, que faltaba a los demás sus colegas, y logró vender a doce pesos cada gota de su específico. ¡Cómo podía dejar de ser excelente un remedio tan caro! Enfermó de una pleuresía bastarda el Mariscal de Luxemburgo, y no salió de la enfermedad, por haberse opuesto Carreto a la sangría, fiado en su remedio infalible. Desacreditólo el suceso; pero murió el Mariscal.

**D. José Clavijo y Fajardo** nace en Teguiise, antigua capital de Lanzarote, el 19 de mayo de 1726. Después de hacer estudios filosóficos y teológicos en el Convento de los Dominicos de Las Palmas, abandona Canarias para no volver nunca más a ellas. Desempeña diversos cargos oficiales en Ceuta y en Campo de San Roque, y llega a Madrid en 1749. Protegido por los ilustrados ministros de Carlos III desempeñó la Secretaría de Guerra, la dirección del periódico oficial *Mercurio Español*, fue encargado de las adaptaciones y traducciones de comedias para los teatros de los Sitios Reales y cuando le jubilaron era director del Gabinete de Historia Natural de Madrid. Viaja por España y Francia donde conoció a Rousseau y a Buffon, de quien tradujo su *Historia Natural*. Es célebre su lance con el dramaturgo francés Caron de Beaumarchais a causa de unos amores que Clavijo tuvo con su hermana menor Lisette, a consecuencia de lo cual tiene que dejar la Corte durante algún tiempo. Desarrolla una gran actividad burocrática, literaria, periodística (*El Pensador*) y como traductor. Muere en Madrid a los 80 años de edad, el 3 de noviembre de 1806.

**Sebastián de la Nuez Caballero** nace en Las Palmas de Gran Canaria. Es catedrático de Literatura Española de Institutos y de Universidad; ha desempeñado la primera en la Península y en Canarias, y la segunda en La Laguna y en Sevilla. Ha sido profesor invitado en Puerto Rico y en

California (Riverside). Ha participado en numerosos Congresos internacionales (en Salamanca y en Burdeos), Simposios (de Literatura comparada y de Literatura Española), ha organizado y participado en los tres Congresos internacionales de estudios galdosianos celebrados en Las Palmas, y en el I Congreso de Poesía Canaria de La Laguna. Es autor de varias ediciones de obras de escritores canarios (Iriarte, García Cabrera, Tomás Morales, J. M. Trujillo) y de numerosas monografías de autores relacionados con Canarias (Lope de Vega, Menéndez Pelayo, Unamuno, etc.); es un reconocido especialista en la vida y en la obra de Pérez Galdós, ha colaborado en importantes obras misceláneas como el III tomo de la *Historia de Canarias de Viera y Clavijo* y en los *Métodos de estudio de la obra literaria*, de Taurus Ediciones.



## *Biblioteca Básica Canaria*

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso Rodríguez.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABREU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Mis memorias*.
13. Benito PEREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Angel GUERRA: *La Lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra narrativa* (Antología).
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.
20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso Rodríguez.

21. Manuel VERDUGO: *Obra poética*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Enigma del invitado, Romanticismo y cuenta nueva y Campanario de primavera*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Obra poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Lancelot, Media hora jugando a los dados y Crimen*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Antología*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra Completa*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida (Obra poética)*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *Obra poética*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor (Obra poética)*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Obra poética*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia (Obra poética 1964-1988)*.



43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra (Obra poética 1961-1975)*.
44. Isaac DE VEGA: *Fetasa*.
45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.
46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad*.
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita*.
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal*.
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde*.
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos*.
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe*.
52. Nivaria TEJERA: *El barranco*.
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra*.



Se acabó de imprimir  
el día 28 de febrero de 1989,  
en los talleres de  
MARIAR, S. A.,  
de Madrid.

Don Josef Clavijo y Fajardo, nacido y formado en uno de los lugares más alejados de la cultura de su tiempo, Lanzarote, va a ser uno de los hombres claves más representativos de España dentro de las corrientes de la Ilustración europea. Clavijo se forja en las raíces, en los orígenes del movimiento ideológico moderno de procedencia inglesa, tanto en lo filosófico y moral (Locke) como en su expresión y comunicación social (Addison), pero su espíritu filantrópico, su amor, de raíz cristiana, por el prójimo, hace que mantenga un equilibrio entre la reflexión empirista de la ciencia para el conocimiento y la educación del individuo, la sociedad y la nación.

Por primera vez después de la publicación de *El Pensador* en el siglo XVIII se ofrece aquí una Antología de sus textos, que abarcan diversos aspectos y críticas de la moral, los espectáculos y las costumbres de esa época.



*Biblioteca Básica Canaria*



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES  
GOBIERNO DE CANARIAS

---

**socadem**